

Mi baile con el siglo

Stéphane Hessel

Memorias



Lectulandia

El hombre que, con *¡Indignaos!*, inspiró a millones de personas nació en Berlín en octubre de 1917, hijo de dos espíritus libres, el escritor de origen judío Franz Hessel y la pintora Hélène Grund. Ambos formaron con Henri-Pierre Rocher el célebre trío que retrató Truffaut en *Jules et Jim*.

Creció y se formó en París, desde donde, en 1941, viajó a Londres para unirse a la Resistencia del general De Gaulle contra la invasión nazi. Detenido y brutalmente interrogado por la Gestapo, fue deportado al campo de exterminio de Buchenwald, del que logró salir tras intercambiar su identidad con la de un preso ya fallecido.

Tras la segunda guerra mundial, en 1948, participó en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, e inició una carrera diplomática que le llevó a la Indochina francesa, Argel y Ginebra, y asumió tareas de mediador en situaciones extremas, como en Burundi en 1994, en vísperas del genocidio en la vecina Ruanda. Una dilatada labor reconocida en 1981 con la dignidad de embajador de Francia.

Estas memorias, escritas con una sinceridad que emociona, pero siempre con pudor, desvelan a un personaje de convicciones profundas y corazón generoso, de elevada estatura moral, y convierten su testimonio en un verdadero baile con el siglo xx. Un baile que concluye con una pregunta esperanzada, pero también inquietante: «¿Conocerán nuestras sociedades una nueva alba o un crepúsculo definitivo?».

Lectulandia

Stéphane Hessel

Mi baile con el siglo

Memorias

Colección Imago Mundi

ePUB v1.0

Natg 06.05.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Danse avec le siècle*

Stéphane Hessel, octubre 2011.

Traducción: Joan Riambau Möller

Editor original: Natg (v1.0)

Agradecimientos: Mística, Mapita y Enylu (Grupo Earthquake)

ePub base v2.1

Hace catorce años di por terminado este «baile» persuadido de que mi vida, que había alcanzado ya los ochenta años, se terminaría con el siglo. Y ahora llego al final de una nueva etapa tan fértil en compromisos como las que la precedieron. Hay, pues, aún mucho que contar sobre lo que para mí han sido los diez primeros años de este nuevo siglo.

Estos años me han permitido conocer mejor los dramas de Oriente Próximo. Invitado allí por israelíes disidentes para conocer la degradación infligida a los valores humanos del judaísmo por gobiernos torpes, entre 2002 y 2010 realicé cinco estancias en Cisjordania y Gaza. Regresé convencido de que Israel no será el país seguro y próspero que merece ser hasta que no permita que nazca a su lado un Estado palestino que comparta con él como capital de los dos Estados una Jerusalén con vocación internacional.

En este primer decenio del siglo XXI también me han marcado otras dos aventuras.

Por una parte, el nacimiento y los primeros pasos del Collegium internacional, ético, político y científico presidido conjuntamente por Michel Rocard y por el presidente esloveno Milan Kučan, un ambicioso observatorio de los desafíos venideros.

Por otra parte, la publicación de una «*trilingüología* poética» titulada *Ô ma mémoire. La poésie, ma nécessité* (¡Oh, mi memoria! La poesía, mi necesidad), publicada por Éditions du Seuil bajo los auspicios de Laure Adler, y que también apareció en alemán en Düsseldorf en 2009, en traducción de Michael Kogon, hijo de Eugen Kogon, a quien debo haber sobrevivido a morir ahorcado en el campo de Buchenwald.

Sin embargo, la coronación de este decenio —a lo largo del cual mi familia se ha enriquecido con cinco bisnietos llamados Jeanne, Louise, Solal, Basil y Timur— la constituye la extraordinaria acogida de un pequeño panfleto que Éditions Indigène de Montpellier publicó en octubre del año pasado bajo el atractivo título de *¡Indignaos!* [1]

En el mismo, me dirigía a un público lector que imaginaba reducido y hacía pública mi convicción de que los valores de la Resistencia corrían el peligro de ser olvidados o ninguneados en un período en el que triunfan la economía capitalista neoliberal, el desprecio hacia las poblaciones desfavorecidas y la degradación de los recursos de nuestro planeta.

Resulta que la indignación reclamada de manera algo imprudente para apoyar la

acción de la que el Collegium pretendía ser el guía halló un eco prodigioso.

Es evidente que en estos diez años el mundo ha experimentado cambios espectaculares. La cuestión planteada en el último capítulo de *Mi baile con el siglo*, «¿conocerán nuestras sociedades una nueva alba o un crepúsculo definitivo?», parece hoy más candente que nunca.

Soy feliz de poder aún, por breves que sean las horas que me queden, seguir reflexionando acerca de ello. Por ese motivo estoy muy contento de compartir una vez más con numerosos lectores el placer que he tenido al hollar de nuevo, en las páginas que podrán leer, un largo camino recorrido con fervor, guiado por unos padres generosos con su cultura, expuesto a una serie de experiencias enriquecedoras, ninguna de las cuales, ni siquiera la más cruel, logró que se tambaleara mi alegría de vivir.

París, abril de 2011

A pesar de haber nacido en el seno de una familia de escritores, jamás imaginé que yo también empuñaría la pluma. Siempre he preferido la acción a la escritura, y el futuro a la nostalgia y las reminiscencias.

A mi edad, sin embargo, uno es testigo de su tiempo. Mi existencia llega a su fin con el siglo. Probablemente a ello debo las amistosas presiones —entre ellas las de Régis Debray, imperiosas y reiteradas— que me han llevado a emprender ese arriesgado ejercicio que consiste en hablar de un destino personal ligado a los acontecimientos de la época que a uno le ha tocado vivir, sin notas ni archivos.

Basándome exclusivamente en mi propia memoria, me aferro a algunos puntos de referencia, a simples coincidencias, para desarrollar un relato forzosamente subjetivo y decantado por los años.

Al buscar los principales puntos de contacto entre el tiempo del mundo y el de mi vida, hay algunos irrefutables y otros más sutiles. Así, 1917, el año de mi nacimiento en Berlín, fue también el crepúsculo del imperio de Guillermo II, cuando el fracaso de la revolución proletaria impondría límites a la que Lenin haría triunfar en Petrogrado pocos días antes de mi llegada al mundo.

En 1937 adquirí la nacionalidad francesa, y el *Anschluss* preludiaba ya la atroz aventura que convirtió a los ciudadanos de mi tierra natal en verdugos de los de mi tierra de adopción y cubrió de vergüenza a la civilización a la que apelaban.

El año 1944, cuando cambié mi nombre por mi vida, fue aquel en el que los Aliados redactaron la Carta de las Naciones Unidas, la organización más ambiciosa que la humanidad haya concebido. Para justificar mi supervivencia, me puse al servicio de esa organización.

El año 1985, cuando me jubilé oficialmente, fue el de la *perestroika* y la *glasnost*, signos precursores del hundimiento de una Unión Soviética que duró menos tiempo que yo; y también el de la entrada del mundo en una fase imprevisible, expuesto, sin rumbo, a toda suerte de violencia, pero liberado de una amenazadora confrontación, obsesión de nuestras conciencias a lo largo de cuarenta años.

Me vienen a la mente otras coincidencias fortuitas: descubrí un mensaje en la obra de mi padre el mismo año en que Alemania recuperó su unidad; regresé de una misión en Burundi el mes en el que se desencadenó un genocidio en la vecina Ruanda.

En cada una de esas encrucijadas, mi juicio acerca de mí mismo y de la historia avanzó un poco. A pesar de tantas ingenuidades refutadas e ilusiones perdidas, de

tantos horrores observados y amargos balances, mi certidumbre sigue intacta: todo cuanto merece ser deseado se convierte en realidad. El privilegio de poder observar el mundo y su movimiento con una mirada confiada constituye, en buena medida, ese favor que el destino me ha concedido. Y cuanto más amplio es el período observado, más reconfortante es ese optimismo.

PRIMERA TRASHUMANCIA: DE BERLÍN A PARÍS

Durante mucho tiempo conservé un cuaderno en el que había pintado los episodios de mi vida, desde mi nacimiento hasta mi llegada a Francia a la edad de siete años. Cada acuarela tenía una leyenda. Recuerdo la primera: representaba una cama en la que estaban tumbadas una figura femenina y otra más pequeña. Al pie de la cama, dos pares de zapatillas, uno el doble de grande que el otro. Delante, un hombre con una bata blanca, sentado ante un plato con una mancha roja. La leyenda decía: «Tras mi nacimiento, el doctor se come una loncha de jamón». Había representado el relato de mi madre, divertida por aquel gesto incongruente de su partero en el Berlín de 1917, donde la gente carecía de todo.

Mis padres vivían en un amplio apartamento en un bonito edificio finisecular, con una escalera ancha y curvada cuya alfombra roja pisaba encantado. La casa estaba en la esquina de las calles Friedrich-Wilhelm y Von der Heydt, a cien metros del Tiergarten, el gran parque de la capital al que mi hermano y yo íbamos a jugar al aro. Ese barrio de las embajadas, del que conservo un recuerdo tan preciso que, aún hoy en día, podría dibujar el mapa, fue completamente arrasado por las bombas. No queda ni rastro de mi casa natal.

En mi memoria conservo una imagen que sitúo poco después del fin de la guerra. Debo de tener algo más de dos años. Bailo, en Navidad, en el gran salón, despejado para la fiesta. En las muñecas y en los tobillos llevo unos anillos de rafia azules y rojos. Mi hermano me mira. Mis padres aplauden. Giro y giro y giro.

¿Quiénes eran mis padres?

La familia de mi padre había hecho fortuna, una fortuna sustancial, con el comercio de grano. Dejaron Polonia, donde formaban parte de la comunidad judía, y se instalaron en lo que entonces era el gran puerto alemán de Pomerania, Stettin, convertido de nuevo en 1945 en el Szczecin polaco. Su tercer hijo, Franz, vio la luz allí en 1880. Con el cambio de siglo, Heinrich Hessel y su esposa Fanny rompieron con la tradición judía, se establecieron en Berlín y bautizaron a sus hijos en la religión luterana.

Dos de ellos, el mayor, Alfred, y el benjamín, Hans, corresponden a la imagen que uno se hace de la burguesía judía asimilada que ocupó, a lo largo del primer tercio del siglo xx, una extensa gama de posiciones sociales de primer orden en la banca, la universidad, el teatro, la prensa y la *intelligentsia* en general, hecho que la convertiría en objetivo de la derecha nacionalista primero y de los nazis después.

Los otros dos hijos no parecían salidos del mismo molde: una hija, Anna, sin

duda muy bella, muy dulce, y que fallecería de tuberculosis a los veinticinco años, y un hijo, Franz, mi padre, quince años más joven que ella, a quien esta muerte afectó mucho. De ese hecho extraería tal vez la melancolía y el desapego a la vida material propios de los poetas. Los negocios serían para Paul Briske, su cuñado, que dilapidó la fortuna familiar, la banca para Hans y la universidad para Alfred, que murió en Göttingen, llorado por sus alumnos, en 1939. Franz, por su lado, se consagró desde su juventud a las letras, las lenguas y el estudio de la Antigüedad griega.

Mi madre, Helen Grund, vino al mundo en Berlín en 1886. Era la hija pequeña de un banquero melómano cuya familia, de confesión protestante y de origen silesio, había dado a Prusia brillantes arquitectos y grandes administradores. He sabido recientemente que mi bisabuelo fue nombrado comandante de la Legión de Honor por haber participado, en la década de 1850, en el acondicionamiento de la cuenca fluvial del Sarre, en cooperación con las autoridades imperiales francesas. Mi abuela nació en Zúrich, en el seno de una familia alemana emigrada a Suiza tras la revolución de 1848. Tenía una cuñada francesa y otra inglesa. Los relatos de mi madre acerca de su infancia, acerca de aquellos cuatro hermanos y hermanas que mimaban a la pequeña, permiten adivinar un mundo de intensa alegría, de alocadas imprudencias, de angustias maternas y de laxismo paterno que llevaron a mi abuela a una casa de reposo donde falleció antes de mi nacimiento.

Franz primero se sintió atraído por la bohemia artística de Schwabing, el Montparnasse de Munich, donde vivió durante tres años a los pies de la condesa Franziska zu Reventlow, entre el poeta Stefan George y su discípulo Karl Wolfskehl, en un orgulloso cenáculo que lo impresionó sobremanera, aunque en sus escritos satíricos se burle del mismo. De regreso a Berlín, fundó una revista literaria: *Vers und Prosa*^[2]. Luego, en 1906, se trasladó a París, donde conocería a Henri-Pierre Roché, Guillaume Apollinaire y Marie Laurencin.

Helen quería ser pintora, y su profesor, Mosson, que fue también su primera pareja, la animó a formarse en la Grande Chaumière, en París, junto a Maurice Denis.

Fue en Montparnasse, en 1912, en el Café du Dome, donde se conocieron Franz y Helen, tan alemanes y tan cosmopolitas el uno como la otra.

Ese París de los años anteriores a la guerra es el crisol cultural y moral del que surgimos mi hermano y yo, un lugar de sueños y revueltas. Fue allí donde nuestros padres se decidieron a casarse, no para atarse con cadenas, sino, al contrario, para aumentar su libertad tan reivindicada. Libertad con respecto a sus familias: a los hermanos de Helen les parecía que había demasiados judíos entre los invitados a la boda; los de Franz, más tolerantes, se preguntaban si ella no se habría casado con él por su fortuna. ¿Quiénes de ellos podían comprender el lazo tan particular que los

unía y a la vez los liberaba a uno y otra?

La boda se celebró en Berlín, un año antes de la declaración de guerra. Helen estaba embarazada. Decidió dar a luz en Ginebra, en condiciones peligrosas, mientras Franz se veía obligado a dejarla para incorporarse a filas en su regimiento. El recién nacido, con una herida en el cráneo, se salvó por el empecinamiento de la madre. A raíz de ello sufriría una discapacidad que hizo de él a la vez mi hermano mayor y mi hermano pequeño. Tres años más tarde, en Berlín, mientras tenía lugar una masacre en Verdún, fui el fruto de un permiso concedido a Franz por el servicio de censura, al que estaba destinado. El absurdo que aquella guerra supuso para él está presente en su mejor libro, *Romance en París*, que tiene la forma de una correspondencia con su amigo francés Henri-Pierre Roché. En el mismo aparece su encuentro en París con Helen, de la que se convierte en protector amoroso y ambiguo, y a la que describe cómo le habría gustado amarla.

A lo largo de esa fase belicosa de las relaciones franco-alemanas, mi hermano y yo, que éramos casi unos bebés, no nos beneficiamos de la presencia paterna. Helen y su hermana Bobann constituían nuestro universo físico y mental, hecho de risas y caricias, de juegos y disfraces: dos berlinesas endiabladas.

Para mí, Helen tenía los rasgos de Afrodita, de ojos azules y largos cabellos rubios, fogosa ternura y necesidad de seducir. Toda su relación conmigo se basó en la admiración: me enseñó a valorarme a mí mismo, sin criticarme ni regañarme demasiado. Los efectos de semejante educación habrían podido ser desastrosos, pero a la vez quiso inculcarme la modestia, cualidad que para ella era fundamental. Lo expresaba con uno de sus aforismos preferidos: «*Bescheidenheit ziert nur den Erfolgreichen*». Es difícil de traducir, pero viene a decir: «Para que la modestia te sienta bien, debe ir de la mano del éxito». Mucho después hallé en su diario la huella de esa paradoja: se enfurecía cuando uno escapaba a su seducción, pero ejercía sobre sí misma una crítica implacable.

¿Y nuestro padre? Helen sólo nos transmitía una imagen bastante pálida, la de una mente sutil en un cuerpo ingrato. Franz era casi calvo, bajito, bastante corpulento. Su rostro y sus gestos eran dulces, y a nuestros ojos aparecía como un sabio, un poco ausente, que vivía aparte y no se ocupaba mucho de nosotros. Poco locuaz, era muy cuidadoso con su expresión verbal y gozaba disponiendo las palabras como si de un juego se tratara. Veo su despacho, al final del pasillo, donde trabajaba y donde imperaba permanentemente un fuerte olor a tabaco. Salía de allí para leernos fragmentos de su traducción de la *Odisea*. Aquel en el que Ulises le clava la lanza en el ojo a Polifemo hizo vomitar de miedo al chiquillo que era yo. Más que los cuentos de Grimm y los libros de Wilhelm Busch que leíamos, tumbados sobre la alfombra en el salón de mi abuela Fanny, mis primeros alimentos intelectuales fueron la mitología griega y las epopeyas homéricas. Franz me inculcó el gusto por el politeísmo, que no

reduce lo divino a la entidad única y algo angustiosa del Padre eterno, sino que nos deja al arbitrio emocionante de Atenea, Afrodita, Apolo o Hermes. Cuarenta años después de su muerte, se convirtió para mí en una figura iniciática. Su obra, que conocía poco y de la que no esperaba más que puro entretenimiento, ha sido reeditada y aporta una mirada profética y melancólica sobre el primer cuarto de siglo, en asonancia con Brecht y Walter Benjamin.

Recientemente recibí de un editor alemán un texto de cinco páginas, hallado en una colección de archivos literarios, en el que mi padre, dirigiéndose a sus dos hijos, nos recomienda la lectura de algunos extractos de sus escritos de los que considera que podremos sacar provecho. La mezcla de modestia, de ternura y de sentido de responsabilidad que desprende me causó una honda impresión. Como si una señal me llegara desde muy lejos, no para recordarme una herencia, sino una deuda que no hubiera liquidado. En la pareja poco usual que formaban mis padres, yo había recibido un impacto tan fuerte de la personalidad de Helen que había rechazado la de Franz.

Helen tenía una necesidad de independencia que casaba mal con una vida de rentista. Además, la fortuna de los Hessel no sobrevivió a la galopante inflación del Berlín de posguerra. La pintura fue su pasión y siempre estuvo rodeada de pintores. Pero ella ya no pintaba, puesto que lo consideraba un ejercicio que lo ensuciaba todo. Siguió dibujando siempre, a pluma, y hacía retratos de sus allegados con mucho talento. Durante la guerra, decidió ganarse la vida como trabajadora agrícola en una propiedad; más adelante quiso ser bailarina o tal vez actriz, pero fue finalmente la escritura la que dijo la última palabra.

Tenía ella treinta y cuatro años y yo tres cuando nos vimos en una situación de triángulo bastante banal, a fin de cuentas, pero cuya transposición novelada y luego cinematográfica elevaría a la categoría de mito.

El autor de la novela *Jules y Jim*, Henri-Pierre Roché, fue antes de la guerra uno de los amigos más próximos de Franz. Compartía con Marcel Duchamp, al que estaba muy ligado y del que trazó un retrato muy afectuoso, una concepción que aspiraba a ser radicalmente nueva de las relaciones entre hombres y mujeres, sin concesiones, libre. Franz y Henri-Pierre se interesaban por las mismas mujeres y compartían sus descubrimientos y sus placeres. La guerra los había separado y la paz los reunió de nuevo de manera natural.

¿Cómo aquel francés elegante y seductor no se iba a convertir en amante de la esposa de su viejo amigo? El triángulo, sin embargo, fue más trágico que frívolo y puso de manifiesto las asperezas de los que lo conformaban. Mi padre comprendió que lo que les sucedía a su esposa y a su amigo era un descubrimiento grave y hermoso que podría transformarlos a ambos. No sólo no quiso ser un obstáculo, sino

que incluso se convirtió en mediador literario de aquella pasión y animó a ambos a describirla minuciosamente en un diario íntimo del que surgiría un libro escrito entre los dos o entre los tres.

Mi hermano, que contaba entonces siete años, y yo, que tenía cuatro, asistimos a aquella extraña aventura que hubiera podido privarnos de nuestra madre si su deseo de rehacer su vida y de tener un hijo con Roché se hubiera llevado a cabo. En mi memoria no queda prácticamente nada de las escenas que Truffaut hizo entrar en dominio público, y me incomoda que un nuevo interlocutor, que ha visto la película, me diga: «Ah, usted es la niña de *Jules y Jim*».

Yo era un chiquillo muy movido al que aquel francés alto, delgado, esbelto, simpático y de gestos seguros le parecía un compañero de juegos ideal en los prados de Baviera y al borde del estanque donde nos enseñaba a hacer rebotar las piedras sobre la superficie del agua. Yo dejaba que mi hermano Ulrich se ocupara de proteger a Franz, como hizo toda su vida. Me parece que, desde aquella temprana edad, habíamos dividido el mundo en dos partes: la de mi hermano y la mía. Su parte incluía a Franz, el rigor, la equidad y la música; la mía, a Helen, la impertinencia, el ingenio y la poesía. Era un reparto arbitrario, contestable, pero que aún hoy me es difícil evitar.

En el seno de esa agitación había una persona que mantenía el equilibrio: Emmy Toepffer. Puericultora, de familia protestante de Mecklembourg, sufría una deformación de la cadera que hacía que al andar pareciera que bailara. Emmy fue contratada por mi tía, que tenía una guardería infantil a veinte kilómetros al este de Berlín donde mi hermano y yo jugábamos con nuestros primos. Su formación como educadora era excelente, sabía juegos, poemas y canciones, y su manera de tratar a los niños era de una ternura y delicadeza excepcionales. Mi madre consiguió que su hermana mayor le permitiera llevarse a Emmy a su servicio para ocuparse de sus propios hijos.

Teníamos, pues, un aya, esa figura emblemática y muy a menudo ambigua de la burguesía del siglo XIX. Sin embargo, sólo conocí sus aspectos más armoniosos: una presencia protectora que no es la de un pariente a pesar de formar parte de la familia, un ser de sexo femenino sin ser verdaderamente sexuado y el reflejo terrenal más cercano a un ángel de la guarda. Hubo un segundo ejemplo en mi vida, veinte años más tarde: Valya Spirga de Riga, aya de Vítia, mi primera esposa, y luego de nuestros tres hijos. El caso es que en 1920, Emmy Toepffer de Ratzeburg se convirtió en el centro de gravedad de nuestra infancia y a ella le debo haberme cuestionado por vez primera.

Durante los primeros años de mi vida fui un niño turbulento, de mal genio, pependenciero y desmelenado. Me negaba a aceptar mi nombre, Stefan, y pretendía con insolente seguridad llamarme Kadi, y esa elección, que no se explica más que por una

feroz afirmación de identidad, se impone aún hoy a mi hermano y mis primos. Según los relatos maternos, cuando alguien entraba en mi habitación, que eran mis dominios privados, pateaba y berreaba. Emmy me hizo comprender, quién sabe gracias a qué sortilegios, que la cólera es contraproducente. Hacia los seis años tomé pues la decisión de no volver a recurrir a la cólera y así he seguido hasta el día de hoy.

Abandoné la cólera en beneficio de la pasión de gustar, igualmente capaz de sacudir el alma. De gustar en primer lugar a mi madre y halagar así las ambiciones que tenía para su hijo pequeño. Había que saber leer, calcular, recitar poemas, inventar bellas palabras o resolver enigmas antes y más rápido que los demás. Ambiciones, como puede verse, de carácter intelectual. La fuerza o la maña no tenían cabida.

Y además, la relación entre Helen y Emmy también me enseñó el arte de admirar, ingrediente precioso del de gustar: admirar a Helen como Emmy la admiraba; admirar lo que Helen admiraba con toda su generosidad: lo bello, lo inesperado, lo regalado.

Investido con esta nueva personalidad llegué a París con siete años.

¿Por qué mis padres habían decidido establecerse en Francia? Nunca me planteé la cuestión. Aún hoy en día, mi análisis no puede ser más que una reconstrucción artificial: las decisiones fundamentales de la vida son a menudo las más difíciles de justificar. Mi padre adoraba París y, al haber perdido su fortuna, se ganaba la vida como traductor. Mi madre amaba a Henri-Pierre Roché y deseaba vivir junto a él. ¿Eran razones para obligar a los hijos a cambiar de país en plena escolarización? En 1925, los alemanes no eran populares en Francia; éramos ineluctablemente unos *boches*^[3]. Emmy, que vivía con nosotros, hablaba muy poco francés.

Al evocar ahora ese trasplante de Berlín a París, me doy cuenta por primera vez de su incongruencia. En mi recuerdo, era la cosa más natural del mundo. Y, sobre todo, despertaba entusiasmo. Todo me encantaba, desde el largo viaje en tren, el desfile diurno y nocturno de estaciones, cuyos nombres descifraba asomado a la ventana a pesar de la carbonilla, hasta la llegada bajo la bóveda inmensa de la estación del Norte. Primer contacto con el metro y luego con el león de Belfort, y primeras noches en el Hotel du Midi, en la avenida del parque de Montsouris. Era verano, al principio de las vacaciones. Al llegar el otoño ya le había cogido gusto a esa nueva vida, a aquella nueva ciudad.

Habíamos abandonado una capital cultural que la derrota había hecho perversa, donde nuestros padres compartían el tormento de una *intelligentsia* amarga, sublevada, a veces cínica, a la que daba alas el lirismo puro de Rilke al tiempo que se veía minada por las sombrías profecías del expresionismo. Llegamos al París de 1925, orgulloso tras haberse convertido de nuevo en el polo de una naciente ambición artística que rompía radicalmente con el pasado, dispuesta a explorar, según la

fórmula de Apollinaire, «la bondad, inmensa extensión donde todo se calla».

A los siete años se perciben fácilmente los efluvios de un nuevo marco, el inconformismo y la altivez. Mi propia afición pueril al juego y al riesgo me llevaba a cuestionar las formas, las costumbres y las tradiciones que caracterizaban el medio en el que vivían mis padres, aquel al que los hizo acceder Roché. Cuanto más viva era la fractura, más me llamaba la atención. Dadá me parecía de lo más natural. Marcel Duchamp designaba con gran sencillez los cambios necesarios, ese ponerlo todo patas arriba que tanto gusta a los niños. Yo estaba dispuesto a creer que cuanto más lúdica fuera una cosa, más profunda era. El mensaje del *ready-made* es que el acto por el cual el objeto más vulgar se expone como obra de arte es un acto de fe en el imaginario infatigablemente disponible.

Entré de lleno en aquella fiesta ritual de la que Apollinaire había sido el profeta: aquella danza de las palabras, de los sonidos y los colores en la que el juego de palabras destronaba a la retórica; esa reivindicación de libertad ardiente, que descomponía la realidad en cubos y la recomponía en fantasmas, alimentada por los revolucionarios descubrimientos de Freud y las vertiginosas ascesis de Nietzsche, que florecerían en el surrealismo.

Cuando mi hermano y yo íbamos al taller de Alexander Calder —que ponía en funcionamiento, para un grupo de niños y adultos, su circo compuesto por figuras móviles de alambre—, cuando nos reíamos al ver al caballo depositar una boñiga que el mozo de pista recogía con una pala, sabíamos que aquello no era sólo una diversión. Aquella gran cabeza redonda y rosada inclinada sobre unas sutiles mecánicas era, para nosotros, la del heraldo de una libertad que había que proclamar, tanto para París como para Berlín, para el viejo y el nuevo mundo.

Jamás he dejado de tener una certidumbre: la vida no adquiere todo su sentido más que si descubre los caminos que conducen a ese aumento de la libertad creadora, que si pretende, más allá de la realidad, acceder a lo que la sobredetermina. Esa certidumbre la adquirí en mi infancia berlinesa y parisina de los años veinte.

Como berlinés convertido en parisino, me sentí dividido entre mi círculo familiar, políglota y artista, y el nuevo entorno escolar y urbano en el que, con todas mis fuerzas, deseaba integrarme. Primero vi París desde Fontenay-aux-Roses, suburbio de nombre poético unido a la capital por dos tranvías, con sus frenos de arena que, en pie en la plataforma trasera, me moría de ganas de accionar.

Fue allí donde durante un año mi hermano y yo fuimos a la escuela municipal. La acogida fue fraternal por parte de los alumnos y atenta por la de los profesores. El mío se llamaba Pépin y me cogió afecto. Uno tras otro, gané el premio de honor y el premio a la camaradería: *Ivanhoe* de Walter Scott, en una magnífica edición de cubierta roja y letras doradas. Mi hermano se lo merecía más que yo.

Dado que pronto nos manejamos con mayor facilidad que nuestros padres con la lengua de la calle, nos convertimos en sus mentores en aquel país que nos habíamos hecho nuestro. Más adelante, cuando me ocupé de los problemas de la inmigración, constaté el mismo fenómeno: los niños escolarizados, entre los magrebíes en particular, son los mejores actores de la integración de sus padres.

En casa hablábamos en francés, y rara vez algunas palabras en alemán. Franz dominaba perfectamente el francés escrito, pero siempre conservó un ligero acento. Emmy a veces cometía faltas, que nos complacía corregirle. Los niños no tienen piedad: cuando nuestra abuela venía a visitarnos, nos burlábamos de su pronunciación. Así que pronto tomé distancia con la lengua alemana. Me atraía más el inglés, que a Helen le gustaba. Poco a poco me convertí en trilingüe. Conservo una predilección por la poesía alemana, cuyos ritmos me emocionan sin duda porque son los de mi lengua materna, pero hoy me sería difícil escribir un buen texto en alemán. Por el contrario, Helen siguió ejercitando el alemán hasta el final de su vida, los últimos años de la cual compartió con Anne-Marie Uhde^[4]. Tradujo varias obras del francés o del inglés al alemán. A los setenta y cinco años tradujo *Lolita*, de Nabokov, una proeza de la que se sentía muy orgullosa.

El 20 de octubre de 1925, día de mi octavo aniversario, viví la experiencia de una primera muerte y una primera resurrección. En la estación de Val-de-Grâce, salté del tranvía en el bulevar Saint-Michel y me atropelló un coche. Rodé por la calzada entre sus cuatro ruedas. Mi alarido ahogó el grito de mi madre: tuve la fulgurante convicción de que era mi fin. Sin embargo, reaparecí al otro lado del coche, con un simple rasguño en la frente producido por el tubo de escape. Me puse en pie indemne y con el júbilo de un campeón victorioso. La palabra clave es «indemne». Procuré a

Helen una emoción intensa y le demostré mi suerte. Mi *Geburtstag*^[5] me regaló un renacimiento: un guiño al destino y una complicidad nacida ya en la infancia que el paso de los años no desmentiría. Finalmente, firmé un contrato con el adoquinado parisino. Ya podía olvidar los adoquines de Berlín.

Al año siguiente, mi hermano y yo entramos en la Escuela Alsaciana. Ulrich en *quatrième* y yo en *sixième*^[6], muy adelantado para mi edad. Los maestros lo tuvieron en cuenta, e impulsaron mi sed de aprender, mi deseo de entrar en esa relación específica con el mundo que caracteriza la cultura francesa, su seguridad intelectual y su tolerancia. No tengo recuerdo de ninguna actitud de rechazo. Tal vez haya borrado las manifestaciones de xenofobia. Ulrich, por su lado, sí tiene algunas reminiscencias precisas. Tres años mayor que yo, se consideraba en cierta manera un exiliado (más tarde diría: «Ya estoy harto de esta Francia, quiero volver a Alemania»), y recuerda haber oído a su alrededor insultos xenófobos. En aquella época, la palabra *boche* se profería a menudo, en la escuela, en la calle, y debí de oírla aplicada a mí, pero no conservo de ello ninguna herida notable.

Durante siete años, la Escuela Alsaciana me sirvió de marco intelectual, moral, deportivo y lúdico. Le debo buena parte de lo que soy. En el centro del distrito VI, en el corazón de París, en el corazón del mundo, con sus orígenes patrióticos y protestantes, sólo podía ser elitista, ambiciosa, arrogante y orgullosa de una pedagogía cargada de virtudes. He tenido muchas ocasiones de criticarla, incluso cuando sesenta años más tarde formé parte de su consejo de administración. Y, sin embargo, constituía un marco particularmente propicio para mi integración.

Recuerdo a numerosos alumnos extranjeros que frecuentaban la escuela, la emulación de los niños frente a las niñas, poco numerosas y por lo general las primeras de la clase, y a una bella americana a la que en *sixième* no le quitaba la vista de encima. Durante un año, inventé para mis camaradas franceses un reino imaginario en el que ellos eran los príncipes y yo, el más joven y el más humilde súbdito. Esas fabulaciones debían ser secretas. Se entremezclaba la necesidad de jugar a un juego oculto y el temor a ser descubierto: yo no era el que los otros creían, yo era un extranjero infiltrado en un medio en el que debía pasar desapercibido. Esas chiquilladas se disiparon a partir de *quatrième*, pero algo quedó de ello y reaparece en mis sueños a menudo. Una cierta afición a la mentira, que protege a los demás y a mí mismo. Sólo me libré de ello —¿definitivamente?— el día de mi segundo matrimonio, a la edad de setenta años. Ya era hora.

En la Escuela Alsaciana éramos los «internacionales», más que los «extranjeros»: aquellos que mezclaban los colores y los tonos de otros parajes con la sustancia francesa que nos era común.

Había dos rusos —un príncipe, Jean Wiazemski, y Georges Kagan, un pariente de Ilya Ehrenburg—, dos polacos —Alexandre Minkowski y Gordowski—, un armenio —Alec Prochian— y Hetherwick, un inglés muy pelirrojo. Con cada uno de ellos individualmente, pero también con el sexteto en conjunto, había establecido relaciones de mutua protección, algunas de las cuales se prolongaron a lo largo de toda nuestra vida.

Georges Kagan era un muchacho delgado de rasgos frágiles, dotado de una memoria prodigiosa que él y yo creíamos que era consecuencia de unas fiebres tifoideas contraídas a los ocho años y que lo habían vuelto amnésico de cuanto había sucedido antes. Tenía, pues, un cerebro virgen en el que se imprimían los datos de la historia, de la geografía y de la literatura. La enfermedad le había dejado también como secuela un cierto temblor que hacía que me fuera muy familiar. El contacto cotidiano con mi hermano, que padecía frecuentes ataques de epilepsia, me había habituado a reconocer el poder magnético de los traumatismos superados. Con Kagan, los juegos de memoria, en los que me vencía sin dificultad, eran unos ejercicios cuyos efectos aún conservo: la capacidad de retener cuanto parece que no sirve para nada, como el nombre de los países y de sus capitales, los ríos y sus afluentes, las fechas de nacimiento y de muerte de los poetas o la ubicación de las salidas en los andenes de las estaciones del metro. Kagan había nacido en Rusia, como tantas personas que han marcado mi vida. La suya, difícil de sobrellevar, ya que no pudo insertarse en una sociedad que no lo comprendía, fue la de un apátrida nómada al que torpemente manifesté una solidaridad demasiado intermitente. ¿La noticia de su muerte constituyó para mí una liberación o tuve remordimientos? Su destino estaba en las antípodas del mío, y era el ejemplo del fracaso de una integración.

Jean Wiazemski ocupa un lugar muy diferente en el corazón de un trío del cual el tercer personaje, Joseph Berkowitz, fue hasta la guerra un amigo íntimo. Wiazemski —futuro yerno de François Mauriac y cuya hija, Anne, es novelista y actriz— establece un puente entre mi segunda mujer y yo. Él la conoció en los años cincuenta y yo navegaba con él por el Ebro en los años treinta. Alto y guapo, un verdadero príncipe, muy cándido en su aspiración a una vida altiva, era el contrapeso de Joseph Berkowitz, hábil manejando nuestra canoa, el polo realista, escéptico y hedonista que daba coherencia a un grupo de adolescentes. Yo era el más joven y observaba a mis amigos como si fueran unos donjuanes cuyas técnicas tenía que aprender. Sin embargo, mi primera tentativa con Blanche, que vivía en Gentilly y a la que cada mañana iba a buscar a la estación de Sceaux, se quedó en agua de borrajas: mi declaración de amor, torpemente deslizada hacia su pupitre, acabó entre las manos de mis camaradas. Sus burlas cortaron en seco mis proyectos de seducción.

La duradera amistad que se estableció entre Alexandre Minkowski y yo es de otra

naturaleza. Para nosotros, era de entrada el hijo de un ilustre psiquiatra del que sabíamos, sin haber leído sus obras, que había traído de Polonia unas visiones originales acerca del funcionamiento de la mente humana. No iba a mi clase, sino a la de mi hermano. Fueron los campamentos de exploradores, en el bosque de Rambouillet o bajo los pinos de las Landas, los que nos aproximaron. Nos hemos ido encontrando a lo largo de la vida en grandes temas o causas: la acción humanitaria, el combate de la izquierda, la solidaridad con el sur. En cada ocasión, Minko comienza evocando la Escuela Alsaciana. Para él, fue allí donde se forjaron nuestro sentido de la verdadera camaradería, de la tolerancia y de la ética democrática, nuestro apego a los más altos valores humanos. Fue allí donde su vida y su obra cobraron vigor, en esa educación de la que nuestra escuela se reclamaba campeona. Defiende las causas comunes con más entusiasmo y lirismo que yo. A veces he tratado de aconsejarle moderación, pero en vano: ¡fue mi jefe de patrulla en los exploradores y le debo respeto!

Si el inglés Hetherwick —de cabellos de fuego— permanece en mi recuerdo como el inevitable primero de la clase de *quatrième*, si Gordowski —el polaco risueño— figura más bien entre los zoquetes, el armenio Alec Prochian reapareció bruscamente treinta años más tarde, médico y bibliófilo, en un apartamento encima de la Ópera.

Lo único insólito en la singular aventura que vivían nuestros padres era la falta de disimulo. Si a Ulrich le chocaba, pues no le gustaba que Roché se presentara como sustituto de nuestro padre, a mí me parecía simple y legítima. Ésa era, además, la imagen que Emmy nos presentaba: Franz es un sabio; Helen, una fuerza de la naturaleza, libre e indomable, y Roché, un francés refinado que la hace feliz. Y además yo tenía la convicción de que, entre Franz, Pierre y yo mismo, a quien más quería Helen era a mí.

¿Cómo lograba conciliar Emmy esa situación con su educación luterana? ¿De dónde extraía aquella bondad y aquella generosidad de la que Ulrich y yo fuimos los beneficiarios? Yo tenía catorce años cuando nuestros caminos se separaron. Ulrich había elegido proseguir sus estudios en Alemania, reunirse luego con Franz en Berlín y hacer su aprendizaje en la editorial Rowohlt. Emmy se unió a ellos. Diez años después de la guerra pude explicarle cómo había asumido la tarea implícita que me había confiado: hacer que los demás compartieran mi inquebrantable confianza en la vida. Fui a verla a Hamburgo, donde hasta su muerte se ocupó de niños traumatizados por el conflicto bélico. Me parecía que nadie más que ella podía tener una imagen completa de mí. Todo cuanto ignoraba de mí no podía ser más que efímero. Lloré mucho en su entierro.

En 1929, al dejar Fontenay-aux-Roses, la familia se instaló en la calle Ernest-

Cresson, en el distrito XIV, a dos pasos de la Villa Adrienne, donde Helen murió en 1984, tras haber pasado allí los últimos cuarenta años de su vida. En nuestro apartamento, muy *Bauhaus*, de muebles geométricos, con las paredes pintadas de colores vivos y contrastados de las cuales colgaban algunos cuadros cubistas, recibíamos la visita de los amigos de Roché, con los que Helen pronto había entablado relación. Estaban Marcel Duchamp y su compañera, Mary Reynolds; Man Ray, que hizo un bello desnudo de Helen en la playa; Le Corbusier y Philippe Soupault; Jules Pascin y Alexander Calder; Constantin Brancusi y Max Ernst; André Breton y Pablo Picasso. Para mí, Man Ray tenía un encanto especial, con su cabeza de gatito y su afición a las sorpresas. Era imposible aburrirse con él. Le gustaba jugar, y a mí también.

Franz, que iniciaba entonces con Walter Benjamin la traducción de *En busca del tiempo perdido*, regresó a Berlín y dejó a Helen y a sus hijos en París. Quizá hay que fechar en esa época el divorcio de mis padres. No lo recuerdo. Helen se ganaba la vida como corresponsal de moda del *Frankfurter Zeitung*. Ese diario editaba un suplemento semanal, *Für die Frau*, al que Helen proporcionaba la parte esencial del contenido desde París. Era un trabajo agotador, bien pagado, que le valió nuestra admiración. A veces nos llevaba a ver las colecciones de los grandes modistos del momento. Poiret y Paquin habían desaparecido; Patou y Jeanne Lanvin, Chanel y Schiaparelli se hallaban en su apogeo. Rodier y Bianchini-Férier producían las telas más bellas. Sabíamos que Helen habría preferido llevar a cabo una obra más literaria, pero constatamos también que consiguió convertir en un arte lo que al principio no era más que un medio para ganarse la vida. Se tomaba su profesión en serio y dio una conferencia en Múnich sobre la «esencia de la moda», que era una reflexión poética y filosófica. Al regresar de la escuela, nos la encontrábamos tras su pequeña máquina de escribir Underwood, terminando el artículo de la semana, siempre a última hora y bajo presión.

Roché vivía con nosotros, pero había conservado su apartamento en el número 99 del bulevar Arago, a dos pasos de la calle Ernest-Cresson. Me abrió sus puertas y me permitió acceder a su biblioteca de coleccionista y escritor. Allí descubrí a Jean Cocteau y André Gide, los templos de la India y a los cubistas. Un día también hallé allí una preciosa y enorme pluma Parker y no pude resistirme al deseo de apropiármela. Se dio cuenta y me exigió que se la devolviera. Conservó el original anotado de la carta que le escribí para justificarme. La recuperé gracias al conservador de la Universidad de Austin, en Texas, que colecciona todos los documentos relacionados con Henri-Pierre Roché, y no puedo resistirme a la diversión de reproducirla:

Querido Pierre:

Mamá me dijo ayer que habías hallado un extraño parecido entre mi pluma y una pluma que,

precisamente, te había desaparecido. Comprenderás sin duda que esta coincidencia es tan molesta para mí como para ti. No trataré de convencerte de que esa pluma no te pertenece, así como tú no podrás demostrar que te la haya robado. Es inútil. Espero que comprendas mi penosa situación. Lo peor es que ni siquiera puedo darte detalles acerca de la procedencia de esa pluma, puesto que se la compré a un camarada de la escuela en un momento en que tenía absoluta necesidad de una pluma.

Te ruego, pues, para evitar cualquier malentendido, que conserves esa pluma, pues probablemente proceda a pesar de todo de tu casa, dado que tan bien la reconoces. Te adjunto, por tanto, el capuchón, que olvidaste llevarte. Esperando que esta enojosa historia no tenga otras consecuencias más fatales que el enojo de mamá, sigue siendo tu sincero amigo

Kadi

P.S.: Confío en que este asunto no destruirá una amistad tan sólida como la nuestra.

Roché había anotado al final de la carta: «Carta entregada. Desmentida unas horas más tarde por una llamada telefónica en la que afirmó haberla pispado».

De todos los amigos de Roché, el que más nos impresionaba era Marcel Duchamp. Su amistad, muy íntima, se remontaba a los años de la Gran Guerra. Ambos fueron enviados en una misión a Estados Unidos para defender la entrada norteamericana en el conflicto.

Para mí, Duchamp tenía todos los rasgos de una figura heroica, incluida su modestia cortés. Todo cuanto de él emanaba estaba revestido de un halo, el del apóstol de una aproximación radicalmente diferente, soberbiamente irónica y a la vez muy estructurada, a la realidad y a la creación. Tenía yo catorce años cuando me inició en la base matemática del ajedrez, juego del que sabía que era un maestro, y yo me sentía su discípulo. Más adelante, me dio, para que la estudiara, su «caja verde», en la que están reunidos, bajo forma de dibujos, fichas, objetos y misteriosos textos, elementos constitutivos de *La Mariée mise à nu par ses célibataires, même*.

Enero de 1933: Hindenburg nombra a Hitler al frente de la cancillería del Reich. El sueño, tanpreciado por mi padre, de una Europa enriquecida por las herencias conjugadas de Carlomagno y del Siglo de la Luces se desvaneció. Nuestro rechazo fue total e inmediato. A nuestro parecer, aquel payaso megalómano, que gritaba en una lengua atrozmente vulgar, no tardaría en sucumbir. Los alemanes no eran tan estúpidos...

¿Tuvimos que cambiar nuestro modo de vida? No de inmediato. Helen seguía siendo corresponsal de moda y el *Frankfurter Zeitung* seguía necesiéndola. Franz, protegido por su jefe y amigo, el editor Ernst Rowohlt, conservó su puesto de lector y traductor, a pesar de que su «estatuto» de judío le prohibiera escribir bajo su nombre. No fue hasta 1938, unas semanas antes de la noche de los cristales rotos (el 9 de noviembre), cuando Helen fue a buscarlo a Berlín y lo metió en un tren con destino a París.

Yo no sabía demasiado acerca de ese «salvamento». Helen tuvo que volver a

casarse con Franz para conseguirle un permiso de salida, y eso le permitió aceptar la invitación de Alix de Rothschild para instalarse en París. Lo acogimos con gran alivio. Helen se había quedado en Berlín, donde asistió al pogromo de la noche de los cristales rotos, sobre el que escribió, en inglés, para *The New Yorker*, uno de sus mejores artículos.

Cuarenta y cinco años después, en un texto de Franz hallado entre los papeles postumos de su amigo Wilhelm Speyer, que se marchó a Estados Unidos en 1941, encontré algunos pasajes en los que mi padre evoca las relaciones con su hijo pequeño. Cito las que más hondo me llegan. Franz había llegado a París la víspera y se había reunido con su amigo y sus hijos, mi hermano y yo, en el Café des Deux-Magots. Las dos figuritas chinas propias del local ya no se hallaban en su lugar habitual. Eso lo sorprendió, y Speyer, a quien llama Lothar, se burló de su curiosidad por detalles insignificantes en el momento en que había recuperado la libertad y a sus hijos. Escribe:

El reproche de mi amigo no era tan fundado como podía parecer a primera vista. Había querido distraer la atención de los demás de aquello que me fascinaba. Era el rostro de mi hijo pequeño. En aquel rostro emergían, se superponían y se confundían, no sabría decir cómo, una gama de rostros anteriores de aquel Gaspard^[7] que entonces tenía veinte años, aquel de la época en que era un minúsculo Kaspar, luego uno no tan pequeño que crecía muy deprisa. Había el del niño adormilado sobre su albornoz de baño, tumbado de costado, cuyas manos sostenían aún el cubo, la pala y el molde, como las de un carretero borracho sostienen las riendas durante su sueño. A aquel hombrecillo de dos años que titubeaba lo llevábamos de la playa del balneario en el Báltico hasta casa en un cochecito que chirriaba. Pero ya el rostro pequeño se adelgaza y se alarga. El labio superior avanza, la nariz echa raíces enérgicamente en la frente cubierta por la capucha de su abrigo: un gnomo escala la calle del pueblo del valle del Isar. Un instante después se me aparece, sentado a la mesa a la hora del desayuno, el más joven de los comensales, con la frente despejada y los cabellos enmarañados, las piernas colgando, y echa una mirada bajo las pestañas temblorosas por encima del borde de su taza. Y allí, de repente, aparece un ser completamente nuevo, no extraño, sino nuevo, que levanta un brazo de efebo con el que le hace una señal a su padre que desembarca en la isla de Mallorca, como si llevara el banderín del corredor de Maratón. Fui presa en aquel momento de un feliz espanto. (¿Es el mismo que siento de nuevo o sólo la evocación de ese encuentro que tuvo lugar ya hace seis años?).

Antes de ese reencuentro, habían pasado tres años en el curso de los cuales no lo había visto en absoluto. Y antes de eso sólo habíamos pasado juntos algunas semanas aquí y allá. En la caja de cartón que dejé en Berlín, tiernamente ordenadas, se hallan las cartas del niño y luego del adolescente, con frases alegres y otras más melancólicas, reflejos del adiós a la infancia aún próxima en su respiración continua, pero la mayoría de las veces estimulantes, en alemán y en francés, con dibujos explicativos y fotografías (pronto atraídas hacia ojos ávidos). Mis respuestas no pudieron ser tan satisfactorias como las cartas de Kaspar y Gaspard. El eremita y coleccionista que yo era, sin embargo, se refociló en aquella acumulación de señales de vida. ¿Estaría yo a la altura, hoy, de esa vida cuyas manifestaciones he recogido tan fielmente? Ésas eran las preguntas que me venían a la cabeza ahora en el claroscuro del café. Ya estaban ahí cuando a la edad de quince años el adolescente me hizo una señal, con su silueta de mensajero recortándose contra el fondo del puerto, con la ciudad de Palma centelleando encima. Y, sin embargo, al mismo tiempo se me aparecía el ser minúsculo confundido con los juguetes de su habitación. Y que de pronto se convierte de nuevo en el chiquillo que corre hacia mí ascendiendo el camino que lleva a la puerta del jardín. Con sus rodillas de niño y unos calcetines que se le caen a los tobillos, se aleja corriendo para recoger las hojas caídas sobre su camino, y se da la vuelta antes de desaparecer tras los árboles, y grita: «¡Hasta luego!».

Las vacaciones en la punta noreste de la isla de Mallorca que evoca ese texto

tuvieron lugar poco antes del final de mi escolarización. En 1933, a la edad de quince años, acabé el bachillerato de filosofía. No tenía ni idea, o casi, del camino que quería seguir. La arquitectura me atraía y también la diplomacia. Todo dependería de las tensiones internacionales. En primer lugar debía cambiar mi pasaporte alemán por uno francés. Mientras Hitler estuviera en el poder, la idea de regresar a Alemania me daba pánico. A la espera de lo que pudiera acontecer, tenía que celebrar mi éxito escolar con unas vacaciones junto con mis camaradas.

Berkowitz y Wiazemski no me embarcaron, como en los años precedentes, para ir al Tarn o al Vézère, sino a España, al Ebro. De esa experiencia guardo un recuerdo agradable: las últimas imágenes de una España que dos años más tarde se convertiría en escenario de un conflicto en el que iba a estar en juego el equilibrio entre las democracias y los fascismos. Una España heroica y torturada hacia la que ese descenso por el Ebro a través de Navarra, Aragón y Cataluña me volvió muy sensible, tras comerla y bebería, olería y escucharla.

A medio camino entre Miranda de Ebro y Tortosa, rompimos el casco de nuestra canoa en el aliviadero de un pantano aragonés. Nos albergamos tres días en la casa del guarda, que fraternalmente nos ofreció hospitalidad; nos alimentamos de fruta y de garbanzos, y aprendimos a beber a galleta. Al tercer día, una vez reparada nuestra embarcación, nos pusimos de nuevo en marcha. Dejamos a toda velocidad a nuestras espaldas los rudos paisajes de Aragón y llegamos a los parajes súbitamente mediterráneos de Cataluña, entre pinos y olivos que reflejaban una luz más libre. Fuimos hasta la frontera entre Port Bou y Cerbère en tren e hicimos transbordo cargando con nuestra canoa, a pocos kilómetros del lugar donde, ocho años más tarde, se suicidaría Walter Benjamin.

A mi regreso, encontré a Helen abatida, con el rostro tumefacto. Su relación con Roché había iniciado una fase tormentosa a principios de los años treinta, años de esperanzas y decepciones, de rechazos y de reinicios, que acabarían en una ruptura bastante morbosa. Aquel día de julio de 1933 Helen había descubierto a la vez que Roché se había casado en secreto con Germaine y que tenía un hijo. No soportó aquella larga mentira y tuvo lugar una escena de extraordinaria violencia. Ella lo amenazó con un revólver y, presa del pánico, Roché recurrió al boxeo para deshacerse de ella. Tras aquella escena, Helen decidió no volver a verlo, cosa que mantuvo rigurosamente.

Fue durante ese período cuando tuve la idea infantil de redactar un manual de historia y de geografía a imitación de los de Malet-Isaac y Schrader-Gallouédec. La obra, un grueso cuaderno verde enriquecido con ilustraciones, mapas y encartes, trata del archipiélago Hesselland, un grupo de islas cada una de las cuales lleva el nombre de un miembro de la familia o de un amigo de la escuela. Su última puesta al día relata el episodio durante el cual la isla de Pedroland, la de Henri-Pierre Roché,

desaparece bajo una ola gigante. Así clausuré yo la gran pasión de mi madre.

Llegué a Londres en octubre de 1933, para descubrir un país que Helen siempre había amado. Pasó unos días conmigo y luego me instaló en casa de su primo Franck, padre de dos auténticos pequeños ingleses sonrosados y atléticos, Basil y Jonathan. En el jardín de su casa, cerca de Croydon, aprendí a jugar a críquet.

Tenía la sensación de haber escapado del «continente», donde la atmósfera estaba enrarecida, donde Helen se tambaleaba presa de la rabia y la pena, donde los refugiados judíos que afluían desde Alemania difundían noticias escalofriantes, donde ya circulaban los primeros relatos acerca de aquellos lugares que ya se denominaban «campos de concentración», pero cuyo funcionamiento no se alcanzaba a comprender. Un amigo de Helen, Hulchinski, que había pasado unas semanas en Buchenwald y pudo comprar su libertad, sólo hablaba de ello en voz baja cuando lo vimos, a su paso por París, de camino a Estados Unidos: «Los golpes, siempre en la cabeza», dijo.

Dejé todo eso tras de mí. Allí, en aquella isla, era libre y estaba solo. Hoy soy consciente de cuánto me aportó aquel año inglés: el aprendizaje de una tercera lengua viva, que pronto fue para mí tan familiar como el alemán o el francés; la inmersión en el universo británico, en plena adolescencia, con todos los sentidos despiertos. Londres me gustó a primera vista. Esa capital real que soy feliz de haber recorrido, devorado y explorado antes de que la guerra la mutilara, tal como la describen Charles Dickens y Henry James. Allí cultivé varias manías que me han acompañado a lo largo de mi vida: los largos paseos, diurnos y nocturnos, a través de la ciudad; la sistemática investigación de los transportes públicos —autobuses de dos pisos, metro y resto de red suburbana—, o el aprendizaje de memoria de poemas ingleses, alemanes y franceses, que me recitaba a media voz a orillas del Támesis.

Con un padre poeta y una madre entusiasta «transmisora» de la emoción poética (a su muerte dejó decenas de cuadernos en los que había copiado estrofas de sus escritores preferidos), yo concebía la poesía como la dimensión espiritual que justifica la veneración, como habría podido concebir la religión en el seno de una familia creyente. Franz nos leía fragmentos de su traducción de Homero, Helen nos hacía aprender versos de Rilke y de Hölderlin. Desde nuestra llegada a Francia, Ulrich y yo habíamos organizado espectáculos en torno a las fábulas de La Fontaine o escenas de Moliere, de Corneille y de Racine. En *El misántropo*, yo era Philinte, el contemporizador, y él Alceste, el riguroso. Aprendí «El cuervo» de Edgar Allan Poe y aún hoy me lo recito, con un sollozo en la voz en la penúltima estrofa, en la que el pájaro negro niega al poeta cualquier esperanza de reencontrarse con su amada en el

más allá.

Con el paso de los años, mi memoria ha ido acumulando centenares de poemas cuyas estrofas surgen en cuanto se las requiere, sin que tenga que hacer esfuerzos para encadenarlas. No soy yo quien las busca en el fondo de mi cerebro, son ellas las que se abalanzan una tras otra. Eso me sucede en mis tres lenguas y me lleva a hacer el ridículo, lo sé, no sólo a causa de mi propensión a solicitar auditorios para mis recitales, que me cuesta abreviar, sino también por la emoción que me invade, y que sé disimular mal, en cuanto un verso alcanza cierto grado de carga poética, igual que un vino alcanza determinado grado de alcohol. También he escrito versos y se los he ofrecido a bellas damas, pero sin obtener los favores esperados.

Ese año londinense no se redujo a recorrer la ciudad recitándome sonetos de Shakespeare. Estaba matriculado en la London School of Economics, la Escuela de Ciencias Económicas de Londres, cuyos cursos seguía de manera irregular. Dedicaba más tiempo a las sesiones de cine matinales, que, más baratas que las de la tarde, sólo costaban diez peniques. Mis profesores preferidos enseñaban historia de la diplomacia. Un arte que, ejercido por ingleses, parecía sutil y eficaz. Pero también coincidí con Harold Laski y Arthur Koestler: el primero, osado y convencido de que la economía aún estaba por construir; el segundo, sombrío y que preveía ya la decadencia del hombre. Sentía que ambos tenían razón, pero me seducía más el análisis de Laski. Pensaba que un conocimiento más profundo de la economía permitiría una evolución de las sociedades humanas hacia una mayor justicia y libertad.

A decir verdad, mi vínculo con la política era en aquel momento muy superficial. La relación que trabé con la mitología griega era mucho más acaparadora. Pasaba mañanas enteras tras las vidrieras góticas de la Guildhall Library, en el corazón de la City, compulsando los textos esenciales, y reconstruí minuciosamente la genealogía de los dioses, héroes y reyes de la antigua Grecia a partir de las epopeyas de Hesíodo y de Homero y de las «bibliotecas» de Apolodoro de Atenas y de Diodoro de Sicilia.

Por lejos que queden mis diecisiete años, mi memoria los rodea de todos los encantos de estar fuera del país y de la soledad libre, interrumpida únicamente por las vacaciones en París, donde me reencontré con Helen. Había acogido a una persona muy singular, Charlotte Wolff, doctora en medicina, judía, que huía de la Alemania hitleriana, amiga de Franz y de Walter Benjamin, con quien rivalizó en la traducción al alemán de los poemas de Baudelaire. Charlotte había descubierto una verdadera ciencia en la lectura de las líneas de la mano, la quiromancia, con la que se ganaba la vida. Lesbiana militante, sentía por Helen una pasión platónica. Compartían, hacia la altura media de la montaña de Sainte-Geneviève, un apartamento que les había prestado una de las últimas egerias de Rilke, Baladine Klossowska, madre del pintor

Balthus y del filósofo y novelista Pierre Klossowski. Poco a poco, Helen superó su ira y su rencor hacia Roché y volcó su energía en el trabajo, la escritura y los encuentros con creadores, a los que invitó a sumarse a Charlotte Wolff. Durante mis breves estancias en París entre dos trimestres, descubrí aquella personalidad ardiente y fuerte, una criatura esbelta, muy masculina por su tono de voz y por la oscura pelusilla que voluntariamente remataba su mentón, segura de su ciencia, fascinando a sus compañeras con una mirada luminosa. Me dejé cautivar con agradecimiento e iniciar en Freud, Marx y Claude Bernard. Justamente porque trató la interpretación de las líneas de la mano como una ciencia, para mí encarna el triunfo seguro de la razón.

En su autobiografía encontré este retrato de Helen cuyo tono me gusta:

Helen Hessel era el ejemplo perfecto de una mujer de vanguardia. Podía hacerlo todo y lo hacía todo bien, ya fuera trabajar la tierra tras la primera guerra mundial o dedicarse al periodismo de moda durante los años veinte y treinta, ya fuera la amante de numerosos hombres o madre y esposa. Encantaba a los hombres y a las mujeres por igual. Sus ojos azules, claros y fríos como el aire fresco de una mañana de primavera, su elegancia y su seguridad la convertían en el ejemplo vivo de la seducción femenina [...]. Podía escribir un ensayo, domar un caballo o conducir un automóvil. Amante del riesgo, lo hacía todo con pasión, amase u odiara, trabajara u holgazaneara [...]. A mí me tenía fascinada y acepté con placer su invitación para viajar con ella, en coche, de Berlín a Normandía. Había alquilado con su amigo Pierre Roché una granja en el pueblecito de Sotteville. Era en 1926 o 1927 [...]. Yo ignoraba lo que me aguardaba. Helen y Pierre compartían una habitación. La tercera semana de nuestras vacaciones llegó Franz Hessel. Hubiera debido esperarse que estuviera celoso del amante de su mujer, pero resultó que Roché era su mejor amigo [...]. Ese trío parecía una feliz constelación en la que ni el amor ni la amistad se resentían^[8].

De regreso en Londres, tuve otro encuentro cautivador: mi corazón latiría muy fuerte por vez primera por una poeta austríaca, discípula y amiga de Franz, quien le había dado mi dirección.

Para mí, la sensualidad se había confundido hasta entonces con la emoción que la presencia de mi madre hacía nacer en mí. Ella misma no me ocultaba que me veía iniciándome con una relación homosexual, y beneficiándome así de la ternura y la sabiduría de una pareja socrática. La lectura en el apartamento de Roché del *Corydon* de André Gide, a la edad de doce años, me había preparado para esa eventualidad. Pero, a los diecisiete años, seguía siendo casto.

Maria Kreitner tenía todos los atributos de la seducción. Una cabellera rubia cenicienta, algo a lo que jamás me he podido resistir, una silueta turbadora y la timidez de una continental que desembarcara por vez primera en Inglaterra y buscara un guía. A ambos nos habían invitado a una bella residencia en Wiltshire, cuyos propietarios, los Guinness, «amaban mucho Alemania», lo que significaba que habían seguido el ascenso de Hitler con cierta complacencia. Allí había perros magníficos, muchos caballos y chicas de buena familia que explicaban su última visita a Berlín. Maria y yo no nos sentíamos muy cómodos y, a pesar de disfrutar de la generosa acogida y de los encantos del paisaje, compartimos nuestra sorpresa ante tanta candidez. Durante nuestros largos paseos por los campos, yo respiraba su perfume

con la dulce angustia de quien sabe que no se atreverá a declarar su amor. Ella tuvo la delicadeza de acogerme en su intimidad sentimental y a la vez mantenerme en el lindero de su intimidad física. No es extraño que este episodio siga aún muy vivo en mis recuerdos.

El año siguiente, de regreso en París, decidí proseguir los estudios en la Escuela Libre de Ciencias Políticas. No asistí con mayor asiduidad que a la London School of Economics y preferí jugar a *bridge* en los bares del Barrio Latino con Berkowitz y sus compañeros de la Facultad de Medicina. Me mantuve al margen de las peleas entre Action française, Croix-de-Feu^[9] y los militantes comunistas. Me daba cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Helen tomó entonces dos iniciativas que iban a convertir al adolescente de nebulosos proyectos y torpe en sus relaciones con las mujeres en un joven seguro de sí mismo y ambicioso.

La primera consistió en presentarme a una de sus amigas, redactora de *Jardin des modes*, madre de una hija de doce años. Jeanne era belga, su hermana mayor era la esposa de Aldous Huxley y su primer marido era un dramaturgo de cierto renombre. Tras su divorcio, vivió una aventura amorosa noble pero agotadora y se sometió a psicoanálisis para evitar la tentación de suicidarse. Helen, a quien la hija le parecía encantadora, pensó que Jeanne podría ser un día mi suegra. Sin embargo, nuestro encuentro tomó otro rumbo y me enamoré inmediatamente de la madre, que me doblaba la edad.

A veces —pocas, por desgracia— el destino une a dos personas en un momento crucial para la una y la otra. Jeanne necesitaba ser amada con fervor y yo ser iniciado en los secretos de la feminidad. Lo hizo con mucho tacto, inteligencia y ternura. Le debo más de lo que soy capaz de expresar. Esta relación, que ambos sabíamos que sólo duraría un tiempo, exaltó en mí el goce libre de los cuerpos más allá de los límites de la fidelidad.

De los numerosos viajes iniciáticos en los que la acompañé, conservo un recuerdo particularmente emotivo de nuestra excursión dálmata. Había consultado mi atlas y decidí que la costa adriática, entre Split y Cetinje, debía de prestarse a un paseo en bicicleta, un medio de locomoción que a los dos nos gustaba. Así que tomamos un tren con destino a Venecia con nuestras bicicletas. Allí hubo que hacer transbordo en la estación de Santa Lucía hasta la Dogana, y luego coger un barco con destino a Yugoslavia. Aún oigo las exclamaciones divertidas de los gondoleros al ver nuestras bicicletas, tan ridículas entre los canales de Venecia. Aún fue más ridícula nuestra pretensión, al llegar a Split, de recorrer en pleno verano una costa demasiado escarpada para los ciclistas. Nada nos desanimó ni interrumpió nuestra hilaridad. Si la carretera era demasiado dura, cogéríamos un autobús. Llegamos a Dubrovnik una

magnífica noche de julio y nos fascinaron el rigor de su arquitectura y las monumentales estatuas en las estrechas plazas rodeadas de palacios barrocos. Proseguimos nuestra ruta siguiendo la bahía de Cattaro, el único tramo de la costa practicable en bicicleta, y nos maravillaron las fachadas venecianas que se sucedían. Una última sorpresa: el día de nuestra llegada, los montenegrinos daban la bienvenida al príncipe de Gales y su amiga, la señora Simpson. En su honor, todas las cimas que rodeaban la bahía estaban iluminadas con un collar de fuegos centelleantes y por la noche se elevaban cantos desde el puerto.

La segunda iniciativa de mi madre fue seguir el consejo de sus amigos franceses: dando cota a las ambiciones que ella tenía para su hijo pequeño, le habían dicho que para llegar a la cumbre de Francia había que pasar por la Escuela Normal Superior. Me matriculó así en *hypokhâgne*^[10] en el liceo Louis-le-Grand. Por primera vez, tuve la impresión de aprender a pensar. Desde el inicio del curso, Albert Bayet nos hizo leer la primera *Provincial* de Pascal, que se sabía de memoria, y nos demostró la pertinencia de ese implacable despiece de la teoría jesuítica de la gracia. Al acabar la primera hora de clase nos hizo salir al recreo y luego dedicó la segunda hora a demostrarnos con la misma facilidad la incontestable superioridad de los argumentos empleados por los jesuitas. ¡Un magnífico ejercicio para formar una mente crítica!

La emulación intelectual que suscita y fomenta ese sistema específicamente francés de los cursos preparatorios de las grandes escuelas se adecuaba a mi manera de pensar.

La densidad de los estudios, sumada a la intensidad de mi vida amorosa, me alejaba insensiblemente de Helen, que sobrellevaba, con numerosas dificultades, su condición de ciudadana alemana residente en Francia y que trabajaba para una empresa alemana.

Ese alejamiento se hizo mayor aún cuando, hacia el final de la *khâgne*, conocí a una chica rusa bastante salvaje, Vítia, estudiante de *hypokhâgne*, líder de una banda de camaradas aún más exuberantes que ella, y cuya agudeza y humor sarcástico me cautivaron de entrada. Traté de conocerla mejor. Había nacido en Petrogrado, en el seno de una familia judía cultivada. Sus padres, que primero celebraron con fervor la Revolución de Octubre, se decidieron a abandonar Rusia en 1919 para instalarse en la «patria de los derechos humanos», tras un periplo que los llevó de Odesa a París pasando por Constantinopla y Nápoles. Su padre, Boris Mirkine Guetzévitch era profesor de derecho constitucional. Cuanto más descubría a Vítia, más única me parecía. Era lo contrario de un flechazo: un lento camino hacia la intimidad.

Mi relación con Jeanne, de la que estaba persuadido que a ella le aportaba la misma felicidad y goce que a mí, me volvió algo presuntuoso. A ello había que añadir

el extraordinario desdén hacia la moral convencional, sobre todo en materia de relaciones sexuales, que Helen me había transmitido. Así que se me antojaba que no tendría dificultad en conquistar a la feroz Vítia. Y me pareció que iniciarla en los placeres del cuerpo era un servicio que debía prestarle. Para convencerla de ello, le hablaba con argumentos de alumno de *khâgne* y le escribía cartas inspiradas en Choderlos de Laclos. Pero, como Valmont, acabé cayendo en mi propia trampa; a medida que pasaban los meses, me daba cuenta de que cada vez me costaba más estar sin Vítia. Ese nombre ambiguo (es el diminutivo ruso de Víctor y no de su verdadero nombre, Victoria, que detestaba) se convirtió para mí en el vocablo más importante, el más cargado de emociones y de ecos, renovados sin cesar a lo largo de los cuarenta y nueve años que duraría nuestra vida en común.

Unos días antes del examen oral de ingreso en la Escuela Normal, en junio de 1937, Vítia y yo dimos un largo paseo en bicicleta a orillas del Sena, entre Caudebec y Duclair. Ese hermoso día de primavera vibra aún en mi memoria como una etapa importante en el camino, prudentemente recorrido, de nuestra creciente intimidad. Aquella tarde estuve a punto de vencer su resistencia.

Llegó la hora de las notas y aprobé a la primera. Fue un momento de intensa alegría para Helen y una feliz sorpresa para mí. Pero estábamos en junio y mi naturalización, en curso desde hacía tiempo, no podía hacerse efectiva hasta que cumpliera veinte años, en octubre. Fui admitido como supernumerario y como alumno extranjero, no como interno. En octubre, ya no era un alumno extranjero, puesto que ya era francés, pero aún no era un alumno francés, puesto que había sido admitido como extranjero.

Esta situación, aparentemente sin precedentes, incomodaba a la escuela. Jean Baillou sólo veía una solución: repetir el examen de ingreso. Decidí, mientras tanto, completar mi licenciatura de filosofía en la Sorbonne y dejé para 1939 el segundo intento de entrar en la calle Ulm, llevando en el bolsillo mi nuevo pasaporte y un decreto de naturalización firmado por Léon Blum.

Esos cinco años, desde mi regreso de Londres, en julio de 1934, hasta mi «entrada» en la Escuela Normal, en junio de 1939, fueron capitales para mi formación, aquellos en los que me conocí a mí mismo y se afirmó la persona en la que me convertí. Sin embargo, quedan sepultados en mi memoria por los seis años que siguieron: los años de la guerra. Sesenta años después, debo hacer un esfuerzo para hallar sus rasgos más sobresalientes. Veo en primer lugar mi elección de Francia, sin ambigüedad, con su lengua, su cultura, su historia y su tierra, que reclamé como mías. La espera del documento oficial, el decreto de naturalización, fue en sí misma una prueba cuyo éxito se convirtió en una fecha señalada. ¡Y menuda fecha: mi vigésimo cumpleaños! Me sentía francés desde hacía mucho tiempo y finalmente el *Diario oficial* me lo

confirmó.

De esa Francia reivindicada adopté las instituciones y los múltiples aspectos del patrimonio cultural e histórico: no sólo la Revolución de 1789 y la Declaración de los Derechos del Hombre, sino también la valorización una y otra vez renovada de la inteligencia y la tolerancia, la lucidez y el respeto al otro —Montaigne, Pascal, Voltaire, George Sand—; la conquista de las libertades modernas —Hugo, Baudelaire, Rimbaud, Apollinaire—, y la profunda claridad de una lengua analítica, articulada y precisa.

La consecuencia de ello fue un menor interés hacia las ideologías extranjeras. No sentí por el marxismo —a diferencia de mis camaradas de *hypokhâgne*, de *khâgne* y de la Escuela Normal— esa fascinación que las fraternidades de la Resistencia harían difícilmente reversible. Por ese motivo no conocí los combates interiores que muchos de ellos tuvieron que librar para deshacerse del marxismo. Sin jamás poner el comunismo en el mismo plano que el nazismo, no vi en él un ideal luminoso, ni siquiera una estrategia ganadora, susceptible de lograr que reinara mayor justicia entre los hombres. De entrada, se me apareció como una desviación del pensamiento crítico y de la democracia, demasiado evidente para no ser sospechosa a ojos de un ciudadano prendado de la libertad. No me fueron necesarios ni los procesos de Moscú ni el relato de los conflictos internos de las Brigadas Internacionales para disuadirme de desfilar bajo el signo de la hoz y el martillo.

Al haber clasificado de entrada la vulgata marxista entre las abusivas simplificaciones del imaginario político, pude seguir estando cándidamente convencido de que la búsqueda de una mayor justicia social es el objetivo normal de la democracia y de que ésta se nutre de la participación confiada de ciudadanos responsables. Significaba, por supuesto, liquidar prematuramente la problemática del poder. Pero eso me preocupaba poco. Me encontraba a mis anchas en las reuniones de intelectuales antifascistas que hacían la amalgama entre el internacionalismo, el socialismo y la defensa de los valores democráticos. Aplaudí las conquistas del Frente Popular y admiré la valentía de Léon Blum, lamenté los errores que resquebrajaron los avances de una política sensible a las necesidades de las clases trabajadoras y sospeché que el Partido Comunista había hecho fracasar la gran empresa barriendo para casa, pero nunca me interrogué acerca de la esencia del Estado.

Por mi parte, partía de una reflexión acerca de la condición humana que situaba en la encrucijada entre la literatura y la filosofía. Descubría así nuevas complejidades que se perdían en el horizonte mucho más allá de las avenidas bien rastrilladas de la filosofía escolar. Las lecturas de *La náusea* y luego de *El muro* de Sartre, de *Luz de agosto* de Faulkner, de *La vara de Aarón* de D. H. Lawrence, de *Manhattan Transfer* de Dos Passos, de *El proceso* y *El castillo* de Kafka y de *Ulises* de Joyce, por citar

sólo las más cautivadoras, ponían más en tela de juicio los parámetros de nuestra sociedad que los textos de Hegel, de Kierkegaard y de Husserl. Aún más, el incomparable iniciador de la fenomenología que para mí fue, en los jardines de la calle Ulm, Maurice Merleau-Ponty nos liberaba de la abstracción y de los dogmas. Sus enseñanzas exploraban la experiencia más concreta, la del cuerpo y sus relaciones con el sentido, un gran singular frente al plural de los sentidos. Lo escuchábamos más como a un hermano mayor que compartiera con nosotros sus frágiles conquistas que como a un profesor que transmitiera un saber; al contrario que Léon Brunschvicg, cuyo prestigio se basaba en unas certezas reconfortantes.

Ni mis profesores, ni mi familia, ni los entornos en los que me desenvolvía me permitían imaginar que algún día podría salir de aquella comunidad muy literaria, que se regocijaba en sus tormentos, una comunidad de exploradores de lo humano y no de constructores de lo social.

Durante ese tiempo, el contexto histórico evolucionaba a grandes pasos sin que yo percibiera las amenazas que se cernían. Gracias al padre de Vítia había conocido a republicanos españoles exiliados que reprochaban la debilidad de las democracias occidentales. A pesar de criticar la política de no intervención del Frente Popular, me parecía que la crisis económica, que para nosotros era la causa del ascenso de los fascismos, podía ser superada. Franklin Roosevelt había sabido contenerla. Había que imitarlo. Francia, Inglaterra y la Unión Soviética debían mostrar su potencia y los regímenes autoritarios se desmoronarían.

Recuerdo una de mis últimas conversaciones con Jeanne, que iba a reunirse con su hermana en California unas semanas más tarde. Fui a buscarla, como tantas otras veces, a la salida de su oficina en la calle Saint-Florentin, para dar un breve paseo por el jardín de las Tullerías y detenernos en la terraza de un café de la calle Royale. Los diarios vespertinos anunciaron aquel día los acuerdos de Múnich. Le hice saber mi alegría: acabábamos de evitar una guerra, esa forma absurda de resolver un conflicto. Ella, menos inocente que yo, temía que el cobarde abandono de Praga animaría a Hitler a llevar más lejos sus audacias. No me fue difícil demostrarle que lo haríamos entrar en razón cortándole los víveres y deshonrándolo ante su propio pueblo. Venceríamos porque éramos los más fuertes.

La movilización de 1939 me sorprendió a mi retorno de una especie de luna de miel anticipada en Grecia, colofón de un doble éxito: acababa de ser admitido por segunda vez en la Escuela Normal y había logrado vencer la resistencia de Vitia, que me aceptó como compañero de viaje e iniciador en el mundo helénico. Partimos de Marsella a mediados de julio en un barco lleno de estudiantes en el que acampábamos en el puente y escrutábamos el cielo nocturno mientras recitábamos versos de Heredia con el *pathos* y la ironía de nuestra edad, y llegamos a Atenas bajo el aplastante calor de julio. Aún tenía en mente las genealogías de los dioses y héroes coleccionadas cinco años antes en las frescas salas de techo alto de la Guildhall Library de Londres, y frente a cada templo, cada estatua, impuse a mi compañera la narración comentada de aquellas ascendencias y descendencias.

Descubrimiento de la Acrópolis en pareja. Quedó grabada en mi memoria como unas altas masas blancas, recortadas contra un cielo azul, muy por encima de la ciudad: el Partenón, grave perfección; el Erecteión, más pulido y ligero, en honor del misterioso hijo que Atenea trajo al mundo sin dejar de ser virgen después de que Poseidón, que la perseguía amorosamente, hubiera inundado su divino muslo de esperma.

El aire, hoy en día uno de los más contaminados de Europa, aún era límpido. Lo era ya menos en mi segunda visita, en 1961, de regreso de una conferencia de ministros africanos de Educación que la Unesco había organizado en Antananarivo. Yo viajaba en el mismo avión que los ministros de Madagascar y Dahomey, que debían pasar por París antes de reincorporarse a sus puestos. La escala en Atenas duraba cuatro horas y propuse a mis dos compañeros subir a la Acrópolis, aquel lugar mítico que sus libros de historia designaban como la cuna de la democracia. El malgache era alto, gordo y más bien bonachón. El dahomeyano, enclenque y prudente. Plantado entre ellos dos en las escaleras del propileo, percibí físicamente su admiración como un homenaje a mis dioses griegos.

Con Vitia, en 1939, anduvimos de columna en columna, sintiendo el mármol fresco con la vista y el tacto. Al día siguiente, decidimos ir a pie hasta el cabo Sunion.

En mis recuerdos, ese episodio está grabado con nitidez: nos veo caminando junto a una carretera, pasando junto a las minas de Laurión y plantando nuestra tienda, por la tarde, a unos kilómetros del cabo, que descubriríamos en su esplendor matinal a primera hora del día siguiente. Ahí está Poseidón, entre las blancas columnas de su templo, dirigiendo una mirada imperiosa a las olas de las que es el señor.

He vuelto a Grecia en diversas ocasiones, he visto el cabo Sunion invadido por

los autocares de turistas, he medido la distancia que lo separa de Atenas y he llegado a la conclusión de que mi recuerdo no puede ser exacto y que debimos llegar hasta allí de alguna otra forma: ¿en autocar?, ¿en tren? Pero el contenido de mi memoria es más fuerte, tiene la misma calidad obsesiva que algunos sueños. ¡Siempre hay que desconfiar de los que dicen ser testigos fidedignos!

Ése fue uno de los momentos extremos de aquellas vacaciones griegas. Otro fue la noche que pasamos en la tienda en las ruinas del Heraion en Olimpia. ¿Fue esa divinidad eminentemente conyugal la que hizo nacer en nosotros la idea, hasta entonces prematura por no llamarla pueril, de casarnos? ¿O bien adquirió una repentina pertinencia al leer las noticias que pudimos ver en los escasos periódicos acerca de la inminencia del conflicto?

Bruscamente, el tiempo comenzó a galopar: embarque apresurado, travesía por una Francia llena ya de convoyes militares, movilización y partida apenas con tiempo de darle un beso a Helen, incorporación a una unidad de alumnos aspirantes a oficiales en Saint-Maixent, en Deux-Sèvres. Tres promociones de normalistas —alumnos de la Escuela Normal Superior— perfeccionarían allí sus conocimientos militares. Y, cinco semanas más tarde, boda, el 2 de noviembre, en el ayuntamiento de aquella subprefectura, con dos de los normalistas más simpáticos como testigos: André Monteil, con quien me encontraría de nuevo quince años después, siendo él ministro de Pierre Mendès France, y Pierre Grappin, quien treinta años más tarde se enfrentaría, como decano de la Universidad de Nanterre, a la efervescencia de Mayo de 1968.

Ni mi madre ni mis futuros suegros estaban preparados para aquella boda. Cometí la imprudencia de confiar a Vitia la tarea de informar a Helen, puesto que yo ya estaba en Saint-Maixent. El encuentro fue brusco y necesité luego casi treinta años para reparar aquella torpeza, treinta años para que nacieran entre aquellos dos seres que me eran uno y otro igualmente indispensables una confianza que no fuera fingida y una simpatía activa. La hostilidad de la que Helen hizo gala sin disimulo sólo podía suscitar la acritud, seguramente más velada, de los Mirkine Guetzévitch. Así, nuestra boda fue la más discreta de todas a las que he asistido. Al alcalde le costó pronunciar nuestros apellidos y decir nuestros lugares de nacimiento —Berlín y Petrogrado—, en los dos países que, nueve semanas antes, habían trastornado la vida política. Una ayuda económica, obtenida in extremis de Valya Spirga, el aya de Vitia, nos permitió obsequiar modestamente a los testigos, y nuestra luna de miel se convirtió en una noche en un hotel de Poitiers, cercano a la escuela de infantería, para permitirme asistir al día siguiente a las maniobras del día.

Fue en Saint-Maxent, durante esos primeros meses de la guerra, cuando por primera vez, y quizá la única, me sentí claramente normalista. Igual, o más, que los pasillos de la calle Ulm, el cuartel Canclaux, donde sólo estaban mis pares, nos encerraba en ese estado de espíritu hecho de altivez, humor, afición al bulo, pedantería y auténtica curiosidad que una formación y unas ambiciones comunes habían hecho eclosionar en nosotros. El estatuto especial de la Escuela Normal confería a sus alumnos el grado de aspirantes a oficiales, un favor singular al que los alumnos oficiales formados en los otros cuarteles de la ciudad no tenían derecho, pero que, de igual manera, tampoco nos convertía a nosotros en temibles guerreros. El estado militar, designado en el argot de la Escuela con el término *bonvoust*, no gozaba de excesivo prestigio. Era más cómodo burlarse de él que respetarlo.

Por lo demás, ¿cómo veíamos aquella guerra? Tengo el sentimiento —¿pero qué valor tiene una afirmación así cincuenta y siete años después?— de que la considerábamos como una prueba necesaria, para la cual estábamos mal preparados. Nuestros gobernantes se habían mostrado demasiado conciliadores con el fantoche de la otra orilla del Rin. En lugar de mostrar su fuerza, que a todas luces era superior a la de Hitler, habían tratado de domarlo. Era un cálculo que, así lo afirmaban quienes habían leído *Mein Kampf*, demostraba una ingenuidad culpable. Había llegado la hora de acabar con aquello. Por supuesto, aquella guerra sería muy diferente de la precedente. No era cuestión de que se repitieran las monstruosas carnicerías del Camino de las Damas y de Verdún. Hitler ya no tardaría en lanzar su ofensiva, que a todas luces se estrellaría contra la línea Maginot, dado que, si esperaba mucho más, se arriesgaba a ver su «Reich milenario» hundirse desde dentro asfixiado por el embargo.

Aunque no teníamos ninguna duda acerca del desenlace del conflicto, sí se planteaba la pregunta de cuánto iba a durar. ¿Iba a ser una guerra corta o larga? Ni Mussolini ni Franco, cómplices de Hitler, ni siquiera la Unión Soviética, que había quedado fuera de juego tras el pacto de no agresión, nos parecían susceptibles de inquietar seriamente a la coalición de las tres grandes democracias —Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos— cuyos territorios metropolitanos e imperiales se extendían por ambos hemisferios. Contra tales potencias, las cabriolas vagamente históricas de una Wehrmacht reconstituida de prisa y corriendo no tendrían un efecto duradero.

Por lo demás, esos *Kriegsspiele* de estrategias de andar por casa no eran nuestro pasatiempo favorito. Preferíamos jugar al ajedrez en el refectorio o comentar nuestras últimas lecturas, impacientes por retomar nuestras investigaciones intelectuales y dejar a otros la tarea de ganar lo más rápidamente posible aquella guerra que se había vuelto inevitable.

En Saint-Maxent, los hombres casados (éramos dos en esa situación) disfrutaban del privilegio de poder vivir con sus mujeres. En Ancenis, adonde fui destinado en enero, mis obligaciones militares me permitían reunirme dos veces a la semana con Vitia. Ella había obtenido su licenciatura de geografía e historia el año anterior y había conseguido plaza de profesora en el liceo David d'Angers. Cuando, a primeros de marzo, tuve que separarme de ella para dirigirme con mi sección al Sarre, nuestro adiós en el andén no fue en absoluto patético. Mi quepis azul claro la divertía mucho. Esperaríamos al primer permiso.

Al término de un viaje que nos hizo atravesar Francia de oeste a este, nos acantonamos en un pueblecito de la Lorena, en el lindero del bosque de Warndt. Fue sólo entonces cuando me di cuenta de que entrábamos en guerra y de que «formaba un cuerpo» con la sección de la que estaba a cargo. Perteneía a una «compañía ciclista» al mando del capitán Pierre Fourcaud. Situados «en contacto con el enemigo», por delante de la línea Maginot, teníamos orden de prevenir cualquier ofensiva local, ante la cual nos replegaríamos, sin dejar de combatir pero sin tratar de impedir el avance de los alemanes, puesto que nuestras defensas se hallaban detrás de nosotros. Para nosotros no era cuestión de lanzar una ofensiva. El eslogan «Tenderemos nuestra colada en la línea Siegfried» no constituía un objetivo estratégico.

Un día, sin embargo, tuve la idea de convencer a algunos camaradas de mi sección para ir lo más lejos posible en dirección del dispositivo enemigo, al igual que en una imagen de Épinal en la que se ve a un joven subteniente que se trae media docena de prisioneros en su primera «salida». Al no encontrar más que el vacío del bosque, no tardamos en regresar a nuestra base, donde el capitán Fourcaud me soltó un rapapolvo que me puso verde.

Esta pequeña imprudencia juvenil, que sin duda le disgustó menos de lo que aparentó, fue el punto de partida de una amistad que sólo acabará con nuestra muerte. De entrada, Pierre Fourcaud encarnó para mí las virtudes del verdadero «jefe» militar, aquel cuyo coraje crea escuela y cuya prudencia inspira confianza. Fue él quien me enseñó lo poco que aprendí no del oficio de las armas, sino de la moral del combatiente. En diciembre de 1940 me lo encontré, por casualidad, en Marsella, sin saber qué hacía él allí, pero seguro que no era lo que Pétain habría deseado. Dos años después, volvimos a vernos en Londres. Después de haber creado, con Gaston Defferre, la red Brutus, bajo el nombre de guerra de Barbes, se había unido a la BCRA^[12] tras una misión particularmente acrobática de enlace con los oficiales superiores del ejército del Armisticio. Veía en él a un auténtico profesional de la acción clandestina. Tras la guerra, nuestros caminos se separaron: yo entré en la carrera diplomática y él, uno de los mejores conocedores de los servicios secretos extranjeros, fue nombrado director adjunto del SDECE^[13]. Y, sin embargo, cada vez

que el azar nos ha reunido de nuevo, he vuelto a sentir la misma fascinación por lo que hacía y decía. De ese gran oficial siempre cortés, nacido en San Petersburgo de madre rusa y que cuando esto escribo tiene ya noventa años, pude admirar aún recientemente su fuerza patética y su inagotable memoria^[14].

Los últimos tres meses de la *drôle de guerre* me permitieron estar de nuevo en contacto con Helen, que ocupaba un confortable apartamento en el número 22 de la calle Grenelle. Cuando iba de permiso, me hacía coincidir con sus amigas Héléne Hoppenot, Adrienne Monnier y Sylvia Beach. Adrienne Monnier recibía en su librería de la calle Odéon a los escritores reconocidos y a aquellos que merecerían ser reconocidos, como Gide y Joyce, pero también, entre tantos otros, a Sartre, Michaux y Claude Roy. Las restricciones impuestas por la guerra no eran severas, pero conocer a gente en tierras normandas proporcionaba alegrías. Adrienne traía productos lácteos sabrosos y relatos acerca de la preocupación de los campesinos, que no comprendían la manera en que Paul Reynaud dirigía el país. Ella me animó a escribir un artículo para su *Gazette des amis des livres* en la sección «Correo», en la que se firmaba: «Fulanito, en el ejército».

He conservado el número 10, fechado en mayo de 1940, donde se publican dos extractos de cartas mías, una de febrero y otra de marzo.

La primera comienza así:

Aquí no tengo tiempo para estar solo ni, con mayor razón, para estar en compañía. Formo parte orgánica de mi unidad, para decirlo en lenguaje militar, y no emerjo de la misma más que gracias a algunos hermosos libros, algunas noches inesperadamente libres, o bien cuando avanzo junto a «mis» hombres por una carretera recta e inundada, marcando el paso pesado de mis botas al ritmo de algunos poemas aprendidos antaño.

La segunda termina así:

Me parece que nada desea tanto un francés como ser irresistible, casi perfecto. Esa excelencia, sin embargo, no deja de provocar a quien quiere poseerla una sonrisa irónica ante quienes la reconocen, y ante sí mismo. Ése es el chiste, una especie de pudor ante la idea de perfección que vuelve ridículo aquello a lo que más valor se da. Ahí está, en mi opinión, la fuente del ingenio francés: una respetuosa irreverencia.

La ofensiva alemana del 10 de mayo comportó, para nuestra unidad, un repliegue primero calculado y luego cada vez más desordenado, del que conservo un recuerdo de pesadilla excepto por un episodio gracioso y muy revelador de mi bisoñez guerrera. Durante aquellas semanas, llevaba una especie de «diario de guerra» salpicado de poemas y reflexiones que me parecía conforme a la idea que me hacía del normalista militar y del que me prometía, una vez reinara de nuevo la paz, extraer el material de mi «obra» futura. Así, una noche, cuando me disponía a cumplir mi tarea de escritura, me di cuenta de que había olvidado el cuaderno, un bloc de notas muy rudimentario, en la habitación de mi último acantonamiento, que habíamos abandonado apresuradamente aquella misma mañana. Al día siguiente, sin prevenir a

mi capitán, me monté en mi bicicleta e hice en sentido inverso los veinticinco kilómetros de la etapa. Sabedor de que otras unidades nos seguían, me parecía poco probable que el enemigo se hubiera adueñado ya del sector. En efecto, llegué sin problemas al pueblo abandonado la víspera, recuperé el precioso cuaderno y volví a montarme en la bicicleta para reunirme con mi unidad. Fue entonces cuando me vi bajo lo que identifiqué como fuego de artillería: impactos y ruidos de explosiones a ambos lados de la carretera por la que circulaba. Era mi primera experiencia de «fuego». Lo primero que observé fue su carácter extrañamente aleatorio. Por densas que fueran las salvas, había mucho más espacio entre los impactos de lo que yo imaginaba y por ello atravesar una cortina de fuego de artillería era más fácil que hacerlo a través de un chaparrón.

Esta escapada imprudente y gravemente contraria al reglamento quedó en secreto y nuestro largo camino prosiguió a través de la Lorena y de los Vosgos. La compañía ciclista había sido reemplazada, no sé por qué, por una unidad de artillería de veinticinco anticarros tirados por caballos. Con la cabeza y los hombros abatidos por la fatiga, descorazonado por la esterilidad de nuestra retirada y la evidencia de la derrota, caminaba junto a aquellas piezas inútiles que nadie pensaba disponer en batería. Ya se había firmado el armisticio y nosotros aún errábamos entre Saint-Dié, donde nos habían ordenado que entregáramos las armas en el cuartel, y Bourbonneles-Bains. Allí, alcanzados por una columna alemana, fuimos encerrados en un lugar apresuradamente convertido en campo de prisioneros. Los oficiales estaban separados de la tropa, bajo la vigilancia de un oficial alemán y de unos centinelas que circulaban alrededor de la alambrada de espino.

Si antes había sentido que entre el capitán Fourcaud y yo se creaba ese vínculo que, al unir a dos figuras tan diversas y complementarias, no ha dejado de mantenernos unidos a lo largo de nuestras vidas, al llegar a ese campo viví la experiencia contraria, emocionante pero sin posteridad, al conocer al capitán Segonne. Ese bretón robusto de treinta y cinco años, que dos o tres días antes había oído la llamada a la resistencia lanzada desde Londres por un tal general De Gaulle, fue el primero que me habló del futuro jefe de la Francia Libre. Decidimos apartarnos de los oficiales franceses que nos rodeaban y cuyo alivio al oír el anuncio del armisticio obtenido por Pétain no nos permitía augurar nada bueno. A un viejo coronel que desaconsejaba cualquier tentativa de evasión, según él condenada al fracaso, Segonne le respondió que la comida del campo le parecía infecta y que nuestro objetivo era ante todo gastronómico. A la noche siguiente, tras descubrir un ángulo de la alambrada cobijado por arbustos, nos deslizamos por debajo de la alambrada de espinos y nos hallamos en la orilla de un riachuelo; decidimos que se trataba de un afluente del Mosa.

Así como Fourcaud me había fascinado e incluso aterrorizado, Segonne me daba

seguridad, como si se tratara de un enviado del destino cuyo avance simple y seguro era evidente que había que seguir. Además, la misma noche de nuestra evasión, tuvimos ocasión de comprobar su intuición al devorar en casa de un granjero una imponente tortilla, un gran bol de leche y pan con queso. «¡Qué quieren que les diga, el lechero ya no pasa por aquí!», nos dijo para justificar su generosidad.

¿Por qué explicar estas viejas batallitas, tan antiguas y tan banales?

Es fácil reconocer en ellas algunos rasgos de carácter: la ligereza, que es sencillo hacer pasar por coraje; la afición a la evasión, que se convirtió en un rasgo dominante de mi vida; la valorización de ciertos personajes a los que conocí, admirados, convertidos en medallones en la memoria, como fue el caso de Segonne, de quien me separé en Orleans para dirigirme a Angers, seguro de que no volvería a verlo, mensajero de esperanza, figura paterna, heraldo de De Gaulle, ángel furtivo.

Lo que queda incrustado en el recuerdo, cincuenta y cinco años más tarde, son los episodios en los que tuve un buen papel, y con razón, puesto que el hecho de no haber combatido, de no haber llevado a cabo nada para frenar el avance alemán, de haber participado pasivamente en la desbandada general queda silenciado: sólo salvé mi cuaderno de notas, que luego perdí.

Sin embargo, contar esos primeros diez meses de la segunda guerra mundial sirve también para evidenciar un fenómeno al que le doy vueltas desde hace tiempo, cada vez que pienso en mi vida, un factor que no dejo de evocar en cuanto me preguntan acerca de mi historia: la suerte. Es en ese diálogo conmigo mismo cuando la noción de suerte adquiere toda su fuerza. La vivo como un favor cuya huella reconozco en cada etapa de mi existencia, desde mi primera juventud hasta hoy. «*Alles gönnen die Götter, die Unendlichen, ihren Lieblingen ganz,/ Alle Freuden, die Unendlichen, alle Schmerzen, die Unendlichen, ganz*»^[15]. Este dístico de Goethe ha sido, a lo largo de toda mi vida, una especie de invocación para aceptar la suerte con gratitud. Y aunque el destino, cansado de oírme celebrar la providencia, se decida un día a abrumarme, daré con la réplica que me reconciliará con él.

Hablaré, pues, de mi suerte, no con el deseo de deslumbrar al lector, sino para subrayar la gravedad de los peligros de los que escapé, uno de los cuales, sin duda, habría sido no seguir a Segonne, permanecer junto al viejo coronel y haber pasado cinco años en un *Oflag*, un campo de concentración para oficiales. ¡Cuántos buenos franceses tuvieron que atravesar ese desierto! Algunos perdieron allí su juventud. Otros, de naturaleza más profunda, forjaron poderosos instrumentos de investigación. Conozco a algunos así. Pero estoy convencido de que ése no habría sido mi caso.

Así que estaba libre y con el gusanillo que Segonne me había contagiado de unirme a De Gaulle para continuar, para empezar a pelear. No había conocido el éxodo y por ello ignoraba ese cobarde alivio que hordas de franceses en dirección al sur expresaron ante el anuncio del armisticio obtenido por Pétain. La reacción de los

oficiales del campo de Bourbonne-les-Bains me reafirmó en la convicción de que el ejército francés era un ejército de tres al cuarto, que carecía de mando y de impulso patriótico. Sus mandos no tenían nada esencial que oponer a la visión que, en el fondo de sí mismo, Pétain compartía con Hitler.

Nunca pensé que el viejo mariscal engañara al Führer y salvara así unas fuerzas que, llegado el momento, volverían a entrar en un combate que deseaba entablar. No veía en él voluntad alguna de resistir a la ideología fascista; había sopesado bien el provecho que reportaría a su propia clase, cuando estuvo de embajador con Franco. No tengo, pues, mérito alguno por haber escapado a la tentación del mariscalismo; eso tuvo lugar con tanta naturalidad como cuando esquivé, en los años treinta, la del marxismo.

Llegado a Angers, me puse a buscar a Vítia. La dirección del liceo, donde el curso escolar había sido interrumpido ante el avance de la Wehrmacht, me informó de que mi esposa se había llevado a sus padres a Burdeos y luego a Toulouse. No tenía más que dirigirme a la Universidad, donde mi suegro había sido acogido. Tomé un tren hacia el sur, pero había que cruzar la línea de demarcación que pasaba entre Burdeos y La Réole, y yo era un prisionero evadido: me encerré en el lavabo del tren e —insigne suerte— los revisores no me descubrieron. En Toulouse me reuní con Vítia y su familia, todos ellos traumatizados por el éxodo, ofendidos por el armisticio y enemigos despiadados de Pétain.

Veinte años antes, al llegar a París, el padre de Vítia había podido —gracias a su suegro, Vladimir Poliakoff, redactor jefe del diario de la emigración— hacer valer en la Universidad su formación de jurista y su conocimiento de la historia de la Revolución francesa, perfeccionado bajo el magisterio del profesor Aulard, un terreno en el que era imbatible. Poseía una energía intelectual vibrante que le valía la estima de sus alumnos y el temor de algunos de sus colegas. Sus obras sobre derecho constitucional sentaban cátedra tanto en las repúblicas surgidas del Tratado de Versalles —Polonia y Hungría— como en España y Grecia. No le costaba esfuerzo alguno hacerme compartir su fe en los valores proclamados por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano ni la preferencia que otorgaba a Danton sobre Robespierre. Había dirigido, además, el Instituto de Derecho Comparado, y contaba con numerosos y útiles contactos entre la clase política de la III República.

Nuestra relación era muy cordial, aunque no exenta, por mi parte, de cierta ironía condescendiente, que me venía de la opinión sin concesiones que su mujer y su hija tenían de aquel infatigable defensor de la República. Ambas estaban unidas por una intimidad exclusiva y su comprensión del mundo, y el sentido del comedimiento que compartían las hacía juzgar a Boris con severidad. Él y yo sentíamos el mismo deseo de abandonar aquella Francia que había capitulado, él para seguir defendiendo sus ideas en universidades del mundo libre y yo para proseguir un combate tan

lamentablemente interrumpido.

En el verano de 1940, en aquella parte de Francia que la Wehrmacht aún no ocupaba y cuya administración Hitler había cedido al mariscal Pétain, seguir combatiendo significaba abandonar el país y unirse a los Aliados, es decir, a los ingleses y a todos los ejércitos que no habían capitulado; entre estos, las pocas fuerzas francesas libres al mando del general De Gaulle.

La otra posibilidad, para los patriotas, era quedarse en Francia y unirse a los escasos efectivos de la Resistencia interior. Sin embargo, esta noción, inmediatamente sensible en la zona ocupada, donde se trataba de enfrentarse a las tropas alemanas, no tenía demasiada sustancia allí donde el Estado era francés. Denunciar el armisticio, difundir panfletos que arrojaban el oprobio sobre Vichy, organizar redes susceptibles de apoyar, llegado el momento, la estrategia de los británicos representaban empresas difíciles y precarias, que no tentaban demasiado al joven oficial deseoso de pasar a la acción que era yo a los veintitrés años.

Pero había que llegar a Londres. Haciendo gala de su capacidad de seducción ante su amiga Suzy Borel, futura esposa de Georges Bidault, destinada en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Vichy, y amparándose en una petición de la New School for Social Research, la Nueva Escuela para la Investigación Social de Nueva York, el padre de Vania obtuvo pasaportes para él, su mujer, su hija... ¡y su yerno! Tras la solicitud de Varian Fry, responsable en Francia del International Rescue Committee, el Comité Internacional de Rescate, el consulado estadounidense concedió los visados que permitirían a los tres miembros civiles de la familia viajar a Estados Unidos desde Portugal, atravesando España. El yerno militar, por su parte, debería hallar otro itinerario.

Mientras, él aportaría su granito de arena: en el jardín de la casita que Vítia compró en Milon-la-Chapelle, en el valle de Chevreuse, y que había cedido a su aya, Valya, que se había quedado en París durante el éxodo, los Mirkine habían enterrado un poco de oro que poseían. Seguro de mi talento como contrabandista, propuse cruzar la línea de demarcación, con intención de ir a buscar aquel modesto botín que sería útil para instalarse en Estados Unidos. De esa pequeña expedición conservo el recuerdo de un recorrido de ida y vuelta a través de campos, en los confines de la Touraine y el Berry. A unos kilómetros de allí, tres años más tarde, en un terreno balizado por la Resistencia, aterrizaría un avión Lysander que me transportaba en calidad de jefe de la misión Greco, ordenada por Londres para reorganizar las comunicaciones radiofónicas entre nuestras redes de información y el Estado Mayor aliado. Ésos son los azares de la geografía.

De ese episodio conservo la presencia de esa mujer fiel y conmovedora, Valya Spirga, llamada la Vava, que entró en mi vida cinco años después de que Emmy se

hubiera retirado y ahí permaneció hasta su muerte, cuarenta años después. Esta robusta letona fue acogida por la familia petersburguesa de los Mirkine un poco a la manera de Emmy en la mía. Era una notable cocinera, admiraba a Boris y quería a Génia, que la reducía a una servidumbre contra la cual Vitia jamás dejó de protestar, pero que ella misma aceptaba como si fuera algo natural. Para la hija única con tendencias anoréxicas era un monumento de certidumbres físicas y morales. Al igual que Emmy para mi hermano y para mí, Valya fue, a ojos de Vitia y de nuestros tres hijos, una criatura que era puro afecto, sin defecto alguno y con una presencia infinitamente tranquilizadora.

En septiembre de 1940 me recibió en su casa en medio del bosque, cogió una pala y cavó la tierra, de donde salieron cuatro saquitos de tela llenos de monedas de oro, brillantes y pesadas. Me las metí en la mochila, le di un abrazo, me marché y fui hasta Aix-en-Provence, cuya Facultad de Derecho había alojado a los Mirkine y donde celebramos juntos el éxito de la operación.

Otro encuentro emotivo en el otoño de 1940 fue el de Varian Fry, autor de un excelente libro, *Surrender on Demand*, en el que este joven estadounidense explica la misión que el Comité Internacional de Rescate le había confiado: ayudar a los creadores intelectuales y a las personalidades políticas —amenazados por los nazis y refugiados en Francia, franceses o extranjeros— a escapar de la trampa que para ellos constituía el régimen de Vichy y a llegar a Estados Unidos. Nuestro encuentro en Marsella fue un flechazo y, durante dos meses, fuimos inseparables. Fui su guía por el sur de Francia, que descubría con el fervor de un norteamericano cultivado a quien Nîmes y Uzès, Arles y Saint-Gilles, Tarascon y Saint-Rémy-de-Provence le hablaban una lengua que desbordaba historia, en la que se sucedían Grecia y Roma, la Edad Media y las guerras de religión. Con él visité a sus protegidos: André Breton, Max Ernst, Victor Serge y sus compañeros del «castillo», una villa de los alrededores de Marsella donde, bajo la tutela de Jacqueline Breton —de la que todos, y en primer lugar Varian estaban apasionadamente enamorados—, aguardaban la ocasión de marcharse a América. Con una generosidad típicamente estadounidense, Fry me colmaba de favores, a los que respondía con mi disponibilidad ante cualquier curiosidad que planteara. Había algo melancólico en su papel de Hermes que abría a los demás la puerta de la travesía y los veía partir, mientras él mismo permanecía en aquella tierra ingrata cuyas autoridades entregaban a los alemanes a refugiados que él había tratado de salvar. Su rostro agraciado y sombrío me apenaba, y trataba de alegrarlo con canciones y poemas.

En esas mismas fechas tuve mi última conversación con Walter Benjamin, en un pequeño hotel de Marsella donde se preparaba para su último y trágico paso de la frontera española. Benjamin tenía una visión desesperada de la época. Su Alemania —puesto que se sentía ineluctablemente alemán— se había convertido en un

monstruo temible que movilizaba a un pueblo laborioso y disciplinado. América, de la que trataba de demostrarle que no tardaría en entrar en escena y se llevaría la victoria, no le inspiraba confianza. El giro de la Unión Soviética lo había herido sin sorprenderlo. ¿Qué haría en la otra orilla del Atlántico si conseguía llegar hasta allí? Su desaliento me irritaba, más que apenarme. Yo estaba muy equivocado.

También estaba equivocado respecto a los complejos líos entre mi familia y la de Vítia. Nuestro súbito matrimonio había creado entre ellas un foso de incompreensión que no conseguía zanjar y que me alejaba de mi madre. Mi padre se había reunido con ella en Sanary-sur-Mer, en una villa que les habían prestado los Huxley, y mi hermano, de salud frágil, vivía con ellos.

Tras mi desmovilización en Montauban, Vítia y yo nos instalamos primero en Montpellier, en cuya Facultad de Letras me matriculé y en donde compartimos casa con un camarada de la Escuela Alsaciana y su esposa china. Luego pasamos por Aix-en-Provence, donde los padres de Vítia habían hallado refugio, y nos instalamos finalmente en Marsella, en la habitación de un modesto hotelito, que trataba de pagar vendiendo periódicos en los alrededores de la estación de Saint-Charles.

La noticia de la muerte de mi padre, que sólo tenía sesenta años, cayó como una llamada al orden familiar. Franz había llegado a Francia en 1938 procedente de Berlín, de donde Helen se lo había llevado a la fuerza. Lo alojó Alix de Rothschild y antes de la guerra recuperó aquel París que tanto amaba. Cuando ésta estalló, fue internado en el estadio de Colombes, como todos los alemanes que residían en París, fueran nazis o no. Gracias a la mediación de Henri Hoppenot fue liberado y pudo reunirse con Helen en Sanary. Una verdadera galaxia de escritores y de artistas alemanes vivió su exilio en esa estación balnearia, aguardando una victoria que les permitiera regresar a su patria. La derrota impuso nuevas obligaciones a Vichy: todos los extranjeros serían internados y algunos de ellos entregados a los vencedores. Franz y Ulrich fueron conducidos al campo de Milles, cerca de Aix-en-Provence. Helen recibió la orden de presentarse en la comisaría. Indignada, invocando su calidad de madre de un oficial francés, se enfrentó al desdichado agente de policía que fue a buscarla a la villa de los Huxley, desnuda bajo las sábanas. «Lléveme, si se atreve». No se atrevió. Una vez más, los amigos intervinieron. El padre y el hermano del aspirante a oficial Stéphane Hessel fueron liberados. Pero Franz estaba muy debilitado debido a la estancia en el campo.

De regreso en Sanary, retirado en una habitación alquilada a un panadero, pasó las últimas semanas de su vida emborronando un cuadernillo con su fina caligrafía difícil de descifrar. «Un escritor —me había dicho— debe llenar cada día por lo menos una página, pase lo que pase». Su manuscrito, del que ya he citado los párrafos que me conciernen, se lo llevó su amigo Speyer a Estados Unidos y fue publicado muchos

años después de su muerte con el título *Letze Heimkehr nach Paris*. Porque París era su residencia, su hogar, incluso su patria. Su patria era la poesía.

Fue un poeta, Hans Siemsen, quien pronunció su elogio fúnebre en el cementerio de Sanary en el frío de enero. Helen evocó ese momento en un texto escrito con ocasión del décimo aniversario de la muerte de Franz:

Sí, acudieron muchos, un desfile de las gentes más diversas que se despedían de él. Nadie, ni siquiera nosotros, sospechaba que estuviera tan cerca de la muerte. Se había acercado a ella tan delicadamente que no nos dimos cuenta de ello hasta que ya no pudimos alcanzarlo.

Sólo el viejo vagabundo que vivía en la cabaña cerca de la puerta del jardín, con su eterna botella de vino tinto y un perro sarnoso, no estaba sorprendido. Franz hablaba a menudo con él al pasar por allí. Ante mi sorpresa, me decía: «Los borrachos tienen suerte; cuando caminan tambaleándose sienten bajo las plantas de sus pies la bienaventurada rotación de la Tierra». El viejo vagabundo acudió al cementerio y arrastró nieve húmeda en las suelas de sus zapatillas hasta los peldaños de ladrillo. Dijo: «¡Era un valiente!», que en el idioma de las gentes sencillas es la expresión de la más alta consideración. Luego pidió sus zapatos. Franz se los había prometido en cuanto él ya no los necesitara, y había añadido: «Esto no va a durar mucho tiempo más». Otras personas, pobres y muy pobres, fueron al entierro y los pocos efectos que aquel hombre sin necesidades aún poseía fueron repartidos antes de meterlo en el ataúd.

Y luego, esta frase en la que Helen evoca sus relaciones:

Cuando hoy pienso en mi matrimonio con este hombre singular, me parece, a pesar del certificado de estado civil, que nunca fui su esposa. Alguna otra cosa nos unía a ambos, alguna cosa voluntaria y que a la vez nos obligaba.

Y también esto:

Plantamos rosas sobre su tumba, y cuando comenzaron a florecer tenían el aspecto de una canción de Clemens Brentano: «*La blanche à la tête, la rose aux pieds/ Et la rouge sang au milieu*»^[16].

Vitia fue conmigo, pero entre ella y Helen la relación era aún muy tensa. Unas semanas más tarde nos marchamos de Francia, ella y sus padres en el tren de Madrid y yo en barco destino a Orán.

De los seis años que duró «mi» guerra, esos ocho meses que van de junio de 1940 a febrero de 1941 son los más confusos en mi recuerdo, como un silencio entre dos tiempos fuertes, un momento de penumbra. Arrollado por mi familia política, tenía mala conciencia con respecto a los míos, a Helen, a la que dejaba que se las apañara sola. Era la hora de los fracasos: Mers-el-Kebir, Dakar, los altibajos de la batalla de Inglaterra, las ofensivas del ejército alemán en Europa del Este, la vergüenza de Vichy. No había ningún consuelo, excepto el coraje británico. Y, sin embargo, yo no tenía duda alguna acerca de la derrota de los nazis a la larga. Me parecía tan evidente como la de Napoleón o de Guillermo II. Se inscribiría en un capítulo futuro del Mallet-Isaac como una nueva demostración del «sentido de la historia».

Hay también, en esta fase de mi vida durante mucho tiempo rechazada, unos blancos que me resulta difícil explicar. ¿Qué sabía, qué se sabía acerca de los judíos y de las persecuciones de las que eran objeto? ¿Qué le sucedía al resto de mi familia, a los primos y los tíos que vivían en Alemania? ¿Qué había pasado en la Escuela Normal, qué se había hecho de mis condiscípulos y de mis profesores? Esta curiosa pérdida de memoria, esa incertidumbre sobre mi identidad, perdura hasta mi llegada a Lisboa, a mediados de marzo de 1941. ¿Cómo atravesé el Mediterráneo? ¿Llegué a Casablanca desde Orán y busqué, sin un guía particular, tanteando, un barco hacia Portugal? No lo sé. Sólo recuerdo a una espléndida mauritana que se alojaba en el mismo hotel de Casablanca y que vivía en mis sueños. La memoria recupera su fuerza habitual con la presencia de Vítia en Lisboa, cuyos padres habían embarcado con destino a Nueva York una semana antes. Me esperaba para acordar qué haríamos. Tenía un pasaje en el *Serpa Pinto*, un paquebote que partiría de Lisboa al cabo de unos días en dirección a Estados Unidos, pero aún no había tomado una decisión. ¿Iría con ella a Nueva York? ¿Vendría conmigo a Londres? Eso era lo que ella prefería, pero la disuadí. El futuro en Inglaterra no estaba claro y sus padres la necesitaban en Estados Unidos. Primero iría yo solo a Londres y, si las circunstancias lo permitían, si la guerra duraba un año o más, se reuniría conmigo allí. ¡Qué razonables éramos!

De mis ocho días en Lisboa sólo conservo dos recuerdos: la belleza de los monumentos que dominan el estuario del Tajo y la milagrosa ganancia de unos cuantos escudos en el casino de Estoril. La llegada a Bristol, sin embargo, en marzo de 1941, dio pie a un incidente rocambolesco: los agentes que controlaban a los pasajeros del avión en el que el representante de la Francia Libre en Portugal me había embarcado hallaron en mi maleta un segundo pasaporte, con una diferencia con el que había presentado a la policía: mi lugar de nacimiento era Berlín y no París. ¿Por qué había conservado aquel viejo pasaporte cuando en Vichy me habían emitido un nuevo documento en el que juiciosamente habían cambiado mi ciudad de nacimiento? Absurdo, difícil de explicar a unos inspectores británicos que estaban en alerta para evitar cualquier infiltración de espías enemigos. Fui enviado a la Royal Victoria Patriotic School, la Escuela Patriótica Real Victoria, donde los recién llegados debían aguardar la autorización para acceder a territorio británico, con graves sospechas contra mí, a pesar de mis protestas. Allí hallé, a la par, rigor y cortesía. La investigación, muy seria, se prolongó seis semanas, que pasé en aquel establecimiento sobrio pero confortable, jugando al *ping-pong* y al *bridge* con mis compañeros de todas las nacionalidades, entre los cuales había un soberbio marinero estonio que alababa la ciudad más bella del mundo, Nueva York, porque allí se podía comprar una cámara fotográfica a las tres de la madrugada.

La investigación seguía su curso, y mi primo, el mismo que me acogió en

Londres siete años antes, cuando estudié en la London School of Economics, aportó un testimonio muy útil. Mis interrogadores vieron cómo poco a poco sus dudas se desvanecían. Las noticias de la guerra, comunicadas con extrema sobriedad y una franqueza muy británica, no eran buenas. Las noches de *Blitz*^[17] se sucedían, y desde las ventanas de nuestras habitaciones podíamos ver los efectos: nubes de ceniza tras las llamaradas de las bombas incendiarias. Y, además, no tenía noticias ni de Nueva York ni de Sanary. Por primera vez me hallaba completamente aislado de los míos, como uno se imagina a un «combatiente». Y allí comenzó una forma de excitación guerrera que condujo a un joven pacífico, y más inclinado a los placeres de la mente que a sentirse patriota, a enfrentarse al enemigo. Y ese proyecto, en su forma más simple, más esencial, absorbería mi vitalidad durante cuatro años.

La Francia Libre^[18], en el momento en que conseguí unirme a ella, a primeros de mayo de 1941, hacía gala de una rica pretensión simbólica frente a una realidad material muy pobre. Los que se unían a ella, convencidos de que era el embrión de la Francia del mañana, no sospechaban la debilidad de sus efectivos. La mayoría de los combatientes que se hallaban en Inglaterra en el momento del armisticio —sobre todo en el ejército de tierra y en la marina, algo menos en la aviación— optaron por regresar a Francia. Los políticos e intelectuales exiliados en Gran Bretaña o Estados Unidos, que eran libres para elegir, se disociaron mayoritariamente de la misión que Charles de Gaulle asignaba a cuantos no aceptaban la derrota.

En mayo de 1941, éramos tan poco numerosos que cualquier recién llegado, por modesto que fuera su grado, tenía la oportunidad de ser presentado a nuestro jefe. Así, poco tiempo después de mi incorporación a una unidad de infantería estacionada en Camberley, al sudoeste de Londres, fui invitado, junto a Louis Closon, que también acababa de llegar a Inglaterra, a almorzar en el hotel Connaught, donde el general De Gaulle residía con su esposa. Estaba emocionado ante aquel honor. Sobreponiéndome a mi timidez, me hice portavoz de la admiración que los estudiantes, los normalistas en particular, sentían por su compromiso al lado de los Aliados, y su mayoritario rechazo a la opción contraria, la del mariscal. Exageré a propósito. Pero sobre todo miraba y escuchaba. Quería comprender por qué acusaban a aquel general rebelde que había salvado nuestro honor de tratar de hacerse con el poder, de renegar de la III República, incluso de soñar con una Francia monárquica y autoritaria. Nada lo justificaba en su comportamiento: ni su cortesía, ni su lenguaje, ni sus preguntas. Percibí la tensión que su voluntad de encarnar a Francia imponía en sus relaciones con las autoridades británicas, pero hablaba de ello sin resentimiento, como si se tratara de un hecho previsible y que podía salvarse.

Aquel cuerpo alto y torpe, aquel rostro que no dejaba entrever emoción alguna, aquella rudeza física quedaban compensados por su manera de expresarse, más literaria que militar, que facilitaba el contacto. La señora De Gaulle, por su lado, mantenía una reserva que no invitaba a salirse de las estrictas reglas de urbanidad.

Ése fue mi único encuentro privado con el general durante esos años de guerra. La imagen de ese jefe joven y orgulloso quedó grabada en mi memoria. Resurge tras los retratos más majestuosos o taimados que marcan las etapas posteriores de su larga carrera, algunas de las cuales me irritaron más que me sedujeron.

Sólo permanecí unas semanas en Camberley. Allí había únicamente franceses,

todos a la espera de destino en una unidad de combate. Eran patriotas, orgullosos de haber huido de un país que se había retirado ignominiosamente de la guerra, conscientes de los peligros a los que se enfrentaban al dejar suelo francés para hollar el del único país que resistía solo frente a la temible potencia de una Alemania victoriosa en todos los frentes. Habiendo hecho esa elección en nombre del honor, tenían prisa por demostrarse a sí mismos que sabrían mostrarse dignos del mismo. El ambiente de aquel campo, cuyos reducidos efectivos se renovaban al ritmo de las llegadas desde Bretaña o desde España, estaba impregnado de una mezcla de altivez y de humor que contrastaba con mis recuerdos del ejército francés en los Vosgos, desmoralizado y avergonzado.

En el refectorio de Camberley conocí a dos camaradas cuya amistad contaría mucho a lo largo de mi vida: Tony Mella y Daniel Cordier. Con el primero se estableció una especie de fraternidad basada en el juego, el manejo de las palabras, el distanciamiento respecto a los acontecimientos, la utilización simultánea de ambas lenguas, inglés y francés, que puntuaban con risas nuestras conversaciones. Pronto decidimos que él era un gran pintor y yo un gran poeta, y que entre los dos debíamos inaugurar una nueva era de la expresión artística. La guerra, que había que ganar lo antes posible, no era más que un lamentable intermedio que, sin embargo, sabríamos utilizar para evitar caer de nuevo en las naderías anteriores y liberar por fin a la humanidad de su insoportable conformismo. «El lobo saldrá del bosque», era el dicho enigmático de Tony Mella, y, con un guiño cómplice, le atribuíamos un significado profético.

Más profundas y mucho más duraderas fueron las consecuencias de mi encuentro con Daniel Cordier. Este patriota de diecinueve años había llevado con él, en un barco que había partido de Bayona unos días después del armisticio, a media docena de camaradas exasperados ante aquel gesto de impotencia y de cobardía. Compartían su desprecio hacia los dirigentes de la III República que habían llevado a Francia a su ruina. De inmediato me sedujo el fervor juvenil de aquel chico. Compartimos la exultante aventura de la Francia combatiente, y cuando nos encontramos de nuevo en el verano de 1945 teníamos recuerdos muy parecidos de aquella época. Con la llegada de la paz, nuestros caminos se separaron, se reunieron o se cruzaron, y de etapa en etapa nuestra amistad sin tacha no hizo más que reforzarse.

En Camberley también me encontré con un antiguo condiscípulo de la Escuela Alsaciana, Christian Fouchet, que veinte años más tarde sería ministro de Educación Nacional. Me convenció para seguir su ejemplo y alistarme en la aviación. Las Fuerzas Francesas Libres necesitaban, sobre todo, aviadores. Ello contribuiría a que pudiéramos participar en los combates futuros.

Alistado en las Fuerzas Aéreas Francesas Libres (FAFL), en junio de 1941 conseguí que me admitieran para seguir la formación en la Royal Air Force, no para formarme como piloto, cosa que por supuesto habría preferido, sino como navegante, pues la necesidad era más urgente en esa especialidad. Nueve meses de entrenamiento intensivo, en el ambiente caluroso y amistoso de las bases de la RAF, con un grupo de quince jóvenes de la Francia Libre y un veterano, me permitieron acceder a la cualificación de *air observer* y lucir en mi uniforme una única ala gris sobre fondo azul. Entre junio de 1940 y junio de 1941, los Aliados no habían hecho mella en la arrogancia de la Wehrmacht. Por lo menos, la RAF había logrado hacer fracasar la invasión de Gran Bretaña y había ganado la batalla de Inglaterra. Un poco de su prestigio nos irradiaba a nosotros, que no habíamos hecho nada. Eran los Spitfire los que habían derrotado a la Luftwaffe y sus Messerschmitt. Nuestros futuros Blenheim, cuando por fin hubiéramos acabado nuestra formación, tendrían como misión bombardear objetivos militares en el continente, principalmente en Francia, cosa que por supuesto provocaría problemas de conciencia.

El veterano de nuestro equipo, el comandante Livry-Level, un aventurero que había mentido acerca de su edad para ser autorizado a volar, nos hablaba de su finca en Normandía, que ansiaba poder sobrevolar, de las precauciones que teníamos que tomar para no causar víctimas civiles y de su participación en la primera guerra mundial. Era el blanco perfecto para la ironía y para el afecto. Otro teniente normalista, Antoine Goldet, al que volvería a encontrar trece años después en el entorno de Pierre Mendès France, era el contrapeso a aquella exuberancia. Ante cualquier cosa que se dijera daba muestras de una soberana indiferencia: «hacer esto o escardar cebollinos» era su fórmula predilecta, cosa que no le impedía tener prisa por estar en el teatro de operaciones.

Comenzamos nuestra formación en una base cercana a Escocia, Millom, en Northumberland. La completamos en Gales, no lejos de Cardiff. No tenía problema con la teoría y me interesaba la lectura de mapas, tarea esencial del navegante. Me inquietaba más el manejo de los aparatos, puesto que siempre había tenido respeto a la mecánica.

Pasar nueve meses en tiempos de guerra en los campamentos de la Royal Air Force lo marca a uno para toda la vida. La atmósfera reinante se caracterizaba por la profesionalidad y la modestia, nada que ver con las caricaturas, como la de Danny Kaye en *La vida secreta de Walter Mitty*, que resaltan la soberbia o un heroísmo afectado. La naturalidad con la que nuestros camaradas ingleses vivían la perspectiva del peligro sin dejar de saborear los momentos de descanso nos parecía ejemplar. Y estaban luego las WAAF (Women Auxiliary Air Force), rubias inglesas que se ocupaban de las tareas administrativas. Se dejaban cortejar con tanta amabilidad que llegábamos a creer que se habían encaprichado de nosotros.

Sólo tuve miedo una vez, cuando el avión con el que aprendíamos a navegar se perdió sobre un bosque y el joven piloto, que no tenía experiencia, nos advirtió que se veía obligado a aterrizar el aparato en algún lugar entre las ramas. En esos momentos uno se da cuenta de que un avión es un objeto aparatoso y que en los bosques no siempre hay claros. ¡Uf! Fue un aterrizaje acrobático, pero lo logramos.

En marzo de 1942 obtuve el título de navegante que me permitiría entrar en una escuadrilla de las Fuerzas Aéreas Francesas Libres —unos meses más tarde serían rebautizadas como Fuerzas Aéreas Francesas Combatientes—, probablemente en el grupo Lorena, donde me codearía con Pierre Mendès France. Pero en ese momento intervino mi amigo de Camberley, Tony Mella.

En junio de 1941 Tony Mella había descubierto el partido que podía sacar de su bilingüismo y aceptó servir en aquello que, en el Estado Mayor de la Francia Libre, tomaba la forma de una segunda oficina, que pondría a disposición del Estado Mayor británico las informaciones que nuestros compatriotas pudieran obtener. Ya en el verano de 1940, el general De Gaulle le había encargado a André Dewavrin, un joven comandante politécnico recién regresado de Noruega, que pusiera en marcha dicho servicio. En el otoño, Dewavrin, que había adoptado el nombre de Passy y contaba con el apoyo de André Manuel —un oficial de más edad con numerosos contactos en Francia en el mundo de la empresa—, comenzó a organizar el envío a Francia de agentes de información. Tony Mella se había incorporado en 1941 a lo que aún no era más que un pequeño equipo, pero cuya tarea era una de las más importantes entre británicos y franceses libres.

El papel de ese servicio, que en mayo de 1941 había adoptado el nombre de BCRA (Oficina Central de Información y Acción), ha sido analizado con más o menos prejuicios por todos los historiadores de la segunda guerra mundial. Tenía que gestionar las complejas relaciones entre el Estado Mayor británico —que proporcionaba los medios materiales necesarios para la acción en Francia—, el general De Gaulle —deseoso de conservar el control de aquella operación— y los múltiples y a menudo muy diversos responsables de la Resistencia. No se han dejado de mencionar las fricciones entre la BCRA y los jefes de los movimientos de liberación nacional que dependían de Londres para recibir armas, dinero, medios de comunicación... e instrucciones: siempre demasiado poco de lo primero y demasiado de lo segundo.

La BCRA tenía como función arbitrar las peticiones, convencer al Estado Mayor de la legitimidad de éstas y frenar las veleidades de independencia de unos y otros. Las peripecias a menudo dramáticas de este capítulo de la guerra fueron expuestas con enorme claridad por Daniel Cordier en su obra consagrada a Jean Moulin. La BCRA hizo participar a Cordier en un curso de paracaidismo y en otro de operador de

radio, y se reunió con Jean Moulin, convertido en el «apoderado» del general De Gaulle en Francia. Hasta su detención en Caluire, fue uno de sus más próximos colaboradores, y luego, treinta años más tarde, se convertiría en su infatigable y minucioso biógrafo.

La historia ha analizado mucho menos el trabajo llevado a cabo por otra sección de la BCRA, la que tenía como misión recoger las informaciones descubiertas por nuestras redes en beneficio del Estado Mayor británico. Era el papel de la sección R, al mando de André Manuel y en la que Tony Mella, que se había convertido en su primer colaborador, me propuso incorporarme en marzo de 1942.

Era ahí, me dijo, donde se preparaba, con gran secretismo, la acción que nos permitiría recuperar nuestro país. El espionaje era el arma más eficaz en aquel tipo de conflicto. No había que dar pruebas de coraje, cosa que, afirmaba Mella, estaba al alcance de cualquier imbécil, sino de sutileza. Rodeaba sus explicaciones con un halo de misterio: no me lo podía contar todo hasta que yo hubiera aceptado. ¿Me enviarían a la Francia ocupada? No me lo podía prometer, pero daba a entender que eso dependería de mí.

Así llegué a una oficina de Saint James's Square y fui presentado a Passy y a Manuel, quienes durante dos años serían los personajes centrales de mi universo profesional. Su amistad, que acabó dramáticamente tras la Liberación, era para nosotros un signo de buen augurio. Eran dos personalidades complementarias. El primero era de hielo, hecho que interpretábamos como la prueba de su lucidez y rigor. El segundo era todo encanto. Como yo, sabía de memoria «El cementerio marino» de Paul Valéry, y ello nos llevaba a entablar justas poéticas.

Un nuevo agente se inicia etapa tras etapa en las actividades de un servicio especial como la BCRA. En un primer momento, fui informado de las operaciones en curso y me sumergí en los dossiers de las redes de información en contacto con la sección R.

A diferencia de la acción militar —sabotaje, constitución de grupos armados, luego maquis— y de la acción política —prensa clandestina, propaganda patriótica, constitución de movimientos de resistencia—, la información vivía discretamente. Nuestros agentes sólo pasaban a la clandestinidad si habían sido descubiertos. Se movían entre la población francesa como los célebres peces en el agua. A nuestros socios ingleses, que eran los destinatarios de las informaciones recogidas, les costaba acostumbrarse a nuestros métodos. Sus servicios, en particular las redes controladas por el coronel Buckmaster, utilizaban a espías profesionales, a menudo veteranos del Servicio de Inteligencia, formados en la clandestinidad. Los nuestros daban por sentado que sus compatriotas no los traicionarían. Así pues, no había que dejarse descubrir por los alemanes, el Abwehr, la Gestapo, el Sicherheitsdienst. En los servicios franceses, los de Vichy, en la policía o entre los ferroviarios, sin embargo,

era posible encontrar aliados, patriotas. Los resultados que obteníamos confirmaban a menudo el valor de nuestros métodos y nos concedieron una autoridad real ante los grandes jefes de la inteligencia militar británica. Si el Estado Mayor aliado siempre fue escéptico acerca del papel militar que podría tener, llegado el momento, el ejército secreto alimentado por los movimientos de resistencia, pronto reconoció que era una gran ventaja que agentes de la BCRA recogieran datos fiables acerca del dispositivo enemigo en territorio francés: fuerzas armadas, movimientos de tropas, bases navales, planes estratégicos, empresas de equipamientos, existencias de municiones y material de todo tipo.

Mi primer «cliente» fue, en la primavera de 1942, Christian Pineau, que había podido llegar a Inglaterra poco después de mi entrada en el servicio. Dado que debía regresar muy pronto, tuve que explicarle apresuradamente a él las reglas de base del funcionamiento de una red de información. Nos fundábamos en la experiencia acumulada por las primeras redes gestionadas por la BCRA, la Confrérie Notre-Dame, obra de Gilbert Roulier, alias Rémy. Las «instrucciones» con las que Pineau regresaba a Francia contenían códigos, mensajes en la BBC, criterios para la detección de terrenos destinados a operaciones aéreas, objetivos prioritarios para la recopilación de informaciones de valor militar y consignas de seguridad. Con cierta presunción, nos tomábamos por profesionales del espionaje.

Pero nuestras bajas eran muchas, demasiadas. Nuestros agentes cometían a menudo imprudencias y nuestras redes no eran suficientemente estancas. La Gestapo se infiltraba en ellas. Los servicios franceses, con cuyo patriotismo esperaban poder contar nuestros agentes, se decantaban a menudo por la colaboración.

Y algunos puntos de nuestro dispositivo eran muy frágiles. Para hacer llegar a Londres las informaciones recogidas con urgencia, nuestras redes empleaban operadores de radio formados en Inglaterra y enviados a Francia con sus emisoras y sus cuarzos. Cualquier emisión demasiado larga podía ser detectada por la goniometría alemana. Fue entre esas radios donde las detenciones fueron más numerosas y contagiosas. Para recoger los correos de las redes, hacerles llegar instrucciones, material o dinero, había que organizar operaciones aéreas, lanzamientos en paracaídas o aterrizajes. A tal fin había que localizar terrenos, balizarlos y observar el momento propicio del ciclo lunar. La Gestapo podía aparecer en cualquier momento, la operación se podía ir al traste o el Lysander podía ser derribado por la defensa antiaérea. ¿Cómo sobrellevábamos esos contratiempos, instalados en nuestros despachos de Saint James's Square y luego de la calle Duke, en una capital británica ampliamente a salvo de los bombardeos entre el final del *Blitz* en la primavera de 1941 y los primeros cohetes V-1 y V-2 en la primavera de 1944? Me cuesta responder a esa pregunta a posteriori. Sin duda aceptábamos esa enorme diferencia entre nuestra seguridad y los riesgos que corrían nuestros camaradas en

Francia pensando que nosotros tomaríamos el relevo. Mientras, hacíamos gala de un humor macabro. Tony Mella había inventado para nuestro trabajo la expresión «Teste y Colombe, sepultureros a presión». Teste era yo, que le recitaba Valéry a la hora del bocadillo; Colombe era el pintor émulo de Picasso.

Durante los últimos días de octubre de 1942, desembarcó, en el apartamento de solteros que compartía con Tony Mella y Guy Dubois en Courtland Square, un joven oficial estadounidense que se presentó como un amigo neoyorquino de Vítia y me anunció que ésta pronto llegaría a Londres. Venía en un barco mercante que viajaba con un convoy y no tardaría en llegar a Liverpool. Durante toda la velada, Patrick Waldberg, que era norteamericano por su uniforme pero muy parisino en su discurso, me dibujó un retrato vivido y contrastado de la existencia que Vítia y sus padres llevaban desde su llegada a Nueva York, hacía ya dieciocho meses. Luego se marchó, tan misteriosamente como había llegado. Poco después supe que se había ido al norte de Africa para participar en el desembarco aliado.

Desde hacía un año, Vítia trabajaba como periodista en *La Marsellaise*, donde Geneviève Tabouis la había acogido, y frecuentaba los medios literarios, artísticos y universitarios del exilio. La colonia francesa de Nueva York, muy variopinta, se hallaba dividida políticamente. Por un lado, estaban los gaullistas ardientes de la asociación France Forever, presidida por Henri Laugier y que contaba en sus filas con Claude Lévi-Strauss, Geneviève Tabouis, François Quilici y Boris Mirkine. Éstos habían aguardado con impaciencia la entrada de Estados Unidos en la guerra, que daban por descontado que beneficiaría al jefe de la Francia Libre. Por otro lado, había un buen número de personalidades de la III República, reunidas en torno a Alexis Léger —antiguo secretario general del Quai d'Orsay^[19], cuyo seudónimo literario era Saint-John Perse— y a Camille Chautemps. Éstos alertaban al presidente Roosevelt contra el impredecible Charles de Gaulle. Patrick Waldberg, que resultó ser amigo de André Breton y de Marcel Duchamp, me explicó con una buena dosis de humor las intrigas urdidas por la Oficina de Información de Guerra estadounidense para fichar las contribuciones retóricas de las grandes voces del surrealismo.

Aguardé angustiado la llegada de Vítia, conocedor de los peligros que suponían los submarinos alemanes para los convoyes como el suyo. Por fin, el 9 de noviembre, los ingleses me informaron de su presencia en la Escuela Patriótica Real Victoria, y fui corriendo a buscarla a aquel lugar en el que yo había pasado seis semanas y donde ella sólo tuvo que esperar tres horas. Su convoy había perdido nueve de los veinticuatro buques con que contaba al partir. Vivió el paso del clima apacible de Nueva York al de una marina mercante británica que se enfrentaba a la guerra con sobriedad y profesionalidad. «¡Qué lección!», dijo.

Reencontrarme con Vitia, gozar con ella del ambiente excitante del Londres de la guerra, compartir con ella la sociabilidad inglesa y la incomparable camaradería de la Francia combatiente era una exquisita forma de felicidad. Los recuerdos de entonces son resplandecientes. Desde nuestra boda, habíamos pasado más meses separados que juntos. Fue en Londres donde realmente aprendimos a convivir. Ella era el enlace entre la BCRA y el Comisariado del Interior, cuyos responsables permanentes eran Georges Boris y Jean-Louis Crémieux-Brilhac, aunque también contaba con comisarios más efímeros: primero Diethelm, luego André Philip y más tarde Emmanuel d'Astier de La Vigerie. Georges Boris se convirtió en uno de mis mejores amigos. Esa amistad nos acercó a Pierre Mendès France, que venía a almorzar al estudio de la calle Kinnerton donde nos habíamos instalado. Explicaba con mucha gracia su evasión de la cárcel de Clermont-Ferrand y las peripecias de su viaje a Londres.

Mendès estaba impresionado por la gestión rigurosa y equitativa de la Inglaterra en guerra, obra notable del ministro de Avituallamiento, lord Woolton, a quien admirábamos casi tanto como a Winston Churchill. En la época en que, en la Francia de Vichy, el mercado negro florecía y se codeaba con la más lamentable penuria, los ingleses inventaron el *spam*, un extraño sustituto del jamón, acerca del cual Pierre Dac bordaba unos versos muy chistosos.

Mi trabajo en la sección R de la BCRA no se limitaba a la información. Había una sección de contraespionaje, objeto particular de la suspicacia de los servicios británicos, que estaba a cargo de Roger Wybot y Stanislas Mangin; una sección de acción militar y sabotaje, que dirigía Scamaroni y luego Lagier, y una sección de acción política, que Passy había confiado a Louis Vallon y que daba directivas a los movimientos de liberación nacional. Dado que Vitia era el enlace entre la BCRA y el Comisariado del Interior, yo estaba al corriente de los problemas que surgían en ese terreno. Nos divertíamos con las rivalidades y ambiciones de los jefes de esos movimientos, y veíamos sus conflictos con la mirada socorridamente irónica que desde los «despachos» se dirige a los actores que están sobre el terreno.

La llegada a Londres de Pierre Brossolette comportó una profunda reorganización de la BCRA, pues situó entre Passy y la sección R a ese normalista fogoso e irresistible que había conquistado al jefe de la BCRA y eclipsado la influencia sin duda más ponderada de André Manuel.

El papel desempeñado por Brossolette en la movilización y la unificación de los movimientos de resistencia ha sido analizado por los historiadores de la guerra, que han remarcado las divergencias entre su visión y la de Jean Moulin. Para nosotros, en la calle Duke, su presencia era particularmente roborativa, su convicción contagiosa y su sonrisa, lanzada por encima del hombro cuando se marchaba de la oficina,

inolvidable.

Con su esposa Gilberte temblábamos cada vez que se marchaba a Francia. La última de las dos misiones cruciales en las que acompañó a Passy acabó con su detención. Delatado por una mecha blanca rebelde al tinte, se supo desenmascarado y se arrojó por una ventana. Su personalidad seductora y compleja y su ambicioso patriotismo han quedado grabados para siempre en mi memoria.

Sin embargo, quien mejor había adivinado la estrategia que había que llevar a cabo para conseguir el apoyo decisivo de la Resistencia al general De Gaulle era Manuel: había que apoyar a Jean Moulin.

A finales de 1943, una parte importante de nuestro servicio fue transferida a Argel, donde entonces tenía su sede el Comité Francés de Liberación Nacional. Tony Mella fue destinado allí. Al separarnos, me insistió en que no jugara a ser un soldadito y me quedara en Londres hasta el desembarco aliado, que presumíamos próximo. Eso era subestimar la determinación que nunca había perdido. Conseguí que su sucesor, Fleury, cuyo alias era Panier, nuevo jefe de la sección R, me enviara en misión para reunirme con los jefes de las redes y examinar con ellos un plan de reorganización de nuestros enlaces por radio. En efecto, la inminencia del desembarco permitía prever que se producirían rupturas en los ejes de comunicación entre París, Lyon, Marsella y las demás regiones de Francia. Los mensajes urgentes que deberíamos hacer llegar al Estado Mayor a medida que progresara el avance aliado ya no podrían transitar, sin retrasos peligrosos, por esas tres ciudades donde estaban instalados la mayoría de los emisores. Era necesario, por ese motivo, dispersarlos por todo el territorio con el consentimiento de los responsables de las redes a las que pertenecían.

Vitia comprendía perfectamente mi necesidad de hallarme sobre el terreno. Fue autorizada excepcionalmente a acompañarme a la casa de campo ultrasecreta donde el comandante Bertram y su pelirroja esposa alojaban a los agentes antes de partir a Francia. Pasamos allí tres días esperando una luna favorable. No trataré siquiera de expresar con palabras lo que significó para nuestra vida de pareja ese paréntesis fuera del tiempo medido, fuera del *recorded time* de Macbeth.

Finalmente, una noche de finales de marzo de 1944, me subí a un Lysander ligero y frágil que me depositó sin mayores problemas en un terreno bien balizado a unos kilómetros de Saint-Armand-Montrond en el Cher. Diez minutos después, el aparato partía de nuevo, llevando a bordo a Louis Marin, que se sumaba a la Francia combatiente. Por una de esas coincidencias que no puedo evitar el placer de dejar por escrito, tras la muerte de este político conservador se fijó una placa en su honor en la fachada del inmueble del número 95 del bulevar Saint-Michel, donde vivimos de 1955 a 1983 y que hoy ocupan dos de nuestros hijos.

Antes de abordar los cien días que duró la misión Greco, mis recuerdos me llevan atrás, a los tres años de vida en Londres que acababan. Parecen un sueño. Sin duda, a causa de la admirable serenidad del pueblo británico de la que estaba impregnado el aire de Londres. El mundo se hundía por doquier, las derrotas y las victorias se alternaban, los frentes avanzaban y retrocedían, pero a eso de las cinco de la tarde se tomaba el té en un *pub* cercano a Berkeley Square y se bromeaba acerca de los estadounidenses, llegados tarde a la pelea y ricamente pertrechados. El mejor chiste —y el más cruel— era el del soldado estadounidense al que un camarada británico le pregunta el motivo de las tres medallas que luce:

—La primera —responde el norteamericano— es por haber atravesado el Atlántico; la segunda, por hallarme en el teatro de operaciones.

—¿Y la tercera?

—Salvé a una mujer de ser violada.

—¡Ah! ¿Y cómo la salvaste?

—Me lo repensé.

Bromeábamos, escuchábamos la BBC y estábamos orgullosos de nuestro gran hombre. El general resultaba para nosotros más inatacable cuanto más cuestionado era. Por los estadounidenses, que preferían a Pétain; por los británicos, que sufrían sus rigores de patriota incondicional, y también franceses como los editores del diario *France*, los de la revista *La France Libre*, Labarthe y Raymond Aron. Este último nos sorprendió a Vitia y a mí, que lo conocíamos de antes de la guerra, ella a través de su padre y yo de la calle Ulm. Al encontrárnoslo por la calle, el día de la llegada de François Darlan a Argel, lo oímos defender la actitud de los norteamericanos dispuestos a negociar con él: «Hay que ser realistas —decía—. Él, por lo menos, aporta a los Aliados la flota de Tolón».

Nosotros no éramos realistas. Teníamos nuestro culto a los héroes, la sombría gloria del luto: Estienne d'Orves, Jean Moulin, Pierre Brossolette, Jean Cavallès, Jacques Bingen y tantos otros. Pero su sacrificio era una señal. Y debía ser vengado. A ello serviría nuestra juventud. Y además, inmediatamente después, tomábamos ejemplo de los ingleses: sobre todo no tomarse nunca en serio.

Este paréntesis «infuso de astros y lactescente»^[20] se cerró en Saint-Armand-Montrond. Un nuevo espacio, tal vez aún más clausurado en mi memoria, se abrió ese día de marzo de 1944 y se cerró el 8 de mayo de 1945.

La misión Greco —era el nombre en clave que yo había elegido— incluía a tres agentes de enlace: Godefroy, que había llegado desde Londres antes que yo y que su red ponía a mi disposición, y dos jóvenes que él había reclutado. El primero, Jean-Pierre Couture, era pintor, guasón y muy rápido en bicicleta. Diez años más tarde se convertiría en padre de dos estrellas del espectáculo, Charlélie Couture y Tom Novembre. El otro, Jacques Brun, más comedido y más organizado, es hoy secretario general de la asociación de antiguos deportados del campo de Dora.

Tuve la idea loca de asociar a mi hermano y a mi madre en esa misión. No tenía noticias de ellos desde marzo de 1941. ¿Cómo obtuve su dirección? No lo recuerdo. Acabé dando con ellos en Thonon-les-Bains, en la Alta Saboya, donde se habían instalado tras una tentativa fallida de huir a Suiza. Ambos tenían aún nacionalidad alemana. A Helen la albergaba una amiga, propietaria de un castillo en el Chablais. El estado de salud de Ulrich, que subarrendaba una habitación en la ciudad en casa de un matrimonio anciano, me pareció que no era lo suficientemente bueno como para correr el riesgo de llevarlo a París, y partí solo con Helen. Ella se moría de ganas de trabajar para la Resistencia.

La misión Greco consistía, en primer lugar, en ponerse en contacto con los responsables de las diferentes redes: Confrérie Notre-Dame, Brutus, Andromède, Nestlé, Gallia, Phalanx, Phratric y Cogors. Cada una de ellas disponía de varios operadores de radio, y era necesario hallar nuevos emplazamientos desde los cuales estos pudieran emitir. Esa tarea, sin embargo, comportaba otras: repartir correo y dinero, y atribuir nuevos códigos a nuevos cuarzos. Cada mañana, mientras desayunábamos en el apartamento de Couture, en la calle Delambre, nos distribuíamos los contactos que había que establecer y los «buzones» que había que localizar. Había hecho de los dirigentes de la red Phratric mi principal punto de apoyo, y compartía con ellos la extraña vida de los responsables de la Resistencia. Una vida en la que se entremezclaban la despreocupación y el rigor, en la que los días laboriosos se alternaban con las veladas frívolas en restaurantes del mercado negro. Los informes telegráficos que enviaba a Londres tenían una acogida irónica. Yo, que a menudo me había irritado al recibir un mensaje indescifrable, cometía errores de código. Tomé como texto de base una estrofa del «Lago» de Lamartine, cuyas palabras, demasiado largas, se prestaban mal a ser cifradas. Todo ello con un trasfondo de alegría, de certeza de una victoria aliada cada vez más próxima, con el Ejército Rojo que rompía el frente alemán por todas partes.

La bicicleta era el medio de transporte universal. Las avenidas de París, casi vacías de vehículos, estaban bordeadas de jacarandas floridas. Uno acababa por no prestar atención a los uniformes alemanes. Me encontré con una camarada de *khâgne*, Jacque Havet, que me autorizó a utilizar su dirección como «buzón». La semana

siguiente, la Gestapo detuvo a su padre, que no regresó jamás. ¿Quién nos traicionó? Nunca lo he sabido. Esta tragedia, por desgracia, no fue la única. Muchas redes quedaban diezmadas. Cada vez había que blindarse de nuevo frente a la realidad.

A mí me llegaría mi turno pronto. Tres semanas después del desembarco de Normandía, que hizo soplar vientos de triunfo entre nuestro equipo, Londres me sugirió que regresara a Inglaterra aprovechando una operación aérea prevista para los primeros días de julio. ¿Marcharme en aquel momento, cuando los Aliados ya avanzaban hacia Caen? Ni hablar. Unos días más tarde, un operador de radio —que respondía al nombre de guerra de Bambou y que me conocía de Londres, donde se formó— fue descubierto por la Gestapo. Detenido y torturado, habló y aceptó fijar una cita conmigo el 10 de julio en la esquina de los bulevares Raspail y Edgar-Quinet. Espero al menos que al entregarme consiguiera su propia libertad. Nunca lo he sabido. No se puede perseguir a alguien que ha hablado bajo tortura.

¿Cómo explicar la propia detención? *Les Temps modernes* me propuso, unos meses después de mi regreso de los campos, publicar un artículo sobre mis experiencias. Así escribí «Entre sus manos», un texto de catorce páginas que no había vuelto a leer desde hacía mucho tiempo. Comienza así:

El 10 de julio de 1944 era lunes. Tenía cita con doce tipos en doce rincones diferentes de París: estaciones de metro, cafés, esquinas o manzanas de casas, según la táctica de cada uno. Yo mismo, a fin de cuentas un recién llegado, puesto que había llegado de Londres en marzo, aceptaba las tácticas de los demás sin discutir: maquiavélico con los maquiavelos, audaz con los imprudentes. Ahora me lo reprocho. Siempre hay que reprocharse algo.

La décima de las doce citas era en la esquina de Raspail y Edgar-Quinet. Él estaba sentado en la terraza. Al verme, se puso en pie; otro, al que no conocía, también se puso en pie y ambos entraron en la sala del fondo. Los seguí.

—Greco, ayúdeme, he estado en sus manos y es horrible, no lo soportaré una segunda vez, la bañera... es horrible. He conseguido despistarlos en la estación de Lyon, pero no tengo documentación, ni dinero, ni una camisa. Éste es un viejo amigo, un camarada de antes de la guerra que me ha acogido y me ha dado ropa...

Era un hombrecillo pequeño y gordo, con ojos sonrientes, ¿por qué? Lo miré y no me gustó, ni tampoco el que hablaba, exagerado e impulsivo, todo cuanto uno teme en este tipo de existencia especial. Hablé. Hay que hablar, razonar, elucidar y decir: esto es lo que vais a hacer.

Una luz blanca en la memoria, pero apenas un instante de ruptura. Noté la boca del cañón del revólver contra las costillas: vi al joven agitado, tenso, tembloroso; lo oí gritar:

—¡Manos arriba! ¡Vamos, más deprisa!

El cambio de fase tuvo lugar sin lucha, como un deslizamiento de un plano sobre otro; estaba en sus manos.

[...] Situación imposible del que es capturado. No lo creo, no creo en las consecuencias; tal vez se trate simplemente de una advertencia; mañana a esta hora estaré libre en algún lugar y me estremeceré al pensar que habría podido... Coche de la Gestapo que circula por París. Esposas, olor a miedo. Nuestro miedo y el suyo, que se manifiestan casi de la misma manera, a través de la brusquedad, del rechazo a comunicarse. Avenida Foch. Poco a poco, lo irremediable se espesa, cada salida se transforma en sueño, en quimera: alza vertiginosa del precio de las cosas simples: la calle, el movimiento, el metro. Me han capturado. Y, sin embargo, aún no había llegado la hora de resignarse. Sólo había una cosa evidente: aquello no podía ser.

El cuerpo va por un lado y la mente por otro. Asco en la región del plexo solar, sudor en las sienes, los

sentidos que dan vueltas alocadamente... Y luego el cuerpo recupera el equilibrio, respira de manera diferente, busca el ritmo que evita que flojeen las piernas, libera la región del cerebro. El cuerpo se adapta, y la mente se mantiene atolondrada, incrédula; su capacidad de adaptación es menor.

A continuación viene el relato de mis interrogatorios en el que el narrador de marzo de 1946 trata de interesar al lector de una revista literaria acentuando lo improbable, o sea la hazaña. Acaba con los dos párrafos siguientes:

¿Esas historias son mentiras inventadas a posteriori? En absoluto, nada hay más exacto. Pero nada dicen acerca del momento. Todo su sentido les viene de ese suceso, formalmente contrario a la visión de las cosas que domina este presente: sobreviví.

Aquel presente estaba ensombrecido por la idea de la muerte, iluminado por la inminencia de la muerte. Un problema muy simple que suprime los problemas mucho más complejos del comportamiento; un problema placentero en mi caso, pues moriría antes de la edad de las peores imitaciones, de las más detestables cobardías, muerto por una causa potente en su adecuación, moriría admirado, es decir con la bendición de toda la parte exigente de mí mismo que no tiene otro placer que erigirme un monumento.

Cincuenta años más tarde, en ese relato hay muchas cosas que me incomodan. En él quedo demasiado bien: la Gestapo se dejó enredar por aquel joven intelectual sartriano; no sólo no confesé nada importante, sino que las torturas no me dejaron huella y abandoné París indemne. Es poco verosímil.

Se trata de los veintinueve días que van del 10 de julio al 8 de agosto de 1944, que pasé en un inmueble de la avenida Foch donde la Gestapo confinaba a los «terroristas» detenidos, antes de encerrarlos en Fresne, ejecutarlos o deportarlos. Mi detención tuvo lugar a las seis de la tarde en el café llamado Quatre-Sergents, cerca de la esquina noroeste del cementerio de Montparnasse. Jean-Pierre Couture, que sabía que tenía una cita con el operador de radio de Dijon, alias Bambou, decidió reunirse con nosotros para llevar un cuarzo de recambio que sabía que Bambou necesitaría para retomar su trabajo. Una iniciativa de la que yo no tenía noticia, inspirada por su sentido de la eficacia y que le costaría la libertad. Al llegar al lugar en bicicleta, unos instantes después de mi detención, fue descubierto por los agentes de la Gestapo, trató de huir y de lanzar el cuarzo por encima del muro perimetral del cementerio, pero fue atrapado y detenido. Yo no lo sabría hasta el día siguiente, cuando lo reconocí, muy magullado, al salir de su primer interrogatorio en la avenida Foch.

A mí me esposaron, me encerraron en un cuartucho en el último piso del edificio y luego me presentaron al primer interrogador. Reclamé mis derechos, me identifiqué y hablé de mis buenas relaciones en Lyon, donde estaba domiciliado, con las autoridades alemanas. Negué conocer al tal Greco y me declaré dispuesto a responder a las preguntas que quisieran hacerme. Comencé a hablar en alemán, cosa que desconcertó a mi interrogador.

Era tarde. Gané una noche. Al día siguiente, el interrogatorio fue más preciso. No pude negar que, durante mi detención, fui identificado como Greco. Admití haberle

servido de agente de enlace, haber llevado a cabo un acto de patriotismo.

El tono cambió. Si yo no era Greco, tenía que decirles dónde me encontraba con él. Esta vez me negué a responder. No podía traicionar.

—¿Tendremos que hacerlo hablar a la fuerza?

—Inténtenlo.

—Ahórrese la bañera.

—Creen que soy más cobarde de lo que soy...

Conducido al sótano, fui sometido a aquella tortura de cuya eficacia muchas veces habíamos oído hablar. Al cuarto chapuzón, declaré estar dispuesto a hablar. Imaginé una solución sutil: en lugar de dar la dirección de Jean-Pierre Couture, en la calle Delambre, donde nos encontrábamos cada mañana para desayunar, indicaría una dirección situada diez números más lejos. Si la Gestapo se presentaba allí, se enteraría toda la calle y mis amigos serían alertados. Mi truco era en vano. Nuestros interrogadores ya habían dado con la dirección de Couture y no necesitaban mi confesión, que consideraban de entrada como una confirmación, a pesar de la diferencia de números. Fue así como Jacques Brun fue detenido a su vez.

Seguí negando ser Greco, pero mi poder de convicción se debilitaba. Para poner fin a una sesión de bofetadas que un animal me propinaba tras haberme atado a una silla, con las manos a la espalda, acabé confesando. Se trataba entonces de entrar en los detalles: el objetivo de mi misión, mis contactos en París y lo que sabía de la organización clandestina. Otros servicios secretos alemanes se interesaron por mí. Utilizando siempre la lengua alemana, dije estar dispuesto a responder a cuanto quisieran saber acerca de la clandestinidad: estructura, alertas, seguridad, funcionamiento de la red.

Pasaban los días y el ritmo de los interrogatorios se hizo más lento. Sólo recuerdo una confrontación. En un despacho en el que era la primera vez que entraba, me hallé un día frente a Antoine Masurel. Sabía que aquel joven inteligente y valiente, a la cabeza de la Phratric, una de nuestras redes de información más eficaces, había sido detenido quince días antes que yo. ¿Me reconocería? ¿Lo identificaría? Nos miramos como si jamás nos hubiéramos cruzado.

—Ése —dije con desprecio—, ¡ni lo piensen! Como mucho es un pequeño agente de enlace. Seguro que no es un jefe de red. Me parece que salta a la vista. —Todo ello en alemán, por supuesto.

—No conozco a este señor —confirmó Masurel.

La sesión acabó y tuve la inmensa satisfacción de no haber dicho nada.

Hablar, antes que negarse obstinadamente al diálogo. Hoy siento una inmensa admiración por quienes decidieron callar bajo los golpes, agotar la brutalidad de los verdugos mediante la muda aceptación del sufrimiento. También por aquellos que,

temiendo ser incapaces de resistir, eligieron la muerte, como Jacques Bingen o Pierre Brossolette. Yo hablé mucho. Hasta llegué a escribir: un nuevo interrogador quería detalles acerca de la organización clandestina de los enlaces por radio entre Londres y la Resistencia. Le propuse redactar un informe acerca de ese tema. Fue un excelente ejercicio de imaginación que tal vez le mereció el reconocimiento de sus jefes.

Si, al acabar la guerra, hubiera podido consultar el dossier con los atestados de mis interrogatorios a manos de la Gestapo, ¿me habría aterrorizado por las revelaciones que tal vez pusieron en peligro a mis camaradas? ¿Me habría sentido aliviado por la iniquidad de mis declaraciones o la sutilidad de mis engaños?

Tal vez habría anotado que hacia el 20 de julio, fecha del fallido atentado contra Hitler, algo cambió en el rigor de mis torturadores. ¿Las autoridades alemanas de París estaban involucradas en el atentado? ¿Se habían venido abajo ante el fracaso? ¿Había un conflicto entre los diversos servicios que instruían mi caso? ¿Me beneficié de un respiro gracias a ello?

Durante los primeros días de agosto, comencé a creer que tal vez lograría sobrevivir e incluso recobrar la libertad. Pero no por ello dejé de guardarme en el bolsillo de la chaqueta una hoja de papel en la que había anotado el primer verso de un soneto de Shakespeare, «*No longer mourn for me when I am dead*»^[21], pues la muerte seguía siendo el final más probable y deseaba que se supiera que la había aceptado sin desfallecer. *Vanitas vanitatis*.

¿Eso es todo lo «factual» que queda en mi memoria medio siglo después de los hechos? En aquel cuartucho dormí, comí, esperé, escuché y leí. Recuerdo mis lecturas: una novela a la que le faltaba la portada y por ello ignoraba el nombre del autor. Aquel enigma aún me la hacía más fascinante. Puesto que tenía tan pocas posibilidades de sobrevivir, me llevaría a la tumba la curiosidad no satisfecha de saber quién era el anónimo novelista. Supe más tarde que se trataba de un libro de Elsa Triolet, *Le Cheval blanc*.

Recité mucho en voz baja los largos poemas que sabía de memoria. Imaginé planes de evasión, escenarios en los que la ofensiva aliada haría saltar por los aires las rejas del inmueble de la avenida Foch. Mi temor era verme confrontado con camaradas cuya detención hubiera provocado yo. Esa puñalada me la ahorré.

Treinta y siete resistentes salidos de locales de detención parisinos de la Gestapo subieron el 8 de agosto de 1944 a un vagón de tren ordinario que partía de la estación del Este. Dirección: Verdún. En nuestro compartimento había militares alemanes que vigilaban que permaneciéramos esposados en nuestras banquetas. ¿Adonde nos dirigíamos? «A un campo de prisioneros en Alemania. Allí esperarán la victoria alemana y la paz». Sea.

Largas paradas marcadas por las alarmas aéreas. Tal vez la ofensiva aliada conseguiría alcanzarnos y liberarnos. Una noche en Verdún, siempre esposados y encerrados en una granja. Al día siguiente, primera sorpresa. En Saarbrücken fuimos conducidos a un campo y encerrados toda la noche, treinta y siete personas en un espacio de tres metros cuadrados. Nos faltaba aire. Sólo conocía a un miembro del grupo: Forrest Yeo-Thomas, que había desempeñado un papel importante entre la Francia combatiente y el primer ministro británico; aviador próximo a Winston Churchill, lo había convencido para que confiara en los servicios gaullistas para organizar el ejército secreto. No sabía que lo habían detenido. Espontáneamente asumimos responsabilidades hacia los otros treinta y cinco. ¿Hablar con el jefe del campo para obtener más espacio? Tentativa vana.

—Somos oficiales.

—Son ustedes una mierda.

Sombrío comienzo. En la plaza de formación del campo, unos prisioneros daban vueltas a la pata coja, con las manos detrás de la nuca, entre los gritos de los SS. Caímos de las nubes. ¿En qué mundo nos hallábamos? Por la mañana, otro tren nos embarcó hacia Turingia. Turingia. Weimar. Buchenwald. Sabía de ese campo, cuyo nombre había sido pronunciado con horror por unos amigos de mi madre, huidos de Alemania en 1938, que sólo hablaban de él en voz baja. ¿Aún existía aquel lugar?

Evadirse. Saltar del tren. Un joven francés del grupo nos susurraba que con un muelle de reloj podría abrir las esposas. Era posible pero arriesgado. Por unos pocos que lograran escapar, ¿cuántos morirían? El 12 de agosto de 1944, la situación de Alemania nos parecía desesperada. Hitler no aguantaría más de unas semanas. Así que era mejor esperar.

El tren se detuvo. Nos hicieron avanzar hasta un portón con la leyenda «A cada uno su merecido». Nos empujaron por un largo pasillo que daba a una sala de duchas. Espera nocturna. Por la mañana, nos desnudaron, nos desinfectaron y nos vistieron a rayas, nos condujeron al barracón 17 y nos entregaron a un *Kapo*. Hice de intérprete: mantenerse limpio, gimnasia por la mañana, sopa a mediodía y no salir del barracón

después de las ocho de la tarde. En términos secos, pero sin brutalidad, nos dio sus instrucciones. Concertación. ¿Quiénes éramos? Todos agentes detenidos por ser responsables de actividades.

Entre los franceses, el corredor de coches Benoît; Henri Frager, jefe de una red británica en Francia; Rambaud; Avallard; Cuglioli; Chaignaud, y Séguier. Entre los demás, varios belgas, tres ingleses —Southgate, Peulevé y Yeo-Thomas—, un estadounidense y un canadiense. Nunca me he sentido tentado, Dios sabrá a causa de qué superstición, de reconstituir la lista exacta.

No nos asignaron a un comando de trabajo. Los días pasaban sin hacer nada. El 25 de agosto, la vida del campo se vio trastornada por un bombardeo aliado que alcanzó la Gustloff, la fábrica de armamento contigua al campo, donde trabajaban numerosos deportados. Había muertos, pero sobre todo reinaba una enorme exaltación: ¿aquel golpe contra Alemania propinado por nuestros aviadores acaso no significaba una pronta liberación?

Día tras día, nos adentrábamos en la vida y la rutina de Buchenwald. Encuentros inesperados. El de Christian Pineau, mi «cliente» en la sección R de la BCRA. Me pasó un manuscrito: *Deyanira*. Se trataba de una obra de teatro acerca de esa heroína cuyos celos, la pasión más implacable, triunfan frente al invencible Heracles. También estaba Hewitt, a quien los SS habían autorizado para montar un cuarteto de cuerda que tocaba Mozart, por la noche, en uno de los barracones. Extraño campo, donde se podía tocar música y escribir tragedias.

Estaban también las largas colas de seres descarnados que se arrastraban a lo largo de las avenidas entre los barracones. Para ellos se forjó la expresión *die Muselmänner*, «los musulmanes», que en aquella época remitía al supuesto fatalismo del islam: se habían resignado a morir. Los demás, los útiles, partían por la mañana con los comandos exteriores y regresaban por la tarde extenuados; los reunían en la inmensa plaza donde nos formaban y los contaban una y otra vez.

En nuestro barracón de tránsito jugábamos a las cartas, a pesar de que estuviera prohibido. Helen me había enseñado a echarlas y divertía a mis camaradas diciéndoles la buenaventura: su liberación. Ahí está, junto a la sota de tréboles, que significa «dentro de poco».

Escuchaba las noticias de la radio alemana a través de un altavoz. La víspera del bombardeo de Gustloff, París había sido liberado por los Aliados. Una gran emoción. Alfred Balachowski vino a vernos y nos trajo conejo. Estaba rico. ¿Quién era ese francés alto y con una buena mata de cabello? Sería uno de nuestros salvadores. No sabría hasta mucho después que fue deportado en enero de 1944 y enviado de Buchenwald a Dora como simple trabajador, y que el doctor Ding-Schukler, que dirigía en Buchenwald el Instituto de Higiene, al saber que Balachowski era

investigador del Instituto Pasteur, hizo que trabajara con él. Así que no sólo conservó su cabello, favor excepcional, sino que además disfrutaba de una particular autoridad en el campo: manejaba vacunas y cultivaba piojos, portadores de una enfermedad que sembraba el terror entre los deportados y los SS: el tifus exantemático. En cada barracón, podía leerse la siguiente inscripción: «Un piojo, tu muerte».

El 8 de septiembre, dieciséis de nosotros fuimos llamados a la torre. Balachowski nos confirmó, tres días después, que habían sido ejecutados. Nos ocultó los aspectos atroces de su ahorcamiento que había averiguado. Esos horrores, como tantos otros, yo los descubriría tres años más tarde en *El estado de las SS* de Eugen Kogon, nuestro segundo salvador. Kogon trabajaba también en el barracón 50 con Ding-Schukler, cuya confianza se había ganado. Estaba al corriente de los experimentos *in vivo* que Ding llevaba a cabo con «criminales».

Yeo-Thomas comprendió que estábamos todos destinados a ser ejecutados. Se dirigió en primer lugar a la dirección comunista clandestina del campo, que reservaba sus intervenciones a los camaradas del Partido. Balachowski se puso de acuerdo con Kogon, y éste se comprometió a sondear a Ding. Este último, lo sabía, ya no creía en la victoria alemana. ¿Aceptaría permitir organizar un intercambio de identidades entre oficiales aliados y muertos del tifus? Su asentimiento se obtuvo a cambio de la promesa de certificados con firmas de prestigio que podría hacer valer ante los Aliados. Faltaba aún conseguir la peligrosa complicidad del *Kapo* del barracón 46, donde vivían y morían los deportados aquejados de tifus.

Arthur Dietzsch también era una «autoridad» en Buchenwald, donde ya llevaba once años, tras haber pasado seis en las cárceles de la república de Weimar. Diecisiete años tras las rejas o las alambradas lo habían convertido en una especie de bruto temido por los otros *Kapos*. Hacía valer su reputación para ejercer su poder. No le gustaba el católico y demasiado intelectual Kogon, pero se dejaría influir por el socialdemócrata Heinz Baumeister, a quien Kogon confió la misión de ponerlo al corriente del complot.

De todos mis salvadores, con quien fui más injusto fue con Dietzsch. En mi artículo en *Temps modernes* tracé de él un retrato odioso, en el que evoqué «la figura inquietante del *Kapo* Dietzsch, brutal, autoritario, sádico y taimado». Era un juicio abrupto, injusto, deformado por el maniqueísmo de los campos. ¿Qué habríamos hecho sin su coraje y su lealtad?

A finales de septiembre, la conjura estaba madura. Yeo-Thomas debía elegir a los beneficiarios. ¿Uno? ¿Dos? Tres como máximo. Eligió a un inglés, Harry Peulevé, y a un francés, yo. ¿Por qué a mí? ¿Para que hubiera un oficial francés? ¿Porque hablaba alemán? Quién sabe. Tal vez por amistad.

Nos instalamos en el primer piso del barracón 46. En la planta baja había una

quincena de jóvenes franceses en cama, gravemente enfermos. Tras una epidemia de tifus en un campo de trabajos forzados cerca de Colonia, habían sido confiados a Ding, en Buchenwald. Habíamos convenido que adoptaríamos las identidades de los tres primeros que murieran. Sus cuerpos serían enviados al crematorio con nuestros nombres y nuestros números de identificación. Si la torre nos llamaba para ser ahorcados, habríamos muerto de tifus.

Fue una espera angustiada, de la que tratábamos de escapar jugando en nuestra estancia, vigilando la expresión más o menos enfurruñada de Dietzsch, único al corriente del complot y que mantenía la sangre fría. Felizmente para Peulevé. En la tercera hornada de llamados, su nombre figuraba en la lista. Hubo que disfrazarlo de enfermo de tifus moribundo, y despistar a la guardia de la torre. Marcel Seigneur, cuya identidad debía adoptar, ¿iba a morir a tiempo? Sí. Peulevé se salvó, por los pelos.

A mí me correspondía obtener cuanta información fuera posible acerca de los camaradas de los que asumiríamos la identidad. Conocer su profesión o las indicaciones que figuraban en sus fichas para evitar meter la pata. Así que tenía que hablar con ellos y, peor aún, desear que la muerte les llegara lo antes posible. ¡Menuda manera de conocer a alguien!

Cuando murió Chouquet y fue incinerado bajo el nombre de Yeo-Thomas, sólo quedaba yo. Michel Boitel, el joven francés cuya identidad debía suplantar, se encontraba mejor. ¿Acaso Ding consideraría que ya había hecho suficiente? Le propuse a Kogon, con quien manteníamos contactos en secreto, tratar de evadirnos en lugar de poner en peligro la vida de otro, ya que, desde el principio, habíamos temido que Dietzsch pudiera acelerar los fallecimientos de los jóvenes franceses para terminar con aquella arriesgada aventura.

En la obra de Kogon aparece el texto de nuestra correspondencia ultrasecreta. El 13 de octubre le escribí:

Hoy ha muerto D.^[22], un hecho que constituye un gran alivio para todos nosotros. A mí me tocará el próximo lunes, si todo va bien. Sin embargo, en caso de que la orden de ejecución llegara antes (las cosas van tan deprisa que podemos esperar que llegue cualquier día), me pregunto si no sería más razonable preparar una evasión que llevaría a cabo en el momento en que llegue la orden de ejecución. Esa solución, que naturalmente no es tan fácil, sería en cualquier caso más segura para todos nosotros, pues en ese caso no habría dos casos parecidos de muerte súbita justo antes de la ejecución y en circunstancias tan sospechosas. Naturalmente, os dejo enteramente la decisión. Por favor, indicadme qué debo hacer. Me pongo en vuestras manos con entera confianza.

Stéphane

El 18 de octubre, nueva nota dirigida a Kogon:

Mi sustituto parece que saldrá de ésta, ¡alabado sea Dios por él! No hay más franceses moribundos. Por ello creo que no hay que perder tiempo: debo aprovechar la próxima ocasión de fugarme, aunque eso no parezca tan seguro ni práctico como la solución que habéis contemplado recientemente y que parece

claramente excelente. Hoy es miércoles y es muy probable que la orden de ejecución llegue mañana (si no tenemos la «suerte» de que llegue hoy). Por favor, haced lo que esté en vuestras manos para que yo sea asignado a un transporte que abandone mañana el campo. Y dadme una buena dirección fuera del campo. Todo cuanto podáis hacer por mí, al margen de esto, será de gran valor para mí, pero de todas formas creo que tendré que correr mis propios riesgos. Sería una locura esperar más tiempo. Con mi reconocimiento de todo corazón y mi plena confianza:

Stéphane

La respuesta de Kogon fue categórica: la evasión era imposible, había que esperar. La vida de Boitel significaba mi muerte. Su muerte, que ocurrió el día de mi vigésimo séptimo cumpleaños, significó mi vida.

El 21 de octubre escribí a Kogon:

Tu presentimiento no te engañó. Gracias a vuestras atenciones, ahora está todo resuelto. Mis sentimientos son los de un hombre salvado en el último instante. ¡Qué alivio!

Y, más adelante:

Hoy esperamos más información acerca de Maurice Chouquet y Michel Boitel. ¡Dios! ¡Qué contento me he puesto al saber que no estaba casado!

Y, aún más adelante:

Ahora estamos los tres en plena forma y muy optimistas tras las últimas noticias del frente y los últimos discursos alemanes que son extremadamente sintomáticos para nuestra propia victoria.

Siempre suyo.

Hacía mucho tiempo que no volvía a leer este intercambio de notas. Esos momentos de luces y sombras los narré frente a una cámara, en los mismos lugares donde los viví, en una película rodada en 1993 por unos berlineses. Nunca es exactamente el mismo relato.

Hoy, al escribir estas líneas, lo que de repente emerge con fuerza a la superficie es la flema de mis dos camaradas británicos, su coraje sereno y su imperturbable buen humor.

Y también un pesado sentimiento de culpabilidad por aquellos que hubieran podido salvarse en mi lugar; Henri Frager, por ejemplo, quien, antes de morir, obtuvo de la dirección del campo que él y sus camaradas fueran fusilados en lugar de ahorcados.

El 2 de noviembre, bajo el nombre de Michel Boitel, fui transferido al campo de Rottleberode. Michel Boitel era fresador y no hablaba alemán. Yo, ni una cosa ni la otra. En la fábrica de trenes de aterrizaje del Junker 52 donde trabajaban los deportados de Rottleberode, el ingeniero civil que nos dio la bienvenida se dejó

convencer con bastante facilidad de que me ocupara de la contabilidad. Habría sido incapaz de manejar una fresadora. Así me convertí en *Buchführer*. Los días no eran demasiado cansados. Las noches eran cortas: levantarse a las cinco, tres cuartos de hora de camino a pie a través del bosque hasta la fábrica, alimentación mínima y somieres estrechos en los que dormíamos tres.

En diciembre, mi cuerpo manifestó por primera vez signos de debilidad. Me arrastraba. Alerta. Caí en gracia a los dos *Prominenten* de ese pequeño campo, el *Kapo* Walter y el *Schreiber* Ulbricht. Me hicieron fingir que estaba enfermo para que pudiera trabajar para ellos. Aproveché los privilegios que esos deportados veteranos habían adquirido para ellos y sus protegidos: mejor comida, un poco más de espacio en los camastros... Debo esos favores a mi conocimiento de la lengua alemana. Me familiaricé con ella y aproveché para entretenerlos contándoles historias. Y, gracias a ellos, me inicié en el funcionamiento administrativo del campo. Esas tareas de gestión, complejas, habían sido confiadas por las SS a los detenidos. El clima humano de un campo dependía de la manera en que esos «detenidos a disposición», esos *Prominenten*, ejercieran su trabajo. Si habían sido elegidos entre los políticos, trataban de evitar los conflictos. Cuando eran elegidos entre los criminales, gozaban ejerciendo un sadismo que a menudo era tan cruel como el de las SS.

Walter y Ulbricht eran políticos. Me explicaron las reglas según las cuales un campo pequeño como Rottleberode recibía de Mibau, el centro regional, el avituallamiento y las órdenes. ¿Qué era Mibau? Sobre ese punto se quedaron mudos, como si se tratara de un monstruo. Mibau, descubriría posteriormente, era el nombre en código de Dora, la inmensa factoría subterránea donde se fabricaban las armas secretas de Hitler, los V-1 y V-2, fruto del genio de Wernher von Braun, que supuestamente debían asegurar la victoria de Alemania.

Con Walter y Ulbricht me inicié en la larga experiencia de los prisioneros, los *Kazettler*, alemanes, que fueron la base sobre la que se llevó a cabo esta aventura humana cruel y singular. Vivieron su lado mórbido, pero a veces también otro, más cotidiano y cómico. Las historias que me explicaban me iniciaron en el humor macabro de los campos. Como la del viejo coronel que habían destinado «a los calcetines» para darle un trato privilegiado y que, como se aburría, intrigó para que lo trasladaran «a los rosales», sin saber que era el peor comando de trabajo, en el que, entre las bromas de los *Kapos* y los SS, había que ir a buscar excrementos a las letrinas para arrojarlos en los parterres. Walter y Ulbricht se reían y yo me instruía.

Les gustaba oírme recitar versos de Goethe o de Hölderlin. La magia del verbo y del cuento. Al leer, años más tarde, los *Relatos de Kolymá*, en los que Shalamov hace la descripción más impresionante del gulag que jamás haya leído, pensé de nuevo en aquellas veladas en Rottleberode. Quien sabe narrar, en un campo, disfruta de una de las mejores protecciones.

En enero, de regreso a la fábrica, fui acogido por el ingeniero civil que me tenía aprecio. La ofensiva de Von Rundstedt se hallaba en curso en las Ardenas. «Ya verá —me decía el ingeniero—: pronto habremos ganado esta guerra y podrá volver usted a su casa».

Yo había llegado a la conclusión contraria. Había llegado la hora de marcharse. Un camarada, ingeniero de formación, Robert Lemoine, con el que había hecho amistad, se declaró dispuesto a planear la fuga. Era fácil desaparecer durante la marcha matinal entre el campo y la fábrica. Robert se había fabricado una brújula y había robado ropa de dril azul. Uno de los primeros días de febrero, hacia las cinco y media de la madrugada, nos escondimos entre los matorrales. Al salir el sol, temblorosos pero radiantes, sentados en el lindero del bosque, contemplamos el paisaje de la Baja Sajonia que se extendía a nuestros pies. Eramos libres. La palabra estallaba como una bomba.

Yo estaba demasiado seguro de mí mismo, de mi suerte y de mi sentido de la orientación, y afirmé que a buen seguro en el país ya no quedaban hombres útiles y que sólo habría que atravesarlo con paso decidido, como si nos dirigiéramos a un lugar de trabajo, sin que pareciera que nos ocultábamos. Error. En el primer pueblo, unos viejos con uniforme de la Landwehr nos detuvieron, nos desenmascararon, nos encerraron en la comisaría de policía y alertaron a la comandancia del campo, donde fuimos recibidos porra en mano. Walter y Ulbricht estaban hundidos. Me advirtieron de lo que nos esperaba: ser colgados o veinticinco bastonazos. Durante la formación, el comandante hizo un discurso que no nos tranquilizó en absoluto. Al día siguiente, fuimos embarcados con destino a Dora.

Al llegar a la colina que domina la ciudad de Nordhausen, en el Harz, no sabíamos nada acerca de Dora. Ese campo de exterminio sistemático se mantenía en el mayor secreto. De entrada nos encerraron en una celda del *Bunker*, el calabozo del que sólo se salía para ser ahorcado. Pasamos la noche de pie contra las rejas, con unos perros a los que los SS azuzaban para que nos mordieran las pantorrillas. Es uno de esos momentos negros que mi memoria ocultaría durante mucho tiempo y del que dan testimonio las cicatrices de mis piernas. A nuestro alrededor había unos *verdes* atrapados tras una tentativa de hacerse con la dirección del campo en detrimento de otros *verdes*, pues Dora era administrado por prisioneros de «derecho común», que lucían un triángulo verde. Y pronto comprenderíamos el matiz.

El oficial de las SS que nos interrogaba a Robert Lemoine y a mí se dejó convencer (¡de nuevo las ventajas de hablar alemán!) de que no habíamos robado nada, y que por lo tanto no habíamos atentado contra el esfuerzo de guerra del III Reich. Decidió asignarnos al *Strafkommando*, la compañía disciplinaria, con una gran mancha roja sobre nuestra camisa a rayas: *Fluchtpunkt*, la marca de los evadidos.

Pronto comprendimos la suerte que habíamos tenido. No sólo nos habíamos librado de la horca, sino que no iríamos a trabajar en el túnel donde se fabricaban los V-1 y V-2. Nuestros camaradas nos explicaban los horrores de aquel lugar. Los que construyeron la fábrica subterránea en 1943, tras el bombardeo de Peenemünde por los ingleses, murieron todos de agotamiento, a consecuencia de las *Schlague*^[23] o —si sospechaban que habían llevado a cabo sabotajes— ahorcados. Y luego estuvieron los destinados a la fabricación de esas armas de destrucción masiva con las que Hitler contaba para someter a Inglaterra. Aquellos tampoco tuvieron demasiadas oportunidades de sobrevivir. Las SS preferían que no hubiera testigos susceptibles de revelar los secretos de aquella tecnología ideada por Wernher von Braun.

Más tarde averiguaría que Von Braun estuvo allí para inspeccionar personalmente las instalaciones y que le pareció de lo más natural el trato infligido a quienes allí morían. Eso no impidió que luego rusos y estadounidenses se disputaran el honor de acogerlo en sus laboratorios de investigación. A los camaradas que trabajaban en el túnel sólo los veíamos de noche, en la plaza de formación, carreteando el lote cotidiano de muertos que irían a parar al crematorio. Nuestro barracón estaba reservado al *Strafkommando*, cuya tarea consistía en el mantenimiento del campo, bajo la férula de un *Kapo* verde muy agresivo al que cualquier sonrisa en los labios de una de sus víctimas lo irritaba. Sufrí las consecuencias en varias ocasiones, porque

le gustaba exhibir su fuerza de boxeador. Cavábamos trincheras y reparábamos carreteras. Robert Lemoine cayó enfermo. Fui a verlo al Revier, una miserable enfermería sin medicamentos donde le daban sopa blanca. Me cedió algunas cucharadas. Su supervivencia fue aún más milagrosa que la mía.

En el comando había cinco franceses, que pronto fuimos inseparables. ¿Qué retiene la memoria? Los tiempos muertos en algunos días, instantes de reposo a lo largo de los cuales se hablaba entre amigos, al abrigo de los golpes de los *Vorarbeiter* gitanos, un grupo taimado y violento. Intercambiábamos las noticias de la radio; calculábamos los kilómetros que las fuerzas aliadas aún debían recorrer para llegar hasta nosotros; hablábamos de las ciudades en las que vivíamos, de los barrios de París o de las estaciones de metro. Y de los platos que comeríamos juntos cuando regresáramos. Extraños fantasmas. Recuerdo el mío: una capa de fideos, una capa de mermelada, una capa de fideos...

Hubo tiempos duros, atroces, inolvidables. El avance del Ejército Rojo obligó a los alemanes a repatriar a los deportados de los campos del Este. Los de Gross-Rosen fueron evacuados a Dora en marzo. Los vivos y los muertos. Dado que nuestro crematorio estaba saturado, se construyeron piras para amontonar allí los cadáveres. Pero primero había que desnudarlos. Un *Kapo* prometió dos rodajas de salchichón a quien se ofreciera voluntario para una tarea, sin decir en qué consistía. Dos rodajas no podían rechazarse. Acepté, junto con otro joven. Nos pasamos el día tirando de ropas cubiertas de sangre y excrementos, palpando carnes frías. El horror puro, absoluto.

Conservo también, en un rincón bien acolchado de mi memoria, el recuerdo de la llegada a Dora de un transporte de judíos evacuados de Auschwitz. Más tarde supe que la pequeña Simone Veil estaba entre ellos. Todo los distinguía de nosotros, a pesar de que éramos harapientos y miserables. Eran fantasmas, cegados por su decadencia, y atravesaban el espacio sin dejar huella. Unos espectros.

A finales de marzo el pánico se apoderó de aquel lugar de muerte. Los SS habían hecho todo lo posible a lo largo de los últimos dieciocho meses para que los obreros del túnel no sobrevivieran, para que no quedaran testigos del arma secreta. ¿Dejarían que nosotros, los privilegiados que trabajábamos en la superficie, sobreviviéramos a lo que hubiéramos podido observar? Los rumores se extendieron por el campo. Pan envenenado. Barracones incendiados. Fusilamientos masivos. Evocábamos esas hipótesis con mayor libertad durante las alertas aéreas que suspendían nuestro trabajo.

Recuerdo el día en que los Aliados bombardearon la vecina ciudad de Nordhausen. Los cinco observábamos, desde lo alto de una loma, el incendio provocado por los obuses. ¿Qué mensaje nos transmitían aquellas llamas en el horizonte? ¿El de nuestro fin o el de nuestra libertad? Para mí no había duda:

empezaba a acostumbrarme a ser un superviviente.

El 4 de abril se produjo una gran efervescencia: «Vayan a buscar ropa al *Effektenkammer* —un amplio local donde se apilaban abrigos y pantalones—, ¡y rápido al tren! ¡Evacuamos el campo!».

Cogí una chaqueta marrón y una manta gris. Mis cuatro camaradas iban estrafalariamente emperifollados. Llegamos todos a un acuerdo. No había que quedarse en el tren que se dirigía al norte. No había que cruzar el Elba. Había que arrancar dos tablas del suelo del vagón y saltar a la primera ocasión. En el vagón había muchos deportados rusos y pocos *Kapos* alemanes. El tren se detuvo al atardecer, tras pasar la estación de Luneburgo. Un recuerdo de infancia: *Lüneburger Heide*, eso me decía algo, un paisaje nórdico en dirección a Lübeck. Era el momento de saltar. La operación de las tablas no presentó problema alguno. Los rusos no habían visto nada y los alemanes tampoco. Fui el primero en deslizarme debajo del tren. Disparos. Los otros cuatro, que creyeron que me habían disparado, renunciaron. Me quedé solo junto al balasto. La noche me cubrió. Una vez más, era libre.

Aquí mi memoria vacila. ¿Cómo recorrí los ciento cincuenta kilómetros entre Luneburgo y Hannover?, ¿caminando de noche?, ¿durmiendo de día a cubierto en una granja abandonada? ¿Cómo di con unos polacos compasivos y con franceses del STO^[24] que me dieron ropa y dinero? El caso es que el 12 de abril me hallaba a las puertas de la ciudad. Hannover había sido evacuada por el ejército. Civiles desamparados erraban por las calles. ¿Qué nos aguardaba? Inicé la conversación. ¿Sabían dónde estaban las tropas norteamericanas? «Han bombardeado el cuartel. Los tiros venían de por allí...».

Mi ángel guardián no me había abandonado: en la curva de una carretera distinguí tanques con la estrella estadounidense.

Alegría por hablar inglés, que sonaba libre en la lengua, de recordar Londres, la Francia combatiente, el París liberado. Sólo pedí una cosa: luchar mientras la guerra no hubiera acabado. Me destinaron a una compañía motorizada que debía dirigirse rápidamente a Magdeburgo, y me dieron un uniforme de soldado estadounidense y un bonito casco. Era euforizante. Hicimos prisioneros. La tercera noche, dormimos al raso en un pueblo. Encerramos a los detenidos en un sótano y nos instalamos para pasar la noche.

—¿A qué hora hay que despertar al *French Captain*?

—A la seis de la mañana. Así podrá dormir.

A las ocho abrí los ojos. No había norteamericanos. El pueblo había sido ocupado por una pequeña unidad de la SS.

Me llevaron ante el *Sturmbannführer*. No sabía muy bien qué hacer conmigo. ¿Fusilarme? Demasiado tarde. Me confió a cinco subordinados suyos.

—Lleváoslo.

Discutimos.

—Puedo llevaros hasta las líneas norteamericanas. Tienen *whisky* y cigarrillos.

Me pavoneaba un poco. La verdad era que no sabía dónde estaban los estadounidenses. Pero mis compañeros de las SS se dejaron convencer y consiguieron adeptos. Hacia las once de la mañana, avistamos las autoametralladoras norteamericanas. Eramos catorce, calurosamente acogidos por el capitán tejano que la víspera se había sorprendido de mi acento *limey*, británico. Esa vez estaba impresionado e hizo una soberbia declaración: «*He has brought back, singlehanded, fourteen German prisoners*»^[25].

Esta hazaña puso término a mi ardor bélico. Manifesté mi deseo de ser repatriado a Francia. Esperé cuatro días en Hildesheim a que un avión de transporte pudiera embarcarme. Sobrevolamos las ciudades masacradas de Alemania occidental. Aterrizamos en Poix, en Picardía. Un coche me condujo a Amiens, donde busqué una habitación para pasar la noche. A la mañana siguiente, en la prefectura, me interrogaron. ¿Alguien en París podría identificarme?

—Conozco al general De Gaulle.

Se rieron educadamente. Recordé el nombre de una amiga de Londres que debía de estar en el gabinete de Henri Frenay, ministro de los repatriados. Se llamaba señora Mamy. Respondió a la llamada: «¿Hessel? ¡Por supuesto!».

Me consiguieron un billete para el siguiente tren con destino a París. A las tres de la tarde, el 8 de mayo, mi tren entró en la estación del Norte. Aquella estación donde, siendo un chiquillo, había puesto el pie en la capital por primera vez, veinte años antes. Era el momento en que Churchill anunciaba la victoria en Europa. *VE Day*.

En el andén estaba Vitia, acompañada de Tony Mella. Me tocaron y me miraron. Estaba de una pieza y descansado. ¡Extraño deportado!

Un antiguo deportado no escapa a las preguntas. Las más emocionantes son las que plantean cuarenta años después los alumnos de *seconde* y de *terminale*^[26], candidatos al concurso anual de la Resistencia organizado por el Ministerio de Educación Nacional. Los profesores de historia de esos cursos son invitados a solicitar testimonios vivos... ¡mientras aún queden! Formo parte de esos testigos a los que los adolescentes les preguntan acerca del cómo y el porqué de los campos.

Intento desprenderme de la imagen estandarizada, transmitida por las películas, que trata el fenómeno en su apogeo, justo antes de la llegada de los Aliados, cuando el «sistema» concentracionario se había hundido y los amontonamientos de cadáveres convierten a la figura del deportado en un absoluto negativo al que no se osa preguntar nada.

Insisto en la interminable vida cotidiana de los campos, ese progresivo envilecimiento, insidioso, casi irreversible, del hombre «concentrado» que se convierte en lobo para sobrevivir, en quimérico para seguir siendo cuerdo. No es fácil describirlo.

Jorge Semprún me ayudó a comprender esta dificultad de escribir sin desfigurar, de explicar sin perderse. Su primer libro, *El largo viaje*, me conmocionó. Luego vino *Aquel domingo*, en el que aparece mi nombre; fue un choque sutil. Y más tarde, con *La escritura o la vida*, acaba el ciclo en el que me cruzo con él, me alejo y me acerco, página a página, irritado o exaltado, y me cuesta liberarme puesto que habla de «mis» campos. En cambio, David Rousset, en *Les Jours de notre mort*, se mueve por otros lugares. Sin embargo, el más emocionante de todos, por lo menos a mi entender, es Primo Levi, que da cuenta de una realidad más destructora aún pues contiene en germen su propia aniquilación.

Lo que más nos cuesta asimilar, víctimas que escrutan a su verdugo, es la gestión del sistema en su lógica total, nacida en cerebros y corazones humanos. Un único libro que me dio acceso a este acercamiento, y ya lo he mencionado: *El estado de las SS*, de Eugen Kogon. Dado que fue él quien me salvó la vida, no pude evitar leerlo, venciendo mi repugnancia a remover ese lodo putrefacto. En su libro, desmonta con la minuciosidad del erudito la mecánica de los campos de concentración. Además presenta, en su introducción, una de las claves más eficaces del auge de la ideología nazi en la Alemania de Weimar. Analiza la eclosión del horrible «ideal» de las SS, hecho de altivez, desprecio y de una brutalidad que se exagera y se convierte en furia.

Mi deportación fue completamente atípica. No hice el viaje entre doscientos camaradas apelotonados en un vagón de ganado. En Buchenwald, no conocí los horrores del «campo pequeño». No fui enviado en un convoy a Ellrich o a Hartzungen. Y, sobre todo, no participé ni en la toma de Buchenwald por los deportados, ni en las marchas de la muerte del mes de abril de 1945, ni en los últimos acontecimientos, en el campo de Bergen-Belsen, vividos por los miles de evacuados moribundos de los campos del centro y el este. Al ver *Noche y niebla* de Alain Resnais, quedé casi tan impresionado al contemplar las montañas de cadáveres con los ojos desorbitados como el espectador que jamás puso los pies en un KZ.

¿Qué hay en común entre esos hombres y mujeres a los que la deportación afectó de manera tan diversa? Tal vez esto: en primer lugar, cada vez somos menos. Por ello, cuando nos reunimos —y eso me ha sucedido a menudo e inopinadamente—, hay una señal que se enciende: no se trata tanto del orgullo de haber sobrevivido, sino de la vergüenza de haber permitido que el horror comience de nuevo, aquí o allá, en ese mundo que creíamos que no volvería a ver una cosa semejante. Y esa misma señal nos hace sentir en común, de manera rápidamente perceptible, un sentimiento de responsabilidad hacia el mundo de mañana. Peor: más allá de cuanto nos reúne, más allá incluso de la historia singular que cada uno explica a los demás, hay una mirada hacia uno mismo forzosamente ambigua.

Ya no sé si entiendo a aquel joven de los años 1940 a 1945, francés por elección, patriota por contexto, imprudente por su juventud, particularmente afortunado, superviviente en más de una ocasión, políglota, narcisista y egoísta.

Egoísta sobre todo por haber dejado a Vitia sin noticias, incluso tras mi evasión y mi toma de contacto con el ejército norteamericano, y por haber preferido «luchar» junto a los estadounidenses a volver a su lado cuanto antes. No sabía nada de ella desde mi partida de Inglaterra. Y ella tampoco sabía demasiado acerca de mí. O más bien, sabía demasiado. Unos amigos, que en abril pudieron consultar los archivos de Buchenwald, hallaron una ficha con mi nombre: «*Hessel, Stéphane, F., abgesetzt, den 20 x 1944*». En resumidas cuentas, mi certificado de defunción. André Manuel asumió la responsabilidad de prepararla de la manera más delicada posible para anunciarle la noticia. Al día siguiente, Jean Baillou, secretario general de la Escuela Normal en 1939, regresó de Buchenwald «como un pajarillo desplumado», me explicó Vitia. Le habló entonces de un complot del que sólo sabía que tal vez había tenido éxito. Vitia me conocía lo suficiente para creer que no estaba muerto. No era ése mi estilo. Tres días después, la señora Mamy la llamó por teléfono: «Tu Hessel está en Amiens».

En esa vida restituida, había que poner manos a la obra. Me tentaba enseñar filosofía,

pero ¿sería capaz de aprobar unas oposiciones a cátedra? Habían transcurrido cinco años desde mis últimas lecturas serias. Mis maestros y mis camaradas habían explorado los caminos del pensamiento fenomenológico y del existencialismo. ¿Podría atraparlos sin quedarme sin aliento? Ese aliento que me confería mi supervivencia, ¿acaso no era mejor ponerlo al servicio de la acción? El cosmopolitismo de los campos me empujaba a la diplomacia, en la que ya había pensado en 1934 en Londres, pero ¿tendría acceso a ella? Francés reciente, sin formación jurídica, no tenía más bazas que aquella prestigiosa Escuela Normal y la deportación, que me permitía presentarme a las oposiciones especiales de la inmediata posguerra.

Unos días después de mi llegada a París, tuve un encuentro tan decisivo como casual. Al salir de la calle Saint-Dominique, donde trabajaba en el gabinete del general De Gaulle, un camarada de Saint-Maixent, Jean Sauvagnargues, se encontró conmigo. Había aprobado la oposición del Quai d'Orsay en 1942 y había pertenecido al pequeño grupo de resistentes que preparaban en secreto con Chauvel la liberación del territorio. Me animó: «En la carrera se necesitan jóvenes que no hayan tenido tratos con Vichy».

Así que decidí presentarme a las oposiciones especiales abiertas a los ex combatientes, resistentes, prisioneros o deportados, última posibilidad de acceso al Quai d'Orsay antes de la inauguración de la Escuela Nacional de Administración, de la que desde entonces surgen la mayor parte de los diplomáticos franceses.

Al regresar de Alemania el 8 de mayo, sólo me quedaban cinco meses para prepararme antes del inicio de las pruebas fijadas el 15 de octubre. Cinco meses que serían aturdidores. Helen y Uli regresaron de Saboya y me ocupé denodadamente de obtenerles la naturalización que finalmente les sería concedida dos años más tarde. Vítia, que había regresado de Londres poco después de la Liberación, vivió la ebriedad y la tristeza de esa etapa algo alocada de la historia de París: la depuración, el registro de apartamentos, los enfrentamientos entre franceses de Londres y resistentes de Francia, pero también esas bellas y febriles amistades en torno a Jean-Paul Sartre, Juliette Gréco, Sidney Bechet o Boris Vian. Llegué eufórico, dispuesto a conocer los lugares y a las personas fascinantes, decidido a sacar provecho de los días y las noches para vivir... y trabajar.

La DGER (Dirección General de Estudios e Investigación), heredera de nuestros servicios secretos de Londres, había encargado a Vítia y a Daniel Cordier la redacción de un libro blanco de la BCRA, proyecto al que estuve asociado desde mi regreso, una obra prematura puesto que los archivos se hallaban aún dispersos. A cambio de eso, nos prestaron un viejo Mercury Ford del ejército norteamericano con el que fuimos a la Alta Saboya a pasar un mes en un hotel de Menthon-Saint-Bernard reservado a los deportados, donde se suponía que recobraríamos fuerzas.

Compartimos ese privilegio con André Boulloche y sus dos hermanas, que habían sido camaradas de Vitia en el Liceo Moliere. André había regresado solo de los campos, donde habían fallecido su hermano Gilbert y sus padres. Eran cosas de las que no se hablaba. Se hablaba del futuro, de la reconstrucción o del referéndum constitucional. Aprovechábamos sobre todo cualquier día que hiciera buen tiempo para recorrer la montaña, ascender al puerto de los Aravis, coger genciana en las alturas o hacer recorrer al Mercury las largas carreteras llenas de boquetes. Estábamos alegres y parlanchines, y enamorados, y éramos estudiosos.

Disponía de cinco meses para llevar a cabo dos proyectos: redactar una tesina de estudios superiores de filosofía y preparar las oposiciones del Quai d'Orsay. El profesor Le Senne, que había sido maestro mío en *khâgne*, me desaconsejó que me lanzara a la enseñanza, pero consideraba que una disertación redactada acerca de algún tema de mi elección podría ser aceptada como diploma y, si algún día mi vida se orientaba por ese camino, me permitiría presentarme directamente a las oposiciones.

Con el recuerdo de sus clases sobre los debates entre Hegel y Kierkegaard, le propuse tratar acerca del «sufrimiento solitario y compartido», relacionando la obra de Kierkegaard con mi experiencia en los campos de concentración. No estoy orgulloso de ese texto precipitado, que pone claramente de manifiesto mi conocimiento superficial del filósofo danés, pero que Le Senne tuvo la gentileza de aceptar. Por lo menos, ese trabajo me llevó a plasmar mis recuerdos de Buchenwald y de Dora con una reflexión más distanciada.

Para preparar la oposición de Asuntos Exteriores había que cursar derecho internacional, materia en la que hacía ya unos años me había introducido mi suegro. Sin embargo, sobre todo hacía falta leer tratados de historia diplomática. La que me habían enseñado en Londres diez años antes no me servía demasiado, pues los puntos de vista acerca de esta materia sutil son diferentes a un lado y a otro del canal de la Mancha.

Poco recuerdo del examen escrito de las oposiciones y algo más del oral, que consistía en entrevistas con los miembros de un tribunal muy indulgente: aquellos caballeros no osaban poner en entredicho a los «guerreros que habían salvado el honor del país». Así pues, aprobé cómodamente, junto a otros trece candidatos, y nos ofrecieron una serie de destinos. Fui el cuarto. Dado que los tres primeros habían optado por Washington, Londres y Moscú, elegí Chongqing, sede del gobierno de Chiang Kaishek, que ocupaba el quinto lugar como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Nuestro embajador en China, que entonces se hallaba en París, me recibió con extrema amabilidad y me indicó los libros que debía leer y los esfuerzos que debía hacer para abordar la lengua y la civilización de esa

cuarta parte de la humanidad.

La elección de Chongqing, capital con fama de difícil, no entusiasmaba a Vitia, pero había decidido de una vez por todas jamás inmiscuirse en las decisiones relacionadas con mi actividad profesional, así que ambos nos sumergimos en los manuales de chino y las obras de Granet. A nuestra marcha a China, Vitia sólo puso una condición, que sería decisiva: no iríamos por la India sino por Estados Unidos, donde quería reunirse con sus padres, a los que no había vuelto a ver desde que dejara Nueva York, en octubre de 1942. No era el peor itinerario y el Ministerio no puso objeción alguna.

El 2 de febrero de 1946 embarcamos en Burdeos a bordo de un *liberty ship*, un superviviente de los transportes marítimos de la guerra que tardaría veintiún días en cruzar el Atlántico. La travesía fue ajetreada y el capitán se mostró indeciso cuando le pregunté acerca de la fecha estimada para nuestra llegada, pero el ambiente a bordo era alegre y nuestros veinticinco compañeros de viaje disfrutaron como nosotros de la ebriedad de un mar que parecía infinito entre la Europa en ruinas y el Nuevo Mundo, ahora ya el verdadero, el moderno y victorioso. Conservo un recuerdo intenso de dos parejas que hicieron la travesía con nosotros: los Boris —Jean-Mathieu, sobrino de nuestro amigo Georges Boris, y su esposa—, y los Kosciusko-Morizet, con los que volvería a coincidir veinticinco años después en Nueva York, donde Jacques era el representante permanente de Francia ante las Naciones Unidas.

Desembarcamos muy al norte de Nueva York, en Portland (Maine), desde donde el tren tardaría diez horas hasta llegar a Manhattan.

La sed con la que acabé la guerra no se ha saciado jamás. He vivido intensamente, al día, esos cincuenta años que han sucedido a mi supervivencia como si en mi caso el tiempo se dilapidara antes de que pudiera disponer de él. Esa necesidad de obtener un beneficio de mi nuevo nacimiento, de mi victoria sobre la noche definitiva, no hizo más que robustecer disposiciones que ya estaban en mí desde mi infancia. Al principio, estuvo la promesa que le hice a Helen de ser feliz: ella veía en eso la mayor contribución que cada uno podía hacer a la felicidad colectiva. Luego, la apertura a tres lenguas, tres poesías, tres culturas, cuya conjunción jamás me ha dejado desamparado ni verdaderamente solitario.

Con este bagaje y movido por esa necesidad realicé sucesivos aprendizajes, cimientos del octogenario que soy hoy, y que deseo compartir con mis lectores.

Primero, el aprendizaje de América. Llegué a los veintiocho años. He vivido allí varios años en diversas ocasiones. Conozco bien Nueva York, pero también he conocido los desiertos montañosos de Nevada, los palacios de Washington, las arcadas de Nueva Orleans o los anfiteatros de Harvard, Yale y Princeton. ¿Y hoy? Durante mis últimas breves estancias en 1994, fui invitado a participar en la redacción de un informe sobre las Naciones Unidas del que hablaré en el siguiente capítulo. Fuimos acogidos por la Fundación Ford en la propiedad de la familia Rockefeller llamada Kikuyu, situada sobre el río Hudson, a treinta kilómetros de Manhattan.

Entre los doce miembros de nuestro grupo de trabajo sólo había un estadounidense, el banquero Felix Rohatyn. Paseé con él por el jardín japonés al pie del imponente edificio que nos albergaba y le pregunté acerca de su país. Esa América que yo había sentido como portadora de todas nuestras esperanzas en el momento en que constataba el hundimiento de Europa ¿había perdido, con la caída del Muro de Berlín, el socio y a la par adversario que le daba el tono? ¿No estaba deslizándose en la estela de todas las civilizaciones demasiado seguras de sí mismas para mantener el equilibrio? No. Felix no tuvo inconveniente en tranquilizarme: «América sólo está en el alba de su verdadera misión. Pero esa alba es un poco pálida».

Su mejor baza, que un paseo por Manhattan muestra de manera inmediata, es su intenso mestizaje cultural. Se halla en el extremo opuesto de cualquier «limpieza étnica», en el extremo opuesto del mayor peligro que se cierne sobre el siglo XXI. Debido a las absurdidades del maccarthysmo o a los horrores de Vietnam, en sus

ciudades y sus campos siempre han nacido manifestaciones beneficiosas y contraculturas vigorosas. ¿Cómo no otorgarle aún nuestra confianza? Cuanto más patentes son las encrucijadas a las que el liberalismo salvaje de los años ochenta y noventa la han conducido, más puede contarse con que de ella misma surgirá un nuevo paso benéfico.

Esta conversación me recuerda muchas otras sobre el mismo tema, casi siempre tomando como punto de partida una revuelta. Pero uno no se rebela más que contra una fuerza que ha seguido un mal camino y que puede y debe retomar el bueno. Uno se subleva porque tiene memoria: como Roosevelt, el hombre que transformó el desastre en victoria, que defendió su concepción de las Naciones Unidas contra el escepticismo de Churchill y el cinismo de Stalin. Cada vez que, en las reuniones de la Comisión de Derechos Humanos, de cuya secretaría me ocupaba, coincidía con su viuda, Eleanor, que era la presidenta, me venía a la mente la imagen de aquel soberbio moribundo, en Teherán y luego en Yalta, cuando imponía la visión de una organización fuerte y mundial que ha sobrevivido a todas las transformaciones del planeta.

Hoy, Felix y yo nos rebelamos contra la ceguera de los dirigentes estadounidenses, que faltan a las obligaciones para con esa organización de la que fueron los fundadores. Cinco años antes, expliqué su funcionamiento y alabé sus méritos ante una docena de estudiantes norteamericanos entre California y Nevada. Esa historia forma parte de mi aprendizaje de América.

Cuando abandoné mi destino para acceder a lo que habría debido ser la jubilación, le dije a un colega, William Van den Heuvel, embajador en Ginebra y presidente de la Fundación Franklin y Eleanor Roosevelt, que me gustaría conocer a jóvenes norteamericanos, porque, en mi opinión, tenían una responsabilidad crucial ante el mundo de mañana. Dos años más tarde, en 1988, ese amigo atento e inteligente hizo que me concedieran una cátedra de ciencias políticas en el *college* donde él mismo había estudiado cuando tenía dieciséis y diecisiete años. Esa referencia me bastó para aceptar. La sorpresa que nos aguardaba a Christiane, mi segunda esposa, y a mí, en el Deep Springs College, fue mayúscula. Para llegar allí tuvimos que alquilar un coche en Los Ángeles y recorrer seiscientos kilómetros a través de un paisaje montañoso hasta alcanzar un puerto de montaña a tres mil metros desde el que se divisa en el horizonte una pequeña mancha verde en medio de un valle desértico: el rancho del *college*, con sus vacas, sus caballos, sus veinticuatro alumnos, su presidente y su decano, sus cinco profesores, su granjero y las respectivas familias. Mi curso versaba sobre la Organización de las Naciones Unidas y el lugar que en ella ocupa Estados Unidos. Los alumnos, que conforme a las sacrosantas reglas decretadas en 1917 por el fundador, L. L. Nunn, se administraban ellos mismos, habían elegido aquel curso,

para su *summer term*, siete semanas, de julio a septiembre. El presidente Buzz y el decano Tim se esforzaban para que reinara un ambiente estudioso en ese islote de prados en medio del desierto y velaban por la aplicación de reglas severas: sin televisión y sin salidas a la ciudad. Sin embargo, era el *student body*, la asamblea de estudiantes, la que gestionaba el reparto de tareas, la selección de materias o la admisión de alumnos sobre la base de una amplia gama de disertaciones de los candidatos. Sus decisiones no sólo tenían en cuenta el nivel académico, sino también el carácter, la imaginación y la personalidad de los numerosos bachilleres de todos los rincones de Estados Unidos atraídos por aquella educación. Era gratuito y comportaba, además de las disciplinas científicas y literarias, la iniciación a las labores de una granja y un rancho. El fundador había impuesto unas condiciones muy estrictas para la utilización de la importante fortuna cuyos réditos financiaban el *college*: nada de chicas, nunca más de treinta muchachos y una autogestión estudiantil que debía convertir a los *deepspringers* en ciudadanos preclaros y responsables.

Todo nos sedujo a Christiane y a mí de ese lugar tan original: el paisaje, muy próximo al Valle de la Muerte, en esa parte de las Rocosas donde crecen árboles milenarios; los cristales de roca junto a los caminos; el aspecto del hombre que se ocupaba del mantenimiento, el miembro más veterano del personal, un típico *redneck* del Oeste; las vacas lecheras que los estudiantes ordeñaban a las cinco de la mañana; el *ranch manager* que pilotaba un biplaza blanco como la nieve, o la biblioteca, donde hallamos los catorce volúmenes de *En busca del tiempo perdido* en la vieja edición de Gallimard, que volvimos a leer, Christiane y yo, en voz alta de la primera a la última frase. ¡Inagotable cosecha intelectual! Deep Springs colmaba sobradamente la razón por la que había aceptado aquella experiencia, mi deseo de conocer a estadounidenses de la generación venidera. Porque sus estudiantes eran perfectamente estadounidenses en el mejor sentido del término. Sin cultura histórica alguna, sin la menor disciplina en el vestir, pero brillantes en sus exposiciones, naturales en su comportamiento, ávidos de lecturas, democráticos en la gestión, solidarios entre ellos, críticos con sus maestros, buenos o malos cocineros pero siempre dispuestos a comer lo que se les había preparado, músicos y acróbatas, y de una emocionante candidez.

Sabedores de que eran privilegiados, miembros de una élite responsable —las mejores universidades recibían gustosas a los *deepspringers*, conocidos por su vitalidad intelectual—, trataban de comprender los verdaderos desafíos a los que la sociedad estadounidense debería enfrentarse. En nuestras conversaciones, durante la corrección de sus disertaciones, en los exámenes críticos de sus sesiones de *public speaking* —disciplina particularmente apreciada—, trataba de hacerles ver que no podían diferenciar esos desafíos de los de la comunidad internacional. En 1988, las

Naciones Unidas preparaban la Conferencia de Río, la Cumbre de la Tierra, que propondría un programa de acción mundial que sumara el reto de la protección del medio ambiente y el desarrollo de recursos naturales y su reparto más equitativo entre la población del planeta. Con la desaparición en curso de la Unión Soviética, la responsabilidad de Estados Unidos adquiría una nueva y esencial dimensión. Sólo podría llevarse a cabo reforzando los medios de acción de las Naciones Unidas, retomando el liderazgo que sólo a ellos incumbía y ejerciéndolo.

De los veinticuatro estudiantes presentes en 1988, doce habían elegido asistir a mi curso, sobre el cual deberían escribir sus apreciaciones y ponerme nota. Pero no sólo debían hacer eso: el *labour manager* les atribuía sus tareas en el rancho, y los destinaba a la ganadería, el regadío, la granja, a ordeñar las dos vacas lecheras, a la cocina, al mantenimiento o, como favor especial, a la biblioteca. También eran asiduos a los diálogos, a los que asistían con los pies descalzos sobre la mesa, acompañados de su perro, pero con los oídos bien abiertos y dispuestos a debatir cuando mis argumentos no los convencían.

Por supuesto, comprendían que Estados Unidos tenía que desempeñar un papel mundial, pero desconfiaban de las instituciones internacionales y de los ciento cincuenta gobiernos que en ellas se reunían. El recuerdo de la guerra de Vietnam tenía un gran peso. Antes que entremezclarse en asuntos de otros e intervenir en sus conflictos, ¿no bastaba con dar ejemplo de una sociedad libre y justa, que los demás no tenían más que seguir? Sin embargo, no era difícil sensibilizarlos ante los dramas de fin de siglo, ante los retos que suponen millones de niños en el mundo expuestos a la miseria, a la violencia, al despilfarro de los recursos naturales o a la degradación del medio ambiente.

En esa mezcla de recelo ante los discursos y las estructuras y de apertura a las nuevas responsabilidades reconocía lo que desde hacía mucho tiempo se me antojaba la fuerza de América. Incluso en los momentos más sombríos de la historia de esa gran nación, jamás he dudado de su capacidad de reacción, de corregir sus errores y de ponerse de nuevo en pie. Eso es lo que hoy espero de ella.

Tan calurosa fue la experiencia del verano de 1988 que repetimos dos años más tarde, en esa ocasión durante siete semanas en invierno. Los depósitos de agua alrededor del rancho estaban helados. Un pájaro que se había dejado atrapar por el hielo esperaba pacientemente que el sol le permitiera liberar las patas. Unos centelleantes collares de hielo decoraban los matorrales. El presidente ya no era el mismo, pero nos reencontramos con emoción con el *ranch manager* y con la familia del granjero, Dave, Jane y su pequeño Karl, con quienes seguimos escribiéndonos.

En esa ocasión, entre los miembros del claustro había dos profesores llegados de Oxford: Jeff, el australiano, y su esposa, Elizabeth, de ascendencia húngara. Enseñaban filosofía política. Yo asistía a sus clases y ellos a las mías. Descubrí las

tesis de Rawls, de las que no había oído hablar en Francia. Había despreciado demasiado alegremente la reflexión política estadounidense, que creía confinada en la afirmación de un liberalismo sin moral. Rawls me pareció situar a Estados Unidos en la vanguardia del pensamiento democrático. El profesor de literatura hacía leer a Toni Morrison a sus alumnos. Otro descubrimiento inesperado.

¿Puede entonces Estados Unidos asumir sin riesgos el *leadership* del planeta? Claro que no. La ocasión tal vez se presentó cuando John Fitzgerald Kennedy ascendió como un atleta los peldaños de la Casa Blanca, en noviembre de 1960. Su campaña había sido dirigida con certera intuición de todo cuanto podía inflamar la imaginación de nuestra generación. Aquel mes me había comprometido con la militancia a favor de la independencia argelina en el Club Jean Moulin, y le reprochábamos al general De Gaulle que arrastrara los pies. Con un presidente más joven, un Kennedy, Francia se habría deshecho tiempo atrás de aquella cruz. Y luego, en abril, tuvo lugar el fallido desembarco en la bahía de Cochinos. No, aquel Kennedy no era mejor que los demás. Juicios demasiado apresurados, injustos en ambos sentidos. Ello, sin embargo, no fue óbice para que llorara el 22 de noviembre de 1963: concluía una vuelta al mundo a petición de mi amigo René Maheu, director general de la Unesco, y regresaba de Santiago de Chile. Un almuerzo en la inmensa caja de puros de cristal a orillas del East River, en Manhattan, reunía a los «expertos» responsables de aquella misión con antiguos colegas de las Naciones Unidas. De repente, un rumor circuló de mesa en mesa. Dallas. Un tirador. El vicepresidente estaría herido. El presidente habría muerto. Estupefacción. Confirmación. Consternación. Aún veo las lágrimas sobre las mejillas de las jóvenes ascensoristas. «El año ha perdido su primavera»: ésa fue la cita de Pericles que me vino a la memoria.

Al día siguiente, mi colega norteamericano me llevó a Princeton, en cuyo templo protestante asistí con él a un servicio muy emotivo en memoria de aquel joven muerto católico.

¡Cómo denigramos a su sucesor, Lyndon Johnson, que se hundía en la aventura sin salida de Vietnam! Y, sin embargo, fue él quien supo, con notable habilidad, desactivar la bomba del atentado contra Martin Luther King en abril de 1968 y gestionar mejor que en Francia la explosión de la «contracultura» en las universidades estadounidenses.

Mi segunda larga estancia en Nueva York tuvo lugar poco después, entre 1970 y 1972. Abrumado por mi trabajo en las Naciones Unidas y frecuentemente de viaje a los cuatro puntos cardinales del mundo, mi visión de América se hizo más superficial y más crítica a la vez. Ni la suspensión de la convertibilidad del dólar ni la *Realpolitik*

de Kissinger me parecieron capaces de elevar el prestigio de Nixon, a buen seguro el menos atractivo de los presidentes estadounidenses. En Santiago de Chile, donde me hallaba en calidad de administrador adjunto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y donde gobernaba con valor el presidente Allende, sentimos que las intrigas estadounidenses minaban ya la experiencia socialista.

Decididamente, Washington era casi tan detestable como Moscú, donde se esbozaba un acercamiento a Occidente gracias a la *Ostpolitik* de Willy Brandt. Y, como siempre que dudo de América, volví a confiar en Europa como portadora de nuestras esperanzas, una Europa que por fin acogía a Inglaterra, esa fiera nación que, desde la guerra y para siempre, llevo en lo más hondo de mi corazón.

Pero, quince años más tarde, en Deep Springs, al igual que veinte años antes en Nueva York, cuando Truman destituyó a MacArthur, hallé de nuevo la confianza nacida justamente de esa extraordinaria capacidad norteamericana de cambiar de rumbo cuando es necesario. Tal vez el cambio de siglo liberará a Estados Unidos de la supervivencia de esos atavismos de violencia que se remontan a la conquista sin escrúpulos de su territorio en detrimento de aquellos a los que expulsaron. Recuerdo la conversación con la encantadora y joven esposa de nuestro *ranch manager* en Deep Springs durante la campaña presidencial que enfrentó a Mondale y a George Bush. «¿Cuál de ellos podría prohibirnos llevar armas?», me preguntó con inquietud. Para ella, ése era el criterio decisivo. Mis alumnos veían el futuro de otra manera. Cuento con su generación.

1995: quincuagésimo aniversario de las Naciones Unidas. El informe sobre esta institución en su segundo medio siglo de existencia al que había contribuido se hallaba sobre la mesa de los delegados de la Asamblea General. Sólo le echaron un vistazo distraído, al igual que al extenso informe sobre la «gobernanza global» al que, entre otros, había contribuido Jacques Delors. La hora de la reforma aún no había sonado. La Organización se hallaba al borde de la quiebra. Sus últimas intervenciones a favor de la paz se habían saldado con fracasos o, para ser más precisos, habían sido presentadas como tales por los medios de comunicación: Somalia, Ruanda y, sobre todo, Bosnia. ¡La vergüenza de Srebrenica! ¿Dónde están los reportajes sobre la acción valiente y abnegada de los cascos azules en todas las provincias de la antigua Yugoslavia, en Angola o Mozambique, de los agentes del Alto Comisariado para los refugiados a favor de quince millones de desplazados en todos los rincones del mundo? ¿Quién elogia el éxito del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, del Programa Alimentario Mundial, del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, sin los cuales millones de seres humanos habrían muerto? En los dos grandes textos que Boutros-Ghali presentó a los Estados miembros —la Agenda para la Paz y la Agenda para el Desarrollo—, se decía cuanto las naciones debían llevar a cabo para conjurar la violencia y la injusticia. Pero las naciones no lo hicieron. No se fiaban.

Esas naciones no eran ya las mismas, desde hacía mucho tiempo, que las que habían redactado y ratificado la Carta de San Francisco en julio de 1945. Aún estaba fresca la tinta cuando ocupé mi primer puesto en la Secretaría, en febrero de 1946. Nos hallábamos en Nueva York en tránsito hacia Chongqing, con el tiempo justo para saludar a los Mirkine. Mi suegro me presentó a Henri Laugier, secretario general adjunto de las Naciones Unidas. Éste estaba constituyendo su equipo y consiguió que el Ministerio me pusiera a su disposición. Fui sustituido en la Embajada de Francia en China por Jean Lipkowski.

Así, pues, conocí la Organización mundial en sus inicios. Me atrapó y no me volvió a soltar, no me soltará hasta mi muerte. ¿Por qué? Sin duda porque correspondía exactamente a la idea que tras la guerra me hacía del compromiso que yo debía asumir: participar, desde el lugar más estratégico y decisivo, en la construcción de un mundo en el que quedaran excluidas las bombas atómicas y los campos de concentración, el imperialismo y la violación de los derechos humanos. Era una ambición muy simple y cándida, que no era extraño encontrar en un joven superviviente de veintiocho años. Mi gran suerte fue elegir el mejor momento para incorporarme y hallar al mejor jefe posible.

En 1946, las Naciones Unidas sólo eran aún cincuenta. Su organización comportaba exclusivamente una Asamblea General, tres consejos, una Corte Internacional de Justicia y una Secretaría General. Todo aquello cabía en una fábrica subterránea, no muy diferente de aquella donde, un año antes, en Rottleberode, en el Harz, mis compañeros de detención y yo mismo construíamos trenes de aterrizaje para los Junker 52. Al fin y al cabo, en Sperry Plant (Lake Success, Long Island), donde entonces tenía su sede la ONU, a treinta kilómetros de Manhattan, durante la guerra se fabricaban instrumentos de navegación aérea.

El primer secretario general de las Naciones Unidas, Trygve Lie, antiguo ministro noruego de Asuntos Exteriores, no despertaba mucha admiración en Henri Laugier, con diferencia el más cultivado y dinámico de los dieciocho secretarios generales adjuntos que constituían el estado mayor de la nueva institución. La decisión de situar la sede de la Organización en Nueva York era de capital importancia. Aún estaban en el recuerdo Wilson y el rechazo del Congreso a la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones. Eran conocidas las fuertes tensiones del aislacionismo. Pero, a la par, la ONU iba a sufrir los inconvenientes de los usos administrativos estadounidenses: organigramas y proliferación burocrática. Nuestra agradable Sperry Plant no bastaría para albergar a aquellos directores generales, directores, subdirectores, consejeros, asistentes y secretarías. La familia Rockefeller donó un terreno en el corazón de Manhattan y allí se edificó un bello paralelepípedo de cristal, mármol y metal que se convertiría en el monumento más visitado de Nueva York, pero cuya construcción no se acabó hasta 1952. Ni Laugier, cuyo mandato expiraba en 1951, ni yo mismo, que había regresado a París unos meses antes que él, tuvimos allí nuestros despachos.

Es imposible evocar, cincuenta años después, esa aurora de la ONU sin pensar en aquellos que garantizaban su funcionamiento y, entre éstos, en los verdaderos artífices de su inserción en la vida internacional, aquellos que la deseaban menos frágil que su predecesora, la Sociedad de Naciones, más capaz de defender no sólo la paz, sino también la justicia, el derecho, el bienestar de los pueblos y su libertad.

Laugier era de éstos. Coronaba allí una carrera de internacionalista y de demócrata. La defensa de sus convicciones y valores no se veía enturbiada, en aquel nuevo contexto, por ninguna ambición personal. Ser el director de su gabinete fue para mí una oportunidad cuya importancia puedo valorar hoy incluso mejor que en aquella época. Aprender a orientarme en una administración naciente junto a una mente tan libre y combativa sólo podía conducirme a adherirme, de una vez por todas, a los objetivos que él me pedía que persiguiera.

Seguramente es a él a quien debo haberme identificado con la función internacional y luego con la diplomacia multilateral, sin lamentar los límites que ésta impone en la administración francesa para hacer carrera en el Quai d'Orsay.

Mi pluma hace revivir muchos recuerdos de esos cinco primeros años de posguerra pasados a orillas del Hudson: nuestro apartamento sobre Central Park; las primeras sonrisas de mi hija Anne, concebida durante nuestra travesía del Atlántico y nacida en el hospital francés de Nueva York; las idas y venidas en *car pool*^[27] con colegas entre Manhattan y Lake Success a través de los puentes monumentales que unen Nueva York con Long Island; la intensa vida intelectual en el que entonces era el único y verdadero centro del mundo y adonde afluían los amigos parisinos, a los que llevábamos a bailar con los negros en Harlem y a brindar con los italianos en Greenwich Village.

Pero quiero centrarme en la Organización de las Naciones Unidas. Su trabajo se veía facilitado por el restringido número de Estados adheridos. El Consejo de Seguridad contaba con once miembros^[28], de los cuales cinco eran permanentes, y disponía de una secretaría dirigida por un soviético. El Consejo de Tutela sólo debía ocuparse de algunos mandatos heredados de la Sociedad de Naciones y convertidos en «territorios bajo tutela», que en menos de quince años accederían a la independencia. Su secretaría la dirigía un chino. El Consejo Económico y Social contaba con dieciocho miembros^[29] e incluía dos departamentos: el de Laugier, que se ocupaba de asuntos sociales y derechos humanos, y el del británico David Owen, para asuntos económicos. Había también un Departamento de Información en manos de un argentino, otro de conferencias y servicios generales y un tercero de administración y finanzas, con sendos estadounidenses al frente.

Todo ello comportaba pocos cientos de personas que se conocían y se apreciaban en diversa medida. Su trabajo consistía en preparar las reuniones entre representantes de los Estados miembros, con una mezcla de modestia —pues no éramos nosotros quienes decidíamos, sino ellos— y de seguridad —dado que nuestro conocimiento de las cuestiones era superior al suyo—. Nosotros éramos quienes debíamos aportar imaginación y proposiciones innovadoras. Ellos defendían prudentemente sus intereses nacionales. Así, poco a poco, se avanzaba hacia compromisos que hacían más estrecha la colaboración internacional y más claro el camino por el que los gobiernos avanzarían hacia una mayor seguridad y bienestar de los pueblos, ya que los miembros de la Organización eran gobiernos, pero la Carta se refería a los pueblos y los funcionarios internacionales se sentían sus depositarios, como si tuvieran que defender a los pueblos frente a los Estados.

Ésta era la óptica que muy particularmente tenían mis camaradas del Departamento de Asuntos Sociales que trabajan en el terreno de los derechos humanos. Nos situábamos a caballo entre dos artículos de la Carta que había que conciliar: el que exigía la protección y la defensa de los derechos humanos y de las libertades fundamentales sin discriminación alguna, y el que definía como principio la soberanía de los Estados y prohibía a la Organización intervenir en asuntos de

competencia nacional. Se trataba de lograr que la Asamblea General adoptara textos jurídicos que obligaran a los Estados a respetar determinados derechos, de modo que se abriera una brecha suficiente en los muros de su soberanía que nos permitiera afianzar la democracia en todas partes, acabar con el totalitarismo, proteger las libertades públicas y repartir equitativamente los recursos entre todas las categorías de población. Nada más y nada menos, ¡qué diablos! De lo contrario, ¿para qué serviríamos?

Nuestro candor no llegaba al punto de creer que se lograría ese resultado, pero tratábamos de extraer las mejores lecciones posibles de los recientes horrores. En el origen de aquellos horrores se hallaba la excesivamente fácil aceptación por los países democráticos de las brutales violaciones de los derechos humanos por parte de las potencias del Eje.

Los redactores de la Carta de San Francisco, llevados por la emoción, corrieron el riesgo de establecer como misión de la Organización la redacción de una carta de los derechos humanos y se la encargaron a una comisión que dependía del Consejo Económico y Social, la Comisión de los Derechos Humanos. Yo era consciente de que aquella era la innovación más importante que diferenciaba a las Naciones Unidas de la Sociedad de Naciones y de cualquier otra forma anterior de cooperación internacional. Sentía también que había que actuar con rapidez, aprovechar cuanto había de hipocresía en la adhesión a esos valores proclamada por los vencedores y que tal vez no todos tenían intención de defender lealmente.

Entre esos vencedores se hallaba la URSS. ¿Era absurdo debatir esos textos con sus representantes? Aunque aún no se conociera el gulag, no había dudas acerca de la brutalidad y la crueldad de las instituciones soviéticas, ni acerca del sentido que había que dar a la expresión «democracia popular» que utilizaban los regímenes de su devoción. Pero aún no hablábamos de totalitarismo. En nuestras conversaciones con rusos, polacos y rumanos —algunos de los cuales eran muy cultivados y elocuentes—, nos dejábamos convencer por el argumento de que, tras la reconstrucción de sus economías devastadas por la guerra y la aceleración de los intercambios de bienes, personas e ideas, asistiríamos a una doble fecundación: la del Este por la aspiración de sus poblaciones al respeto de los derechos cívicos y políticos; la del Oeste por el lugar que habría que otorgar a los derechos económicos y sociales. ¿Era una ingenuidad culpable? Sin duda, si sólo se toma en consideración la segunda mitad del siglo xx. Tal vez no, si se abarcan unos cuantos decenios antes.

Tuve el privilegio de participar en la primera redacción de esa carta de los derechos humanos que debía incluir una declaración, un pacto (fueron necesarios dos) y unas medidas de aplicación (aún son muy imperfectas). La Comisión de Derechos Humanos contaba con doce miembros^[30]. Estaba presidida por la viuda de Franklin Roosevelt y Francia estaba representada por René Cassin. Laugier confió la

dirección de los derechos humanos a John Humphrey, un jurista canadiense especialmente simpático que había perdido un brazo en la guerra. Las sesiones de la Comisión se celebraban a veces en Nueva York y a veces en Ginebra, donde las Naciones Unidas habían recuperado el palacio de estilo mussoliniano construido para la Sociedad de Naciones en 1936. Los textos propuestos por la Comisión eran luego cribados por el Consejo Económico y Social, en el que Francia estaba representada por Pierre Mendès France, y luego examinados por la tercera comisión de la Asamblea General, en la que estaban presentes los cincuenta y un Estados miembros y de cuya secretaría yo mismo era responsable. No era fácil poner de acuerdo a europeos, asiáticos y latinoamericanos, incluso en ausencia de los africanos, de Japón, Alemania, Italia y tantos otros que aún no formaban parte de esas instancias. La Asamblea General reúne hoy en día a ciento ochenta y nueve delegaciones^[31]. Lo más sorprendente no es que la Declaración pudiera ser calificada de universal, a propuesta de René Cassin, sino que haya sido reconocida —aunque no siempre de obligado cumplimiento, por lo menos como regla mundial— por todos los Estados que, a lo largo de los cinco decenios que siguieron a su adopción, se convirtieron en miembros de la Organización.

El 10 de diciembre de 1948 fue adoptada la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El acto tuvo lugar en las salas dispuestas apresuradamente en el palacio de Chaillot, donde Francia acogía la tercera sesión de la Asamblea General. Los miembros de la Secretaría ocupábamos los asientos del fondo. Cuando el presidente procedió a iniciar la votación, teníamos el corazón en un puño. ¿Iba la URSS a votar en contra? ¿Se abstendría? ¿Qué haría Arabia Saudita? El presidente anunció cuarenta y tres votos a favor, ninguno en contra y ocho abstenciones. Tal vez fuera uno de los instantes más emocionantes de mi vida. A buen seguro, fue uno de los últimos momentos de consenso de la comunidad internacional. Stalin comenzaba a marcar distancias y Vichinsky utilizaba la tribuna de las Naciones Unidas para vituperar a Occidente. Churchill había creado la expresión «telón de acero» el año anterior. El plan Marshall dividía a Europa en dos bloques, y aunque esa división sólo haya durado cuarenta años, sus consecuencias sólo podrán resolverse en el próximo siglo.

Aún me hallaba en Nueva York cuando estalló la guerra de Corea, que bien habría podido acabar con una Organización aún flamante, por no decir frágil. Resistió... y la URSS, que se había retirado en 1950, regresó al cabo de dos años.

Al abandonar las Naciones Unidas para ocupar un puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores perdí buena parte de mis ilusiones. Tal vez la llegada de nuevos colegas a la función pública internacional, buena parte de los cuales buscaban un trabajo bien

remunerado en lugar de una arena para el combate a favor de la democracia, aisló a aquellos a los que más apreciaba, los supervivientes de la lucha, los marginales en pos de un ideal.

Sin embargo, la juzgaba indispensable tal como era, con sus debilidades y ambigüedades, y tras tratar vanamente de distanciarme y de escribir un libro de antropología política^[32] basado en mis experiencias neoyorquinas, fui feliz al poder regresar a las Naciones Unidas con otro estatuto.

El Ministerio me destinó a la dirección que representaba a Francia ante las diferentes instituciones internacionales, y particularmente ante las Naciones Unidas. En ese puesto me ocupaba de los mismos asuntos que ya había tratado en Lake Success: derechos humanos y asuntos sociales.

Seguía moviéndome entre París, Nueva York y Ginebra en función de las conferencias y reuniones, en las que entonces representaba a Francia, y mi visión de la labor de las Naciones Unidas se volvió más crítica. El Consejo de Seguridad, bloqueado por la regla de la unanimidad de los cinco miembros permanentes, había dejado de intervenir en las cuestiones más importantes que las grandes potencias trataban fuera del mismo, bajo la forma de pactos antagonistas que garantizaban aquel «equilibrio del terror» que, sin duda, contribuyó a salvaguardar la paz, pero en detrimento de un verdadero avance en el terreno de la seguridad colectiva. Su rivalidad los llevaba a apoyar, cada uno a su manera, las reivindicaciones de los países menos industrializados. Como consecuencia de la descolonización vigorosamente apoyada tanto por la URSS como por Estados Unidos, esos países constituirían progresivamente el grupo de Estados más activo en todos los ámbitos de la Organización.

Un hombre trató de devolver a las Naciones Unidas la autoridad y la responsabilidad necesarias para erigirse en garantes de una mayor seguridad y justicia en el mundo: Dag Hammarskjöld. Este economista sueco, cuya seriedad era bien conocida por sus colegas de la Organización Europea de Cooperación Económica, impresionó al embajador de Francia ante las Naciones Unidas, Henri Hoppenot. Compartía con él su afición al arte y la literatura, admiraba su cultura y lo propuso a sus colegas para suceder a Trygve Lie, de quien los estadounidenses y los rusos querían deshacerse sin tener que destinar a ese puesto a una personalidad política demasiado molesta.

Era 1953 y el mundo se hallaba en un período de inestabilidad. Muerto Stalin, aún se ignoraba qué depararía su sucesión. Francia se hallaba empantanada en Indochina y Estados Unidos trataba con dificultades de controlar a la URSS mediante pactos de defensa colectiva. En Oriente Próximo, Neguib había proclamado la república y Mossadegh había roto las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña. En Berlín Oriental, una huelga general dio lugar a manifestaciones violentas.

Dag Hammarskjöld adquirió rápidamente una inesperada autoridad. Convirtió al secretario general de las Naciones Unidas en mediador y árbitro. En su propio entorno, los colegas más fervientes de mi época en Lake Success —Philippe de Seynes, Brian Urqhart o Ralph Bunche—, descubrieron en él a un jefe que suscitaba su adhesión y admiración. Estuvo ocho años en ese cargo y gestionó la transición de una organización modesta y algo marginada hacia un sistema de instituciones interdependientes y cada vez más indispensables para la buena marcha de las cuestiones mundiales.

Desde París, donde yo procuraba apoyar las reformas que había iniciado, sentí un nuevo entusiasmo, a pesar de que mis funciones se ciñeran todavía a terrenos limitados, como el desarrollo de las instituciones sociales y humanitarias con sede en Ginebra.

Cuando Pierre Mendès France llegó a la Presidencia del Consejo y me llamó para trabajar junto a él, se me encargó preparar su intervención en noviembre de 1954 ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. No me fue difícil convencerlo de introducir en su discurso un caluroso elogio del secretario general y una fórmula que sabía que llegaría al corazón de mis antiguos colegas: «Ese núcleo valioso y frágil de un mundo unido que representa la Secretaría Internacional, un grupo valiente de hombres y mujeres más sensible que cualquier otro al progreso y a los accidentes en las relaciones entre naciones, a los éxitos y fracasos de la cooperación internacional».

Al ser alejado Mendès del poder, abandoné Francia y los contactos directos con las Naciones Unidas durante un tiempo. En Saigón, en la Dirección General de Relaciones Culturales, y en Argelia, en el Ministerio de Educación Nacional, perdería de vista la que consideraba, y de lejos, la organización más valiosa de nuestra época.

Por ello, para mí fue una grata sorpresa que en 1969, tras haber pasado cinco años en la Embajada de Francia en Argelia, el ministro de Asuntos Exteriores de Georges Pompidou me propusiera el puesto de director de las Naciones Unidas y de las organizaciones internacionales, dirección en la que había trabajado entre 1951 y 1954.

Las Naciones Unidas ya nada tenían que ver con la organización en la que había trabajado durante los primeros diez años de la posguerra, muy occidental, dominada por Estados Unidos y en la que el Este y el Sur desempeñaban papeles marginales. En 1969, la URSS luchaba con empeño para ampliar su influencia sobre las naciones «emergentes», es decir, salidas de la descolonización, que entonces prácticamente había concluido. La China de Mao llamaba a la puerta de la Organización, en la que su pueblo aún se hallaba representado por los gobernantes de Formosa. Estados Unidos sufría de lleno el oprobio de una guerra cada vez más cruel y absurda en la península indochina.

Las Naciones Unidas ya no debían gestionar la seguridad colectiva o el desarme, que alimentaban debates furiosamente repetitivos en instancias sin poder de decisión. En aquel momento debía consagrar la mayoría de sus esfuerzos y toda su vasta red a las relaciones entre Norte y Sur.

El secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, era un birmano sabio cuya credibilidad se había visto injustamente mermada con el inicio de la guerra de los Seis Días. Era un caso típico de malentendido acerca de los respectivos papeles de los Estados miembros y de la Organización. Ésta, y hay que repetirlo sin cesar, no es más que la voluntad de sus miembros, que asumen o no los compromisos adquiridos. Se le reprochó al secretario general que hubiera aceptado con demasiada facilidad la retirada de los cascos azules de Sharm el-Sheij, permitiendo así que el ejército egipcio lanzara su ataque sin hallar resistencia. ¿Pero cómo habría podido U Thant oponerse a la petición de Nasser de retirar a los cascos azules de su territorio si se hallaban allí exclusivamente debido a su iniciativa? Hoy día aún hay mentes preclaras que achacan a la Organización la responsabilidad de una situación que ésta no tenía autoridad para controlar.

No, las Naciones Unidas de finales de los años sesenta y de los años setenta ya no eran garantes de la seguridad colectiva, aunque, en numerosas ocasiones, sus asambleas y consejos permitieran que los dirigentes de las grandes potencias se reunieran y resolvieran, entre ellos, crisis agudas como la de los misiles soviéticos en Cuba.

La palabra que había invadido el edificio y le daba un nuevo significado era «desarrollo». Prácticamente no existía hasta que apareció en un discurso del presidente Truman en junio de 1949, en el que, al enumerar los objetivos políticos de Estados Unidos, mencionó en el apartado IV la ayuda a los países subdesarrollados. Fueron necesarias cuatro décadas para que la comunidad internacional comprendiera la complejidad de esos vericuetos y reemplazara los esquemas de los años cincuenta por una concepción mucho más sofisticada de las relaciones entre países ricos y pobres.

Truman propuso a las Naciones Unidas ser los artífices de un vasto programa de asistencia técnica y financiera, paralelo a los esfuerzos bilaterales que llevaría a cabo su país. Trygve Lie confió esa responsabilidad a un joven venezolano, Manuel Pérez Guerrero, cuya inteligencia y dinamismo yo había apreciado desde mi primer puesto en Lake Success. Henri Laugier, David Owen, él y yo hablábamos del papel que podrían desempeñar, si se combinaban sus recursos, los departamentos de la Secretaría y las instituciones especializadas, cuyas tendencias centrífugas había que combatir, dado que los Estados miembros habían cometido el error de no sentar por escrito en las actas constitutivas de las nuevas organizaciones mundiales que gravitaban en torno a las Naciones Unidas ninguna prescripción que las obligara a

aceptar la autoridad decisiva de los órganos centrales del sistema, del Consejo Económico y Social y de la Secretaría General.

Desde 1950 presentíamos las derivas que, veinte años más tarde, denunciaría sir Robert Jackson en un mordaz estudio sobre las capacidades del sistema de las Naciones Unidas en materia de desarrollo. Sin embargo, nos veíamos capaces de convencer a las instituciones internacionales^[33] para que aunaran sus esfuerzos en el marco de una gran política común de desarrollo.

Lo considerábamos el complemento necesario a la acción a favor de los derechos humanos, nuestra prioridad. Era tan urgente sacar a los pueblos de la miseria como asegurarles las libertades cívicas.

¡Qué ingenuidad en las discusiones de aquellos años ya tan lejanos! ¿Es una broma de la memoria lo que me las hace aparecer más ricas en esperanza que todas aquellas en las que tomé parte después? Y, sin embargo, bastó con que las casualidades de la vida pusieran de nuevo en mi camino a los camaradas de aquel pasado lejano, aquellos pocos supervivientes de los inicios de la Organización, para que nuestro imaginario diera un nuevo salto hacia cuanto quedaba por hacer para no defraudar nuestras esperanzas.

Desde mi nuevo puesto en el Ministerio debía seguir los debates del Consejo de Seguridad y velar para que nuestros representantes en Nueva York supieran exactamente lo que el ministro deseaba que dijeran. Aún no había fax ni correo electrónico. La diferencia horaria entre París y Nueva York nos obligaba a estar en vela de día y de noche. Uno se aficiona pronto a ese tipo de juego: cuanto mayores son los requerimientos, más importantes parecen las misiones. En realidad, en aquella época los verdaderos problemas políticos se trataban fuera de las Naciones Unidas: Vietnam, Oriente Medio, las dos Alemanias...

Pero, en lo relativo a los problemas económicos —y el más grave de todos ellos: la brecha creciente entre los niveles de vida de Norte y Sur—, tenía la convicción de que las Naciones Unidas debían desempeñar un papel crucial en su solución. Mi experiencia adquirida en Argelia acerca de los límites de la ayuda bilateral me hacía creer que, si se abordaba de manera multilateral, podrían obtenerse resultados más satisfactorios.

Por ello acepté la propuesta de Paul Hoffmann de trabajar con él en el otoño de 1970 como administrador adjunto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, institución creada diez años antes.

En los años cincuenta, el Consejo Económico y Social había esbozado el proyecto de un fondo especial de las Naciones Unidas para el desarrollo económico, cuyas iniciales inglesas, Sunfed, en su traducción literal, hacían pensar, según Georges

Boris, en una «comida al sol», y que tuvo la misma precariedad. Tenía que completar, mediante donaciones, el trabajo de créditos reembolsables que incumbía al Banco Mundial, pero se limitó a dotar un fondo mucho más modesto, de unas decenas de millones de dólares, consagrado a la asistencia técnica y a la preinversión.

Bajo la dirección de Paul Hoffmann, que diez años antes había administrado el plan Marshall, ese fondo se convirtió en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, y amplió, de año en año, sus recursos y su influencia sobre las instituciones especializadas cuyas acciones sobre el terreno financiaba ampliamente.

Su principal colaborador era Paul Marc Henry, uno de mis colegas y amigos más cercanos. Había adquirido una competencia unánimemente reconocida en la puesta en marcha y la gestión de los proyectos del PNUD, y había recorrido infatigablemente África, Latinoamérica y Asia. La crisis provocada en el PNUD por los severos ataques de sir Robert Jackson obligó a Paul Hoffmann a renovar su equipo, y Paul Marc, que no estaba de acuerdo con la nueva orientación, dimitió. Le aconsejó que se dirigiera a mí para sustituirlo.

Al atractivo deslumbrante que para mí siempre ha tenido la función pública internacional se añadían los efectos de una crisis aguda de mi vida privada que me incitaba a distanciarme por cierto tiempo de Vicia. Ante la estupefacción de mis colegas del Ministerio, solicité dejar uno de los mejores puestos del Quai d'Orsay para aceptar un nuevo destino provisional ante el secretario general de las Naciones Unidas.

En 1951 abandoné la ONU por el Quai d'Orsay, y en 1969 hacía el recorrido inverso. Paul Marc Henry me propuso instalarme en un ático situado sobre el Dag Hammarskjöld Plaza, con vistas al edificio de las Naciones Unidas y al East River, en el que él se había alojado durante diez años.

El equipo del que Paul Marc fuera el gurú me acogió sin grandes entusiasmos, simplemente aceptando unas reformas que en realidad no complacían ni a Paul Hoffmann ni a su principal colaborador, Myer Cohen.

Esas reformas atribuían mayor responsabilidad a los gobiernos de los países beneficiarios de los créditos del PNUD, convertían a los representantes residentes en consejeros de desarrollo de esos gobiernos y transformaban la sede en una instancia de reflexión y de reparto de fondos entre los países, pero carente de capacidad de control de la realización de los proyectos de desarrollo sobre el terreno. Se respetaba así el natural deseo de los socios del Programa de asumir la responsabilidad de su desarrollo, de designar entre sus nacionales a quienes llevarían a cabo los proyectos y de saber de qué créditos dispondrían en un período de varios años. Sin embargo, aunque buena parte de los países de Asia y de Latinoamérica merecían esa confianza, muchos otros aún estaban muy lejos de ello. De ahí tantos despilfarros y fraudes que irritaban a mis colegas.

Tuve la fortuna de contar con colaboradores particularmente competentes y dinámicos, en primer lugar Roger Genoud, que se entendía bien con Myer Cohen y hacía gala de una mezcla de ironía, poesía y absoluta convicción de la importancia de la tarea que había que llevar a cabo que merecía mi aprecio. Ciudadano de Ginebra, había militado en el Partido del Trabajo y conocía a fondo el pensamiento de Marx, que se esforzaba en combinar con las enseñanzas de Sartre. En su juventud había formado parte del equipo de Kwame Nkrumah, luego del de Habib Bourguiba, y habíamos coincidido el año anterior en Argelia, donde él era el adjunto del danés Stig Anderson, representante residente del PNUD. Su joven esposa inglesa y él ejercieron una influencia sobre mí mayor de lo que había imaginado. Tenían una gran libertad de conducta, una pasión por la aventura y un abandono a la camaradería que les venían de su contacto con África. Heredé de ellos la fascinación por las cualidades específicas de los pueblos de ese continente y no he dejado de ver en él al conservador de algunos de los rasgos más valiosos de nuestra especie. Paul Hoffmann era un jefe muy respetado, muy independiente y muy generoso. Pero no «sentía» la reforma que el Consejo de Administración le había impuesto. Un año después de mi llegada se jubiló y fue reemplazado por un gran banquero norteamericano, Rudolph Peterson. Éste quiso hacer gala de su competencia negando la de su predecesor y se ganó rápidamente la unánime animadversión de nuestro equipo.

Éramos cinco administradores adjuntos, uno por cada una de las cuatro regiones del mundo y yo a cargo de la política y la evaluación. Con el fin de dar la mayor pertinencia posible a las actividades de aquel programa que ocupaba un lugar central en los esfuerzos de las Naciones Unidas a favor de los pueblos del Tercer Mundo, tomé la iniciativa de convocar a un grupo de personalidades cuyos consejos recogeríamos, entre las cuales figuraba Edgar Faure. Peterson asistió a la primera sesión de ese grupo y, dado que no entendía el francés, escuchó a Edgar Faure mediante un intérprete. Al día siguiente, al comentar con sus principales colaboradores las aportaciones del grupo, tuvo el mal gusto de describir la intervención del miembro francés como un incomprensible entramado de banalidades. No pude evitar ponerlo en su sitio y negarle el derecho a hablar, sin haberlo comprendido, de un hombre cuya competencia y cultura eran incomparablemente superiores a las suyas.

Sólo me faltaba presentar mi dimisión de un puesto en el que había aprendido muchas cosas, que me había permitido viajar y conocer a personalidades de peso, pero que ya hacía demasiado tiempo que me alejaba de mi mujer y de mis hijos.

A los cincuenta años me hallé en París sin puesto. Ésa es una situación que la mayoría de mis colegas han vivido en uno u otro momento de sus carreras. El Ministerio me consideraba un especialista de la diplomacia multilateral y tuvo la gentileza de

encargarme algunas misiones en el marco de las Naciones Unidas. Estuve al frente de una delegación francesa en la Comisión Económica para Asia y el Pacífico que celebraba su vigesimotercera sesión en Tokio. Esas comisiones, de las que existen cinco, son, a buen seguro, una de las herramientas más valiosas para la cooperación internacional. Se reúnen anualmente en una u otra capital de la región y comprenden a todos los Estados miembros que en ella administran territorios^[34].

Las secretarías de esas comisiones regionales tienen un papel importante. La de la Comisión Económica para Europa, con base en Ginebra, consiguió mantener lazos económicos y técnicos entre países comunistas y capitalistas durante los períodos más duros de la guerra fría. Su primer secretario ejecutivo, Gunnar Myrdal, formó en particular a jóvenes economistas franceses como Pierre Uri, que se han convertido en los mejores artífices de la construcción comunitaria europea. La Comisión Económica para Latinoamérica tuvo como secretario ejecutivo a un economista argentino de renombre, Raúl Prebisch, impulsor de las primeras teorías del desarrollo estructural que marcaron la economía de los países latinoamericanos en los años sesenta. En 1964 se convirtió en el primer secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.

Todos ellos habían sido nuestros interlocutores en el PNUD y para mí figuraban en la larga galería de los pilares de la cooperación internacional, mi verdadera familia.

En Tokio, la sesión revestía especial importancia, puesto que por primera vez participaba en ella un ministro de la China comunista, que finalmente había entrado en la ONU el año anterior, expulsando a Formosa como miembro permanente del Consejo de Seguridad. El emperador japonés concedió una audiencia a los miembros de la comisión y pude observar en el rostro del representante de la Unión Soviética los celos ante su colega chino, a quien el emperador dedicaba gran amabilidad.

Reclutado en 1974 por Pierre Abelin, ministro de Cooperación, no volví a las Naciones Unidas hasta 1977, cuando el presidente Valéry Giscard d'Estaing me nombró embajador ante las Naciones Unidas en Ginebra. Mi carrera diplomática había comenzado en aquella instancia y, si todo transcurría de la forma habitual, debía acabar allí, puesto que, en 1977, sólo me faltaban cinco años para la jubilación y es usual mantener un puesto de esa naturaleza hasta tal fecha.

Dedicaré otro capítulo a mis cinco años en Ginebra, el puesto más interesante que jamás haya ocupado, pero, por el momento, quisiera ir rápidamente al final de mi relación con las Naciones Unidas para explicar la visión que de esta organización tiene un octogenario.

En 1981, la ONU me parecía aún envasada en la decepcionante gestión de las

relaciones Norte-Sur. La negociación global reclamada por los «países en desarrollo» (esa expresión había reemplazado «en vías de desarrollo» y la anterior «subdesarrollados») seguía tropezando con la mala voluntad de Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón. El tercer «decenio del desarrollo» no parecía más prometedor que los dos precedentes, y si la elección de François Mitterrand permitía contar con Francia para proclamar su fe en la cooperación con el Tercer Mundo, la de Reagan enterraba la política del presidente Carter, más atento al Sur. Kurt Waldheim había dado paso a Pérez de Cuéllar, pero el Consejo de Seguridad seguía ajeno a los verdaderos acuerdos de desarme y a las negociaciones israelo-palestinas.

Por mi parte, seguía sin contemplar más solución para librar al mundo de las injusticias y de la violencia que reforzar la Organización, aumentar su autoridad y ampliar sus competencias. Tenía más convicción que confianza en ello.

Todo se tambaleó con la irrupción de Mijaíl Gorbachov en la escena internacional. Cuando, ocho años después de mi marcha de Ginebra, mi cuarto sucesor en ese puesto me llamó para presidir la delegación francesa en la Comisión de los Derechos humanos, las Naciones Unidas habían cambiado de rostro una vez más. El Consejo de Seguridad se había convertido en una eficaz herramienta para resolver problemas acerca de los cuales los miembros permanentes tenían desde hacía algún tiempo el mismo punto de vista. La democracia liberal había logrado progresos sustanciales en los países en desarrollo. Las cuestiones más graves que se le planteaban a la humanidad eran globales. Una institución mundial era la única que podía dar con soluciones. Esta convicción, que era la mía desde hacía cuarenta y cinco años, parecía ser compartida súbitamente por la mayoría de los miembros de la Asamblea General.

A pesar de ello, el mundo real estaba muy lejos de la estabilidad y a todas luces la violencia no había disminuido.

Los líderes mundiales, y naturalmente en primer lugar Estados Unidos, no titubeaban a la hora de recurrir a las facilidades que les ofrecía la Organización de las Naciones Unidas para llevar a la práctica sus políticas. El mejor ejemplo de ello fue Camboya, y el más discutible fue el de la guerra del Golfo. Tras la vasta operación llevada a cabo en 1961 en el Congo Belga bajo la batuta de Dag Hammarskjöld, que murió allí, las Naciones Unidas jamás habían desplegado recursos tan considerables como en Camboya para que un país miembro saliera del caos y entrara en el orden democrático. Tras la segunda guerra mundial, las tropas estadounidenses no habían librado una batalla como la de Kuwait para liberar a un país invadido por su vecino. En uno y otro caso, en el origen de esas operaciones se hallaba una resolución del Consejo de Seguridad.

Además, la organización en la que me hallaba a la edad de setenta y dos años se había lanzado a una sucesión de conferencias mundiales que zanjaban, en lo relativo

a algunos temas importantes, las reuniones similares de los años setenta. La octava conferencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo que tuvo lugar en Cartagena en 1990 adoptó un tono muy diferente que el de los decenios precedentes, ocasiones en las que deploré la falta de realismo. Esta vez se dio un nuevo impulso, de acuerdo con los efectos de la globalización de la economía, a la noción de desarrollo solidario.

Un año más tarde en Río, la Cumbre de la Tierra adoptó la Agenda 21, un detallado programa de medidas que todos los sectores de la comunidad mundial deberían aplicar para asegurar a la vez un desarrollo sostenible y la protección del medio ambiente.

Maurice Strong, el gran internacionalista y financiero canadiense que habría podido ser un buen secretario general de las Naciones Unidas, un hombre de evidente encanto, había sido veinte años antes secretario general de la primera conferencia de las Naciones Unidas sobre medio ambiente. Se le encargó que preparara la Cumbre de la Tierra, y supo darle un excepcional esplendor. En esa ocasión, un centenar de jefes de Estado o de gobierno adoptaron acuerdos solemnes.

Otras conferencias se estaban preparando: una sobre la condición de las mujeres; la segunda sobre la integración social, y la tercera, para la que había sido yo movilizad, sobre los derechos humanos.

Esas grandes reuniones de los representantes de más de ciento ochenta Estados constituían la prueba de que, al menos de palabra, todos los integrantes de la comunidad mundial perseguían los mismos objetivos. Pero, sobre todo, la presión para pasar de las palabras a los hechos surgía de la participación cada vez más enérgica de los representantes de la sociedad civil, las organizaciones no gubernamentales. Éstas animaban los foros que tenían lugar al margen de cada una de esas asambleas y cuya turbulencia contrastaba con los aterciopelados debates entre delegaciones gubernamentales.

La caída del Muro de Berlín fue la señal para un nuevo impulso del que las Naciones Unidas deberían ser las beneficiarias, aunque sólo fuera para evitar que la globalización de la economía, en aquel momento ya evidente, estuviera exclusivamente en manos de la única superpotencia que quedaba en liza, Estados Unidos.

El uso abusivo del veto había convertido a la URSS, durante los años de la guerra fría, en chivo expiatorio de los fracasos de la organización. En aquel momento era la increíble avaricia de Washington con respecto a las Naciones Unidas lo que concitaba la unanimidad de los países del Sur contra Estados Unidos.

Necesitábamos, pues, una organización mundial renovada en sus objetivos y en sus estructuras para luchar contra la disparidad entre las tareas confiadas al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional y las necesidades reales de los pueblos

sometidos a sus programas de ajuste estructural.

Además, la frecuente incompreensión entre culturas, cuyo enfrentamiento surgía de la globalización de la economía y de las comunicaciones, suscitaba crispaciones de identidad en las que la pobreza engendraba violencia añadida.

Las Naciones Unidas no habían hallado respuesta a esos desafíos.

Representé a Francia durante tres años en la Comisión de los Derechos Humanos, y luego en la Conferencia mundial de Viena en 1993. Acababa allí donde había comenzado. Podía medir el camino recorrido mejor que mis colegas más jóvenes, en ese terreno que desde mi juventud había sentido como el más decisivo para las Naciones Unidas. ¡Cuántos progresos conseguidos insensiblemente, tenazmente, paso a paso, progresos frágiles que en todo momento habría que apuntalar, apoyar y defender contra todas las formas de la razón de Estado!

Los artífices de ese combate, y hay algunos muy destacados entre mis compatriotas, merecen toda mi admiración.

Al asumir sus funciones a principios de 1991, el nuevo secretario general, Boutros Boutros-Ghali, halló una organización dinamizada por una serie de acontecimientos. En cuatro años, su situación se había degradado. ¿Hasta qué punto y por qué razones?

En el mismo jardín japonés de los Rockefeller donde la víspera había estado hablando con Felix Rohatyn acerca del futuro de Estados Unidos, conversé largamente acerca de esta cuestión con sir Brian Urqhart, que formaba parte de nuestro grupo de reflexión como representante de la Fundación Ford.

Su presencia en ese lugar privilegiado evocaba para mí diversas etapas de mi vida, puesto que nuestros destinos eran comparables en muchos aspectos. No puedo evitar recordarlos.

Si yo no hubiera saltado del tren que nos conducía de Dora a Bergen-Belsen, en 1945, habría podido conocer a ese joven oficial británico excepcionalmente valiente y severamente crítico con los generales vanidosos como Montgomery, que sacrificaron a sus hombres para colmar su gloria. Su unidad descubrió el espantoso osario de ese campo hacia el que fueron evacuados miles de deportados, luego diezmados por las epidemias.

En cuanto fue desmovilizado, Brian Urqhart decidió sumarse al equipo que preparaba en Londres la primera Asamblea General de las Naciones Unidas. La sede de la nueva organización aún no se había establecido en Nueva York. Dos meses más tarde, nos encontramos en los pasillos de Lake Success. De inmediato reconocí en él a un hermano. Era esbelto, rubio, atlético, con gran sentido del humor y sobre todo estaba totalmente convencido de la necesidad de cambiar el mundo para erradicar la injusticia y la violencia. Ni siquiera necesitaba poner énfasis en ello. Detestaba la retórica y desconfiaba de los «veteranos» de la Sociedad de Naciones que

conservaban las costumbres de antes de la guerra. Pronto se convirtió en el centro de un grupo de jóvenes, chicos y chicas, entre veinticinco y treinta y cinco años, que habían logrado infiltrarse en los gabinetes de los secretarios generales adjuntos y se consideraban con orgullo como los auténticos motores de la nueva mecánica.

Brian trabajaba en el Departamento de Asuntos Políticos. Publicó varios libros que leí con pasión: una autobiografía, *A Life in Peace and War*, y una biografía de Ralph Bunche, el afroamericano más eminente de las Naciones Unidas. Estuvo en el Congo con Bunche y Hammarskjöld, y poco faltó para que dejara allí la piel. Luego organizó las fuerzas de mantenimiento de la paz, y se convirtió en el jefe de los cascos azules. Al final de su carrera, acompañó a Pérez de Cuéllar a Estocolmo para recoger allí en 1988, en nombre de los soldados de la paz, el Premio Nobel.

Uno de sus numerosos motivos de indignación era la manera en que se elegía a los secretarios generales de las Naciones Unidas. Dado que obedeció a todos ellos, comprendió que el mejor, Hammarskjöld, fue elegido inadvertidamente porque lo tenían por un inofensivo economista. En cuanto a los otros, la elección recaía en los embajadores de los cinco miembros permanentes en Nueva York, que trataban sobre todo de evitar escoger a una personalidad demasiado carismática para mantener con mayor facilidad el control de la Organización.

Tras jubilarse en las Naciones Unidas, fue reclutado por la Fundación Ford y puso en marcha un estudio sobre el liderazgo que debía poder ejercer un secretario general de las Naciones Unidas, sobre la manera de detectar al mejor candidato y cómo escogerlo, y sobre las reformas que llevaría a cabo en el funcionamiento de la Organización. Me asoció a su investigación y me invitó a Uppsala, a la sede de la Fundación Dag Hammarskjöld, modesta pero activa institución alojada en una casa de la ciudad natal del célebre sueco que está enterrado allí. Eramos cinco cómplices que recorríamos las calles de esta vieja capital del norte, con su castillo de la Edad Media y sus jardines diseñados por el naturalista Linde. Ésa fue mi visita al lugar más próximo al polo norte y allí fue donde mejor comprendí la complejidad de la tarea.

Nuestro estudio interesó a todos los candidatos a esa peligrosa función, y principalmente a Boutros-Ghali, que se comprometió a seguir una de nuestras recomendaciones capitales: aceptar únicamente un mandato de cinco años y mantenerse así al abrigo de la tentación de complacer para ser reelegido. Sin embargo, ni nuestra sugerencia ni su promesa se han hecho realidad hasta el momento.

A pesar de ello, Boutros-Ghali me invitó al año siguiente a formar parte de un grupo de trabajo sobre la organización de los servicios económicos y sociales de la Secretaría.

Era un tema aparentemente muy administrativo, pero en realidad bastante político, y por ello interesó a un ministro neerlandés, a un ex gobernador del Banco

Central de la India, a un ex presidente del Banco Mundial y a otras personalidades de reconocida competencia. En esos temas, las Naciones Unidas sufrían desde siempre la marginalización por parte de las instituciones financieras internacionales, que llevaban a cabo su propia política sin preocuparse por las incidencias sociales y humanas de ésta. Dispersados entre Ginebra, Roma, París y Nueva York, los servicios que dependían del secretario general nunca habían gozado de la autoridad necesaria para proponer ni, menos aún, para imponer una política económica y social innovadora y eficaz a la comunidad internacional.

Al igual que el estudio de Brian acerca de la elección del secretario general, el informe de nuestro grupo de trabajo partía de constataciones elementales: el lugar que los problemas económicos ocupaban en la organización mundial y la necesidad de que los servicios que trataban de solucionarlos estuvieran dirigidos por una personalidad de primera fila, un economista internacionalmente reconocido que pudiera tratar de tú a tú tanto con los ministros de finanzas de los Estados más importantes como con el presidente del Banco Mundial o el director general del Fondo Monetario; debía ser el áter ego del secretario general, que así sería liberado de estas obligaciones y podría concentrarse en los problemas diplomáticos y la seguridad. Figuraban en el informe también recomendaciones más detalladas, algunas de las cuales inspirarían las reformas de los primeros años del mandato de Boutros-Ghali, pero la más importante, la delegación de poder en un áter ego economista, no le convino. Deseaba conservar la última palabra sobre los problemas de desarrollo y pronto perdió su credibilidad.

Al encontrarme de nuevo con mi amigo Brian a la sombra de las magníficas magnolias de los Rockefeller, yo conservaba en la memoria tanto nuestras iniciativas como nuestros desengaños.

Me preguntaba qué suerte le esperaba a nuestro informe, al que dábamos los últimos retoques. Sus redactores me inspiraban confianza: los dos copresidentes, Richard von Weizsäcker, que acababa de abandonar la presidencia de la República Federal de Alemania poco después de la unificación de mi país natal, y Moen Qureishi, primer ministro de Pakistán, donde gestionó muy hábilmente la transición entre los generales y Benazir Bhutto; Felix Rohatyn, el inconformista banquero neoyorquino; un ruso; un chino; un británico; un japonés; un indio; una keniana; una polaca, y una costarricense. Una vez más, yo era el único francófono.

Logré que el informe fuera incisivo y de menos de sesenta páginas. Las reformas que consideraba más apremiantes me parecían convincentes.

Y, sin embargo...

Recuerdo muy bien las palabras de nuestra conversación en el jardín japonés:

—Otro informe que acabará en un cajón —dije.

—Seguramente, pero ya sabes que algo quedará. El mundo cambia muy de prisa y

la ONU siempre se ha adaptado a esos cambios. Las reformas que proponéis se adecuan a las necesidades de un mundo que emerge de las confusiones bárbaras del siglo xx. Este año no se adoptarán por pereza o por cobardía. Pero fermentarán en las mentes y un día el licor que contienen provocará una nueva ebriedad, tal vez una locura, tal vez el sentido común.

—¿Qué te permite estar tan seguro?

—La experiencia. Tanto tu vida como la mía ya han sido largas, y aún deseo que se prolonguen un poco más. Algo nos han tenido que enseñar: ahora puede vivirse mejor en el mundo, es menos absurdo y más humano. El *apartheid* ha desaparecido y también el gulag; queda la violencia, escandalosa pero localizada. Las sociedades, en todas las regiones del mundo, han reivindicado y a menudo obtenido más saber, más libertad, más derechos. Las Naciones Unidas se han visto eclipsadas y, durante esos eclipses, ha habido progresos, progresos que han aprovechado para recobrar el aliento. No seamos ingenuos. No es la organización mundial la que tira de la historia hacia delante; es al revés. Es el paso del tiempo el que arrastra a una generación tras otra hacia su destino.

—Te veo de repente muy filosófico.

—Sí, he decidido que a partir de ahora me consagraré exclusivamente al estudio de los poemas que tratan del paso del tiempo, empezando por Andrew Marvell. Es un buen ejercicio para la vejez y en él encuentro la necesaria perspectiva para hacer un juicio positivo sobre las Naciones Unidas. Sabemos perfectamente que no son más que una herramienta, pero cada vez son más los actores que la utilizan. Los que la empuñan para vencer a la violencia e imponer la justicia son más numerosos y están más determinados que aquellos que la utilizan para conservar sus privilegios.

—Si ése no fuera el caso, estoy tan convencido como tú de que hace mucho tiempo que la ONU se habría ido a pique. Pero ¿ese tiempo, que tú observas que huye con ternura, bastará para evitar lo peor: el triunfo del dinero, del liberalismo salvaje, de la limpieza étnica, la droga o la exclusión?

—Precisamente, al tomar conciencia de la gravedad de esos desafíos, los Estados se verán obligados a ponerse de acuerdo para enfrentarse a ellos y por lo tanto a recurrir a esa organización a la que servimos. Esto es lo que se esbozó hace cincuenta años, y será realidad dentro de cincuenta años más, tras los cuales todas las recomendaciones de vuestro informe se habrán seguido.

Acababa de recoger mi carné del Partido Socialista y me pregunté por qué razón. Primera respuesta: el impacto del año 1995. No imaginaba que los franceses fueran tan imprudentes como para llevar a Jacques Chirac a la presidencia de la República. Durante un breve tiempo esperé que las ridículas disensiones de la derecha permitirían que Lionel Jospin venciera contra todo pronóstico. Me había gustado su cándida campaña. Fui a aplaudirlo al Zénith de Montpellier en medio de una masa alborozada. Eso me acercó de nuevo a un hombre al que conocía desde hacía treinta años. Fue colega mío en el Quai d'Orsay de joven, antes de entrar en política. Luego escuché a Martine Aubry en el programa *7 sur 7* y estuve de acuerdo con cada una de sus palabras.

Aquello, sin embargo, no era más que una respuesta coyuntural. En el fondo de mí mismo, me reprochaba haber pasado cincuenta años al margen de la acción política, como observador crítico o servidor del Estado, a veces feliz por trabajar para un gobierno respetado, otras expresando más o menos discretamente mis reservas, animando una serie de círculos de reflexión o frecuentando a mujeres y hombres con los que estuviera de acuerdo en lo esencial. ¿Dónde estaba, en todo ello, el combate político, el compromiso personal en un frente arriesgado?

Al pensar hoy en ello, a una edad en la que ya no me planteo bajar a esa arena, recuerdo haber mantenido siempre las distancias con respecto a las formaciones políticas de la democracia francesa. Me sentía, desde el lejano Frente Popular y las manifestaciones antifascistas de los años treinta, un «hombre de izquierdas», pero también, y quizá excesivamente, alejado de los partidos y de sus aparatos. Demasiado fácil.

Admito que no hay democracia sin Parlamento, ni Parlamento sin partidos, ni partido sin aparato. ¿Y en ese caso? ¿Basta dejar ese trabajo a los demás y reservarse el derecho de denunciar sus insuficiencias o su apetito de poder y de privilegios? ¿No habría bastado con formar parte del mismo para meter el dedo en la llaga de los límites y las posibilidades de tal ejercicio?

Hombre de izquierdas, europeísta convencido, internacionalista militante: todos esos epítetos me los aplico de buen agrado. Tal vez mi debilidad por Francia sea la de un enamorado más que la de un amante, según la distinción que en el «gran siglo» se hacía entre dos figuras de la comedia amorosa. Fui yo quien eligió a Francia y quien la quiso como patria, pero aún debo conquistarla.

Está ahí, en su perfección geográfica, a media distancia entre el polo y el ecuador, y me estremezco cada vez que cruzo el paralelo 45 por la carretera de París hacia mi

casa del Gard, a unos kilómetros de Valence. Está ahí, en su lengua incomparable por su claridad y su sutileza. Siempre he tenido reservas hacia la utilización política de la francofonía. No se trata de reivindicar mediante nuestra lengua derechos que la historia de su pretérita potencia ya reconoce. Hay que presentarla como una recompensa, accesible con algunos esfuerzos a cuantos hallarán en ese maravilloso instrumento una de las mejores llaves para acceder al reino de la verdad y de la belleza. Porque la lengua francesa tiene una manera única de envolver y desarrollar el pensamiento, de hacerlo riguroso y múltiple.

Las otras dos lenguas que domino, el inglés y el alemán, son una más fluida y la otra más áspera, y ambas más poéticas tal vez gracias a la confusión onírica que en ellas se desliza con mayor facilidad.

Me son tan familiares que no puedo evitar la tentación de utilizarlas con los interlocutores que las hablan. En eso estoy equivocado. Sería mejor animarlos a expresarse en francés. Como diplomático, me reprocho no defender más sistemáticamente nuestra lengua, o incluso nuestras posiciones gubernamentales. No porque no sea un funcionario concienzudo, sino porque a veces siento mayor responsabilidad hacia el interés permanente de Francia que hacia las instrucciones coyunturales que se me comunican. Esta actitud un poco orgullosa se ha afirmado con la edad.

A lo largo de los últimos cincuenta años, la Francia real no siempre ha sido para mí la Francia deseada, y, sin embargo, no he tratado de acercarlas la una a la otra por el camino usual en una democracia: acceder a responsabilidades políticas.

Lo he hecho en algunas ocasiones trabajando para políticos cuyo combate respetaba, y en otras participando en círculos de reflexión cuyas ideas compartía. La confrontación con adversarios y la refutación de los argumentos de otro sólo las he conocido en el plano internacional: frente a interlocutores que ponían en cuestión o minimizaban el papel de Francia en el mundo. Ese papel puedo criticarlo o ver cómo lo critican mis compatriotas, pero no otras personas. No hay nada que me irrite tanto como los clichés difundidos en los medios de comunicación ingleses, alemanes o estadounidenses sobre una Francia egoísta, nacionalista y arrogante.

¿Qué respondería si la pregunta me la hicieran hoy? Diría que Francia tiene defectos, claro está, pero también cuenta con méritos. Tras el trágico golpe de junio de 1940, la recuperación de los años cincuenta hace honor a mi generación. Luego ésta tuvo que dirigir simultáneamente la laboriosa renuncia a un vasto imperio de ultramar y la paciente gestación de una Europa donde podría realizarse. Y todo ello en menos de treinta años, entre mi vigesimoquinto y mi quincuagésimo aniversario. No puede decirse que todo fuera sobre ruedas. La guerra de Indochina, la guerra de Argelia, numerosas torpezas en nuestra política africana están ahí para obligarnos a

hacer una cura de sana humildad. Conseguimos para Francia, sin embargo, un lugar de primera fila en el concierto de las naciones. Vivimos una importante mutación. Para la generación de «fin de siglo», habrá que hallar un nuevo sentido a su «momento de la historia». El nuestro fue brutal, exaltado, torpe y ambicioso. Dejamos una Francia en lo alto de la escala de las naciones industriales, económicamente privilegiada, socialmente en crisis y políticamente modesta. Tal vez demasiado modesta.

Es la más europea de las naciones europeas, aquella donde se cruzan todas las Europas, la del Norte, la del Oeste y la del Sur. Es Europa quien tiene en este fin de siglo la tarea de ofrecer a todos sus ciudadanos, tanto a los franceses como a los demás, un futuro exultante, y Francia debe comprometerse sin reservas con esta perspectiva.

De todos los estadistas franceses a los que he conocido, a quien me he sentido más próximo es a Pierre Mendès France.

Yo tenía veinticinco años cuando lo conocí en Londres y sesenta y cinco cuando falleció, y tengo la sensación de que, entre ambas fechas, ha estado presente en todas las etapas de mi vida y que la admiración que me ha inspirado presenta todos los colores del espectro.

Primero, como evadido. En Londres todos éramos evadidos, pero las historias de evasión eran más o menos aventureras. Yo estaba orgulloso de la mía, pero ésta se veía eclipsada por la de Pierre Mendès France, que la explicaba con mucho humor: el salto desde lo alto del muro de la prisión de Clermont-Ferrand, y también el bigote y la boina con que se disfrazó.

Luego, como combatiente. Eligió seguir siendo aviador y rechazó el puesto político que le proponía De Gaulle. Yo elegí lo mismo al principio, y habríamos podido coincidir en el grupo Lorraine si yo no me hubiera unido a la BCRA.

Al regresar de la deportación, me explicaron sus diferencias con el general acerca de la política monetaria y, como la mayoría de los camaradas, lamenté que se hubiera preferido a René Pleven. Cuando uno tiene menos de treinta años, siempre prefiere a los audaces antes que a los prudentes.

A lo largo de los ocho años pasados en las Naciones Unidas, tomé conciencia de sus cualidades como economista y negociador. Tras representar a Francia en la conferencia de Bretton Woods, donde coincidió con John Maynard Keynes y profundizó en sus tesis sobre la economía mundial, Mendès presidió la delegación francesa en el Consejo Económico y Social. Como director del gabinete de Laugier, luego secretario de Embajada responsable de la misma cuestión en el Ministerio, pude observar la manera en que Mendès dominaba los debates de ese órgano principal de las Naciones Unidas, el respeto que inspiraba a sus diecisiete colegas: al indio, al chileno, al canadiense, al soviético o al polaco. Me fascinaba la intimidad intelectual que convertía a los consejeros allegados a Mendès —Georges Boris, Gabriel Ardant, Jacques Kaiser y sus esposas—, en un equipo irresistible, y me esforzaba para formar parte del mismo.

Luego, al llegar los años 1953-1954, se constituyó lo que iba a ser, en su sentido más extenso, mi familia política, eso que nos vemos obligados a llamar «mendesismo», aunque su inspirador siempre rechazara tal denominación: una

solidaridad fundada sobre una aceptación común de un conjunto de valores republicanos de los que él era portador convencido y convincente.

A menudo he tratado de comparar esa «determinada idea de Francia» que se hacía De Gaulle con ese sentido de las responsabilidades francesas personificado en Mendès. La historia de Francia para el general era la de un destino excepcional, la de una nación conducida por hombres visionarios, que descubrían gracias a una tradición muy antigua y vigorosa los caminos para conducir a las otras naciones hacia un honor más alto. La de Mendès estaba cimentada en las cualidades de su pueblo, capaz de extraer enseñanzas de las experiencias concretas vividas y analizadas.

Aunque en un momento de irritación el general llegara a decir que sus compatriotas eran «todos unos borregos», conocía sus virtudes al igual que Mendès conocía sus flaquezas. El primero, sin embargo, los quería robustos frente al adversario, mientras que el segundo los veía como ciudadanos preclaros y responsables. De ahí la prioridad absoluta que dio a la educación, a la formación cívica de la juventud, al funcionamiento riguroso de las instituciones republicanas, a las amplias consultas democráticas que justificaban la confianza que la transparencia del Estado impone a todas las categorías de la población.

En política interior, en particular en la gestión económica, no había entre ambos hombres grandes desacuerdos de fondo.

¡Pero menuda diferencia en sus métodos! Para Mendès, la acción del estadista debía ser inmediatamente comprensible y cada una de sus elecciones debía ser explicitada de la manera más simple. A De Gaulle le gustaban el misterio, la sorpresa, la palabra inesperada y por ello aún más impactante: «Un puñado de generales en retirada...», o bien «Os he comprendido». ¿Cómo no sucumbir al encanto del general? ¿Cómo no adherirse a las preocupaciones éticas de Mendès, mucho más ricas desde el punto de vista humano?

En el terreno de la política exterior, ambos coincidían por lo menos en un punto: el desvelo constante para garantizar la independencia de Francia, dotándola de armas nucleares, de una moneda fuerte y de relaciones equilibradas con las naciones más potentes. Pero, junto a esos grandes principios, ¡cuántos rasgos opuestos! De Gaulle alimentó un rencor tenaz hacia Estados Unidos, en respuesta a los bufidos de Roosevelt, e incluso hacia Inglaterra, a pesar de la confianza que Churchill no le escatimó. Mendès, en cambio, hizo gala de su admiración hacia el gran demócrata norteamericano y de su gratitud hacia la inquebrantable Gran Bretaña. Si el general evocaba el acceso de los pueblos a la autonomía en términos distantes, Mendès afirmaba abiertamente la necesidad de una urgente modificación de las instituciones del imperio colonial. Jean Lacouture, que les consagró sendas y apasionantes biografías, recogió mis consideraciones sobre ciertos aspectos de sus carreras, lo que me ofreció la posibilidad de precisar mi juicio desde una perspectiva más serena.

Es imposible permanecer sereno en el movimiento de la historia, cuando uno sufre cotidianamente las decisiones de quienes están en el poder. ¡Cuántas veces, dejando de lado en mi memoria mi devoción sin reservas hacia el jefe de la Francia Libre, me enojé con De Gaulle! El desprecio hacia una fracción de la Resistencia, la denuncia del plan Marshall, el apoyo a la guerra contra el Vietminh, la prolongación de la guerra de Argelia o el veto a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común fueron algunas de las causas. Tal vez yo estuviera equivocado y su visión fuera más sutil, pero en aquellos momentos me rebelaba. Con Mendès no sucedía lo mismo. Siempre comprendí y casi siempre compartí sus posiciones. Incluso su rechazo radical de las instituciones de la V República, cuando yo las creía concebidas por un dirigente como él, me pareció perfectamente coherente con su concepción del Estado republicano. Ello se debía también, sin duda, a nuestras relaciones personales.

Nunca conversé con De Gaulle. De las recepciones en el Elíseo donde pude estrecharle la mano, presentarle a mi mujer o decirle unas palabras acerca del inicio del curso escolar en 1962 en Argelia, me queda el recuerdo de su cortesía más que de su capacidad de escuchar. Del almuerzo al que fui invitado en 1941 en el Connaught Hotel de Londres, conservo la imagen de la impresionante dignidad de un joven concentrado, pero no los temas tratados.

De Pierre Mendès France, por el contrario, conservo un montón de recuerdos. Ya en su primera visita a Londres, en 1943, en el mews próximo a Knightsbridge donde vivíamos, bajo una vidriera que no constituía la mejor defensa ante los ataques aéreos, me conquistó su sonrisa, su humor, su manera algo embarazada de ser amable. Habló de Nueva York, de la Escuela libre de altos estudios que allí dirigía mi suegro. Le preguntamos por su esposa y sus dos hijos, que estaban en América. Le hablé largamente de nuestras redes de información, de los movimientos de liberación y de sus rivalidades. Le expresé mi pesar por haber dejado la aviación en la que él se había alistado y elogí el formidable espíritu de equipo de la Royal Air Force. Ya de entrada, su capacidad de escuchar me impresionó.

A mi regreso de Alemania, se había convertido en una gran figura de la vida política y en amigo de la familia. Fue ministro, dimitió, participó en la conferencia de Bretton Woods y se convirtió al keynesianismo. Y, además, estaban Lily Mendès France y Germaine Boris. Vítia sentía un especial afecto por ambas mujeres, tan próximas como diferentes. Lily, graciosa y cándida, parecía entregada a los demás sin defensa alguna. Fuerte y exigente, Germaine la rodeaba con su ternura. El apartamento de los Boris, situado en el Quai Bourbon, en la casa donde había vivido Léon Blum, nos era más familiar que el que ocupaban los Mendès, en la calle Conseiller-Collignon, decorado con los cuadros de colores oscuros y puros de Lily.

En casa de los Boris se hablaba de música, y en la de los Mendès de política. Son dos lugares en los que mi memoria reside con placer.

Más adelante tuve varias ocasiones de verme con Pierre Mendès France en Nueva York, junto al lecho de Laugier, que se rompió una pierna en un accidente de circulación. Mendès escuchaba con paciencia las algaradas de su colega de más edad, a quien las posiciones defendidas por Francia siempre le parecían timoratas. Las justificaba sin herir al que llamábamos el «jefe». Le vi luego en Ginebra, donde Mendès aprovechó un 14 de julio, en plena sesión del Consejo Económico y Social, para organizar una fiesta acuática. Alquiló un barco que cruzaba el lago de Ginebra, en Thonon, y acogió a bordo entremezclados a ex funcionarios de la Sociedad de Naciones, jóvenes representantes de los países del Sur, periodistas, militantes de las organizaciones no gubernamentales, autoridades municipales y cantonales de Ginebra, funcionarios de todas las secretarías internacionales... Muchas chicas a las que el sol reflejado en las aguas del lago Lemán hacía aparecer hermosas, muchos guitarristas vibrantes, sombreros mexicanos, túnicas árabes de vivos colores... Mendès velaba, con el rigor con el que se consagraba a cualquier cuestión, para que no faltaran *champagne*, bailarines, conversaciones ni música. ¡Eso sí que fue una fiesta del 14 de julio!

Llegaron junio de 1954 y la investidura de Mendès como presidente del Consejo. Yo estaba aún en la Secretaría de Conferencias, pero Georges Boris, que había constituido uno de los tres gabinetes que trabajaban para el presidente, me hizo llamar. A diferencia del gabinete del ministro de Asuntos Exteriores, puesto que Mendès había decidido ocupar personalmente, y del de Matignon^[35], dirigido por André Pélabon, el gabinete de Georges Boris —donde coincidí con otro «londinense», Jean-Louis Crémieux-Brilhac—, no tenía ninguna atribución en particular salvo la preparación de las «charlas» radiofónicas del sábado, esa innovación en la comunicación política que imitaba los *fireside chats* de Roosevelt, que la clase política reprochó a Mendès pero que la opinión pública apreciaba.

A lo largo de los siete meses y siete días en que Mendès presidió el Consejo no lo vi más que de vez en cuando, al entrar o salir de algún avión, pues, naturalmente, el ritmo de sus ocupaciones era trepidante. Sin embargo, «vivía» con él por intermediación de Georges Boris, al que consultaba muy a menudo. Boris le transmitía los ecos de las reacciones de la opinión pública, de los parlamentarios y periodistas, dado que ese hombre prodigiosamente intuitivo, periodista, sabía restituir en pocas frases la sensibilidad de los demás.

Alrededor de esa breve y excitante aventura que constituyó el gobierno de Pierre Mendès France hay un aura de la que los historiadores han dejado constancia pero

que, para cuantos formaron parte de ella, tiene algo de irreal, como un paréntesis en cierta medida milagroso en una vida política más bien sombría. Y todos los personajes que desempeñaron un papel en la misma son como personajes de novela: Léone Georges-Picot, secretaria particular de Mendès, cuya silueta esbelta y cabellera sedosa nos turbaban; su futuro esposo Simon Nora, consejero económico; mis colegas Claude Cheysson y Jean-Marie Soutou, y también Paul Legatte, Michel Jobert o Alain Savary. Todos ellos hicieron gala de una desenvoltura y una energía que eran el reflejo de la formidable vitalidad del presidente del Consejo.

Por mi parte, seguía en particular los temas de política exterior que acapararon tanto el tiempo y la atención de Mendès France que tuvo que delegar en Edgar Faure una parte sin duda excesiva de las responsabilidades en el terreno económico. Sus intervenciones relacionadas con los problemas de la sociedad que más lo preocupaban fueron simplemente simbólicas. El famoso vaso de leche en las escuelas, acerca del cual se hicieron muchos chistes, respondía a su deseo de que cada familia, cada ciudadano, comprendiera la acción del Estado. No veíamos en ello ninguna voluntad de manipulación. Sabíamos que lo obsesionaban las cuestiones fundamentales planteadas por la evolución de la economía y el funcionamiento más eficaz de la democracia en la República. ¡Deseábamos que pudiera liberarse de las urgencias internacionales cuanto antes!

Pero no sólo era necesario alcanzar la paz en Indochina y trazar una política audaz de descolonización en Túnez. Había que hallar una solución al problema del rearme de Alemania impuesto por los socios de la OTAN, y eso no podía resolverse con la ratificación de la Comunidad Europea de Defensa, puesto que la mayoría del Parlamento se negaba a ello. El consejero al que Mendès había pedido que se ocupara de este tema era uno de mis mejores amigos en la Secretaría de las Naciones Unidas, Philippe de Seynes, gracias al cual pude seguir paso a paso las intrigas y las trampas que los fanáticos de ambos bandos tendían ante cualquier intento de conciliación.

De haber estado menos seguros de lograr una victoria en la Asamblea, los partidarios de la Comunidad Europea de Defensa habrían aceptado las modestas enmiendas al tratado propuestas por Mendès. De haber estado menos ebrios de su victoria, los adversarios de la solución comunitaria habrían comprendido mejor el aspecto constructivo de los Acuerdos de París, que permitían la entrada de Alemania en la Unión Europea Occidental. Esa difícil negociación ocupó los últimos meses de la presidencia. Se trataba de reconquistar la confianza de los aliados anglosajones, enturbiada por el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa y por la reforzada amistad con Alemania. Al mismo tiempo, imponía límites a las perspectivas de acercamiento entre el Este y el Oeste para las cuales Mendès había dibujado el marco en su magnífico discurso del 22 de noviembre de 1954 ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Regresé de Nueva York, adonde acompañé al presidente, impacientemente atento a cuanto podíamos esperar de él a partir de aquel momento. Puesto que la solución a los problemas diplomáticos se hallaba en buen camino, podría darse un nuevo impulso a las soluciones de las cuestiones económicas y sociales, para las cuales sabíamos que Pierre Mendès France era excepcionalmente competente. Pienso en estas palabras de su biógrafo Jean Lacouture:

Desde que abandonó el poder, casi diez años antes, Pierre Mendès France sólo había pensado en retomararlo con un puesto de responsabilidad económica y financiera. Suponiendo que se le ofreciera la sucesión en Matignon, no imaginaba que pudiera ser para otra misión más que para la recuperación de la economía francesa... Y, sin embargo, catapultado al poder por los hechos de mayo de 1954, se alejó de ese terreno elegido y preparado para consagrarse a los combates diplomáticos.

Llegó por fin el 20 de enero de 1955. Mendès traspasó los asuntos exteriores a Edgar Faure y se instaló en Matignon, adonde lo acompañamos. Rápidamente comenzamos a trabajar en nuevos asuntos, pero los «bien informados» ya nos predijeron la caída. Quince días después, caía el gobierno.

¿Cómo esos meses tan densos, entusiastas y angustiosos no iban a marcar profundamente a cuantos los vivieron en contacto con ese portador de esperanza? ¿Cómo, al encontrarme de nuevo con unos y otros a lo largo de los años, no iba a sentir esa punzada en el corazón característica de una gran aventura vivida en común?

Me marché de París pocos meses después de que Edgar Faure sustituyera a Mendès France en Matignon y, a mi regreso de Saigón, dos años después, se había formado el Frente Republicano, había comenzado la guerra de Argelia, Guy Mollet había recibido una lluvia de tomates y habían tenido lugar las *ratonnade*^[36] junto al Sena. Mendès había permanecido al margen de todos los gobiernos, y las visitas a Lily y Pierre, en su apartamento de la calle Conseiller-Collignon, eran tiernas y melancólicas.

Varios años más tarde, asistí con Vitia en ese mismo apartamento a uno de los momentos más emocionantes de mis relaciones con Mendès. Nos invitó a una ceremonia muy íntima, en la cual sólo participaba, además de Lily, ya muy grave (nos dejaría poco después), el ex comisario de Energía Atómica, François Perrin. Éste debía imponer a Mendès las insignias de comandante de la Legión de Honor. Así como Mendès era para mí, al igual que para muchos otros, la personificación del honor en la política, Perrin pertenecía al círculo de los grandes sabios que a mí, el «literario», me intimidaban. Un círculo que contaba con un prestigio que no procedía sólo de la sabiduría de sus miembros, sino sobre todo de aquello que se me antojaba como la extrema pureza de sus vidas, la firmeza de sus convicciones, su pasión por el juego y la simplicidad, fruto de una existencia iluminada por el sol de la razón. Entre

ellos, François Perrin, con su físico algo ingrato, su hablar modulado y preciso, concentraba las cualidades por las que espontáneamente yo sentía admiración. Ésta llegó a la cumbre cuando lo oí pronunciar, con el acento de una simple verdad, el elogio de aquel hombre que en aquel momento ya no detentaba otra función más que la preservación de un extraordinario testimonio.

A partir de 1958, mis relaciones con Mendès France conocieron épocas de menor intimidad. Mi compromiso con la aventura del Club Jean Moulin, integrado por una mayoría de partidarios de Mendès, pero cuyas posiciones se alejaban de las suyas en más de una cuestión, me distanció de la ortodoxia mendesista representada por los redactores de *Cahiers de la République*. Discutía sobre esto con el más abnegado de ellos, el historiador y latinista Claude Nicolet, a quien había «reclutado» a petición de Georges Boris en la época en que Mendès trataba de rejuvenecer el Partido Radical. Luego se convertiría en uno de los especialistas en ese momento de la historia francesa, que comparó con la última fase de la República romana, marcada por otro gran abogado: Cicerón.

Mis argumentos a favor de la adhesión de Mendès a las instituciones de la v República no tenían mucho peso. Recuerdo cómo los batió en brecha un día que Simon Nora lo recibía en su gran apartamento frente al palacio de Luxemburgo, con el embajador de Túnez, Masmoudi. El diplomático tunecino, que veneraba por igual a De Gaulle y a Mendès, defendió las mismas tesis, pero tuvo que rendirse ante la imparable dialéctica de su interlocutor.

Alejado de París a finales de los años sesenta, seguí a distancia los episodios de Mayo del 68 y del estadio Charléty, e intérprete el fracaso de la candidatura Defferre-Mendès en las elecciones presidenciales de 1969 como la prueba de que nuestro gran hombre no estaba hecho para la v República.

Una nueva circunstancia fortuita me dio la oportunidad de compartir algunas horas con él a finales de los años setenta. Estaba yo destinado en Ginebra; con Vítia habíamos comprado para nuestra vejez una casa grande y vieja no lejos de Uzès. Pronto nos dimos cuenta de que el castillo de Montfrin, donde Mendès France se había retirado con Marie-Claire, su segunda esposa, estaba sólo a una treintena de kilómetros.

Una vez franqueado el amplio patio de honor de ese imponente edificio Luis XIII, provisto de una torre sarracena y que no era muy del estilo de Pierre Mendès France, se llegaba a un jardín sombreado y a una piscina muy agradable junto a la cual las discusiones versaban cada vez con mayor frecuencia acerca de la situación en Oriente Próximo. En los análisis de Mendès veía de nuevo aquella mezcla de prospectiva y de circunspección que me parece que siempre caracterizaron sus posiciones: mirar a lo lejos hacia adelante, pero no subestimar los obstáculos que surgirían en el camino. Pero, sobre todo, nada en él traslucía despecho o denunciaba las ingratitudes. Jamás

lo oí quejarse de las afrentas que había sufrido, ni tampoco de las circunstancias con las que había tropezado. Cuando deplorábamos ante él que Francia no se hubiera beneficiado durante más tiempo de una mente como la suya para forjar una verdadera política, descartaba por demasiado abstracta una hipótesis que no se había hecho realidad.

Cuando, en 1981, a mi regreso de Ginebra, tuve la sorpresa de ser nombrado comandante de la Legión de Honor, Pierre Mendès France fue mi padrino. Fue para mí el año de todas las consagraciones. La elección de François Mitterrand a la presidencia de la República colmaba nuestras esperanzas por varias razones: por fin la izquierda relevaba a la derecha y se demostraba que las instituciones de la v República no hacían imposible tal alternancia. Los nuevos dirigentes eran amigos en los que confiábamos, en particular aquellos que habían intervenido en la experiencia mendesista, como Claude Cheysson, que se convirtió en «mi» ministro, o Jean-Pierre Cot, con quien pronto tuve que trabajar. Mi «carrera» diplomática, hasta entonces más variada que prestigiosa, se vio bruscamente coronada, de manera inesperada, por la dignidad de embajador de Francia, acompañada por mi promoción en la orden nacional. Es inútil decir hasta qué punto esas consagraciones honoríficas me hacían sentir la confianza otorgada por mi patria de adopción.

Desde hacía unos años, la salud de Mendès se deterioraba. A cada una de nuestras visitas en Montfrin, donde Marie-Claire protegía su retiro con celo, lo encontrábamos más alejado del combate político interno, concentrado, en cambio, en las tentativas de desempeñar un papel mediador entre israelíes y palestinos, cuyos destinos lo preocupaban.

La victoria de François Mitterrand —cuya campaña no había apoyado muy activamente, pues estaba convencido de los defectos fundamentales de la v República— lo emocionó vivamente, como testimonia el abrazo efusivo con lágrimas en los ojos entre ambos hombres en las escaleras de acceso al Elíseo. Tenía aún, empero, dudas acerca de los beneficios que obtendría la izquierda de la alternancia y, aunque lamentaba que el presidente no le pidiera consejo más a menudo, tampoco los prodigaba: su lucidez probablemente le hacía sentir que la partida que se jugaba ya no era la suya.

Nosotros tal vez sufríamos más que él. Era una primera razón para ese distanciamiento del presidente de la República que, desde el otoño, había sucedido al exuberante entusiasmo de mayo y junio. ¡Qué hábil era! ¡Qué ingeniosa era la entrada de los comunistas en el gobierno para así reducir su influencia en el Parlamento! Pero, frente a la necesidad de una gestión económica compatible con los límites de la Europa liberal, ¿qué quedaba de aquel aliento popular que la noche del 10 de mayo recorrió la plaza de la Bastilla? ¿Y cuándo llegaría por fin el momento de dar una orientación radicalmente nueva a la política africana de Francia?

De todo ello hablábamos poco con Mendès. Sin embargo, entre nosotros había una corriente de comprensión, y ésta adquirió un carácter particularmente amistoso en ese mismo apartamento de la calle Conseiller-Collignon donde había asistido al elogio de Mendès por Francis Perrin, y donde en aquella ocasión fui yo el homenajeado. Nos dejaría unos meses más tarde. Acababa así con cierta melancolía un destino fuera de lo común, que dejaba a sus compatriotas la imagen de un estadista riguroso y decidido, al que la historia no permitió esculpir como habría podido el futuro de su país.

Lloramos, escuchamos el emocionante discurso de François Mitterrand en la plaza del Palais-Bourbon, y apreciamos la energía de Marie-Claire, fundadora del Instituto Pierre Mendès France. Fui su presidente durante un año, y fui relevado pronto y con insolencia por Claude Cheysson. Luego busqué alguien con quien poder llegar a un nuevo compromiso, y me pareció que podría ser Michel Rocard.

Sí, el «nosotros» político con el que me siento solidario desde el fin de la guerra es el de los amigos, colaboradores y admiradores de Pierre Mendès France. Y, de todos sus mensajes, siempre he sido más sensible a éste: hacer de Francia, por sus instituciones, por su papel como motor de una Europa ambiciosa, la socia eficaz de los pueblos que aspiran a un desarrollo democrático, favoreciendo tanto su acceso a la independencia política como la valorización de sus recursos naturales y humanos.

¿Qué ha sido de ese programa? En eso pienso hoy en día, cuarenta y dos años después de la caída del gobierno de Mendès France. El fracaso es evidente, pero el proyecto pervive. Tal vez la ambición era desmesurada. ¿Cómo podría Europa poner en común algo más que sus intercambios comerciales, si los cimientos nacionales de cada uno de sus componentes se formaron a lo largo de los siglos sobre la base de una política exterior particular y de una seguridad fundada en una defensa propia? ¿Cómo podría surgir de un conglomerado de sociedades de las cuales ninguna deseaba renunciar a sus particularidades sino como muralla ante un peligro pintado de rojo? Y, sobre todo, ¿qué fuerza, extraída de qué parte de sus poblaciones, la incitaría a preocuparse por las vastas regiones del mundo donde ya no ondeaban sus banderas y cuyas dificultades para hallar su lugar en la economía mundial no hacían más que aumentar?

Así, contra toda lógica aparente, el proyecto al que me adhiero se ha mantenido vivo y seguirá estándolo. Y el rechazo de esa lógica, la certeza de que existe otra, más conforme a las aspiraciones profundas del hombre occidental, es lo que para mí define el «nosotros» que necesito.

A partir del 13 de mayo de 1958, fue la defensa de la democracia lo que ocupó nuestros pensamientos. Nadie a mi alrededor aplaudía lo sucedido en Argelia. Nos quedamos consternados ante la invocación de los golpistas al general De Gaulle, cuyo retorno al poder se nos antojaba un anacronismo. ¿Cómo iba a evitar ser rehén de los colonos y de los militares facciosos? Si aceptaba erigirse por segunda vez en «salvador de Francia» sólo podría relanzar operaciones militares, en cuya eficacia no creíamos. ¿No iba a desvanecerse así para siempre la esperanza de hallar una solución política al drama argelino?

La rapidez del hundimiento de la IV República y la adhesión prácticamente unánime de las formaciones políticas a De Gaulle eran para nosotros reveladoras de los profundos defectos de la práctica democrática. Como anteriormente dejamos que la guerra de Indochina minara nuestra independencia respecto a Estados Unidos, la guerra de Argelia en aquel momento embargaba la capacidad de resistencia de nuestras instituciones democráticas. Porque no confiábamos en De Gaulle. Nosotros, que habíamos denunciado la ceguera de los antigauillistas de Londres, quedamos estupefactos ante las tomas de posición nacionalistas y reaccionarias del RPF^[37]. ¿Acaso la edad y el rencor habían convertido a ese ambiguo personaje que era el general en un enemigo de las libertades públicas?

Hoy esas cuestiones pueden parecer ingenuas, pero en 1958 eran cruciales. Fueron los más gauillistas de los años de la guerra, aquellos que habían extraído de la proclama del 18 de junio una lección de desobediencia civil, quienes reaccionaron en primer lugar. Así nació el Club Jean Moulin.

Durante los últimos días de mayo, recibí una llamada de Daniel Cordier. Había reunido en un apartamento de la plaza Dauphine a camaradas de la resistencia y maquis que habían manejado dinamita. Me pidió que me uniera a ellos. Unos y otros habían conservado contactos. Se podrían reconstituir las viejas redes y, si fuera necesario, volver a la clandestinidad. La situación política evolucionaba y las primeras declaraciones del general proclamaban su fidelidad a la República. Cordier y yo abogamos por la prudencia. Antes de pasar a la acción era necesario reflexionar tanto sobre las causas de la crisis como acerca de los medios para preservar los valores democráticos heredados del Consejo Nacional de la Resistencia. ¿Crear un partido político? Ya había muchos y no habían demostrado su eficacia. ¿Un club, como los de 1789? ¿El Club de los jacobinos, tal vez? Yo me pronuncié a favor de una formación a imitación de la Fabian Society inglesa que, fundada a finales del

siglo pasado, sentó las bases del Partido Laborista sin llegar a confundirse con éste.

Aunque con ciertas reticencias, los camaradas reunidos en casa de Daniel Cordier aceptaron esta «reconversión» de su proyecto. Había que encontrar un nombre. Pasamos lista a las grandes palabras del pasado: «libertad», «democracia», «república»... Nos parecieron desprestigiadas. Miré a Daniel, que en la Resistencia había sido uno de los colaboradores más próximos de Jean Moulin, y pensé en el papel que aquel joven prefecto había desempeñado, en su prestigio aún intacto entre los franceses de nuestra generación, y propuse que nuestro proyecto llevara el nombre de Club Jean Moulin.

Uno de los miembros de este primer grupo, Claude Aptekman, residía en un edificio de la avenida Henri Martin. El barrio no era precisamente el más democrático de París, pero el apartamento era lo bastante amplio como para servir de lugar de reunión de nuestro club, cuyos efectivos deseábamos aumentar rápidamente. Ésa fue nuestra primera sede. El arranque fue más rápido de lo que habíamos previsto. Por su propia modestia, el proyecto respondía al deseo de reflexión y de concertación de numerosos funcionarios y directivos de empresas. Sentían la necesidad de una transformación de la sociedad francesa, y aceptaban la misión que el general De Gaulle había asumido, pero temían que a medio plazo ésta pudiera minar los valores de los que se sentían herederos.

A pesar de que el Club Jean Moulin sólo se mantuvo activo diez años, y aunque durante los últimos cuatro años de esos diez estuve alejado de él debido a mis funciones diplomáticas, esa reunión de ciudadanos responsables sigue siendo para mí la aventura cívica que viví con mayor intensidad. Tenía sus particularidades: anonimato de los textos; negativa a aceptar a políticos en el club, y fidelidad a una declaración redactada por Étienne Hirsch y Jean Ripert y difundida en nombre de todos. No era un «nosotros» clandestino, como lo fue para mí en 1944 la misión Greco, sino un «nosotros» discreto, bastante íntimo para sus miembros y bastante opaco y anónimo para el exterior. Rodeado por los numerosos camaradas, yo trataba de dar con respuestas a las preguntas que me preocupaban: la conversión de una Francia imperial en una Francia asociada, la construcción de una Europa democrática y responsable o la potenciación de las instituciones mundiales garantes de la paz y el desarrollo.

El Club Jean Moulin jamás tuvo presidente. La coordinación estaba en manos de un comité director. Éste, cooptado, nunca se sometió a la prueba de unas elecciones. Su composición variaba en función de las obligaciones de unos y otros. Formé parte de él de 1958 a 1964, fecha de mi marcha a Argelia. Pero, dado que una o dos veces al año celebrábamos reuniones plenarias en la abadía de Royaumont y que era necesario que alguien presidiera esas sesiones, me encargaron esa tarea —a la que

siempre fue un placer dedicarme— por consentimiento tácito y en virtud de mi veteranía en el club. Lo más interesante era velar por el buen funcionamiento interno del club, acerca del cual disponíamos de las ideas particularmente pertinentes de Michel Crozier.

Habíamos distinguido entre comisiones temáticas, en las que se elaboraban los textos, y comités de lectura, donde éstos eran sometidos a la criba de la crítica de quienes no eran especialistas. Debían velar para que los libros fueran accesibles a los ciudadanos «ordinarios». Esta fórmula fue clarificada y precisada por la Comisión de Organización y Métodos presidida por Crozier y en la que trabajaba Vitia, quien estuvo constantemente asociada a las actividades del club.

Tuvimos la suerte de poder contar de entrada con Paul Flamand, que dirigía Éditions du Seuil. Él puso a nuestra disposición su amplitud de miras, su olfato, su sentido crítico y sus recursos, sin los cuales nada habría sido posible. Nos incitó a poner en marcha un libro y soñó con nosotros con contar con Jean Bergstrasser y luego con Georges Suffert como escritores, y a lo largo de los primeros años no cesó de sumarse a nuestros debates. Temía como yo la «politización» del club, pues veía que su fuerza radicaba en su distancia ética respecto al poder. A la corriente de servidores del Estado que prevalecía en el comité director, se oponía una corriente más activista entre los miembros procedentes de la prensa o de profesiones liberales.

Ése era el caso de nuestro primer secretario general, Georges Suffert. Su personalidad era tema de discusión entre Vitia y yo. Dado que de entrada receló de su narcisismo, desconfiaba de sus iniciativas. Por mi parte, le agradecía su energía y apreciaba su buena pluma, que había contribuido a que nuestra primera publicación, *L'État et le Citoyen*, fuera un libro que aún puede leerse hoy. En aquella época, su rostro mofletudo y su sonrisa un poco infantil me llegaban al corazón. No podía reprocharle que tratara de sacar provecho de aquella experiencia a la que lo habíamos asociado tan estrechamente. Sin embargo, su deseo era que el club estuviera más presente en la vida política y que no se dedicara sólo a la reflexión a largo plazo.

Cuando, en 1963, Jean-Jacques Servan-Schreiber se puso en contacto con él para lanzar en *L'Express* una campaña con intención de descubrir a un «señor X» que pudiera enfrentarse al general De Gaulle en las elecciones presidenciales previstas para 1965, Suffert se dejó tentar. ¿Iba a asociarse el club a esa campaña? El político que Jean-Jacques Servan-Schreiber tenía en mente era Gaston Defferre, a quien muchos conocíamos y cuya acción en la Resistencia apreciábamos, así que hicimos unas gestiones algo insólitas. Éramos cinco, que hablábamos en nuestro nombre, pero que creíamos traducir el sentimiento del conjunto del club. Si Gaston Defferre llevaba a cabo las iniciativas que conducen a una candidatura al Elíseo, podría contar con nuestra simpatía activa. Defferre nos recibió muy cordialmente y nos prometió pensar en ello.

Habíamos presumido demasiado de la coherencia del club tras esta iniciativa promovida por Suffert. No sólo la tentativa de Defferre abortó, sino que se convirtió en un paso en falso en la evolución del club. Un año más tarde, Suffert cedió su puesto de secretario general a Jacques Pomonti.

Recientemente he leído *Mémoires d'un ours*, obra en la que Suffert expone su visión del Club Jean Moulin y de sus relaciones con sus miembros. Es un texto en el que aflora la extrema sensibilidad de alguien que pretende hacerse pasar por un paquidermo. La crítica que hace del club es triste y sorprendente. Estoy convencido de que ése no es el origen de su deriva a la derecha que lo llevó a las columnas de *Le Figaro*. Creo ver en ello una curiosa forma de despecho, de niño malcriado. Peor para él.

Con respecto a la cuestión de fondo de si debe un club comprometerse, influir en quienes tienen capacidad de decisión, o tomar posición ante los acontecimientos cotidianos, no es fácil dar una respuesta. ¿Se pierde autoridad moral al entrar en la arena de las rivalidades partidistas? ¿Pero para qué le sirve esa autoridad si se encierra en una torre de marfil?

Esas cuestiones, sin duda irresolubles, marcaron la vida del Club Jean Moulin y acabaron incluso por minar su amistosa cohesión. Sin embargo, a lo largo de los seis primeros años, no impidieron que se abordaran otros asuntos de gran importancia que concernían principalmente a la Francia de mediados de siglo: la resolución del conflicto argelino; la descolonización; la renovación de las instituciones democráticas y la emergencia de una ciudadanía responsable; la construcción de la Europa económica y política, o la reforma de la empresa y sus relaciones con el Estado. Para cada uno de los temas, el club posibilitó la concertación y la expresión que correspondían a su vocación primera: encuentros amplios o restringidos; una convivencia libre y a la vez muy orientada, y al final una publicación que llevaba nuestra firma colectiva.

En mis recuerdos, el club conforma hoy un todo solidario, y cuando, tras algún encuentro casual, alguien me recuerda que ambos fuimos miembros de éste, experimento un sentimiento bastante confuso de fraternidad. Sin embargo, uno de los rasgos de la empresa fue la extrema diversidad de talentos con que contaba. Si los servidores del Estado, esos a los que en Francia se llama, con cierto servilismo, «altos funcionarios», eran numerosos, si los profesores universitarios ofrecían generosamente su saber y aceptaban que fuera contestado, la verdadera riqueza, como en todas las asociaciones a las que he pertenecido, procedía de los marginales. Daniel Cordier era uno de ellos. Su itinerario político, de la derecha más tradicional al republicanismo democrático más intransigente, había aguzado su sensibilidad ante las cuestiones éticas y sus reacciones eran vigorosas.

Gérard Horst, que escribe sus libros bajo el seudónimo de André Gorz y sus crónicas en *Le Nouvel Observateur* bajo el de Michel Bosquet, ya era portador de una visión original y prospectiva de los verdaderos desafíos de la segunda mitad del siglo. Se situaba en el ala izquierda del club, con los sindicalistas menos ortodoxos, como Gonin y sobre todo Provisor. Gérard y su esposa Doreen tuvieron gran importancia en nuestra vida privada. Ya a partir de nuestros primeros encuentros, reconocí en él a alguien de la misma pasta que yo: la misma ascendencia germánica, la misma atracción hacia el mensaje de Sartre y el mismo cosmopolitismo. Su primera novela, *El traidor*, nos dejó estupefactos a Vitia y a mí. Nos pareció animado por una sed insaciable de comprender el mundo y de alejar de su mente las trampas del conformismo y de las ideologías. No encarnaba al revolucionario seguro de poseer la solución a los problemas de su tiempo, sino al infatigable explorador de un camino hacia una mayor justicia y humanidad. Sin embargo, acerca de algunas cuestiones era capaz de hacer gala de un discurso perentorio que me inquietaba. Su argumentación hábilmente tallada, racional, apoyada en abundante documentación internacional, me dejaba sin réplica posible. Lamento sinceramente no haber sabido mantener, más allá de la movilidad de nuestras vidas, un contacto más constante con esas dos siluetas casi transparentes, Doreen y Gérard. A Vitia la conquistó por sus cualidades humanas, las de una pareja que veíamos tan bien avenida como la nuestra. Ella era sensible a la ternura con la que Doreen arrojaba la inteligencia observadora de Gérard, esa que yo descubría con felicidad en sus *Fondaments pour une morale*, monumento a la paciente investigación de uno mismo por uno mismo, y, más recientemente, en su monumental obra *Metamorfosis del trabajo*. Las tesis desarrolladas en esta obra inspiraron la reflexión de grupos que hoy me son muy próximos: la revista *Transversales* y el Círculo Condorcet.

En el Club Jean Moulin, Gérard se mantenía en la reserva y juzgaba que nuestros textos eran demasiado convencionales, pero su influencia se dejaba sentir. Las de Michel Debatisse, por aquel entonces animador del movimiento de los Jóvenes Agricultores, y de Serge Mallet, promotor de un sindicalismo moderno, están también en mi memoria.

Sin embargo, el hombre cuya fuerza de convicción sentí con más intensidad, gracias al Club Jean Moulin, fue Jacques Delors. Era el animador de su propio club, Citoyen 60, fundado dos años después del nuestro, con un proyecto muy parecido, aunque el origen cristiano de su forma de pensar hiciera a veces saltar chispas con nuestros miembros más laicos. Entre Jean Moulin y Citoyen 60, los intercambios eran constantes e iban a prepararnos a unos y a otros para una participación más ambiciosa en la evolución de la vida política francesa.

Ese espíritu de club que tanto aprecio volví a hallarlo cinco años después de la desaparición del Club Jean Moulin en la asociación fundada por Delors en 1973.

Primero quiso fijar un término temporal a esa empresa, dándole como nombre una simple cifra: 73-80, la duración de un septenio. Yo hice valer el nombre de Intercambio y Proyectos, que expresaba el deseo de estar a la escucha de las innovaciones económicas, sociales y políticas de la sociedad francesa, que era necesario detectar y promover. El Club Jean Moulin había carecido de ese deseo.

Es lo mismo que intentarían, doce años después, Michel Rocard con los clubs Convaincre (Convencer) y luego Claude Julien con el Círculo Condorcet. Participé en esas empresas, a pesar del escepticismo de quienes decían que no eran más que cotorreos entre portadores de las mismas convicciones, sin contacto con la marcha real de los asuntos del mundo y la evolución concreta de la sociedad. Y, sin embargo, en ellos se desarrollaba progresivamente un «nosotros» que se negaba a encerrarse en el mundo tal como era y concentraba su mirada en el mundo que habría que construir.

En la primavera de 1993 fui invitado a pasar una semana en Taipéi para entrevistarme con las autoridades de Taiwán acerca de los métodos y técnicas de la ayuda pública al desarrollo. Esa dimensión de la diplomacia que practicaban todas las potencias industriales intrigaba visiblemente a esa nación de ambiguo estatuto. Ya no era, desde hacía veinte años, la representante internacional de China (su cometido entre 1949 y 1972), pero reivindicaba su lugar, rechazado por Pekín, como socio de pleno ejercicio de los países en desarrollo, no sólo del Pacífico sino también del sur de Asia, de África e incluso de Latinoamérica. Al disponer de una de las más importantes reservas de divisas del mundo, Taiwán se preguntaba qué uso hacer de éstas para reforzar su estatuto. Acepté aquella invitación con mayor satisfacción aún, pues, a los setenta y cinco años de edad, lamentaba no conocer la civilización china tras haber rechazado, cuarenta y siete años antes, mi puesto en Chongqing por el de Nueva York.

Éramos una docena quienes nos encargábamos de esa particular pedagogía diplomática consistente en exponer con la mayor objetividad posible los procedimientos desplegados por nuestras instituciones respectivas: Banco Mundial y ayuda norteamericana, japonesa, escandinava, británica y francesa. Nuestros anfitriones nos instalaron en un hotel en el centro de la ciudad, a la misma distancia del mausoleo de Sun Yatsen y del aún más monumental del mariscal Chiang Kaishek. Guiado por un taiwanés, vicepresidente del Banco Mundial, a través de los barrios más animados de Taipéi, olisqueé el perfume de China. Ahí estaba, traída del continente por los dirigentes del Kuomintang que habían trasladado los tesoros de Pekín y los exponían en el importante museo de arte y arqueología. En una amplia sala se hallaban, alineadas a lo largo de cuatro paredes y en dos niveles, abajo las etapas de la civilización china a partir del tercer milenio antes de nuestra era y arriba las obras del resto del mundo en las épocas correspondientes. A la majestuosidad de la parte de abajo se oponía el cajón de sastre de la parte superior.

Al caer la noche, nuestro guía nos hizo visitar uno de esos templos de techos graciosamente curvados donde se celebraban rituales y espectáculos con música y volutas de incienso. Luego atravesamos una galería llena de tenderetes de vivos colores. Algunos estaban ocupados por encantadores de serpientes venenosas que las asían con pasmosa destreza, las despellejaban con un rápido gesto y les extraían la sangre, reputada por sus virtudes afrodisíacas.

Otra noche me aventuré solo por los callejones más estrechos y llegué a una modesta pagoda florida y decorada con estatuillas multicolores de la que emanaba un

calor tranquilizador. Me vinieron entonces a la memoria las imágenes de mi juventud en Asia, los dos años pasados en Saigón, con Vitia y dos de nuestros hijos, imágenes que trataré de evocar mientras no se hayan desvaído.

Pierre Mendès France había abandonado Matignon y yo debía encontrar un nuevo puesto. Aspiraba a abandonar París, aquella ciudad que se había comportado mal con nuestro gran hombre, y Henri Hoppenot me propuso acompañarlo a Vietnam, adonde había sido enviado, un año después de los acuerdos de Ginebra, con la misión imposible de hacer aplicar sobre el terreno los compromisos suscritos por las partes: preparar la unificación de Vietnam y hacer desaparecer la frontera artificial y transitoria del paralelo 17, organizando en ambas zonas elecciones democráticas de las que surgiría un gobierno de unidad nacional.

¿Quién creía aún en ese esquema? Seguramente no la familia de Ngo Dinh Diem, que monopolizaba el poder en Vietnam del Sur, ni el gobierno de Estados Unidos, donde John Foster Dulles proclamaba la política de *rollback* en la que había enrolado a los Estados miembros de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, mediocre equivalente asiático de la OTAN. Ni siquiera el gobierno francés, que, a pesar de sus habituales veleidades de independencia respecto a las tesis estadounidenses, se mostraba poco fiel a las orientaciones de Pierre Mendès France. Para que fuera creíble ese enfoque, el único capaz de conseguir una solución pacífica y humanitaria en aquella península ya duramente castigada por ocho años de guerra, habría sido necesario desplegar una diplomacia enérgica, vencer las resistencias de Moscú y utilizar más hábilmente la sutileza de Zhou Enlai.

El embajador francés, Henri Hoppenot, habría deseado hacer triunfar esa diplomacia. Era un hombre de gran cultura, excelente conocedor del arte moderno, en lo que coincidía con Henri Laugier. (Siempre he tenido la suerte de codearme con fervientes amantes de la pintura). Su esposa Héléne era tan cultivada como él y, además, una excelente fotógrafa. Mi madre era amiga de la pareja y nos allanó el encuentro. Me trató ya de entrada con una especie de afecto paternal al que yo era muy sensible. Cuando aterrizamos, en julio de 1955, en el aeródromo de Tan Son Hut, dirigió una mirada a los franceses que habían ido a recibirnos y me dijo esta frase: «Demasiados galones, tendremos que deshacernos de eso...».

El nombramiento de Hoppenot en Saigón coronaba una gran carrera diplomática iniciada bajo la tutela de Alexis Léger, de quien conservaba cartas admirablemente caligrafiadas. Su último puesto antes de Indochina fue el de embajador ante las Naciones Unidas en Nueva York. Me encontré con él en la Asamblea General de 1954, ante la que Pierre Mendès France expuso la posición de Francia. Hoppenot dominaba a la cohorte de consejeros que gravitaban alrededor de Mendès France. Me impresionó por su obstinación en preservar el equilibrio de un texto al que cada uno quería aportar su grano de arena. Mendès, que confiaba mucho en él, ya había

intuido, tras los acuerdos de Ginebra, que lo antes posible podría suceder al general Ely en Saigón, con los títulos de alto comisario y embajador extraordinario, que le conferían una especie de autoridad oficiosa sobre nuestros representantes en Nom Pen y Vientián.

Henri Hoppenot no estaba acostumbrado al altivo recibimiento del presidente de Vietnam del Sur, Ngo Dinh Diem. Éste, ya lo sabíamos, detestaba a Mendès France, repudiaba los Acuerdos de Ginebra, reprochaba a Francia haber abandonado a los católicos del Norte en manos del régimen comunista y no contaba más que con los estadounidenses para consolidar su poder y evitar la unificación del país.

Para contrarrestar su francofobia y mantener cierta presencia francesa, nos quedaban pocas cartas. No podíamos apoyar decentemente a sus adversarios políticos, las «sectas» Cao Dai y Hua Ho —minoritarias e implantadas de manera muy local, adeptas de una religión sincrética y mágica, más tunantes que creyentes—, ni tampoco a los budistas, que diez años más tarde alzarían cabeza y minarían al régimen, pero a los cuales la guerra había reducido a la clandestinidad. Ngo Dinh Diem estaba más interesado por nuestras plantaciones de heveas y por nuestras cervecerías y heladerías, y se daba cuenta de que no tenía que meter prisa. Sin embargo, nuestros liceos laicos y republicanos, a los que el agregado cultural de la Embajada había bautizado maliciosamente con los nombres de Colette y Jean-Jacques Rousseau, lo aterrizaraban, igual que a su hermano, el obispo (y pronto cardenal) Ngo Dinh Tuc.

Los Acuerdos de Ginebra, minuciosamente redactados por los negociadores, nos daban derechos patrimoniales importantes, incluidas edificaciones construidas por y para la guerra, a diferencia de las financiadas por el Estado asociado bajo la autoridad de Bao Dai. Entre éstas, el Arsenal, el palacio de Gia Long —uno de los más importantes de Saigón— y muchos otros edificios demasiado visibles. Nuestro jurista, que había vivido en Hanói y luego en Saigón los últimos años antes de Dien Bien Phu, era Jean-Jacques de Bresson. Conocía al dedillo las implicaciones de los textos firmados y defendía nuestros derechos con firmeza. La obstinación del gobierno de Ngo Dinh Diem, sin embargo, hacía que la negociación patrimonial fuera frustrante.

El equipo de la Embajada de Francia tenía la cualidad de saberse manejar en los momentos difíciles, cuando uno debe recurrir a la ironía y a veces al sarcasmo. Henri Hoppenot nos lo permitía y mantenía la dignidad de un veterano. Lo que sé acerca de la diplomacia lo aprendí de él: no ceder en nada en lo esencial, disponerlo todo para que el socio no se sienta humillado; pero, sobre todo, mantener unidos a sus colaboradores a la manera de un club deportivo, logrando que tengan en estima su trabajo porque se les explica con rigor y claridad. Cada mañana, Hoppenot nos reunía, nos escuchaba y nos daba instrucciones. Luego volvíamos a nuestros

despachos, con el encargo de tareas precisas.

¿Era ese clima excepcional el que me hacía tener en tan alta estima a mis colegas de Saigón? ¿O es que simplemente estaba sediento de admiración y amistad tras el hundimiento del equipo mendesiano? La verdad es que de ese destino que se prolongó menos de dos años y se saldó con un absoluto fracaso tengo el recuerdo de una cohesión real. Del ministro consejero al más modesto de los secretarios, todos me enseñaron algo, y más tarde, a lo largo de mi carrera, volví a encontrarme con unos y otros con gran afecto, sobre todo con Jean-Pierre Dannaud, que acaba de dejarnos, y Jean-Jacques de Bresson, con quien coincidí aún en mis implicaciones en los problemas de la inmigración.

Vista desde Saigón, la evolución de la situación política en Francia entre julio de 1955 y enero de 1957 tenía algo profundamente penoso. Sin duda Edgar Faure, al que nos costaba perdonarle la manera en que se había «puesto en la piel» de Mendès France, supo proseguir la política de descolonización en el Norte de África iniciada por su predecesor. Sin embargo, en Argelia se buscaban en vano socios para definir un nuevo estatuto que calmara a los rebeldes de Soummam.

Las elecciones de 1955 y el éxito del Frente Republicano se nos antojaron una inesperada revancha que permitiría retomar las iniciativas emprendidas por Mendès. Ver a nuestro gran hombre marginado tan pronto nos había dejado abatidos. ¿Cómo Guy Mollet había podido ceder sin combatir ante la hostilidad de los colonos y suspender la incipiente negociación intentada por Jacques Soustelle?

En nuestras villas imperfectamente climatizadas de Saigón discutíamos entre civiles y militares. Los primeros alegaban el precedente de Dien Bien Phu para desacreditar cualquier posibilidad de victoria por las armas, mientras los segundos recordaban que no se puede negociar más que en posición de fuerza. Era un debate imposible de dilucidar, pues la solución jamás se inscribía en el mismo contexto. No hace falta decir que, en 1956, nos quedamos consternados cuando estallaron sucesivamente los escándalos del acto de piratería contra el avión de Ben Bella^[38] y de la desgraciada expedición de Suez^[39].

Para huir del clima a menudo agobiante de Saigón, la Embajada organizaba breves estancias en la montaña, en Da Lat, donde hacía fresco. Allí había chalés rústicos pero confortables, donde nos reuníamos y paseábamos bajo los flamboyanes y los jacarandás e intercambiábamos informaciones que unos y otros habíamos entresacado en nuestros contactos con los dirigentes vietnamitas. Mi principal interlocutor era el hermano del presidente, Ngo Dinh Nhu, a cuya esposa, la famosa señora Nhu, se la consideraba la egeria del presidente Diem, a quien sobreviviría y al que trataría de vengar con la formidable energía que era capaz de desplegar.

En 1955, empero, aún era joven y coqueta y me recibía con sonrisas, mientras discutíamos con su marido, antiguo lector de las tesis de Sartre y Camus en la Escuela Normal. Su casa en Da Lat era más suntuosa que nuestro chalé y yo aceptaba su generosa hospitalidad como signo de inversión de nuestros respectivos estatus. Ahora eran ellos los dueños, y no nosotros. Nuestras conversaciones nunca iban demasiado lejos, pues Ngo Dinh Nhu era prudente en cuestiones políticas, y pronto nos inclinábamos por el Scrabble, juego en el que era un maestro.

Otra tarea de la que debía ocuparme era el contacto con la Embajada de Estados Unidos, labor para la que estaba predispuesto tras mis años neoyorquinos y mi práctica de la lengua inglesa. La Embajada la dirigía un diplomático encantador, Freddie Reinhart, cuya inteligencia apreciaba. Tenía yo la impresión de que, a su pesar, había debido emprender la tarea de expulsar a Francia de todas sus posiciones en Vietnam, y situar a consejeros militares, económicos y culturales estadounidenses en lugar de los nuestros. Para él no debía de ser agradable convencer a Diem para que rechazara cualquier acercamiento con el Norte, asegurarle la confianza de Washington, cerrar los ojos ante los atentados contra la democracia que el régimen multiplicaba sin pudor o permitir que se despojara a Francia, su aliado en la guerra, de las posiciones que tratábamos de preservar. Sin embargo, al mismo tiempo, era una jugada maestra. Personalmente, él no jugaba con demasiado placer, pues tenía a Henri Hoppenot en alta estima, pero sus colaboradores no ocultaban su satisfacción. En particular una joven vivaracha a la que llamábamos Anita y que frecuentaba los cócteles de Saigón. Al leer unos años más tarde la novela de Graham Greene *El americano imparable*, me impresionaron sus precisos retratos. Teníamos la sensación confusa de que los estadounidenses se estaban metiendo en un callejón sin salida, que su apoyo no resolvería ninguno de los verdaderos problemas de la región y que las sutiles maniobras del coronel Lansdale para contrarrestar las primeras infiltraciones de la guerrilla del Norte estaban condenadas al fracaso. No era cuestión, sin embargo, de presentar las pruebas. Nuestra derrota en Dien Bien Phu sólo nos permitía callar y no podía servir aún de lección a la gran potencia que luchaba contra el «peligro rojo».

Las escapadas a Da Lat, algunas visitas a Nha Trang, a Ban Me Thuot o al cabo de Saint-Jacques (Vung Tau) nos proporcionaban una idea limitada de la belleza de Vietnam. Deplorábamos no poder ir a Hanói ni a Haiphong y vernos privados de la bahía de Ha Long, de la que nuestros colegas nos hablaban maravillas. En cambio, recuerdo tres viajes a destinos más lejanos.

El primero nos permitió descubrir Camboya. En 1956 era aún un país acogedor y voluptuoso donde la austera sabiduría de los bonzos se acompañaba con la graciosa frivolidad de los hombres y mujeres de Nom Pen y con las figuras danzantes de los bajorrelieves de Angkor. Nuestro embajador ante Sihanouk nos hizo recibir en

palacio y admiré la perspicacia con la que el príncipe analizaba con Henri Hoppenot los riesgos que la política estadounidense, bajo el impulso de John Foster Dulles, haría correr a la estabilidad de la península. Tampoco le agradaba la política del gobierno francés, que se alejaba de los objetivos fijados por Pierre Mendès France, pero apreciaba, sin embargo, la obra de la Escuela Francesa, cuyos arqueólogos conservaban el prodigioso patrimonio artístico de Angkor.

Por supuesto, aprovechamos aquel viaje para penetrar lo más lejos posible en esa maraña de árboles y piedras donde cada templo descubierto tras doblar un monte alto invita al recogimiento. La mirada se eleva primero hacia las cúpulas que coronan esos imponentes edificios y luego desciende hasta los frisos que decoran su base, donde danzan las apsaras. Más aún incluso que Angkor Vat, de todos los tesoros medio sepultados y medio descubiertos, el Bayon permanece en mi recuerdo como la joya de ese orden arquitectónico, con sus elegantes esculturas talladas. Otra escapada nos acercó al territorio chino, con escala en Bangkok y dos días en Hong Kong. Esas dos metrópolis aún no habían sido víctimas de la urbanización exuberante e incontrolada que, a lo largo de los últimos veinte años, les ha hecho perder buena parte de su encanto. Por breve que fuera nuestra visita, conservo un recuerdo fascinante de las pagodas doradas de Tailandia y de los juncos graciosos de Aberdeen.

La tercera excursión fuera de Vietnam del Sur fue para mí la más emocionante. Nuestro embajador en Nueva Delhi, el conde Ostrorog, uno de los primeros diplomáticos franceses que, en 1942, se sumó a la Francia Libre, había invitado a los Hoppenot a que lo visitaran, y el embajador tuvo la gentileza de permitirme que los acompañara. En los hermosos y amplios jardines de la Embajada de Francia, fuimos presentados al primer ministro Nehru y a su hermana, a la que yo había conocido en Nueva York, donde ella representaba a la India en la Comisión de los Derechos Humanos. El rostro apuesto del hombre que gobernaba aquel pueblo multiforme y ya innumerable me causó honda impresión, bastante parecida a la que me provocara Pablo Picasso, que se le parecía un poco, cuando lo conocí en casa de Henri Laugier. Son rostros que traslucen una fuerza anímica que libera a quien los contempla de toda angustia: una experiencia vigorizadora.

En el otoño de 1956, Henri Hoppenot fue llamado a París. Vitia, que sólo había aceptado exponer a sus dos hijos menores al clima indochino para no dejarme solo, deseaba volver a ver a nuestra primogénita lo antes posible. Por ello prefirió regresar de inmediato a Francia con los Hoppenot, y yo me quedé solo durante los primeros meses de la misión del nuevo embajador, Payart, gran conocedor del mundo soviético. Con la renovación del equipo, pasé de novato a veterano, pero no volví a disfrutar de la densidad de los contactos de la primera época. De tal manera que me alegré cuando un viejo amigo de la familia Diem, Michel Wintrebert, fue nombrado

en mi lugar y yo fui llamado a París.

Y, sin embargo, había tenido ocasión de oler los perfumes de Asia, había sentido la emoción que la graciosa silueta de las mujeres vietnamitas provoca en un hombre de treinta y siete años y la fuerza indomable de un pueblo, y había comprendido las relaciones, más ricas que en Occidente, que los asiáticos establecen entre el cuerpo, los sentidos y la mente. O, por lo menos, esos son los temas que han quedado en mi memoria, esa infatigable trituradora de lo vivido y lo soñado.

¿Podré, por fin, antes de acabar 1996, abandonar la presidencia de la asociación Francia-Argelia que ejerzo desde hace diez años? Hace unos días asistí a un debate organizado por la Liga de los Derechos Humanos acerca de cómo interpretar la elección, en noviembre de 1995, del presidente Zeroual. Había quienes veían en ello una prueba del apego del pueblo argelino a la democracia y quienes habían desenmascarado los amaños y las manipulaciones militares.

Una vez más, constataba que los juicios de mis compatriotas acerca de los habitantes de sus antiguos «departamentos franceses de Argelia» son sesgados. Sobre todo, entre aquellos que pretenden conocerlos mejor que los propios argelinos y que por ese motivo rechazan los testimonios llegados del otro lado del Mediterráneo.

¿Pero de dónde había extraído yo la convicción de que ese pueblo, desgarrado por violencias increíbles, es, en lo más profundo, un socio irremplazable para todos los ribereños del Mediterráneo, y que saldrá de su drama gracias a su coraje, a su vitalidad, a sus recursos tan mal aprovechados por ellos mismos, a sus riquezas naturales y también riquezas humanas?

Recuerdo los seis años pasados en la Embajada de Francia en Argel, entre los cuarenta y seis y los cincuenta y dos años.

Acababa de pasar cinco años como director de la Cooperación, en el Ministerio de Educación Nacional. Una de mis tareas consistía en poner profesores a disposición de los socios de Francia, en particular aquellos que habían accedido recientemente a la independencia y donde prácticamente no habíamos formado a maestros «indígenas». En nombre de la cooperación cultural, gestionábamos la carrera de más de treinta y cinco mil profesores de todos los niveles, que ejercían su magisterio en universidades y escuelas del mundo francófono: en Marruecos, Túnez, África subsahariana, Oriente Próximo y también, en un número importante, en Argelia. Había quienes no podían o no deseaban permanecer allí tras las independencias. A éstos había que repatriarlos a Francia. A otros los tentaba esa forma de cooperación en tierras extranjeras, y era a ellos a quienes teníamos que reclutar en las academias de toda Francia, prometiéndoles una experiencia apasionante y ventajas materiales.

Yo mismo me ocupé de ese «proselitismo» en diversas capitales de departamento, lo que me permitió entrar en contacto con miles de profesores de toda Francia. Fueron encuentros edificantes con respecto al espíritu corporativo y a la vocación profesional de esa parte de la población francesa. Sus sindicatos velaban por que la carrera de los profesores no se viera lastrada por esos destinos provisionales y defendían sus intereses con un vigor a veces cargante. Sin embargo, por mi parte

apreciaba su comprensión de los problemas que debíamos resolver y los convertí en aliados.

El inicio de curso en el que hubo que hacer más malabarismos fue, por supuesto, el de 1962, que coincidió con el momento en que Argelia proclamaba su independencia. De los quince mil profesores franceses en Argelia, más de la mitad, empujados por la OAS^[40] o asustados por el FLN^[41], habían decidido regresar a Francia. Había que conseguirles destinos, y preferentemente cerca del Mediterráneo. Recuerdo a un profesor de física al que le propusimos Le Vigan^[42] y que estimaba que estaba demasiado lejos de la costa. Sin embargo, lo más importante era convencer a otros de ir a Argelia. Los más tentados eran los izquierdistas, los defensores del Tercer Mundo y los antigaullistas que habían militado a favor de la independencia argelina. La demanda, empero, era muy superior a la oferta y hacíamos esfuerzos para no decepcionar a los argelinos.

Uno de mis mejores amigos, que sería suegro de mi primogénito, Philippe Rebeyrol, fue destinado en el verano de 1962 a la Embajada de Francia en Argel. Yo deseaba reunirme con él lo antes posible, pues las relaciones franco-argelinas habían sido una de mis principales preocupaciones tanto en el Ministerio como en el Club Jean Moulin.

En 1964, al llegar a Argel, lo que descubrí no me desanimó; al contrario. Esperaba hallar obstáculos, reticencias y dramas aún frescos en las memorias, pero sabía igualmente que quienes se dedicaban a la misma tarea que yo, los colegas de la Embajada, los cooperantes universitarios o los casi diez mil profesores y dos mil administradores y técnicos que dependían de nosotros, creían en ello y no escatimaban tiempo ni dedicación. En ese clima excepcional propio del alba de la acción, el embajador Georges Gorse tenía buena parte de la responsabilidad. Gorse, un diplomático muy político, gaullista de izquierdas, erudito escéptico, que en otras circunstancias de su carrera había hecho gala de más sutileza que convicción, llegó a Argel con la voluntad de ganar una apuesta: llevar a cabo el deseo del general De Gaulle de conseguir que las relaciones franco-argelinas fueran un éxito y ofrecieran una imagen de Francia como el país más capacitado en la relación entre Norte y Sur. Algunos franceses habían tenido un comportamiento ejemplar a lo largo del conflicto, entre ellos dos grandes eclesiásticos: monseñor Duval, que sería luego cardenal, y el abad Scotto, futuro obispo de Annaba, ambos ya desaparecidos. Junto a ellos, en la fraternidad con el pueblo argelino y apoyando sus aspiraciones, estaban André Mandouze y Jean Delanglade. Veinticinco años antes, en Saint-Maixent-l'École, los tres habíamos montado y desmontado fusiles ametralladores que tuvimos que utilizar en pocas ocasiones. El primero marcó con su voz vibrante las canciones de los bailes

de la Escuela Normal y luego, en la Resistencia, demostró su coraje y el vigor de su verbo en el equipo de *Témoignage chrétien*. Tras los pasos de san Agustín, había enseñado en Argel y comprendió antes que los demás el sentido del combate de los argelinos por su independencia. Se había ganado tal estima que su nombre se había convertido en santo y seña para quienes lo conocían. En varias ocasiones invoqué mi relación con André Mandouze para aclarar un malentendido con las autoridades argelinas. El rostro de mi interlocutor se iluminaba de inmediato y el asunto se resolvía en cuestión de minutos. Con él trabé una de las amistades más duraderas de mi vida, una de esas en las que claramente se manifiesta el parentesco de las reacciones ante los acontecimientos que lo afectan a uno: así, recientemente, nos encontramos de nuevo entre un grupo de amigos de Michel Rocard que trataban de apoyarlo a la vez que le advertían de los riesgos que corría al adoptar según qué posiciones. Yo sabía que en esos debates mi opinión y la de André serían idénticas, pero sabía también que él podría expresarla con mayor fuerza.

Por su parte, Jean Delanglade entró en la Compañía de Jesús, aceptó una cátedra de filosofía en Argelia, adoptó la nacionalidad argelina y acabó su carrera como director del liceo de Skikda, donde murió una noche de invierno en 1968 debido a un envenenamiento carbónico provocado por el mal funcionamiento de su brasero. Había consagrado su fuerza y su sabiduría a edificar junto con sus colegas argelinos una enseñanza de la filosofía que combinara los recursos de la gran tradición islámica y los del pensamiento occidental, para alcanzar esa cultura sincrética mediterránea que hoy necesitan imperiosamente, y más que nunca, las naciones magrebíes. Sus esfuerzos fueron aniquilados en los años setenta por los defensores de una arabización de la enseñanza hecha sin medios eficaces y mortal para la calidad de los estudios. La juventud argelina se encontró con profesores incompetentes. La oportunidad de ese país de acceder a un verdadero bilingüismo, que es una puerta abierta a la modernidad, se echó a perder. ¿Es demasiado tarde, después de las matanzas que han tenido lugar, para retomar ese proyecto?

Mi esposa, mis hijos y yo tuvimos la suerte de ocupar en Argel villas cada vez más grandes a medida que yo ascendía, y ello nos permitía recibir cómodamente a amigos argelinos y a cooperantes franceses. La primera de esas residencias, Villa Clara, cuyo jardín estaba repleto de mimosas, se hallaba cerca del liceo francés Fromentin, rebautizado como liceo Descartes tras la independencia, al final del bulevar de Pekín. A mí me trae el recuerdo de dos dramas: el asesinato de nuestro primer criado argelino, una noche, en su habitación de la planta baja, donde lo hallé a la mañana siguiente con el cráneo partido... ¿Había sido víctima de una venganza? Nunca lo averiguamos. Y luego, unos meses más tarde, un accidente de automóvil en el bulevar, frente al liceo, que a punto estuvo de acabar con la vida de mi hijo Antoine. Su hermano pequeño, Michel, que asistió a la escena, trastornado, vino a

avisarnos, y corrí al hospital Mustapha, donde hallé a Antoine tumbado en una camilla y murmurando con voz apagada «Calle de los Cedros, número 3», la dirección de nuestra villa. Lo operó un excelente cirujano, muy amigo de Mandouze, Pierre Roche, cuya sonrisa tranquilizadora y humor muy mediterráneo nunca olvidaré, y lo curó un enfermero argelino que se convirtió en confidente y amigo de Vitia durante las horas que ella pasaba junto a la cama de su hijo, y que sería uno de los personajes de su segunda novela.

Pero me dejó llevar por esos recuerdos demasiado personales en lugar de reflexionar sobre qué fueron, para quienes los vivieron, los inicios de la joven independencia argelina. Viví el último año de la presidencia de Ben Bella, que acabaría, en el verano de 1965, con una de las más extrañas revoluciones de palacio de nuestra época, sin derramamiento de sangre.

Ben Bella había llegado a la jefatura del Estado una vez que el ejército hubo apartado del poder a los dirigentes del Gobierno Provisional de la República Argelina (GPRA), Ben Khedda y Krim Belkacem, y tras los conflictos a menudo sangrientos entre los diferentes vilayatos que habían aceptado a regañadientes las estipulaciones de los acuerdos de Evián.

El clima que logró que reinara en Argel era a la vez de convivencia, revolucionario, desordenado y generoso. Aquellos a los que se conocía como pies rojos —trotskistas, anarquistas, intemacionalistas franceses y de otros países— prodigaban al joven presidente consejos a menudo confusos. Las tesis, a veces malinterpretadas, de François Perroux y de Destanne de Bernis acerca de las «industrias industrializadoras» eran acogidas con entusiasmo por los economistas argelinos formados en universidades francesas. Los disidentes de todos los regímenes autoritarios de los países del Sur confluían en Argel y elaboraban la ideología llamada más tarde «tercermundista», un preludio del maoísmo en el que se apelaba a rechazar el lastre de la civilización occidental y se apostaba por una nueva juventud del mundo que se libraría de ese lastre de una vez por todas.

No nos tomábamos en serio aquella ideología. Nuestros interlocutores argelinos, tanto en Asuntos Exteriores como en las diversas administraciones del gobierno, debatían con nosotros la solución a los problemas muy concretos de funcionamiento del Estado. A menudo conocían mejor que nosotros la complejidad de la política francesa, y sus recuerdos de militancia estaban más relacionados con los combates llevados a cabo en Francia por las asociaciones de estudiantes argelinos que con la lucha del ALN^[43] en el maquis. Pero la situación aún no se había solidificado, como sucedería progresivamente bajo la presidencia mucho más rigurosa de Huari Bumedián.

Al primer ministro argelino de Asuntos Exteriores, Khemisti, víctima de un atentado al que sobrevivió tras varias semanas en coma, le sucedió Abdelaziz Buteflika, cuyo estilo vehemente y orgulloso no facilitaba el diálogo. Pero su colaborador responsable de las relaciones con Francia, Djamel Houhou, pronto se convirtió en un amigo. A mi esposa y la suya les gustaba reunirse y, al margen de las negociaciones propiamente dichas, nuestras conversaciones me abrían perspectivas muy ricas sobre la realidad argelina. Era hijo de un gran escritor de lengua árabe y su mujer descendía de una antigua familia turca. Ambos representaban la élite intelectual que, aunque estuviera marcada por estudios franceses, vehiculaba una cultura auténticamente islámica. Djamel Houhou ocupó, a lo largo de su extensa carrera, diversos puestos en los que coincidiría de nuevo con él: embajador en Canadá, ministro de Sanidad o embajador en París. En 1964, era mucho más joven que yo y más seguro de sí mismo. Nuestra amistad no bastaba para que no me planteara exigencias a las que yo no podía dar respuesta, y tuvimos diversas confrontaciones en las que hizo gala de un temperamento encendido y frío. Por suerte nunca acabé desmoralizado, pues sabía que su autoridad procedía de una actitud que en otro contexto habría parecido poco diplomática, pero que el momento histórico que compartíamos justificaba completamente.

Junto a él, dos diplomáticos argelinos muy diferentes trataban con mis colaboradores y conmigo de los asuntos corrientes. Uno, Hadj Ali, alto y barbudo, voluble y caluroso, se vanagloriaba de su pasado de combatiente y de una mala salud de hierro, y había que compadecerlo y escucharlo mucho, pues tenía una bella voz grave y la empleaba abundantemente. El otro, Rachid Haddad, era un joven cultivado y encantador, de una gran familia de la *intelligentsia* argelina. Yo sentía que él sufría los estallidos reivindicativos de sus colegas y sus superiores, sin poder hacer nada más que reconducir, en cuanto era posible, los debates hacia decisiones concretas mutuamente aceptables.

Pero Asuntos Exteriores no era nuestro único interlocutor, ni siquiera el principal. En cada ministerio había puestos ocupados por franceses, o las candidaturas permitían que los franceses accedieran a ellos. La coordinación de los anuncios de vacantes era responsabilidad del director de la función pública, el señor Kiouane, que por ese motivo se convirtió en el argelino con el que más trabajé.

Mi percepción de Kiouane, como por otra parte de varios de mis interlocutores argelinos, evolucionó a lo largo de aquellos cinco años. De entrada fui seducido por su inteligencia y su autoridad. De hermoso rostro mediterráneo, tenía una sonrisa contenida, una cortesía benevolente y era capaz de escuchar, cosa que no es muy común. Me explicaba sus problemas y yo le comentaba los míos. Incluso a pesar de que no siempre estábamos de acuerdo, nos entendíamos, en el sentido más natural del término. Pero, con el paso de los años y con la adopción por parte del gobierno de

Bumedián de un estilo cada vez más autoritario, lo vi cambiar y perder su benevolencia, como si sólo recordara las ofensas y olvidara los beneficios. En su rostro, Oriente iba ganando con los años sobre Occidente. Sabía perfectamente que yo trataba de responder a lo que de mí esperaba con toda mi energía, pero se esforzaba en parecer descreído. Habría deseado verlo más relajado, pero ya sólo lo conseguía muy de vez en cuando.

Con la caída de Ben Bella y la misteriosa llegada de Bumedián a la presidencia, mi propia posición se vio alterada. Al ser nombrado ministro consejero Philippe Rebeyrol, le sucedí como embajador y me instalé en su villa, Sidi Aloui, mientras él ocupaba la de su predecesor, Dar-el-Raïs.

De todas nuestras residencias, Sidi Aloui, adonde nos trasladamos en 1965, es la que me trae recuerdos más emotivos. Vítia, en su novela *La désaccoutumance*, da de ella una descripción que releo y confundo con mi propio recuerdo. Pasamos allí tres años disfrutando de aquella arquitectura refinada —debida a un inglés que, a principios de siglo, construyó varias villas a lo largo del camino Beaurepaire—, de la sombra de las glicinas de la fachada y de las cepas vírgenes del emparrado. Nuestro dormitorio estaba cubierto por una elegante cúpula. Se la prestamos al intérprete de la presidencia, Christopher Thiery, para que pasara allí su noche de bodas, pues nos parecía predestinada a ello.

Fue en Sidi Aloui donde viví en ese «esplendor oriental» grato a Baudelaire.

Fue evidentemente en Argelia donde aprendí mi oficio más personal, que definiría más como emprendedor de cooperación que como diplomático. Se trata de una empresa muy ambiciosa, con frecuentes fracasos, pero en la que los éxitos, incluso modestos, tienen un irreemplazable sabor humano.

En Argelia me hallaba sobre el terreno y ante una espera más urgente y más intensa que nunca; mis interlocutores ya no eran sólo franceses o diplomáticos extranjeros, sino una extraña imbricación de franceses de varios tipos y de argelinos de varias especies. Estaban en primer lugar los franceses que residían allí desde hacía mucho tiempo, a veces desde siempre, y que estaban dispuestos a proseguir su tarea más allá de aquel cambio aún difícil de evaluar que representaba la independencia. Entre ellos, maestros de escuela en pueblos alejados del mar que formaban parte de la población y no pensaban más que en perennizar su pertenencia al tejido local. Entre ellos, médicos militares en el Sahara, por ejemplo, irreemplazables y soberanos, que no habían tenido muchos más contactos con los gobernadores generales que los que tenían entonces con los ministros argelinos. Entre ellos, agrónomos o forestales, como el ilustre Monjauze, que tenía en el corazón la certidumbre de haber creado la agricultura argelina y de que la marcha de los franceses acabaría con ella. Pero también militantes de la revolución tercermundista, convencidos de servir de levadura

de un pueblo decidido a tomar las riendas de su propio destino. E incluso especialistas de toda índole que, al no hallar empleos lucrativos en Francia, esperaban poder ahorrar algo de dinero con su expatriación.

Había argelinos heridos en su amor propio por tener que recibir consejos de sus antiguos colonizadores, y argelinos ávidos de beneficiarse de cuanto pudiera ayudarlos a situarse a la vanguardia del siglo; argelinos que habían combatido con la Resistencia y a los cuales el gobierno debía puestos bien remunerados, y argelinos que habían cursado sus estudios en Francia y se sentían casi tan desarraigados en su país como los cooperantes que les eran asignados.

Nuestro papel consistía en hacer que se reunieran, se pusieran de acuerdo, se repartieran las tareas que exigía la construcción de un Estado independiente, de una administración propiamente argelina, de un sistema escolar y universitario moderno. Nos considerábamos investidos de una verdadera misión, y eso nos unía como a los conjurados en un complot. Cabe recordar que, durante esos años, Argelia era considerada en Francia como un país difícil cuyos dirigentes basaban su popularidad en su nacionalismo y en el rechazo de la antigua metrópolis. El reclutamiento de cooperantes cualificados era cada vez más arduo. Por ello, a menudo los candidatos del Servicio Nacional Activo, que estaban autorizados a cumplir su servicio militar en la cooperación, aceptaban sumarse a nosotros a falta de hallar un puesto en otro sitio. Ocupaban puestos de trabajo para los que los argelinos habrían deseado a cooperantes más maduros. Por lo menos, una tradición que nos fue muy favorable se mantuvo tras los años de guerra: los alumnos de la Escuela Nacional de Administración cumplían su servicio militar en Argelia. Esa costumbre contribuyó incontestablemente, entre 1956 y 1962, a movilizar a una fracción importante de la clase dirigente francesa contra la guerra. Una vez llegada la paz, esa práctica hizo que los futuros altos funcionarios franceses llevaran a cabo un aprendizaje de la cooperación. Si bien a algunos los repelía, a otros los animó a sumergirse en el interculturalismo, que es, sin duda alguna, una de las vocaciones esenciales de Francia y de nuestro tiempo.

De todos los franceses que en aquella época trabajaban en Argel, Claude Cheysson era sin duda el más convencido y el más emprendedor. Había participado junto a Mendès France en la resolución del problema indochino, y, al igual que yo, sacó provecho de ello. Dirigió, en África subtropical, la Comisión de Cooperación Técnica en África, embrión de las instituciones del África independiente, y allí completó su comprensión de los problemas del desarrollo africano. Estaba destinado a ocupar el puesto de director general de la Oficina de Cooperación Industrial, cuyo estatuto, muy innovador, estaba previsto en los acuerdos de Evian. La OCI, en cuya presidencia debían alternarse un argelino y luego un francés, tenía un gran objetivo: gestionar los créditos, buena parte de los cuales procedían de la explotación de los

hidrocarburos del Sahara, con el objetivo de promover el desarrollo de las infraestructuras y los equipamientos industriales que permitirían a Argelia mantener y acelerar la puesta en práctica del Plan de Constantine, interrumpido por la guerra. Le debo mucho a Claude Cheysson: nuestras conversaciones en la bella villa que ocupaba en Argel me hicieron ver el potencial económico del país, la orientación que había que dar a su valoración y también los obstáculos nacidos de las mismas reticencias e incomprensiones mutuas que hicieron fracasar la cooperación franco-vietnamita. Su inteligencia audaz, a veces incluso brutal, y su clarividencia expresada sin tapujos hacían ardua su tarea.

Con Djamel Houhou debía tratar muchos problemas, desde los acuerdos de mano de obra, la restitución de los archivos, las compras de vino o el estatuto de los cooperantes, hasta la indemnización de los franceses expropiados; pero había un problema central que se me escapaba: el de los hidrocarburos. Esa cuestión había sido confiada por el general De Gaulle a Olivier Wormser, pariente próximo de Georges Boris, al que había conocido en Londres. Siempre me había intrigado. ¿Cómo se había asociado con Alexandre Kojève, a cuyo seminario sobre la *Fenomenología del espíritu* de Hegel asistí, en la elaboración de la construcción europea? ¿Qué papel había desempeñado el filósofo, consejero del tirano? Trataba de hacer hablar a Wormser, pero se hacía el misterioso. Él no entendía mi interés por los países en desarrollo. Veía en ello una especie de aberración un poco boba. Condujo su negociación petrolera de manera magistral. «Seguramente nos ha tomado el pelo — me decían mis interlocutores argelinos—, pero lo ha hecho con tanta elegancia que le estamos agradecidos».

El fruto de esos esfuerzos, de los de Claude Cheysson y también de los míos, no llegó a madurar. Unos años después de marcharme de Argelia, Bumedián y los miembros del aparato del FLN que lo rodeaban, más influidos de lo que parecía por el ejemplo soviético y tal vez decepcionados por los límites de la ayuda francesa, eligieron la vía de la nacionalización de los hidrocarburos, el fin de la emigración de mano de obra, la arabización a marchas forzadas de la educación y la represión de la oposición democrática. La *Sécurité* se convirtió, junto con el ejército, en la columna vertebral del gobierno.

Esa vía ha conducido en la actualidad a un callejón sin salida, y en ello no difiere de la que, a lo largo de los últimos años, han tomado muchos gobiernos. Aunque eso no debe desanimarnos.

Por fidelidad a ese pasado, acepté suceder a Germaine Tillion en la presidencia de la asociación Francia-Argelia, fundada en 1963 por Edmond Michelet. Todos sus miembros sienten que el camino a seguir es el de una nueva alianza entre ambas orillas del Mediterráneo, entre la Unión Europea y la Unión del Magreb árabe. Esa asociación, sin embargo, debe respetar la identidad de cuantos países formen parte de

ella.

Y esto exige en particular que Argelia beba de nuevo de sus tradiciones específicas resultantes de la conjunción de las culturas romana, cabila, árabe, turca y occidental, sin que ninguna de ellas pueda excluir a las demás. En ello trabajamos con un equipo de intelectuales argelinos instalados en París que, salvando los obstáculos surgidos como consecuencia de la violencia de 1995 y 1996, mantienen los vínculos con su país para que se conozca su verdadera naturaleza. Basta compartir con ellos una de esas animadas veladas que me recuerdan las noches de Batna, Blida o Bejaia, para recuperar la confianza y comprender, más por intuición que por razonamiento, que Argelia aún no ha dicho la última palabra.

Interrogo el mosaico de mis recuerdos. Los más recientes traen a la superficie los más antiguos. Escribir sobre uno mismo lleva, a veces por sorpresa, a situaciones inesperadas.

Una de ellas es la visita que Christiane y yo hicimos, recientemente, a Daniel Cordier en su casa de Bescat, treinta kilómetros al sur de Pau. Desde que se interrumpiera la actividad del Club Jean Moulin, ya sólo lo veo muy de vez en cuando. Lleva una vida de ermitaño, acaparado por completo por la labor de historiador a la que se consagra desde hace veinte años al pie de los Pirineos. Pero se trata de un ermitaño muy particular. Decidió comprar la casa de su infancia y devolverle el aspecto que tenía cuando vivía allí con sus padres y su abuela. Y no un aspecto aproximado: con inusitado sentido del detalle, restituyó colgaduras y cortinas, muebles, objetos de decoración, grifos de la bañera y hasta el perchero de la entrada, donde colgaba un sombrero, milagrosamente recuperado, de su abuela.

Haciendo gala de coquetería, subrayaba la perfección del trabajo, puesto que Daniel Cordier es muy obsesivo, y así lo conocí y lo aprecio desde que coincidimos en los barracones del campamento de Camberley, vistiendo el uniforme de la Francia Libre.

Y esa obsesión me recordaba otras, por ejemplo, la de entrar en combate, que lo llevó a la edad de veinte años a entrenarse como paracaidista y operador de radio en Inglaterra para ser enviado a una misión en Francia, en enero de 1942, junto a Jean Moulin. Y más aún aquella que treinta años más tarde lo decidió a emprender la más escrupulosa y monumental de las biografías de quien fuera su jefe, su iniciador en los valores de la democracia y su modelo.

Daniel Cordier se había sumergido por primera vez en los archivos de la Resistencia cuando la DGER le propuso redactar un libro blanco de la BCRA junto con mi primera esposa, Vitia, y conmigo, a mi regreso de la deportación.

La afectuosa amistad creada entre nosotros es una de las más valiosas de mi vida, pero lo habíamos perdido de vista durante nuestra estancia en Nueva York. Supimos que había sido consejero de Georges Bidault, que había sucedido a Jean Moulin como presidente del Consejo Nacional de la Resistencia y que, tras la Liberación, había asumido la cartera de Asuntos Exteriores.

Cordier sólo permaneció unos meses en el cargo. Luego eligió dedicarse a pintar y para ello se retiró en un rincón perdido de Aquitania. Una de sus mayores influencias era el pintor Dewasne, colorista no figurativo cuyas formas geométricas, muy rigurosas, lo fascinaban. Cuatro años más tarde, Cordier reapareció, heredero de

una importante fortuna, tras decidir que no era pintor y que a partir de aquel momento se dedicaría a promocionar el talento de los demás.

El oficio de marchante de arte está plagado de trampas. Cordier era excelente y detectaba los talentos extraños y emocionantes; abrió galerías en Nueva York, París y Fráncfort, y asesoraba a los más importantes coleccionistas, en particular al apasionado de la pintura moderna Georges Pompidou. Formaba parte del consejo asesor del centro Beaubourg.

Tan bruscamente como colgó los pinceles, un buen día dejó de vender obras de los demás y publicó un texto muy severo contra la especulación de los falsos aficionados a la pintura que sustituyen el gusto por el dinero.

En la misma época, Henri Frénay, el gran patriota fundador del movimiento Combat, publicó un libro de memorias en el que daba libre curso a su vieja animosidad contra Jean Moulin, a cuya autoridad había tratado de enfrentarse en vano. Frénay no dudaba en acusar al unificador de la Resistencia de haber favorecido las ambiciones de los comunistas, cosa que lo convertía en compañero de viaje del Partido. Esa acusación no estaba respaldada por ninguna prueba, pero en un clima en el que todo lo relativo al comunismo estaba bajo sospecha podía manchar la memoria de aquel cuyas cenizas Malraux había hecho depositar en el Panteón.

Cordier se encendió de inmediato. Atacó a Frénay en debates y programas, entró en una valiente polémica con él y decidió convertirse en biógrafo de Jean Moulin. Tras procurarse el acceso completo a los archivos de la Resistencia, reunió minuciosamente, texto a texto, telegrama a telegrama, cuanto podía refutar las sospechas de Henri Frénay, pero a la vez cuanto hacía aparecer al creador de Combat como admirador del mariscal Pétain y, peor aún, un resistente comprensivo ante determinados aspectos de las leyes raciales de Vichy. Con su introducción de ochenta y cinco páginas al primer volumen de su biografía de Jean Moulin, Cordier lanzó un brulote contra la masa a menudo desbarajustada de los antiguos resistentes. Incluso quienes sabían que Cordier tenía razón pero sentían aprecio por Frénay, como Claude Bourdet, manifestaron su desaprobación a Cordier: había que hacer gala de mayor aplomo y no derribar las estatuas de sus pedestales.

Cordier, sin embargo, no soltaba la presa y los elementos de la investigación se fueron acumulando. Cuando, veinte años más tarde, un panfletario llamado Wolton retomó la tesis según la cual Jean Moulin era agente del Kominform, la polémica desembocó en un proceso. Cordier lo ganó y decidió llevar hasta el final los cinco volúmenes de ochocientas páginas cada uno, prodigioso monumento de erudición al que todos los historiadores han rendido homenaje.

A lo largo de ese trabajo, Daniel Cordier, que a veces no se sentía seguro de su estilo, pidió a Vitia que lo aconsejara, •de tal manera que estuvimos asociados a sus descubrimientos y a sus dudas. Un día en el que fue blanco de un ataque

particularmente bajo por parte de un veterano de Combat que ponía en duda su propio papel en la Resistencia, envié a *Le Monde* un artículo de apoyo a mi camarada que fue publicado el mismo día.

Subrayo con ello el aspecto fraternal de nuestra relación, el único que explica la sorprendente proposición que Cordier me hizo en los años setenta, en una época en la que ocupaba en la calle Séguier el apartamento de uno de «sus» pintores, Henri Michaux. Se trataba nada menos que de escribir juntos una historia de la pintura desde sus orígenes hasta nuestros días. El arte de la pintura había recorrido, en su opinión, un ciclo apasionante que entonces llegaba a su fin. De las diversas funciones que la pintura ocupó en las sociedades humanas donde se había desarrollado, varias ya no tenían razón de ser. La función mágica había dado paso a la religiosa. Las funciones de memoria, estética o naturalista sólo sobrevivían en obras menores. La que había tomado el relevo y para la que era necesario hallar un epíteto era aquella en la que el pintor dirige su búsqueda hacia la pintura en sí misma, explorando incansablemente las formas que aún no ha adquirido y que podría adquirir. Propuse llamarla función heurística, cosa que le gustó a Daniel. Había que dar con los precursores: ¿Uccello? ¿Arcimboldo? Sin embargo, tenía sus propios límites. Las tierras que araba eran cada vez más áridas, ingratas e inhumanas. Se agotaba con *Blanco sobre blanco* de Kline y el bote de conserva de Warhol.

Para demostrarlo, reunimos en la calle Séguier las ciento veinte obras maestras sobre las que deseábamos basar nuestro trabajo, ciento veinte, como los días de Sodoma. Ciento veinte bellas reproducciones. La selección requirió varias semanas y comportó discusiones. Luego, con su característico deseo de exactitud, Cordier hizo que unos excelentes documentalistas elaboraran un informe acerca de cada una de esas obras: génesis y descripción material, vida y cualidades del pintor, entorno histórico y social, y lo que él denominaba «fortuna crítica», es decir, lo que los expertos de períodos sucesivos habían escrito o dicho de la obra en cuestión.

No era en absoluto mi terreno, y en él sólo podía servir para estimular a Cordier, pero al mismo tiempo este proyecto es el más ambicioso al que jamás me he visto asociado. Conservo en un armario la prodigiosa documentación: ciento veinte carpetas bien ordenadas. El texto en sí, sin embargo, quedó interrumpido en la página 20. Jean Moulin se había impuesto.

Mi amor a la pintura no me viene de Helen. Mucho antes de mi nacimiento, ella ya había dejado de pintar, puesto que juzgaba que se trataba de un arte que ensuciaba mucho. Me viene en primer lugar de Roché y de sus amigos; luego de Henri Laugier, que me presentó a Léger y a Picasso en el apartamento de la calle Babylone que compartía él con Marie Cuttoli, y luego de Henri Hoppenot, que me hizo leer veinticinco páginas notables en las que describe la pintura de su época.

Un día le pregunté a Cordier qué distingue a un gran pintor de un buen pintor. «Es

muy sencillo, ahora te lo enseñaré», me dijo, y me llevó al Metropolitan Museum en Nueva York, donde nos hallamos ante un Vermeer colgado junto a un Pieter de Hoogh. Para mí, dos obras maestras. «Sí —me dijo Cordier—, pero fíjate bien. Mientras en el cuadro de Vermeer no hay ni un centímetro cuadrado inútil o indiferente, en el de Hoogh podrías desplazar un mueble o cambiar las flores de lugar. Es un buen pintor, pero no es de los grandes».

Y fue el amor a la pintura lo que se halla en el origen del último viaje que emprendí con Vitia, unos meses antes de su muerte. Habíamos oído, en boca de una de sus colegas intérpretes, un convincente elogio de la ciudad de Urbino, en las Marcas, y yo acababa de leer el libro de André Chastel sobre la pintura italiana en tiempos de Piero della Francesca. El misterio que rodea su cuadro *La flagelación*, conservado en el palacio del duque de Montefeltre en Urbino, era aún mayor y más profundo tras las investigaciones de Cario Ginzburg.

Y me moría de ganas de examinarlo *de visu*. Al haber concluido mi mandato de tres años, acababa de abandonar la Alta Autoridad de la Comunicación Audiovisual, cargo en el cual, por una extraña aberración, el presidente de la República había elegido para sucederme a Gilbert Comte, que no contaba con la cualificación necesaria. Vitia ya estaba más enferma de lo que imaginábamos, pero su deseo de abandonar París en busca de la belleza era muy intenso.

Decidimos hacer juntos un viaje tras las huellas de Piero della Francesca, en coche por Italia. El Albergo Italia, el único hotel situado en el centro de Urbino, fue nuestra primera escala. Caminando por las escarpadas calles de la ciudad, pasamos por el taller de Rafael, donde cada mueble y cada espejo se conservan piadosamente, y llegamos a la estatua del príncipe de los pintores que domina un mercado muy animado, en la cima de la colina. Vitia sintió vértigo súbitamente y lo atribuí al calor o a la exaltación, cuando habría debido alarmarme. Sin embargo, queríamos verlo todo y leerlo todo acerca de ese incomparable período del Renacimiento clásico en el que las Iglesias de Oriente y Occidente estuvieron a punto de unirse y en el que los aristócratas italianos rivalizaron en el coleccionismo de obras de la Antigüedad y en el mecenazgo de los artistas.

Los estrechos peldaños de mármol del palacio ducal nos deslizaron imperceptiblemente hacia el *studiolo* de marquetería y las salas donde se exponen las obras de Piero y de su genial coetáneo Uccello. Nos detuvimos allí un buen rato. Traté de compartir con Vitia la alegría que el pintor debió de sentir al ver cobrar forma bajo su pincel a aquellas nobles figuras cuyos modelos conocía, esa arquitectura de finas perspectivas y la cruel escena que en ella tenía lugar.

Nuestro periplo nos llevó luego a Borgo San Sepolcro y a Arezzo, y a cada paso nos sumergíamos más en el universo ordenado y luminoso de nuestro pintor, desbordantes de gratitud por la manera en que colmaba nuestras expectativas.

En su villa natal, Borgo, se encuentra una *Resurrección de Cristo* ante la que nos quedamos mudos. Un joven pintor francés, algo menos mudo que nosotros, nos dijo que no nos perdiéramos la *Madonna del parto* de Piero en la pequeña capilla de Monterche.

Siguiendo su consejo, al día siguiente llamamos a la puerta de la capilla, que nos abrió un viejo y educado guardián. Detrás del altar, ese tema raro estaba tratado con una gracia perfecta: la Virgen, con el vientre pesado por aquel niño aún invisible, está rodeada por dos ángeles suaves y discretos. Cuando nuestra capacidad de absorción se desvaneció y nos despedimos, el guardián se sorprendió. «¿Ya se marchan? Hace unos días estuvo aquí otro francés y se quedó una hora ante este fresco...».

Era nuestro pintor.

Mi carrera diplomática fue casi tan atípica como mi deportación, y no ocupé ninguno de los puestos clásicos donde se forman los futuros embajadores. Como secretario de Asuntos Exteriores, fui destinado provisionalmente ante el secretario general de las Naciones Unidas. Como consejero, estuve cinco años como director en el Ministerio de Educación Nacional, que no era el de Asuntos Exteriores. Como ministro plenipotenciario, fui administrador adjunto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Estuve en París veinticuatro de los cuarenta años de mi carrera diplomática anteriores a mi jubilación.

Y, sin embargo, tengo la impresión de haber viajado mucho, de haber aceptado misiones tal vez demasiado a menudo sin pensar en mi esposa y mis hijos. Vivia también viajaba, pues su profesión de intérprete de conferencias le exigía desplazamientos. Felizmente para nuestros hijos, estaba mi suegra, educadora rigurosa a la que sus nietos temían y querían a la par, y estaba la maravillosa aya, Vava, monumento a las certidumbres morales y a la lealtad.

A pesar de los numerosos viajes que mis funciones me imponían, nunca me hastié de ellos. Aún hoy, me encanta el momento en que el avión despegue, el temblor casi imperceptible del tren al partir, la llegada de noche a una ciudad desconocida que uno se alegra de descubrir por la mañana. Me gusta sobrevolar las rubias rubicundeces del desierto africano, el blanco centelleante de un macizo alpino o la inquietante esponja verde oscura de un bosque ecuatorial. Sentado hace unos días en el Eurostar, durante los minutos que dura el trayecto bajo el canal de la Mancha, me vino a la memoria el recuerdo de un viaje muy particular, inolvidable, que hice en 1963: un viaje alrededor del mundo.

Fue René Maheu, director general de la Unesco, quien me pidió que formara equipo con un soviético, un británico y un estadounidense para redactar un informe acerca de la presencia de la organización en los países que se beneficiaban de su ayuda. Aún tanteábamos los grandes programas de asistencia técnica a los países en vías de desarrollo. La competencia entre la ayuda bilateral y la ayuda multilateral era encarnizada, entre las Naciones Unidas, el Banco Mundial, las instituciones especializadas y las organizaciones regionales. Cada uno desconfiaba de los demás, y la coherencia sólo podían imponerla los propios Estados beneficiarios. Sin embargo, su subdesarrollo institucional, paralelo al subdesarrollo económico que justificaba la ayuda, les impedía garantizar su eficacia. Maheu, que me consideraba un amigo, contaba conmigo para defender la causa de la independencia de la Unesco.

En el reparto de papeles entre los cuatro «expertos», saqué el gordo: verificar

sobre el terreno la eficacia de los proyectos sobre los cuales tenía responsabilidad la Unesco. El estadounidense llevaría a cabo una parte del viaje conmigo y el británico, otra, y un diplomático ucraniano delgado y jovial se reservó el estudio de la sede y de los países industrializados donantes.

Me veo de nuevo en el despacho de René Maheu (encantador como pocos, condiscípulo de Sartre y de Nizan en la Escuela Normal, sin duda el mejor y el más ambicioso director general que la Unesco haya tenido nunca), hablando de las condiciones materiales de nuestra misión. Había que elegir cierto número de países, en Asia, África y Latinoamérica. ¿Cuántos? ¿Cuáles? Convinimos que bastaría con nueve: tres por cada continente. El viaje duraría cinco semanas. Y así me hallé ante el atlas. Tres países de África en los que la Unesco estuviera activa: elegí Nigeria, Sudán y Egipto. Tres países de Asia: Líbano, Pakistán y Tailandia. Y en América, México, Chile y Brasil. ¡Vaya regalo del destino para un apasionado de los viajes que además consigue dormir en los aviones!

Habíamos pasado el verano en Grecia con mis hijos, y los dejé, bien bronceados, para tomar en Londres un avión hacia Lagos. Me llevé conmigo la imagen de la cuna mediterránea de la humanidad occidental y caí en el apogeo de las contradicciones de nuestro siglo: una inmensa aglomeración donde se amontonan desarraigados de todo tipo, africanos muy británicos en oficinas climatizadas, africanos ya sin identidad en edificios homogeneizados y yorubas e ibos espiándose sin amabilidad lejos de sus tierras, atrapados en el torbellino de una circulación de los seres y las cosas que corta el aliento. Cada uno aspirando a liberarse para ser aceptado y a protegerse para no ser aplastado: la megalópolis.

Ya conocía varias áfricas, todas francófonas: Dakar, Abiyán, Brazzaville. Pero Lagos era, ya en 1963, lo que serían esas ciudades veinte años más tarde: un rompecabezas para el que los más valientes dirigentes africanos no han encontrado solución. Para mí fue como un rápido sondeo en el corazón del problema que, desde entonces, no he dejado de considerar como uno de los más cruciales de nuestro siglo; la ciudad superpoblada, producto monstruoso del consumo mediatizado y a la par cuna de las culturas del siglo próximo.

Era uno de los raros períodos en los que Nigeria gozaba de un régimen civil. Aún no había sufrido el drama de Biafra y se enorgullecía del buen funcionamiento de la federación, que otorgaba a las provincias una amplia autonomía. Los proyectos educativos que debíamos evaluar estaban situados en Ibadán. ¡Maravilloso contraste! A la ciudad occidentalizada y desfigurada por la arquitectura moderna que era Lagos, se oponía allí una urbanización africana en la que, a despecho de la congestión debida a un rápido crecimiento, el espacio conservaba una respiración, una cierta ternura que mantenía un vínculo entre la ciudad y la tierra donde radicaba. Los proyectos tenían

las cualidades y los defectos típicos de aquel período de la asistencia técnica multilateral: fervor de los participantes que aún creían en ellos, compartimentación entre las instancias nacionales responsables de cada uno de ellos y falta absoluta de coherencia entre un plan de desarrollo nacional y las intervenciones puntuales de los socios bilaterales o multilaterales celosos de sus respectivas influencias. Mi colega inglés y yo lo percibimos, sin poder extraer aún otra conclusión que no fuera el cuestionamiento del funcionamiento de la Unesco en general, a lo que se sumaba el escepticismo acerca de la capacidad del gobierno de obtener un beneficio real.

Proseguimos juntos el camino hasta Jartum. Como en Lagos, allí hallamos la huella de la presencia británica, y nos parecía que los africanos estaban infinitamente excusados de gestionar tan mal lo que la Unesco les proponía llevar a cabo — escuelas, universidades, institutos de investigación científica—, pues la independencia era aún muy reciente y frágil.

Luego viajé solo a naciones más maduras en las que la Unesco aportaba un apoyo valioso a instituciones que disponían de su propia tradición y en las que la «modernidad» podía injertarse sin causar daños: el Egipto de Nasser; el Líbano multiconfesional aún intacto y tolerante, y el Pakistán dividido en sus dos provincias.

Conservo el recuerdo del contraste entre Daca, donde la presión del islam daba a las masas la grave dignidad de un monoteísmo ferviente, y Bangkok, cuya atmósfera estaba impregnada de risas y ritmos alegres, huellas sensibles de la influencia china, que la convertían en un conjunto de piedras y agua centelleante y perfumado. En 1963 ya estaba en curso la explosión urbanística, pero se mantenía controlada por la tradición. Había estado allí de paso ocho años antes, procedente de Saigón, y aquella vez el eco que me llegaba de Vietnam era angustioso. Diem acababa de ser abandonado por los estadounidenses y la gangrena de la guerrilla del Vietcong ya no podía ser controlada. Comenzaba así la aventura más trágica que el ejército estadounidense ha vivido en este medio siglo.

Bangkok era la sede asiática de las Naciones Unidas. Situada en el centro de las naciones emergentes del Pacífico Sur, allí podía medirse la paradoja fruto de las ambiciones teóricas de las organizaciones del sistema y sus incoherencias operacionales. El escaso apoyo prestado por la Unesco no era un contrapeso ante los millones del Banco Asiático de Desarrollo, el socio regional más exigente del Banco Mundial. Habría sido necesario integrar el bricolaje de unos en las perspectivas más estructuradas de los otros.

Compartí esas reflexiones desengañadas con mi colega estadounidense, que se había reunido conmigo en Tailandia y con quien debía proseguir mi periplo vía Tokio y California.

Llegados a San Francisco, constatamos, como le sucediera a Phileas Fogg, que al dar la vuelta a este pequeño planeta habíamos ganado un día. Lo dedicamos a

pasearnos por esa ciudad elegante y cultivada, con su barrio ruso y su ciudad china, sus altas torres y ese bello arco de piedra y hierro sobre el agua: el Golden Gate.

Luego, de nuevo solo, Latinoamérica: Santiago, Concepción, Valdivia, Río de Janeiro, Bahía, México... Largas conversaciones en dos lenguas que me gustaba escuchar pero que no hablaba, el español y el portugués. Y, para culminar de manera inesperada esa vuelta al mundo, Nueva York y el asesinato del presidente Kennedy.

De regreso a París, teníamos que presentar el informe a Maheu. Concluía con la urgente necesidad de considerar el desarrollo como un proceso global en el seno del cual era esencial no compartimentar lo que se destinaba a la educación, la sanidad, la agricultura y la formación profesional. Era obligado, pues, que todas las instituciones internacionales trabajaran bajo una autoridad común. Era exactamente lo contrario de lo que deseaba el secretario general de la Unesco, víctima, como la mayoría de sus colegas, de la paranoia sectorial de los grandes ambiciosos. Se las apañó para que nuestro informe acabara en un cajón.

Por lo que a mí respecta, no sólo había dado la vuelta al mundo, sino que en cuarenta días había respirado los perfumes de las civilizaciones que lo habitaban. Cada una aportaba su serenidad y sus angustias para construir, todas juntas y todas de diferente manera, nuestra Tierra. ¡Gracias, René Maheu!

Cuanto más envejezco, más necesaria me es África. Me llevó tiempo conocerla, pero la amé de inmediato. Tenía respeto por mis colegas del Ministerio que habían llevado a cabo su formación en la Escuela Colonial, convertida tras la guerra en la Escuela de la Francia de Ultramar. La descolonización los obligó a reconvertirse. Los que habían elegido Asuntos Exteriores eran acogidos con más recelo que entusiasmo. ¿Iban a dificultar la promoción de los demás? Yo, al contrario, veía en ellos una seriedad y una competencia que no siempre encontraba en los jóvenes *enarcas*^[44] atraídos a «la carrera» por los fastos diplomáticos. Esos evitaban ser destinados a África a puestos considerados marginales. ¡Cómo se equivocaban!

Apenas conocí el África colonial. El recuerdo de mi primer contacto con el continente negro es borroso. Me queda la sensación de un calor apabullante al aterrizar a bordo de un Constellation en el aeropuerto de Duala, donde hicimos escala de camino a Brazzaville. Era 1953. Trabajaba en la dirección de las Naciones Unidas y estábamos contentos de haber conseguido que la Organización Mundial de la Salud instalara su oficina regional para África en tierras francesas.

Aún no existía el aire acondicionado, pero las cabañas eran frescas y ventiladas, y la acogida del gobernador fue cortés.

La negociación se desarrolló entre funcionarios internacionales y autoridades francesas, sin la menor participación de los africanos. Iban a ocuparse de su salud sin consultarlos. De eso tengo conciencia hoy, pero en 1953 ni siquiera se me ocurría sorprenderme. Un artista polaco, instalado en un barrio tranquilo, dirigía una escuela de pintura, y de ese primer viaje me traje un pequeño cuadro rojo y negro de un congoleño muy imaginativo. Se lo regalé a mi hijo pequeño, hoy psiquiatra, y lo colgó en su sala de espera. Estoy convencido de que emana una estimulación onírica.

Veintiún años después, en una misión ante el gobierno congoleño, la yuxtaposición de blancos y negros no había cambiado fundamentalmente: los invitados del embajador de Francia, al salir de un cóctel al aire libre, se encontraron con una fiesta africana, y yo me dije que los africanos debían de observar la gestualidad del cóctel con la misma curiosidad sorprendida con la que los huéspedes del embajador descubrían sus danzas y sus cantos. Cada uno era aún el folclore del otro.

En 1953, sin embargo, era lo bastante joven como para que me turbaran las paseantes congoleñas que caminaban con los senos al aire o llevando a la espalda un bebé cuyos pies decoraban ambos lados de su cintura. Admiraba la gran ceiba a

orillas del río, a cuya sombra los viejos contemplaban la otra orilla, dominada por Leopoldville. Esa África ya no es más que una reminiscencia poética.

Cinco años más tarde, Roger Seydoux, director general de Relaciones Culturales, quien me había confiado la dirección del Servicio de Cooperación Técnica, me envió a una misión difícil en Conakry. El referéndum de autodeterminación de los territorios franceses de ultramar había hecho que el África francesa accediera a un estatuto híbrido; una independencia limitada, en el marco de una «comunidad» manifiestamente inspirada en la Commonwealth británica. El general De Gaulle había convencido a todos los dirigentes africanos, salvo uno, de que sus pueblos debían aprobar esta fórmula. Se mantendría sólo durante dos años y desembocaría en el acceso a la independencia formal y en el ingreso en la Organización de las Naciones Unidas. El único partidario del no era Sékou Touré. Ese joven sindicalista, brillante orador, era popular entre la izquierda francesa. Aquellos que, como yo, no habían aplaudido el retorno de De Gaulle al poder no estaban molestos ante la resistencia que Guinea oponía a Francia. En el Club Jean Moulin juzgábamos severamente la manera hosca con la que el general había roto con Sékou Touré. Roger Seydoux había conseguido, con grandes dificultades, que un enviado pudiera explorar con las autoridades guineanas las formas que podría adoptar una cooperación técnica en los terrenos de interés común.

Descubrí Conakry con placer. Era, en la primavera de 1959, una hermosa capital colonial de arquitectura anticuada, con calles floridas, bellas palmeras, jacarandás y flamboyanes. Sin embargo, tras la ruptura en octubre, los franceses ya no se paseaban por ella, y la acogida del entorno presidencial al enviado de París no fue excesivamente cordial.

Sin embargo, el propio Sékou Touré me recibió, sin hacerme esperar demasiado, en las salas espaciosas y bien ventiladas del palacio presidencial. Por lo que recuerdo, la entrevista debía aclarar las razones de la elección de la independencia por parte de Guinea, que París no había comprendido. África, decía, no encontraría el camino de su desarrollo más que apoyándose en sus propias fuerzas. La ayuda de la antigua metrópolis la estancarían en un sistema económico y político que no le convenía. Había que seguir el ejemplo de Nkrumah. Sékou Touré hablaba con gran claridad, en una lengua melodiosa. Yo trataba de no contradecirlo, y evoqué algunos sectores en los que, durante unos años aún, la presencia de expertos franceses podría ser beneficiosa: el Instituto Pasteur de Kindia, la producción de aluminio de Boké o la participación de universitarios e ingenieros. ¿Podríamos acordar un texto que precisara las condiciones jurídicas de una presencia de esa índole? En ese punto, tras invitarme a visitar esos dos lugares, me dirigió al ministro de Economía, su hermano Ismael Touré.

En Boké me encontré con un antiguo miembro del gabinete de Mendès France, Marchandise, que dirigía una planta considerable en la que la bauxita, excepcionalmente abundante y pura, se transformaba en aluminio. La empresa Pechiney había negociado el mantenimiento de la misma sin intervención alguna del gobierno francés, y se guardaba de solicitarla. La fábrica era impresionante, ultramoderna, y las «barracas» de aluminio destinadas a los cuadros centelleaban bajo el sol. Marchandise me aseguró que aislaban a sus habitantes del calor. Era muy consciente de la precariedad de la empresa. Sékou Touré conocía la incompetencia de los cuadros guineanos. Había que aprovecharlo.

Igual en Kindia. El Instituto Pasteur criaba allí serpientes de precioso veneno: unos reptiles temibles, sobre todo los más delgados y más verdes. Al verlas serpentear en los grandes terrarios, uno sabía que su mordedura sería implacable. Los investigadores no se quejaban demasiado. ¿Precisar su estatuto? Sin duda, pero si se preservaba tanto como fuera posible su libertad de trabajo. Hasta el momento, las cosas funcionaban.

Mi entrevista con el hermano ministro no me dejó duda alguna acerca de la mentalidad del gobierno guineano: no firmarían nada con Francia.

Unos meses más tarde, acompañé a André Boulloche a Dakar, a la inauguración de la universidad de la que era rector Lucien Paye y «protector» Léopold Sédar Senghor. A esa ceremonia calcada de los ritos franceses —Senghor deseaba una universidad plenamente francesa con títulos equivalentes a los de la metrópolis— asistían más franceses que africanos. Enseguida me di cuenta de la ambigüedad de esa universidad de Dakar. Los estudiantes que en ella se formarían se convertirían inevitablemente en una élite aislada de la masa, y se sentirían atraídos por cualquier cosa excepto por la gestión de los verdaderos problemas de su país. La lectura de la hermosa novela de Hamidou Kane, cuyo título, *La aventura ambigua*, remite al gran texto de Michel Leiris, *El África fantasmal*, me abrió los ojos a lo que debería ser la cooperación: una mayéutica que permitiera a África definir democráticamente su camino y no aceptar de sus socios del Norte más que aquello que no la apartara de él.

Mi opinión respecto de esa concepción que se trataba de imponer por lo menos a la vez a la administración francesa y a los ministros africanos de Educación era compartida por mi amigo de Saigón Jean-Pierre Dannaud, a la sazón director en el Ministerio de Cooperación. Juntos recorrimos el continente africano entre 1959 y 1964, años de juventud de los Estados que habían alcanzado la independencia. Juntos predicábamos que se cortara el cordón umbilical. Era más fácil decirlo que hacerlo. Nos recuerdo en la oficina ya climatizada de uno de esos ministros, formados en su mayoría en la Escuela Normal William Ponty, en Senegal, y que espontáneamente tendían a perennizar —qué profesor no tiende a ello— el sistema del que habían surgido. El ministro estaba impresionado por la visita de aquellos dos «normalistas»,

ante los que deseaba hacer gala de su cultura clásica. Le recomendamos desarrollar, en beneficio de sus jóvenes compatriotas, una nueva pedagogía, con menor énfasis en el verbo y mayor en la acción; promover la enseñanza técnica y profesional, desatendida por la administración colonial, para formar así a los cuadros medios de las empresas de su país. Nos dejó hablar, asintiendo, pero instintivamente receloso, con la legítima desconfianza del negro hacia el blanco, pensando que tratábamos de confinar a su país en un papel subalterno para así conservar mejor su control.

Lo importante para él era que el inspector académico que le habíamos presentado fuera un «auténtico» agregado, del mismo grado que el obtenido por el Estado vecino.

En esos viajes había placeres e inquietudes. El placer de la coincidencia de opiniones con Dannaud acerca de los objetivos que había que alcanzar en esa fase auroral de las independencias africanas; el placer de los encuentros, en cada etapa, con maestros y escolares africanos; el placer de las incursiones, lejos de las capitales costeras, en las tierras rojas de laterita polvorienta del Sahel, por esos caminos siempre recorridos por largas filas de hombres y mujeres pacientes y alertas, acarreando cargas de vivos colores. Pero a la vez inquietud ante las carencias heredadas de la colonización: una escolarización a la francesa para una pequeña franja de jóvenes, atrapados por la función pública, salidos de sus pueblos, desarraigados, pero a los que su clan parasitaria en cuanto tuvieran un cargo; y, para la mayoría, unas clases de cien alumnos balbuciendo frases mal comprendidas para desespero de profesores desbordados, cuya paciencia y buena voluntad no compensaban la incompetencia y la carencia de recursos pedagógicos.

Era la época en que la Unesco apostaba por una escolarización acelerada, que primaba mucho lo cuantitativo en detrimento de la calidad. La misión confiada a nuestros inspectores académicos era ambigua y agotadora. Muchos lograron salir de ella airoosamente con talento.

Pienso en Marcel Vitte, que me acompañó a Gabón, uno de los países donde la tasa de escolarización era más alta, pero donde el nivel de los conocimientos adquiridos por los alumnos era más bajo. Un joven ministro nos habló de sus proyectos de reforma, para los cuales requería nuestro apoyo ante su presidente, quien sospechaba de él que era un inconformista. Nos llevó en avión a Lambaréné. Sobrevolar Gabón a baja altitud es una experiencia violenta: esa selva ecuatorial aspira la mirada como un inmenso hoyo verde oscuro y mortal. El doctor Schweitzer nos esperaba a la puerta de su vasto campamento, donde los enfermos circulaban bajo la mirada paternal de aquel anciano, aún sólido, de hermosa cabellera plateada. Manifestó su curiosidad por conocer a un admirador de su joven pariente Jean-Paul Sartre. Nos habló de la simplicidad de su vida, de su africanidad bastante narcisista.

No lo tranquilizaba el acceso de las tierras africanas a su nuevo estatuto, que veía como fuente de desorden. Era ya el portavoz de su propia historia, de su pasado de pionero. Ya ni siquiera había un piano en su cabaña.

Fue en Camerún donde Dannaud y yo encontramos a los interlocutores más interesantes: el ministro de Educación Eteki, muy político, diplomado de la Escuela Nacional de la Francia de Ultramar, y su director general, Michel Doo Kingué, que haría una gran carrera internacional y sería, diez años más tarde, colega mío en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Fueron los primeros en comprender que la Universidad de Yaundé debía diferenciarse radicalmente de las universidades francesas, sin tratar de conseguir la equivalencia de sus títulos con los franceses, de manera que pudiera formar élites que permanecieran en África y orientar a sus estudiantes africanos hacia un destino propiamente camerunés.

Entre el África de los primeros años de la independencia y la que hallaría diez años después el foso abierto era enorme. Es hoy, con esa mirada hacia el pasado, cuando me doy cuenta de ello realmente. Se defraudó una esperanza y se malgastaron muchas energías. Los «padres de la independencia», los Ahidjo, Houphouët, Diiori o Tsiranana, jugaron la carta del autoritarismo, de los partidos únicos, de los compromisos con el capital. Nuestra política de ayuda no tuvo otro objetivo más que mantener una tutela financiera, costosa para el contribuyente francés pero cuya carga se veía compensada por la reafirmación de la noción de «patio trasero», que aumentaría la dimensión internacional de Francia. El resultado fue el empobrecimiento de la población africana, por lo menos tan gravemente explotada por los dirigentes africanos como lo había sido por los administradores coloniales, y que se la mantuviera en una situación de servidumbre gracias al apoyo que la antigua potencia tutelar prestaba a los nuevos dueños.

¿Cuándo me di cuenta de esa deriva? ¿Cuándo empecé a mirar a África con la mezcla de afecto y de aprensión que siento por ella hoy? Tal vez me ayudó la experiencia argelina. Precisamente me parecía que, a la salida de una guerra larga y mortífera, el gobierno argelino de los años sesenta había dado el ejemplo inverso, el de una ruptura radical con el modelo francés. Realmente había cambiado de piel. Los gobiernos del África subsahariana no lo hicieron. Así, mi opinión acerca de la política africana de Francia se volvió cada vez más severa a la par que aumentaba mi desconfianza hacia los jefes de Estado africanos.

No era el único que tenía esa opinión. Mi primer embajador en Argel, Georges Gorse, se había ocupado, a finales de los años sesenta, de un informe acerca de la política de cooperación francesa, cuyas debilidades y absurdos denunciaba. Como administrador adjunto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, pude comparar los efectos de la ayuda multilateral y los de la cooperación bilateral francesa. Al fin y al

cabos, cada una de ellas abordaba terrenos complejos, el encuentro de civilizaciones diferentes cuya solidaridad no era evidente. Era importante no dejarse descorazonar por los primeros fracasos, sino extraer lecciones de ellos.

Por ello, cuando las elecciones de 1974 llevaron al Elíseo a Valéry Giscard d'Estaing y a Pierre Abelin al Ministerio de la Cooperación, hice lo que sólo he hecho una vez en mi vida: ofrecerle mi colaboración a un ministro de derechas.

Pierre Abelin no era un amigo, sino una figura recurrente y respetada de las etapas más constructivas de mi carrera. Sucedió a Pierre Mendès France como presidente de la delegación francesa en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Yo no era ajeno, cuatro años más tarde, a su elección por parte del Ministerio para presidir la Comisión de Cooperación Técnica Internacional, donde supo movilizar a su lado a empresarios como Demonque y Dagallier. Pero también sabía que nuestra tentativa, en el club Jean Moulin, de convertir a Gaston Defferre en el «señor X», rival del general De Gaulle, había fracasado por su culpa. En el último momento, negó a Defferre el apoyo del MRP^[45]. Además, suya era también parte de la responsabilidad en la caída del gobierno de Mendès France, que yo atribuía a su partido. Ello significa que mi opinión sobre él era equívoca, pero lo creía capaz de dejarme ejercer, en el nuevo terreno en el que se aventuraba, la influencia de quien tal vez sabía más que él.

Mi cálculo no era erróneo. No sólo Pierre Abelin me acogió con gran cordialidad, sino que además, al haberse comprometido ya a confiar la dirección de su gabinete a Robert Toulemon, un veterano del club menos comprometido políticamente que yo, me propuso trabajar con él como responsable de misiones.

Esa nueva aventura sólo duró dos años y acabó mal para mí, pero personalmente tuvo una importancia capital. De entrada, se trataba de operar una reorientación de la política africana de Francia, tratando de tomar distancia respecto a las costumbres de las presidencias gaullistas con las que Valéry Giscard d'Estaing parecía dispuesto a romper. No había mantenido a Jacques Foccart en el Elíseo. No sabíamos nada acerca de su sucesor, Journiac. Nuestro ministro estaba dispuesto a ganarse autoridad en la nueva política basándose en la confianza del Elíseo y pidió al equipo que estaba constituyendo que le hiciera llegar propuestas innovadoras.

La característica de ese equipo era su vocación de reformar una administración que hasta entonces había sobrevivido a todos los ministros sin perder las costumbres heredadas del período colonial. En resumidas cuentas, se nos pedía que descolonizáramos el Ministerio de Cooperación, que lo abriéramos a otras regiones del mundo además de África, que aprendiéramos de los fracasos del desarrollo africano, que entabláramos una colaboración más confiada con nuestros socios europeos, que dejáramos espacio a las organizaciones no gubernamentales, a las empresas y universidades. Pero, sobre todo, que comprobáramos mejor las verdaderas

necesidades de nuestros socios y aumentáramos así su propia responsabilidad en el gobierno de sus asuntos.

Es justo reconocer que fracasamos y que, con la marcha de Pierre Abelin, a principios de 1976, cuando fue sustituido por Jean de Lipkowski, el cual se apresuró a ir a contracorriente de las ideas de su predecesor, la administración ganó la partida y el Elíseo retomó las costumbres de Jacques Foccart; el «patio trasero», con los privilegios que mantenían los tradicionales explotadores franceses de África, recuperaba así su lugar en el tablero francés.

Pensábamos, sin embargo, que aquel primer año del septenio de Giscard d'Estaing vería cambios profundos en la política exterior de Francia. El Ministerio de Cooperación ponía en marcha una gran reforma: tras deshacerse de los jefes de servicio de su predecesor, Abelin había nombrado como director de Planificación y Política a Jean Audibert, un hombre cuyos puntos de vista innovadores compartía el gabinete. ¿Íbamos esta vez a estar a la altura de la ambición que Apollinaire muestra en el cuarto verso de «La hermosa pelirroja», el poema que contiene la más patética formulación de su personalidad como un hombre «que ha sabido a veces imponer sus ideas»?

Para nosotros lo esencial era comprender las razones de lo que analizábamos como un fracaso: catorce años después de su acceso a la independencia, los países del África francófona subtropical no habían emprendido una política de desarrollo «autosuficiente» (era el vocabulario de la época; hoy diríamos «perdurable» o «sostenible»). Los regímenes presidenciales amparaban el desorden y la corrupción. El sistema educativo no se había desmarcado suficientemente de las tradiciones coloniales y no formaba cuadros técnicos y administrativos capaces de tomar el relevo de los cooperantes franceses. Pero, sobre todo, queríamos acabar con la complicidad entre los dirigentes africanos y sus socios de las grandes empresas francesas, complicidad que desviaba de su destino los créditos concedidos a la ayuda, agravaba la deuda de los jóvenes Estados y retrasaba el momento en el que sus cuadros podrían asumir por sí mismos la responsabilidad de su desarrollo.

Esa complicidad fue denunciada y sus efectos lamentables fueron subrayados por un hombre que lleva a una altura particularmente elevada los valores a los que soy más sensible: la competencia aunada a la modestia, la lucidez en el combate contra la injusticia, el compromiso al servicio de las causas más humanas y la generosidad en las relaciones personales. Me refiero a André Postel-Vinay. Este inspector de Hacienda, que se había sumado a la Francia combatiente en Londres en 1942, ocupó durante treinta años el puesto de administrador del Fondo de Inversión para el Desarrollo Económico y Social, rebautizado en los años cincuenta con el nombre de Caja Central de Cooperación Económica. Fue uno de los mandatos más largos jamás asumidos por un alto funcionario. Tanto en lo relativo a los problemas de África

como a los de la inmigración, adquirió una comprensión de la que ningún gobierno de la IV o la V República supo sacar provecho. ¿Por qué? Sin duda les faltaban la flexibilidad y el gusto por el compromiso, sin los cuales en nuestro país no se puede hacer una gran carrera. Del único puesto ministerial que aceptó —al pensar como yo que el septenio inaugurado en 1974 por Valéry Giscard d'Estaing autorizaba esperanzas de reformas—, el de secretario de Estado de Inmigración, dimitió al cabo de unas semanas al no haber obtenido los recursos mínimos sin los cuales consideraba que no podría ser eficaz. Su esposa, Anise, salvada milagrosamente del campo de Ravensbrück, puso su inagotable energía al servicio de la Asociación Francia Tierra de Asilo y aportó, junto a Geneviève Anthonioz, Germaine Tillon y Lucie Aubrac, la prueba irrefutable de la superioridad de las mujeres en el compromiso al servicio de la dignidad humana.

Durante los dos años que Pierre Abelin estuvo al frente del Ministerio, nuestro equipo consagró la parte esencial de su tiempo a reunir los datos concretos que permitirían ver con mayor claridad y proponer, en un informe que llevaría su nombre, las reformas que, al igual que André Postel-Vinay, creíamos indispensables.

Para ello, propusimos al ministro organizar una serie de misiones sobre el terreno, bautizadas «misiones de diálogo». No estarían integradas por veteranos de la administración, sino por hombres capaces de observarla con una mirada crítica.

Dirigidas en su mayoría por Robert Toulemon o por mí, algunas por Jean Audibert, esas misiones debían visitar los dieciocho países firmantes de la convención de Yaundé, los antiguos territorios de ultramar que habían alcanzado la independencia. A mí me correspondieron Senegal, Burkina Faso (que aún se llamaba Alto Volta), Níger, Mali, Mauritania, Benín (en la época, Dahomey) y Chad. La composición de mi equipo variaba en función de las disponibilidades de cada uno, pero hacía lo imposible para contar siempre con el inspector general de Hacienda, Jacques de Chalendar; el profesor de derecho de Aix-en-Provence Maurice Flory y el jurista originario de Cognac Paul Sabourin, responsable de escribir lo que debería ser el producto último de la aventura: el informe Abelin.

Como en cualquier empresa que se pretende innovadora, teníamos una mezcla de candidez y de astucia. Conseguríamos demostrar que el sistema funcionaba mal, que requería ser reformado en profundidad, pero sin dar la impresión de criticar a sus actores, permitiéndoles simplemente decir lo que guardaban para sí. Evidentemente, significaba apostar por el efecto sorpresa que tendría nuestra actitud en el diálogo y coger a contrapelo a los que nos aseguraban que los responsables africanos eran demasiado corteses o tenían demasiados intereses en el statu quo para abordar una crítica constructiva del funcionamiento de la ayuda francesa.

Y la experiencia demostró que teníamos razón o que había llegado el momento de cuestionar el sistema, o incluso de que los miembros de nuestras misiones supieron

llevar a la práctica esa mayéutica. En todos los lugares a los que viajé con él, Jacques de Chalendar se comportó con maestría. Ese hombre alto, un poco encorvado y cuyo rostro cambiante expresaba verdadera bondad sabía resolver rápidamente los saludos educados, cuando estábamos sentados alrededor de una mesa con ministros o directores africanos, y plantear las dos o tres cuestiones pertinentes que soltaban las lenguas y denotaban los rencores o las frustraciones. A partir de ese momento el diálogo se volvía útil y las sugerencias de unos y otros se reunían en un todo coherente.

Mi papel consistía principalmente en preservar el espíritu de equipo e impedir que se instalara el hastío o la desmotivación al descubrir la dimensión de las disfunciones o cuando nuestros colegas de las embajadas nos ponían en guardia contra el valor de las reflexiones de nuestros interlocutores africanos. Coincidí con algunos a los que había conocido en la época de la dirección de la cooperación en el Ministerio de Educación Nacional y con los que me unían relaciones de confianza, y con otros con los que había trabajado en el marco del PNUD. Me sorprendían los escasos contactos que se establecían en cada capital africana entre los diversos socios capitalistas. El Banco Mundial actuaba en solitario; el PNUD recelaba de las antiguas metrópolis; Francia se esforzaba en mantener su «coto vedado» y se las ingeniaba para que las actividades financiadas por Bruselas fueran confiadas a actores franceses.

Me parecía urgente incitar a los responsables africanos a dotarse de las instancias necesarias para poner orden en los conductos a través de los cuales sus socios bilaterales o multilaterales intervenían en su desarrollo.

Al final de esas misiones estaba profundamente impregnado de África. Había conocido las cualidades tan particulares de su hospitalidad, su buena convivencia, su fantasía y la imaginativa inteligencia de algunos de sus dirigentes, entre los cuales otorgo un lugar preeminente a Abdou Diouf, quien aún era sólo primer ministro cuando visitamos Dakar. Nos recibió el presidente Senghor y utilizó el lenguaje más conservador en el terreno cultural, el más tradicional en el terreno económico y el más elevado en el terreno moral. Y luego Abdou Diouf nos escuchó y, desde lo alto de su inolvidable silueta, nos dijo qué esperaba de Francia con notable claridad y dignidad. ¡Si sólo hubiéramos sabido, en esos años en que todo era aún maleable, cuando las cartas aún estaban en sus manos, apoyar las acciones de esos jóvenes altos funcionarios africanos crecidos sobre el terreno, como esos directores de Agricultura, Ganadería u Obras Públicas de Mali, del Níger o de Chad, esos jóvenes ministros de Sanidad de Mauritania o Dhomey, ese director de Presupuesto de Alto Volta que, cada uno de ellos con su temperamento, parecían felices de construir con nosotros una Africa liberada de sus lastres e inercias!

Veinte años después, es obligado reconocer que esa construcción, tan necesaria y excitante, se halla aún en el estadio de proyecto.

Paralelamente a nuestras misiones sobre el terreno, en París se habían organizado concertaciones con los numerosos actores de la cooperación franco-africana, a los que se les pedía que reflexionaran con nosotros acerca de algunas cuestiones ya examinadas y debatidas varias veces durante la redacción de los dos grandes informes que precedieron al nuestro: el informe Jeanneney, en 1963, y el informe Gorse, en 1970. Sus redactores fueron dos amigos: Simon Nora en el primer caso e Yves Roland-Billecart en el segundo. Sus recomendaciones se inspiraban en las mismas preocupaciones: liberar a Francia de un partenariado exclusivo con África y asociar a sus aliados europeos; aligerar el dispositivo de los cooperantes, demasiado numerosos, y proceder rápidamente a la formación de cuadros africanos susceptibles de garantizar el relevo; impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas y poner fin a las economías de renta, y garantizar espacios a las organizaciones no gubernamentales, que debían aumentar su coherencia y profesionalidad sin por ello pasar a formar parte de la estructura del Estado.

¿Qué más podíamos añadir al término de nuestra investigación? En primer lugar, que ninguna de esas recomendaciones se había seguido y que, sin embargo, seguían siendo pertinentes. En segundo lugar, que los países del África subsahariana no podían seguir disociados de su entorno y que la cooperación de Francia, con la experiencia adquirida, debía ofrecerse a otros socios, no sólo en el Magreb y en Oriente Próximo, sino a los países africanos no francófonos y también a Asia y a Latinoamérica. Finalmente, que si una gran administración política —que sólo podía ser Asuntos Exteriores— había de encargarse de negociar las orientaciones que debían darse a esa cooperación, la ejecución de la misma debía confiarse a una agencia gestionada con más flexibilidad y funcionalidad, como las que se ocupaban de dicha misión en el caso de los gobiernos estadounidense, sueco, canadiense y otros.

Sin embargo, cada vez que un gobierno había tratado de integrar la administración de la cooperación en el Quai d'Orsay, como probó Michel Jobert en 1973 y como haría Claude Cheysson en 1981, la resistencia de los servicios había sido muy fuerte y la «fusión» no se lograba.

A mis cincuenta y siete años, me creía lo suficientemente fuerte como para vencer resistencias que atribuía más al desconocimiento de los verdaderos datos del problema que a la defensa de intereses administrativos o financieros. La confianza de Pierre Abelin me infundía valor, y la cohesión del equipo que trabajaba conmigo así como el fervor del redactor del informe, Paul Sabourin, me hacían augurar el éxito. Fue por ello una enorme decepción constatar, a mi marcha del Ministerio tras el caso Claustre, que el informe Abelin no corrió mejor suerte que los dos precedentes. Y ello habría debido hacerme comprender que iba a suceder lo mismo con el informe,

acerca del mismo tema, que le presenté quince años más tarde a Michel Rocard.

Acabo de releer el exhaustivo y emocionante libro que Pierre Claustre publicó doce años después de la liberación de su esposa Françoise, secuestrada por Hissène Habré entre el 21 de abril de 1974 y el 1 de febrero de 1977. Antes de entrar en el papel bastante penoso que desempeñé en lo que, en 1975, se había convertido en un caso que agitaba los medios de comunicación y el mundo político, recordaré brevemente su génesis, ya que es probable, en efecto, que este episodio haya sido olvidado por muchos, gracias a que su protagonista, a su regreso a Francia, hizo gala de una notable discreción.

Nacida en el seno de una familia luxemburguesa, Françoise Treinen trabajaba en Chad desde 1964. Arqueóloga, investigaba los pueblos preislámicos del desierto. Conoció a Pierre Claustre, llegado a Chad en 1969. Antiguo alumno de la Escuela Nacional de la Francia de Ultramar, dirigía la misión para la reforma administrativa, una especie de empresa de obras públicas en beneficio de las poblaciones rurales en las regiones del norte y el este de Chad afectadas por la rebelión. Pierre se enamoró de Françoise, la conquistó y se casó con ella.

El 2 de abril de 1974, murió Georges Pompidou. Francia se hallaba en plena campaña electoral cuando, el 20 de abril, Françoise Claustre se reunió con un colega alemán, el doctor Staewen, en Bardaï, un palmeral del norte donde le habían indicado la existencia de unas tumbas preislámicas. La acompañaba un joven colaborador de su marido, Marc Combe. Los rebeldes del segundo ejército del Norte, al mando de Hissène Habré, habían decidido tomar Bardaï. Su golpe de fuerza fue un éxito, pero, en la batalla, fue asesinada la esposa del doctor Staewen y fueron capturados tres rehenes: el alemán y los dos franceses.

La negociación comenzó mal. El nuevo embajador de Francia juzgó que Françoise Claustre había sido muy imprudente y, molesto con las continuas intervenciones de su marido, se decantó por esperar. Confiaba en que los rebeldes comprenderían que debían moderar sus exigencias. La reacción de los alemanes fue muy diferente. Un negociador entregó el rescate exigido por la liberación del doctor Staewen y éste abandonó Chad el 13 de junio. Françoise Claustre y Marc Combe se quedaron solos. Las exigencias de Hissène Habré se hicieron más difíciles de satisfacer: además de un rescate de veinte millones de francos y la publicación en los medios de un manifiesto político, reclamaba la liberación de treinta y dos presos políticos, a los que François Tombalbaye, que gobernaba Chad desde hacía catorce años, no quiso liberar.

La situación se agravó cuando Francia designó un negociador que había trabajado

en Chad en los servicios de información y de represión, el comandante Galopin. Tras tomar contacto con Habré en julio, fue hecho prisionero por los rebeldes. Pasaría un año sin que las negociaciones avanzaran y a la vez sin que las autoridades francesas presionaran a Tombalbaye para obtener las liberaciones exigidas por Habré. Fue sólo en abril de 1975 cuando el caso dio un nuevo giro. Los rebeldes ejecutaron a Galopin, Tombalbaye murió a manos de sus adversarios, y lo sustituyó como presidente a la cabeza del Estado uno de los presos políticos cuya liberación había exigido Habré: el general Malloum.

Fue Pierre Claustre, de quien es fácil imaginar la angustia en que vivía, quien halló el medio de retomar las negociaciones sobre nuevas bases. Aprovechando la confianza que le tenía Hissène Habré, llevó a Chad a un gran periodista, Thierry Desjardins, a un brillante fotógrafo, Raymond Depardon, y a una amiga del presidente Giscard d'Estaing, Marie-Laure de Decker, para realizar un reportaje acerca de la rebelión y del único rehén que seguía en manos de los rebeldes, pues Marc Combe había logrado huir.

Françoise, que hasta entonces había hecho gala de entereza, se hundió ante aquellos nuevos visitantes, y las imágenes de su angustia y de su cólera contra las autoridades francesas que no hacían nada para ayudarla llenaron las pantallas de televisión.

Pierre Abelin, a quien acompañé a Chad antes del asesinato de Tombalbaye y que había intercedido ante éste para que liberara a los presos políticos reclamados por Habré sin conseguirlo, estaba en aquel momento profundamente perturbado. La elección de Galopin, que él había aceptado, había demostrado ser catastrófica. Uno de sus colaboradores allegados, Puissant, que se había reunido en varias ocasiones con Habré sin lograr convencerlo de que renunciara a algunas de sus exigencias, había perdido su credibilidad. Además, había animado a Pierre Claustre a mediar entre Habré y unos traficantes de armas para transformar el rescate pagado por los alemanes en ametralladoras, con los que el desconsolado marido se embarcó así en una aventura rocambolesca que debía mantenerse en absoluto secreto ante las autoridades chadianas.

Fue entonces cuando le propuse a mi ministro que me confiara retomar la negociación. Para informarme acerca del Tibesti y de las etnias que lo integran, leí el notable libro de Chapelle sobre los tubus, la tribu de Habré o, mejor dicho, de su áter ego, Goukouni, hijo del último jefe religioso de la tribu, puesto que Habré era en realidad gorano, cosa que en cierta medida disminuía su autoridad ante los rebeldes y lo obligaba a ser más exigente con Francia.

Pierre Abelin, que me consideraba un verdadero diplomático, aceptó mi oferta y me preparé para aquella nueva misión. Me tendría ocupado entre mayo y agosto de 1975, meses durante los cuales también había que llevar a cabo el informe Abelin,

que debía abrir nuevas perspectivas a la cooperación franco-africana. Mis viajes a Yamena y a Bardaï fueron tan breves como era posible e incluso más furtivos que mis contactos con Pierre Claustre, cuya actividad clandestina adiviné más que conocerla. Me informé asimismo acerca de la personalidad del jefe de los rebeldes. El que se convertiría en 1979 en presidente de Chad había cursado estudios en Argel y en Francia. En su época de estudiante en París tuvo como profesor a Georges Vedel, uno de los pilares del Club Jean Moulin. Éste me prometió aprovechar una entrevista en Radio-France acerca del caso Claustre para elogiar al nuevo negociador, presentándome como creíble e influyente. Confiábamos en que Habré escuchara la radio aquella noche.

Al llegar a Yamena, me presenté al general Malloum. Mis instrucciones eran claras: obtener la liberación de Françoise Claustre a cambio de cuatro millones de francos y víveres y equipamientos varios destinados a las poblaciones bajo control de las fuerzas armadas del Norte. Quedaba la exigencia inaceptable de Habré: armas. Eso, por supuesto, quedaba absolutamente descartado.

Algo embriagado por mi aventura, fui una primera vez al Tibesti, sobrevolando en un Transall un desierto particularmente pintoresco, con enormes cubetas de fondo blanco y rocas rojas bajo un cielo profundo; luego, atravesamos el pedregal en Land Rover junto a un chófer sorprendido de conducir a un diplomático que le recitaba versos de Baudelaire, y, finalmente, fui acogido por unos «combatientes» que blandían sus kalashnikovs. En el lugar de la cita, una alfombra tendida bajo un árbol aislado sería la sede de la negociación.

Los dos primeros encuentros sirvieron de prelude: expuse mis instrucciones e insistí en hablar con el jefe. Sus jóvenes secuaces no me ocultaron que mis propuestas eran insuficientes. Los sorprendía que hubiera acudido sin maletín ni documentos. En el segundo encuentro, llevaba un maletín bajo el brazo, de bello cuero negro y con un cierre de código. Mi insistencia acabó por triunfar y se fijó una cita con los jefes de las fuerzas armadas del Norte, Hissène Habré y Goukouni. El 14 de julio de 1975 embarqué en un Transall con destino a Bardaï, por tercera vez. El Land Rover me condujo a Zoui, lugar de encuentro. Los combatientes y sus jefes se instalaron alrededor de la alfombra y comenzó la discusión.

Aquí es donde la historia se complica. Yo sabía que Habré reclamaba armas, aunque fuera una pequeña cantidad, para demostrar su valor a ojos de sus compañeros. Él, el gorano, obtendría aquello para los tubus. Yo sabía también que Pierre Claustre había fletado un DC-4 y llegado a un acuerdo con unos traficantes de armas para cargar ametralladoras en Ghana y depositarlas en Yebi-bou, la pista utilizada por los rebeldes con los que no había cesado de mantener contacto. Finalmente, sabía que la amiga de Valéry Giscard d'Estaing y sus dos compañeros se

hallaban en el cuartel general de los rebeldes cerca de Yebi-bou y que el DC-4 tenía como misión oficial llevarlos de regreso a Francia. Pero no olvidaba que *Paris Match* acababa de publicar un desventurado suelto acerca de un DC-4 que habría despegado de Luxemburgo para llevar armas a los rebeldes chadianos. ¿De dónde había surgido aquella fuga? Jamás lo averigüé.

Con todos esos datos en mente, ¿cómo abordar la negociación? Lo que sabía acerca de Hissène Habré, principalmente a través de Thierry Desjardins, que lo había entrevistado en primavera, me incitaba a hablarle de sus ambiciones en primer lugar. El asesinato de Galopin era un hándicap muy grave: no se puede matar a un negociador. Sin embargo, Habré contaba con partidarios en Yamena y la nueva situación política, tras la muerte de Tombalbaye, debería permitirle desempeñar un papel importante en el gobierno del general Malloum, quien le debía su liberación. Naturalmente, aquello pasaba por un desenlace honorable del secuestro de rehenes, un acto altamente condenable y cuya técnica aún no se había generalizado en aquella época.

Los combatientes sentados en círculo alrededor de la alfombra nos escuchaban. Aquel al que había identificado como Goukouni estaba frente a Habré y lo observaba sin participar en el diálogo. Habré dio a entender que Galopin había sido víctima de sus marrullerías, pero no se hizo responsable de su ejecución; él también deseaba acabar. Sólo reclamaba el justo reconocimiento de la causa que encarnaba. Necesitaba dinero, equipamiento y armas. La población del Tibesti debía ser alimentada. Francia se equivocaba al dejarse manipular por un gobierno corrupto.

Con su chilaba blanca, que destacaba entre los uniformes marrones y grises de los combatientes, parecía más un intelectual que un guerrero. Se explicaba con precisión y comedimiento en un francés matizado. El diálogo tomaba forma, pero había que llegar a las propuestas. Era imposible que el gobierno francés le hiciera llegar armas. Sin embargo, el resto de sus exigencias serían satisfechas: el rescate, los víveres, los vehículos y los equipos de radio. Eran contrapartidas costosas a cambio de la liberación de una mujer de la que debía reconocer su absoluta inocencia y cuyo secuestro sólo podía entorpecer su carrera política.

Habré se alejó un instante y Goukouni se reunió con él. Cuando regresaron, mis esperanzas se desvanecieron. Sin las armas que le había prometido uno de los precedentes negociadores, no liberaría a la rehén; de hecho, de ser necesario, la ejecutaría.

En lugar de hablar con él en un aparte, cometí mi primer error. Di las informaciones adicionales de las que disponía ante los combatientes reunidos. Aquella noche, las armas adquiridas por Pierre Claustre habían sido depositadas en el cuartel general de los rebeldes. Esa parte de las condiciones exigidas se había cumplido gracias a la ayuda discreta de las autoridades francesas. Podría comprobarlo

a su regreso a Yebi-bou.

La negociación cambió inmediatamente de tono. Habré pareció aliviado y hablamos de las condiciones concretas de la liberación de Françoise y de la entrega del rescate. ¿Cuándo podría tener lugar el intercambio? Todo dependía de la rapidez con la que los jefes rebeldes pudieran regresar a su base.

Para ir deprisa, necesitarían un Land Rover. Ahí cometí mi segundo error. Sabiendo que en Bardal había otro Land Rover, tomé la decisión de entregárselo a Habré a cuenta del lote de vehículos prometido a cambio de la rehén. Ese gesto mejoró singularmente el clima.

El acuerdo era el siguiente: la próxima cita tendría lugar el 24 de julio, por radio, para confirmar el intercambio de la rehén por el rescate el 1 de agosto. Nos separamos con un apretón de manos bastante digno. En cuanto llegué a Yamena, cometí mi tercer error. Recibí a periodistas y al representante de la AFP y anuncié que se había llegado a un acuerdo y que la rehén sería liberada el 1 de agosto. A los colaboradores del general Malloum les informé de mis conversaciones omitiendo voluntariamente mencionar las armas. Su escepticismo no me sorprendió, pero contaba con el secretismo que debía rodear la operación del DC-4.

Saboreé, imprudentemente, las felicitaciones del embajador y regresé a París ignorante del catastrófico desenlace de la operación montada por Pierre Claustre. El DC-4 sólo había depositado metralletas sin municiones. Cuando volvía a Ghana en busca del complemento prometido, una avería del motor lo obligó a hacer escala en Dirku, en el vecino Níger, cuyo gobierno secuestró el avión y el material del fotógrafo, y sólo permitió que se marcharan los tres periodistas. Éstos habían llegado a París furiosos: no habían podido traer nada de su reportaje sobre la rebelión.

Aún más grave: al registrar el DC-4 hallaron pruebas del cargamento de armas. Se confirmaba así el suelto de *Paris Match* que ya había hecho que el gobierno de Chad estuviera con la mosca detrás de la oreja. Yo aún habría podido quedar como un cándido si los servicios secretos chadianos no hubieran tenido infiltrados en la rebelión: su agente no tardó en informarlos de mi entrevista en Zoui y de la confesión que había hecho, según la cual estaba al corriente de la operación montada por Pierre Claustre con el concurso de las autoridades francesas.

A los ojos del gobierno de Chad, yo era un traidor. Bajo mano, había entregado a los rebeldes un valioso Land Rover sin obtener nada a cambio. A ojos de Habré, que pronto descubrió que las armas que le habían entregado eran inutilizables, nuestro acuerdo había quedado obsoleto. En cuanto a Pierre Claustre, estaba desesperado.

Visto desde París, el asunto era oscuro. Habré había prometido retomar contacto el 24 de julio. ¿Lo haría? Por lo menos, el avión había logrado sacar a los tres periodistas del desierto. Tal vez se pudiera seguir negociando. Se decidió enviarme de nuevo a

Yamena para contemplar la posibilidad de retomar el diálogo. Al fin y al cabo, Habré quizá aún confiaba en mí y se ignoraba que Malloum estaba al corriente de mis imprudentes palabras relativas al DC-4.

Fue una estancia muy extraña en el pabellón contiguo a la residencia del embajador de Francia. Vitia, muy sensible a mi angustia, quiso acompañarme y así descubrir Chad. El ambiente estaba muy cargado: las autoridades chadianas se negaban a recibirnos. El embajador veía en mí a un cómplice de su «enemigo» Pierre Claustre. Habré no daba señales de vida. Los días transcurrían, inútiles. Contra toda verosimilitud, pensaba que Habré tendría un recuerdo positivo de nuestro diálogo y trataría de retomarlo. A Vitia la ahogaba la atmósfera de la residencia. El 1 de agosto llegó y no pasó nada. La visita a Yamena de un colaborador próximo al presidente de la República no consiguió convencer a Malloum de que me permitiera regresar a Bardaï. Era considerado persona non grata, y el tono subía en las relaciones entre Malloum y Francia.

De regreso a París, hallé al ministro desolado, amistoso pero grave en sus reproches: ¿cómo no había desconfiado?, ¿cómo había hablado tanto y tan deprisa? Cuando recibió la orden del Elíseo de apartarme de mi puesto en el Ministerio, Pierre Abelin tuvo que obedecer.

Giscard fue categórico: «No quiero ver más a Hessel en Cooperación». Había fracasado, y había comprometido las relaciones entre Chad y Francia.

Mis colegas del Ministerio consideraron que me hacían pagar muy caro mi desacierto. Pierre Abelin me concertó una entrevista con Paul Dijoud, secretario de Estado para los trabajadores inmigrados. Éste me propuso la presidencia de la Oficina Nacional para la Promoción Cultural de los Inmigrados, cuyos estatutos el gobierno acababa de aprobar. El Ministerio de Asuntos Exteriores estuvo encantado de consentir mi destino provisional e inicié una nueva fase de actividades, aunque con cierto despecho.

No podía evitar tampoco ver la imagen de Françoise Claustre y de su marido, del que sabía que se había reunido con ella en el momento en que Habré anunció que sería ejecutada el 23 de septiembre de 1975. Vi a su madre, la señora Treinen, a la que había recibido el presidente de la República y que esperaba haber convencido al mandatario de que actuara con la mayor celeridad. Estaba seguro de que, si podía reunirme de nuevo con Habré, conseguiría disuadirlo de cometer semejante acto, pero Giscard prefirió encargarle a un simpático prefecto —que años antes había tenido a Habré como becario— la misión de ir a Yebi-bou con un importante rescate, lo que salvó temporalmente a Françoise. Desgraciadamente, el prefecto Morel no recibió autorización para hablar conmigo. Pierre Claustre estaba en manos de los rebeldes. Así que discutí con Habré desde la absoluta ignorancia. El presidente de las fuerzas armadas del Norte aceptó el rescate, pero, con el pretexto de que yo le había

prometido armas, se negó a liberar a la rehén. Françoise y Pierre permanecieron aún dieciocho meses en el Tibesti, mientras los rebeldes dudaban entre proseguir los combates o iniciar un acercamiento a Gadafi.

No fue hasta finales de 1976 cuando pudo comenzar una negociación gracias a la mediación de Guy Georgy, embajador de Francia en Trípoli. Goukouni, que se había separado de Habré, decidió liberar a los esposos. Cuando me visitaron en París, en marzo de 1977, me llevé la sorpresa de constatar que me guardaban simpatía. Aún admiro su coraje y su discreción.

Naturalmente, cuando Habré se convirtió en primer ministro y luego en presidente del gobierno de Chad, numerosos colegas me preguntaron cómo era aquel hombre. ¿Qué podía decirles? Las dos horas pasadas con él en pleno desierto me arrojaban poca luz sobre su personalidad. Y, sin embargo, habían desempeñado tamaño papel en mi vida que extrapolaba con osadía y dibujaba de él un retrato minucioso y decisivo. Así es la memoria. Lo que prefiere rechazar desaparece rápidamente. Tal vez suceda lo mismo con este relato del caso Claustre hecho veinte años después.

Entre mis interlocutores acerca de este caso, ocupaba un lugar destacado Laurent Marti, delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), quien, antes de emprender con un coraje excepcional una serie de peligrosas misiones en Chad, se puso en contacto conmigo a mi regreso de Yamena. ¿Qué cabía pensar de los rebeldes? ¿Cómo explicar la política de Francia en Chad? Desde el primer momento, nuestra relación fue muy cordial, y nunca ha dejado de serlo. En su agradable casa de campo en los alrededores de Ginebra, mantuvimos discusiones apasionadas. Tras llevar a buen puerto el gran proyecto al que se había consagrado a lo largo de los años ochenta —construir y animar un museo de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja al pie de un altozano frente al Palacio de las Naciones—, me invitó a dar una conferencia acerca de la experiencia de los campos de concentración. El lugar, que contiene testimonios emocionantes de los horrores de todas las guerras y de la infatigable acción del CICR, se prestaba a ello particularmente: ¿el comité había fallado en su misión al dejarse engañar por los nazis y al no desvelar las exacciones mortíferas de los campos? Isabelle Vichniac, en su libro sobre el CICR, se había planteado la pregunta, y hablábamos del tema con Marti con total libertad. ¿A qué conclusión cabía llegar? ¿Que las instituciones, incluso las más válidas, son falibles? ¿Que el propio Henri Dunant, admirable fundador de la Cruz Roja, había acabado su vida en la miseria, y que por lo tanto en la Tierra no hay lugar para la justicia? Mi convicción, hasta ahora inquebrantable, de que nuestra especie sólo plantea los problemas que es capaz de resolver y que todo cuanto nos indigna nos pone en el camino de un mundo menos inaceptable es contraria a la de Laurent Marti. Él veía la

aventura humana como una carrera hacia el abismo, o mejor como una marcha firme y decidida hacia un ineluctable desenlace: la desaparición de nuestra especie, relevada sin duda por otras a las cuales el eterno movimiento de la naturaleza reservaba la siguiente plaza. Marti no estaba enfadado por ello. Le parecía más bien que ya era hora de que nuestro ciclo acabara, tras haber producido tantas catástrofes. Yo sabía que esas tomas de posición jamás lo habían apartado de un compromiso sin reservas en la acción humanitaria. Pero demostraba su tesis con tanto humor que yo sentía que perdía el tiempo tratando de convencerlo de nuestra responsabilidad como humanos diferentes de los demás componentes del mundo natural. Simplemente habría debido incitarlo a leer el libro de Edgar Morin *Tierra-patria*, que me parece que contiene el análisis más completo de las misiones a las que nos debemos y de las que no podemos sustraernos.

Al ser yo mismo un inmigrado, la suerte de los trabajadores inmigrados tenía que interesarme por fuerza, así que acepté con gratitud la oferta de Paul Dijoud, cuya visión de las cosas y energía me habían conquistado de inmediato. Pero no por ello dejó de entristecerme el «desembarco» de Pierre Abelin, a quien en 1976 sucedió Jean de Lipkowski. Cuando tomó posesión, le escribí una carta personal (nos conocíamos desde hacía treinta años) para pedirle que dedicara más energía que su predecesor a la puesta en marcha del informe Abelin. Tuvo la falta de delicadeza de mostrar mi carta a Pierre Abelin, quien naturalmente se sintió herido ante lo que parecía una crítica contra él y quedó resentido conmigo. Una vez más, hice gala de un exceso de confianza.

La Oficina Nacional para la promoción cultural de los inmigrados tenía su sede en el bulevar de Grenelle, una secretaría con unas veinte personas y un presupuesto modesto, destinado a ayudar a mantener el contacto con sus culturas de origen a las diferentes comunidades extranjeras a las que pertenecían los cuatro millones de trabajadores inmigrados. El objetivo perseguido, pues, se hallaba en las antípodas de la asimilación. La estancia de los trabajadores inmigrados en Francia debía ser únicamente una fase de sus vidas, y debía prepararse su retorno a los países de origen con los conocimientos adquiridos y con sus ahorros. Sin embargo, al mismo tiempo, su presencia en nuestra tierra debía permitir a sus vecinos franceses conocer y apreciar las cualidades y las producciones culturales de las regiones donde habían crecido antes de venir a trabajar a Francia.

Ese planteamiento del problema correspondía a los años de crecimiento, a los «treinta gloriosos»^[46] que llegaban a su fin. Los flujos migratorios inducidos por las empresas francesas, insuficientemente modernizadas para prescindir de abundantes efectivos de trabajadores poco cualificados, atrajeron a nuestro país no sólo a los italianos, españoles y polacos de antes de la guerra, sino, en número creciente, a portugueses, magrebíes y africanos del Sahel. Venían solos; se alojaban en los albergues de la Sonacotra^[47], rápidamente construidos para ellos; pasaban las vacaciones con sus familias, a las que hacían llegar una parte importante de su salario, y aguardaban el momento en el que, tras haber acumulado un pequeño peculio, regresarían definitivamente a su país, dejando sus puestos de trabajo a la generación siguiente.

Este sistema no había aportado sólo beneficios a la economía francesa. Retrasó la modernización de nuestras empresas, desacostumbró a los jóvenes franceses a ocupar

los puestos de baja cualificación y dio una imagen negativa de los países de origen de los inmigrantes, ya que los trabajadores no cualificados se mezclaban poco con la población francesa y permanecían a menudo encerrados y mal alojados en lo que parecían guetos.

A mediados de los años setenta, esa situación se vio profundamente transformada. La cómoda noria de los flujos y reflujos quedaría suspendida con el aumento del paro, que llevó a las autoridades francesas a legislar más estrictamente la llegada de nuevos trabajadores. Como contrapartida, aquellos que quedaban perderían el deseo de regresar a sus países, aprovecharían las medidas adoptadas para facilitar el reagrupamiento familiar y buscarían una promoción económica y social en la propia Francia.

La inmigración de trabajadores se convirtió entonces en una inmigración de población. Fue bajo esa nueva forma, con sus problemas muy diferentes y hasta hoy aún mal resueltos, como tomé contacto con el tema de la inmigración en Planificación en 1985 y luego de nuevo en 1990, como miembro del Alto Consejo para la Integración, una creación de Michel Rocard.

En 1976 rechazábamos en igual medida la integración y la asimilación: buscábamos la inserción. ¿Qué encierran esos vocablos de definiciones ambiguas? El término «asimilación» supone hacer de todos los extranjeros que viven en Francia, y sobre todo de sus hijos, franceses como los demás, liberándolos de su herencia diferencial y de sus idiomas de origen. La Francia colonial y la jacobina la practicaron durante mucho tiempo. Con la «inserción», en cambio, se busca ofrecer a los extranjeros que residen temporalmente en Francia a la vez el acceso a la cultura francesa y los medios para mantener, individual y colectivamente, sus lazos con su patria, su lengua, sus tradiciones, sus costumbres, su arte y su literatura, de manera que cuando regresen no se encuentren desarraigados ni marginados. La «integración», por su lado, se propone acelerar su plena participación en una sociedad en la que ellos mismos y sus hijos desarrollarán sus vidas a partir de entonces, reconociendo los valores de los que son depositarios y que pueden enriquecer, gracias a su diversidad, una sociedad francesa que nunca ha sido y nunca será homogénea.

La Oficina trataba de favorecer la inserción así definida y, para lograrlo, buscaba el apoyo de las embajadas de los países de origen. Un diplomático encontraba en ello su justificación. Aunque el Magreb y Portugal eran nuestros principales interlocutores, también manteníamos contacto con Italia y España, Polonia y Yugoslavia. Pero las aportaciones más pintorescas procedían de Senegal, Mali y Camerún. Música, danza y teatro de África. También narradores de cuentos de Turquía. Nuestras bases logísticas eran las casas de cultura, los teatros de barrio o los centros culturales islámicos próximos a las mezquitas.

Para movilizar al mundo del espectáculo y a los medios de comunicación al servicio de nuestra empresa, Paul Dijoud había conseguido que Silvia Monfort aceptara la vicepresidencia de la Oficina. Para mí era un placer presentar a aquella bella mujer, generosa e inteligente, no sólo a los embajadores de los países de origen sino también a los responsables de las compañías musicales, teatrales o de danza de las comunidades inmigradas. Me presentó a Peter Brook, que sabía mejor que nosotros cómo aprovechar la reserva de talento que suponía la inmigración. Hubo giras de algunas de esas compañías por las grandes ciudades francesas en las que se reveló el fervor con el que la población francesa acogía cualquier manifestación de culturas extranjeras, sin sombra de rechazo racista o xenófobo.

A lo largo de los años, he adquirido la convicción de que el racismo y la xenofobia sólo tienen en su punto de mira a los extranjeros marginados, miserables, mezclados con un sub-proletariado en el que no se los distingue de los propios franceses. En ese caso sí son los chivos expiatorios de los efectos de la degradación social de la que son víctimas.

Mi papel como presidente de la Oficina Nacional consistía sobre todo en ofrecer amparo internacional a la prodigiosa actividad del secretario general, Yvon Guggenheim. Muy pronto nació una gran intimidad entre nosotros. Él sentía que yo confiaba plenamente en él, pues había quedado subyugado por su mirada chispeante y su generosidad. Contaba con mi aval para los malabarismos administrativos gracias a los cuales la Oficina llevaba a cabo una amplia panoplia de proyectos y para el reclutamiento de las jóvenes colaboradoras argelinas, francesas, italianas o turcas, un cortejo extravagante y abnegado. Al acceder al círculo de su familia, supe que, de muy joven, estuvo tentado por la milicia, que fue detenido y encarcelado tras la Liberación, y que a su salida de la cárcel fue reclutado por el Abbé Pierre, junto al cual se había formado. Quedaban rastros de aquel pasado doloroso, del que nunca hablaba, en su inmensa compasión por los marginados y en su alegría cuando la expresión artística los elevaba por encima de su miseria.

De las numerosas actividades que impulsaba, recuerdo sobre todo aquella que consiguió que la Oficina dispusiera de una hora semanal de televisión para permitir saborear a los inmigrados y también a los franceses las características de los países de origen, y a la vez informar a los primeros acerca de sus derechos y obligaciones. Ese programa, que se llamaba *Mosaïque* (Mosaico) y cuya dirección fue confiada durante los primeros años a un realizador argelino de talento, se impuso a pesar de las contradicciones internas que siempre costó resolver y que tenían que ver sobre todo con el hecho de que hubiera demasiados países, que había que presentar de una manera que interesara a sus propios naturales, a los de otros países y a los telespectadores franceses. Cada sábado, si recuerdo bien, escrutábamos los índices de audiencia y analizábamos críticamente el programa.

Ése fue el más audaz y el último de los proyectos debidos a la fértil imaginación de Guggenheim. El cáncer que sufría se propagó bruscamente y, en unas semanas, lo fulminó. El impacto de esa desaparición aún perdura en mí: fue temerario. Fue necesaria la serena sabiduría de Jacques Roze, que había sido colega mío en la Embajada en Argel, para encarrilar la asociación que heredaría la Oficina.

Paul Dijoud, que nos había apoyado firmemente, abandonó el cargo de secretario de Estado para los trabajadores inmigrados a finales de 1976 y fue sustituido por Lionel Stoleru. Traté en vano de convencer al nuevo ministro de la pertinencia de la visión de su predecesor. La aventura acabó al año siguiente: las funciones de la Oficina serían asumidas por una asociación, la ADRI^[48], cuya ambición se limitaba a informar al público acerca de los problemas administrativos y culturales que supone la presencia en Francia de cuatro millones de extranjeros.

Dejé a Stoleru sin demasiado pesar. Volvería a encontrarme con él doce años después, siendo él ya ministro de Planificación en el gobierno de Michel Rocard. Fue él quien presentó a la prensa, insistiendo en su pertinencia, el informe que aquella administración me había encargado en 1985 y que el gobierno de Jacques Chirac había guardado en un cajón. Stoleru le dio un título ambicioso: *Inmigraciones* [en plural]: *el deber de la inserción*. En unos años, los problemas de la inmigración, que nunca han dejado de interesarme, se habían convertido en un importante reto político.

De nuevo me hallaba libre y seguía siendo poco apreciado por el presidente de la República, por lo que tenía prohibido cualquier destino en una embajada, como me habría correspondido por mi antigüedad en la carrera. Vítia y yo comenzamos a pensar que el septenio de Giscard acabaría sin que el Quai d'Orsay me confiara un nuevo puesto y que entonces ya estaría en la edad de jubilación. En previsión de esa situación, habíamos buscado durante mucho tiempo una casa para nuestra vejez. No teníamos demasiadas preocupaciones materiales, puesto que Vítia ejercía con un talento unánimemente reconocido el oficio agotador pero muy lucrativo de intérprete de conferencias. Además, Mercure de France le había publicado su primera novela, *Le Temps des parents*, y los elogios de la crítica, en particular de Simone de Beauvoir, la incitaban a repetir la experiencia. Nuestra búsqueda contemplaba prioritariamente Bretaña, cuyo clima apreciaba Vítia. Yo me inclinaba más por el sur. Finalmente elegimos una vieja casa en un pueblo cerca de Uzès, cuya vista sobre las colinas y las viñas bordeadas por arbustos nos pareció irresistible. Adquirida en 1975, y con una modesta piscina construida dos años más tarde, es el lugar desde donde escribo estas líneas.

En 1977 nos habríamos retirado allí, dejando de lado ya cualquier esperanza de una nueva misión diplomática, si no se hubiera producido un encuentro casual con

Hélène Ahrweiler, que me propuso secundarla en sus esfuerzos para desarrollar las relaciones internacionales de la Universidad París-I, cuya presidencia acababa de asumir. Me hallé así la mar de contento en un agradable despacho en el corazón de la Facultad de Derecho, en la plaza del Panteón. Aquello me recordaba mis años en la Dirección de cooperación del Ministerio de Educación Nacional, pero las tareas eran mucho menos burocráticas. Hélène Ahrweiler tenía una personalidad a la vez atractiva y dominante, y nuestra relación pronto fue de confianza. Yo sentía su fuerza, y en sus relaciones con las universidades extranjeras dispuestas a intercambios con París traté de añadir cierta flexibilidad.

Esa nueva aventura duró seis meses y me sumergió de nuevo en un mundo que creía haber abandonado para siempre. En mi época en el Ministerio de Educación Nacional, trabajé con rectores y directores de educación superior, pero tuve poco contacto con los «verdaderos» universitarios, aquellos que consagran su vida entera a un tema preciso del que exploran minuciosamente todos los matices. ¿Habría podido hacer lo mismo yo? Me planteé la pregunta en Argel, donde André Mandouze remataba su tesis sobre san Agustín. Aún lo veo hoy, en su despacho, sumergido en el producto de sus últimos años de investigación, fichas y apuntes, referencias cien veces revisadas, volúmenes indexados y citas comprobadas. De aquel laberinto de papeles cuya ordenación parecía dominar surgía una obra que quedaría inscrita en la larga trama de la historia de las ideas. En comparación con su meticulosa inmersión, mis actividades de diplomático me parecían muy superficiales y sus efectos en la realidad, muy efímeros. Al lado de Hélène Ahrweiler, tenía una sensación muy diferente. Me pareció que los universitarios, al menos tanto como los diplomáticos, están encerrados en una especie de burbuja hecha de mutuo reconocimiento de valores altamente simbólicos a la que no llega el devenir del mundo exterior.

Por lo menos, los diplomáticos en algunas ocasiones deben enfrentarse a las desgracias de la época, a conflictos dramáticos, que sólo los afectan indirectamente pero de los que su conciencia no puede desprenderse con facilidad.

Los universitarios no se ven afectados por un desafío semejante. Sus pasiones acolchadas, aunque puedan ser violentas, entran en el registro de la colegialidad. El tiempo de la investigación es menos ajetreado y menos angustioso. Me sumergí en su universo como en un baño de serenidad. Y, sin embargo, conocen el fondo de las cosas, puesto que han dedicado tiempo a penetrar en él. ¿Acaso habría permanecido yo siempre en la superficie, y lo que yo llamaba el mundo no era más que el reflejo meteorológico cambiante de verdades más profundas?

No tuve tiempo de meditar acerca de esas melancólicas constataciones. El secretario general del Elíseo, Claude Brossolette, era hijo de Pierre, que fue mi jefe en la BCRA en Londres. Había descubierto que mi excedencia se prolongaba mucho y consideró que había que acabar con aquella situación. Así fue como, en la

primavera de 1977, me propusieron el puesto de embajador ante las Naciones Unidas en Ginebra.

El puesto de representante permanente de Francia ante las Naciones Unidas en Ginebra, que ocupé de 1977 a 1981, está considerado, en la «carrera», como un destino modesto, muy por debajo del de embajador de Francia ante las Naciones Unidas en Nueva York, cuyo titular forma parte del Consejo de Seguridad y dispone de ese privilegio de los miembros permanentes indebidamente llamado «derecho de veto». Es en Ginebra, empero, donde uno puede hacerse una idea más clara del sistema de las Naciones Unidas. Esa imponente arquitectura, construida pieza a pieza sin un verdadero plan de conjunto, a tenor de los retos y de la percepción de éstos por parte de los Estados miembros de la Organización, no se conoce bien y además no es apreciada por la mayoría de los observadores, ni por los del Norte ni por los del Sur. La atención se concentra en el único órgano poco democrático, el que se ocupa del mantenimiento de la paz y de la resolución pacífica de las diferencias, y en el que las cinco «grandes potencias», así designadas tras la segunda guerra mundial, han conservado hasta hoy el monopolio de las decisiones más importantes.

Al margen del relevante papel desempeñado por el Consejo de Seguridad, hay que subrayar el trabajo continuo, permanente y esencial llevado a cabo por las innumerables instancias responsables de las cuestiones económicas, sociales, culturales, técnicas y humanitarias, ninguna de las cuales puede hoy abordarse con eficacia sin hacer referencia a su contexto mundial. Así, algunos de los principales pilares de esa compleja arquitectura tienen su sede en Ginebra, y allí se desarrollan sus sesiones. De decenio en decenio, la parte de sus labores que la organización consagra a los problemas de desarrollo ha crecido constantemente, aunque los resultados obtenidos hayan quedado muy por debajo de las esperanzas de sus beneficiarios.

A los cincuenta y nueve años, había acumulado cierta experiencia acerca de los obstáculos con los que tropieza la comunidad internacional. Conocía los límites impuestos a la cooperación bilateral y la insuficiencia de los medios con los que contaban las instituciones multilaterales, pero a la par era consciente de los notables progresos ya alcanzados y de la variedad de los instrumentos disponibles. En Ginebra tenía su sede el Consejo económico y social, que había perdido buena parte de su eficacia con el incremento del número de sus miembros. Pero era también en Ginebra donde la Conferencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo, un foro entre Norte y Sur, tenía su secretaría. Igual que la Comisión económica para Europa, foro entre Este y Oeste, y la Comisión de los derechos humanos, cuna de la cultura humanística del próximo siglo. La presencia conjunta, a orillas del lago Lemán, de la

Organización Internacional del Trabajo, de la Organización Mundial de la Salud, del Comité Internacional de la Cruz Roja, del Alto Comisariado para los Refugiados, del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) —convertido en 1995 en Organización Mundial del Comercio—, así como de la Unión Internacional de Telecomunicaciones, de la Organización Meteorológica Mundial y de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, abría una vasta perspectiva a numerosas formas de cooperación para el desarrollo.

No había puesto que respondiera mejor a mi voluntad. Los cuatro años y medio que pasé en Ginebra fueron indudablemente aquellos en los que tuve más claramente la sensación de estar en el lugar apropiado. Y fueron también aquellos en los que la pareja muy unida que formábamos Vitia y yo desempeñó mejor su papel.

Mi predecesor, Jean Fernand-Laurent, era un camarada de promoción, de aquella promoción que pasó directamente de la guerra a la diplomacia mediante unas oposiciones especiales, la última antes de la creación de la Escuela Nacional de Administración (ENA). Aquello nos confería un vago prestigio con el que tratábamos de compensar la carencia de la formación jurídica y económica de la que se beneficiaron los alumnos de la ENA, y de la que están orgullosos.

Fernand-Laurent había establecido su residencia en un bonito pueblo del cantón de Vaud, a una treintena de kilómetros de Ginebra, donde su esposa y sus dos hijas adoptivas esperaban pacientemente su regreso todas las tardes. Pero era un lugar un poco alejado para recibir a los colegas. Él se había acostumbrado a ello, pero no nos ocultó los inconvenientes. Por suerte, la primera casa que una de sus colaboradoras localizó y que nos ofreció cumplía todas las condiciones que deseábamos. Aquella casa, modesta en sus dimensiones, estaba rodeada de un jardín repleto de rosales que le daba un gran encanto. Formaba ya parte del casco urbano, pero había conservado intacta su arquitectura de mediados del siglo XVIII.

La propietaria era de una vieja familia del Vaud y el inquilino al que sucedíamos era una criatura misteriosa que había hecho reinar en la casa un claroscuro de tapices y espejos de los que en la primera visita era necesario hacer abstracción para calibrar las verdaderas proporciones del lugar. La casa de la carretera de Malagnou, a dos pasos del museo de la Relojería, fue residencia de los embajadores de Francia de 1977 a 1992, y mis sucesores la elogiaron. Creo que es la casa más agradable en la que hemos vivido Vitia y yo.

Jean Fernand-Laurent me puso al corriente de las características del puesto, de las cualidades de sus colaboradores, de la gestión de los gastos de representación y de las instituciones ante las que estaría acreditado, pero sobre todo me dejó en herencia a la niña de sus ojos: la compañía de teatro de los Olmos, a la que debí prometerle prestar los mayores cuidados.

Las oficinas de la misión permanente, lo que en la jerga de la diplomacia se llama

Cancillería, por oposición a la Residencia, se hallaban a orillas del lago, en el mismo margen que el Palacio de las Naciones, en la Villa de los Olmos, una amplia residencia sobre el lago, rodeada de cedros magníficos. El césped, que parecía llegar hasta la orilla, lo segaba un rebaño de ovejas que el ayuntamiento de Ginebra, propietario de la finca, nos enviaba regularmente.

La compañía de teatro, que tomaba el nombre de la Villa de los Olmos, fue creada por Jean Fernand-Laurent y Colette de Stoutz. Esta encantadora anciana, hija del escritor Gonzague de Reynold y viuda de un diplomático suizo, personificaba a esa flor y nata de la cultura clásica francesa que no se encuentra más que en la Suiza romanda. Poseía, además, una técnica de dirección de actores de nivel profesional. Su voz imperiosa y su mirada de acero conferían una autoridad sorprendente a su silueta delgada y frágil.

Mi papel, me explicó Fernand-Laurent, consistiría en ofrecer mi apoyo a Colette y a los actores aficionados reclutados entre el cuerpo diplomático y entre la buena sociedad ginebrina. Esa compañía de teatro tenía como principal objetivo crear un lugar de encuentro para ambas comunidades, la ginebrina y la internacional, que tenían tendencia a ignorarse o a calumniarse mutuamente.

Ginebra fue mi primera y última embajada. Había sido varias veces encargado de negocios en Argel, pero no es lo mismo. El «jefe de misión» se halla en el centro de una amplia red de responsabilidades y debe desempeñarlas según su temperamento. Puede concentrarse en el aspecto de la gestión, cosa que hará que esté bien visto por el Departamento, o en el aspecto mundano, lo que lo hará ser apreciado por sus colegas embajadores. En Ginebra, puede dar prioridad a una u otra de las numerosas instituciones y organizaciones ante las cuales representa a Francia. Puede también mantener relación con los funcionarios internacionales, objetivo evidente para mí, que en varias ocasiones había sido uno de ellos. De aquellos a los que había conocido treinta años antes en Nueva York, ya sólo quedaban algunos. Uno de ellos, Francis Blanchard, había hecho carrera en la Oficina Internacional del Trabajo, de la que era director general. Blanchard fue para mí un excelente iniciador en los problemas de las relaciones internas del sistema de las Naciones Unidas, cuya complejidad era más palpable en Ginebra que en Nueva York. Su esposa, Marie-Claire, era la «estrella» de la compañía de los Olmos. Entre ella y Colette de Stoutz se había establecido un diálogo que nos hacía reír: Colette insistía en que Marie-Claire no se aprendía su papel, pero reconocía que improvisaba con mucho talento, y Marie-Claire se defendía, pues estaba convencida de que decía el verdadero texto de la obra.

Me tomé muy en serio la misión que me había encomendado Jean Fernand-Laurent, a la que Vitia se sumó de forma inteligente y divertida. Para elegir las obras, Colette y ella no siempre tenían la misma sensibilidad, pero se ponían de acuerdo con Diderot y Musset. Vitia se resistía a Labiche, al que Colette defendía, y ésta se

resistía a Turguénev, que Vitia proponía. Yo mismo participé, con mi pasión por la declamación poética: cuando la compañía no tenía repertorio, entre una representación y otra, organizábamos una velada en la que cada uno recitaba poemas en su lengua. Un colega soviético, por lo general muy reservado, tuvo así ocasión de hacernos llorar con un poema de Alexander Blok, «*Niezkakomka*», que le ofreció la oportunidad de dar rienda suelta a su auténtica sensibilidad rusa.

Esas veladas tenían lugar en la gran sala de reuniones de la Villa de los Olmos, y no sólo daban pie a numerosos ensayos, sino a la construcción de decorados y de bambalinas que creaban un agradable desorden en los locales de la misión. Era un terreno en el que Vitia, que nunca quiso subir al escenario, destacaba. A la hora convenida para la representación, los coches de los invitados se estacionaban en los caminos de acceso a la misión y todo el mundo se extasiaba ante la transformación de la sala, donde el centenar de sillas disponibles pronto era ocupado por una mezcla de diplomáticos y personalidades ginebrinas amantes de la cultura.

Colette de Stoutz y el embajador presentaban el espectáculo, y la velada concluía con un bufé rústico servido en mi despacho o, si el tiempo lo permitía, sobre la hierba con vistas al lago. Nuestros grandes éxitos fueron *¿Es bueno, o malo?* de Diderot y *Con el amor no se juega*, de Musset. Si la obra de Musset permitió que se aplaudiera el perfecto dominio de la lengua francesa del embajador del Reino Unido y su sentido del humor, la de Diderot tuvo efectos más insidiosos. Un apuesto diplomático español que respondía al glorioso nombre de Álvarez de Toledo asumió el papel protagonista, el de un filósofo libertino cuyo ingenio desdeña la moral pero consigue resolver los problemas de todos los corazones. Por ello debe cortejar y ser cortejado, algo que llegamos a la conclusión de que la esposa del actor, bella y posesiva, soportó mal. La obra fue aplaudida, pero ella no cejó hasta conseguir que él fuera destinado a la Embajada de España en Washington.

No hace falta decir que yo no tenía mucho tiempo para dedicarme a esas cuestiones frívolas. Estaba muy ocupado con las innumerables reuniones que se sucedían en Ginebra a lo largo del año, a las que se sumaban los encuentros especiales de alto nivel que implicaban el viaje desde París de un ministro, del primer ministro o del presidente de la República para tratar cuestiones del desarme, de los refugiados del sudeste asiático o del derecho humanitario. Las instituciones especializadas con sede en Ginebra por lo general estaban en manos de expertos, pero sus órganos de deliberación topaban inevitablemente con problemas políticos que exigían la intervención de la misión diplomática.

Mi participación en las actuaciones de la compañía de los Olmos se limitaba a las palabras de bienvenida. Y tenía que reprimirme para no subir al escenario. Sin embargo, en las veladas poéticas no me negaba el placer de recitar un poema de Rimbaud y, en la comedia de Diderot, me confiaron el papel crucial del criado que,

en una de las primeras escenas, pronuncia las decisivas palabras: «Señor, hay una dama que pregunta por vos». Finalmente, la cima de mi carrera teatral fue el papel de cura borracho en *Con el amor no se juega*.

Pero el considerable trabajo de reclutar a los actores, de preparar las reuniones entre ellos y con nuestra incansable animadora, de resolver los desaciertos de unos y de vencer la timidez de otros incumbía a Vítia.

En el terreno profesional, mi labor se veía facilitada, puesto que, entre 1969 y 1971, había sido director de las Naciones Unidas y de las organizaciones internacionales en el Ministerio, y por ello mi principal interlocutor en París era uno de mis sucesores en ese puesto. Los telegramas y despachos que redactaba eran los que había recibido seis años antes. El trabajo interno de las instituciones me era familiar, aunque el contexto se hubiera modificado desde mi último puesto internacional en 1972.

La evolución más previsible era el rápido aumento del número de Estados miembros. El vasto proceso de descolonización que, a partir de los años cincuenta, iniciaron los imperios británico, francés y neerlandés se aceleró tras la Conferencia de Bandung y el nacimiento del movimiento de los no alineados. La presión ejercida en el seno de la organización mundial multiplicó las independencias en África, el Caribe, el Pacífico y el océano Índico. La congelación de las relaciones Este-Oeste debida a la guerra fría daba prioridad a las relaciones Norte-Sur en el seno de las Naciones Unidas.

Los países de Asia, África y Latinoamérica habían hecho un frente común en la primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCYD), reunida en Ginebra en 1964. Los grupos A (afroasiático) y C (latinoamericano) se habían fusionado y habían tomado como sigla la cifra 77, puesto que ése era su número de Estados. Los países en desarrollo conservaron esa sigla a pesar de que en el curso de aquellos años se hubieran sumado cuarenta nuevos Estados al «grupo de los 77». La falta de homogeneidad en el seno de una formación tan amplia, que iba de México a Nepal y de Indonesia a Barbados, hacía que en la negociación con los otros grupos, razón de ser de la CNUCYD, fuera necesario hacer malabarismos. Los países desarrollados lo utilizaban como argumento para preservar sus posiciones y postergar de sesión en sesión la adopción de textos que habrían remediado los desequilibrios de la economía mundial. Se repartían entre el grupo B, en el que se hallaban las potencias occidentales, y el grupo D, que comprendía, bajo la firme tutela de la URSS, a los países con economía de Estado planificada. Quedaba en posición marginal la China continental, que hasta 1973 no ocupó su puesto en la Organización ni el de miembro permanente del Consejo de Seguridad, hasta esa fecha en manos de los herederos taiwaneses del mariscal Chiang Kaishek.

Tras mi marcha del PNUD, se había producido otro cambio de contexto

importante. El sistema monetario internacional se había tambaleado a raíz del abandono de la paridad entre el oro y el dólar. Esa decisión, tomada en el verano de 1971 por Richard Nixon, fue inevitable, ante el recelo de los socios de Estados Unidos, en primer lugar del general De Gaulle, respecto a las reservas de Fort Knox, consumidas por los gastos producidos por la guerra de Vietnam. Esto tendría consecuencias cuya magnitud, en 1977, sólo comenzábamos a atisbar. La más evidente fue la primera crisis del petróleo y la más insidiosa, las graves fluctuaciones provocadas por la proliferación de petrodólares y la deuda monumental de los países del Sur. Estaba en entredicho el equilibrio cabalmente construido en 1944 en Bretton Woods, que durante treinta años había permitido el funcionamiento satisfactorio de los intercambios comerciales y monetarios, llevar a cabo el plan Marshall sin una excesiva inflación, apoyar las políticas de pleno empleo de las naciones industrializadas y facilitar a los países del Sur unas transferencias de liquidez que respondían a sus necesidades. Los bancos nacionales ya no controlaban los flujos necesarios. Sacudidos por los tipos de cambio y los frenos aplicados a las especulaciones más arriesgadas, ya no tenían cabida en el mercado. Sólo el déficit creciente de la balanza de pagos de Estados Unidos absorbía unos choques cada vez menos controlables.

Los primeros en aprovecharse de ese desorden fueron los productores de materias primas, aunque acto seguido se convirtieron en las primeras víctimas. Todos tanteaban en busca de un nuevo reparto que asegurara a las potencias industriales el acceso a nuevas fuentes de energía que les era indispensable y a los países en desarrollo la financiación necesaria para el crecimiento de su poder adquisitivo.

La conferencia convocada en 1974 por el presidente Giscard d'Estaing trató de trocar la estabilización de los precios del petróleo y de las materias primas por un programa plurianual de transferencias financieras y tecnológicas del Norte al Sur. Su fracaso no hizo desvanecerse la esperanza de restablecer por otras vías un partenariado estable entre países desarrollados y países en desarrollo. ¿Para qué servían las Naciones Unidas sino precisamente para mantener esa esperanza, para aprovechar cualquier evolución favorable con el fin de relanzar sus perspectivas? Y una de esas evoluciones era el fin de la guerra de Vietnam. Al salir de ese largo período durante el cual habían unido en su contra a toda la juventud del mundo, incluida la suya, Estados Unidos podría recuperar un papel de gran socio generoso de las naciones emergentes, el mismo que le valiera, con el éxito del plan Marshall, la admiración de los pueblos y la aceptación de su liderazgo. La llegada de Jimmy Carter a la Casa Blanca hizo nacer muchas esperanzas. ¿Aquel defensor declarado de los derechos humanos convencería a los altos funcionarios del Departamento de Estado de poner fin a su recelo ante una Organización de la que fueron los arquitectos, pero donde en aquellos momentos se encontraban con la hostilidad de la

mayoría de los miembros, estimulados por la URSS, que la utilizaba de tribuna para denunciar el imperialismo norteamericano? Ésa era la buena noticia que todo el mundo esperaba.

Un tercer aspecto del nuevo contexto en el que se situaba mi trabajo diplomático en Ginebra era la ampliación de la Comunidad Europea, que había pasado de seis a nueve miembros, y que alcanzaría, durante aquellos cuatro años, la cifra de doce. Para mí, suponía el camino hacia el objetivo político principal desde mi regreso de Buchenwald: la constitución de una federación europea que pusiera el enorme potencial de las sociedades occidentales, finalmente reconciliadas en su fecunda diversidad, al servicio de una gran ambición planetaria. El motor de esa ambición ya no sería la sed de poder, sino la sed de justicia; ya no la hegemonía geográfica o ideológica, sino el respeto al derecho de cada ser humano a ocupar su lugar en un conjunto tan cósmicamente expandido como fuera posible.

Un cuarto elemento reciente del contexto era el acta final de la conferencia de Helsinki. A buen seguro, las relaciones Este-Oeste no se habían distendido, pero, gracias a Willy Brandt, la coexistencia pacífica había realizado avances considerables. Para afirmar su superioridad, los adversarios ya no contaban con el uso de las armas más destructivas. La laboriosa negociación de la Conferencia sobre seguridad y cooperación en Europa desembocó en acuerdos bastante ambiguos, en cuyos intersticios las personas de buena voluntad podían hacer oír sus voces. ¿Nos había engañado Brezhnev o habíamos introducido el gusano de la libertad, temible roedor, en la fruta ácida del estalinismo? Aún era demasiado pronto para juzgarlo.

En ese contexto abordé mi misión, y consagré la parte esencial de mi tiempo a los problemas del desarrollo. Con la ayuda de André Leroux, un joven diplomático particularmente hábil —tal vez porque el hándicap de su hemofilia redoblaba su coraje y su ingenio—, traté de ejercer una influencia personal en las deliberaciones de la CNUCYD, cuyo secretario general era entonces un economista de Sri Lanka, Gamani Corea.

Ese vasto aparato de negociación permanente entre Norte y Sur comprende una conferencia, que se reúne cada cuatro años, por lo general por invitación de una capital de Asia, África o Latinoamérica; un consejo, cuyas sesiones se celebran en Ginebra y al que presentan sus informes unas comisiones múltiples de competencias técnicas, y una secretaría permanente, dirigida por una persona del Sur.

Los fundamentos de esa maquinaria fueron establecidos por su primer secretario general, Raúl Prebisch, economista argentino de renombre que, tras conseguir el apoyo a sus tesis por parte de latinoamericanos y asiáticos, sumó también a los africanos a medida que éstos accedían a la independencia. Apoyado por André Philip en la primera CNUCYD en Ginebra en 1964, luego en Nueva Delhi en 1968,

constituyó un frente sólido para denunciar la hegemonía de las sociedades multinacionales y hacer un llamamiento a los Estados del Sur con el fin de atajar la ideología liberal de la Escuela de Chicago mediante una política económica voluntarista. Lo encontré avejentado pero igualmente combativo, en Santiago de Chile, en 1972, apoyando a Salvador Allende contra las maniobras de ITT. No había fracaso que minara sus convicciones.

El segundo secretario general de la CNUCYD, Manuel Pérez Guerrero, había sido colega mío en Nueva York durante los primeros años de las Naciones Unidas. Cuando el presidente Truman, en el apartado IV de su programa de política exterior, lanzó la idea de una asistencia técnica a los países subdesarrollados, prometiendo dedicar a ello recursos importantes y exhortando a las Naciones Unidas a convertirse en su principal valedor, el secretario general, Trygve Lie, confió a ese joven economista venezolano la dirección del programa multilateral. Con él y con Henri Laugier tuve apasionantes discusiones acerca del alcance y los límites de las transferencias de tecnologías de un entorno cultural a otro. El subdesarrollo era un concepto nuevo, que no figuraba en la carta de las Naciones Unidas. ¿Podría ser combatido permitiendo a los pueblos afectados por el mismo compensar su retraso sólo en el plano técnico, el de la experiencia y la formación? ¿Era necesario dedicar a ello importantes recursos financieros, del orden del 1% del PIB de los países ricos?

Estábamos decididos a convertirnos en protagonistas de esa política. Éramos jóvenes y estábamos seguros de nosotros mismos.

Al suceder a Prebisch en 1970, Manuel Pérez Guerrero trató de reemplazar la confrontación por una cooperación más amistosa, que se vio detenida súbitamente por la crisis petrolífera. Regresó a Venezuela, donde ocuparía un puesto ministerial importante, y volvió a París en 1974 para copresidir con un ministro canadiense la conferencia convocada por Giscard d'Estaing. Juntos deploramos la obstinación simétrica de los países exportadores de petróleo y de Estados Unidos, uno de los numerosos ejemplos de desencuentros fatales que impiden a la comunidad mundial dar un paso adelante.

Cuando fue sustituido por Gamani Corea, la confrontación se había avivado de nuevo y se buscaban en vano terrenos en los que los puntos de vista del Norte y del Sur pudieran confluir. La crisis del petróleo fue larga; endeudó sobremanera al Tercer Mundo e hizo aún más severa la competencia entre los países industrializados. Desde su innegable competencia como economista, Corea, el primer asiático que ocupaba aquel puesto, miró decepcionado y entristecido a aquellos embajadores que acudían a presentarle sus desideratas, tanto los del 77, que no entendían sus propios problemas, como los occidentales, que pretendían entenderlos, mientras que su formación de diplomáticos los hacía, a ojos de Corea, unos analfabetos.

Comprendió el papel que Francia podía desempeñar y me reconoció los esfuerzos

que hacía, apoyado con mayor o menor vigor por París, para dar de mi país la imagen de una nación apegada a la defensa de los derechos humanos y deseosa de alcanzar un reparto más equitativo de los recursos del planeta. ¡Cuántas veces evocamos, en su esplendoroso despacho del Palacio de las Naciones, mientras el Mont Blanc aparecía a veces en el cielo sobre el lago, las posibles formulaciones de un texto o los párrafos de una resolución en torno de los cuales podría alcanzarse un consenso!

Mi memoria, mecida por ese paisaje, halagada por los elogios que rodeaban mi acción, viste con un halo de luz la silueta de muchos de los colegas con los que, a lo largo de los años, he compartido vida y trabajo. Algunos se convirtieron, y siguen siéndolo, en símbolos de esa hermosa solidaridad que une a los continentes.

Otorgaría la primera plaza al embajador Alioune Sene, que llegó de Dakar al mismo tiempo que yo de París. Tras haber sido ministro de Cultura de Senegal, representaba entonces a su país no sólo ante las Naciones Unidas en Ginebra, sino también ante la Confederación helvética en Berna. Su imponente silueta —casi caricaturalmente africana—, su sonrisa luminosa y la cortesía de su lenguaje sólo dejaban aparecer progresivamente la sutilidad de su talento diplomático. Pronto compartimos la convicción de que, si se jugaba con inteligencia y candor, las Naciones Unidas podrían contribuir de manera decisiva a la solución de los grandes problemas de nuestro tiempo. Para ello, sin embargo, era necesario conseguir formular los valores sobre los que se podía llegar a un acuerdo y denunciar con valentía los intereses ocultos de los unos y el recelo nervioso de los otros, que impedían alcanzar ese consenso con eficacia.

Alioune Sene tenía gran influencia en el grupo africano. Éste era numéricamente el más importante, pero también el más difícil de coordinar, pues sus integrantes eran muy heterogéneos. Entre ellos figuraban algunos de los Estados más pobres del mundo, para los cuales mantener una misión permanente en Ginebra suponía un transtorno financiero. Del voto del grupo africano dependía a menudo la adopción de textos que supondrían un progreso en la cooperación internacional. Al igual que yo sufría las reticencias y obstrucciones de los Estados de mi grupo, a él le pesaban las reivindicaciones excesivas del suyo, y nos lamentábamos de ello el uno al otro antes de buscar juntos la manera de relanzar la negociación. Sene permaneció diecisiete años en Ginebra. Allí adquirió notoriedad y sabiduría. Su esposa, cuyo encanto y afecto me robaron el corazón en cuanto la conocí, le ofrecía un equilibrio que los fracasos no podían socavar. Y, sin embargo, ¡cuántas ocasiones desaprovechadas durante los años de su mandato debido a la falta de visión de las grandes potencias, mientras África se hundía en la pauperización, la marginalización y la violencia!

Ni él ni yo nos dejábamos engañar por los discursos. Los años pasaban sin que se iniciara una verdadera negociación, la que habría podido sentar las bases de un

«nuevo orden económico mundial». La fórmula se acuñó en 1973, en Argel, en la cumbre de los no alineados. La Asamblea General de las Naciones Unidas la había adoptado a su vez, para convertirla en el horizonte de las «décadas de desarrollo» proclamadas cuatro veces. Horrorizaba a Estados Unidos, que juzgaba que el orden reinante era satisfactorio. Los europeos fingían suscribirla, pero, a falta de una visión más valiente, no osaban desmarcarse de su gran aliado.

Nuestros esfuerzos comunes para movilizar a los francófonos al servicio de una estrategia más eficaz entre Norte y Sur aún me unieron más a Alioune Sene. El grupo constituido no se limitaba a protestar, por otra parte sin excesivo éxito, contra la supremacía de la lengua inglesa en todos los trabajos de la organización, sino que trataba también de afirmar unos valores comunes: la aspiración a un mundo menos inicuo, más preocupado por la dignidad de cada persona, capaz de procurar a todas las sociedades que en él conviven los recursos necesarios para su crecimiento, un mundo más humanista.

Por agradables que fueran esos encuentros y por sinceras que fueran nuestras deliberaciones, la experiencia de Ginebra me convenció de que, incluso movilizándolo todos los recursos de su área lingüística, Francia no tendría peso en el destino del mundo si no conjugaba sus fuerzas con las de las demás democracias europeas reunidas en una unión de naturaleza federal. Pero fue también en Ginebra donde pude ver lo difícil que sería alcanzar ese objetivo.

Difícil, pero no imposible. Constaté, por ejemplo, que, en muchos de los problemas particulares que surgían en el orden del día de cada una de las numerosas sesiones de los órganos internacionales, bastaba con que la delegación francesa presentara una propuesta constructiva para que los miembros de la Comunidad Europea aceptaran apoyarla. Y, si se ponían de acuerdo acerca de un texto, por lo general conseguían convencer a los demás occidentales. Su peso ya era preponderante y era posible llegar a un acuerdo, a condición de que el representante de Estados Unidos no estuviera maniatado por instrucciones muy estrictas, como las que en los años ochenta procedían del secretario de Estado adjunto John Bolton, enemigo declarado de las Naciones Unidas.

A ese respecto, tuve la fortuna de pasar en Ginebra los años de Carter. El impulso dado por ese joven presidente, embebido de los valores del *New Deal*, los que hicieron de Estados Unidos el faro de los años treinta y cuarenta, nos permitió dar más brillo a las deliberaciones de las Naciones Unidas sobre desarrollo y sobre derechos humanos. Pero aquel impulso se detuvo en seco con la elección de Ronald Reagan.

Entre mis colegas asiáticos, recuerdo a uno cuya amistad me impresionó sobremanera, el embajador Marker de Pakistán. Llegó a Ginebra en el momento en

que la larga y apasionante negociación sobre la creación de un fondo común para los productos básicos había superado ya las primeras etapas. El grupo de los 77 le confió la presidencia de uno de los comités encargados de hallar una solución al problema del estatuto específico de aquella nueva institución. Tras la marcha de un diplomático británico muy competente y prudente, me convertí en coordinador del grupo de las naciones industrializadas en esa negociación. Por ello tenía buenas razones para interesarme por la persona y las ideas del embajador Marker. Descubrí a un hombre de gran cultura, descendiente de una familia parsi dedicada desde hacía varias generaciones al servicio del país, acompañado de su esposa que, ya gravemente enferma, murió poco después de su llegada. La dignidad con la que vivió aquel drama y la naturalidad con la que volvió a casarse poco después constituyen unos recuerdos que me han marcado más a la larga de lo que creí en su momento. Marker fue unos años más tarde embajador de Pakistán en París, donde recuperamos nuestra relación. Es propio de la vida de los diplomáticos ver cómo a través de los años se suceden amistades efímeras y reencuentros inesperados. De Marker aprendí muchas cosas acerca del islam, acerca de la profundidad de las tradiciones de Asia y de su resistencia a una civilización occidental muy arrogante y a veces con poca amplitud de miras.

En el polo opuesto a esa serenidad, por así decirlo, me viene a la memoria la espumosa alegría del embajador de Jamaica, Tony Hill. También él desempeñó un papel importante en los debates sobre materias primas. Sus discursos acalorados irritaban a mis colegas occidentales, pero pronto comprendimos que, tras haber denunciado despiadadamente las tesis de los países industrializados, en los pasillos trataría de lograr compromisos aceptables. Fue él quien me inició en los problemas del Caribe, región del mundo en la que las mezclas de poblaciones, de culturas y religiones son tal vez las más inextricables, al ser tierras de poblaciones mestizas, de las que emana una poesía estridente y desesperada. Tony Hill expresaba todo aquello y además añadía una sorprendente confianza en la fuerza de la palabra, que lo alejaba de cualquier morbidez.

Al evocar mis años en Ginebra, navego entre las personas y las ideas. Más personas que ideas. Por lo menos, las ideas se vivían en el día a día, en el debate sobre los textos en los que la forma primaba a menudo sobre el sentido: proyectos de resolución en lenguaje codificado, compromisos redactados de manera que no comprometieran demasiado, afirmaciones de principios que debían presidir la acción de los gobiernos sin impedirles tratar de alcanzar sus propios intereses.

Me sumé a aquel juego algo absurdo y me sentía satisfecho, incluso orgulloso, cuando la CNUCYD, la Comisión de derechos humanos, el comité ejecutivo del Alto Comisariado para los Refugiados o la Comisión económica para Europa tomaban una decisión que ponía fin a un debate a veces laborioso con lo que me parecía sentido

común: menos recelo mutuo, mejores perspectivas para la cooperación, mayor vigilancia sobre el respeto de los derechos de las personas humanas.

Han pasado quince años desde la larga negociación sobre el fondo común para los productos básicos que, tras haberme ocupado durante días y a menudo durante noches a lo largo de tres años, dio a luz en 1980 un tratado muerto antes de nacer. La dependencia de la mayoría de los países del Tercer Mundo respecto al comercio de esas materias primas, que constituía su principal o incluso su única fuente de divisas, era una evidencia. Era necesario evitar que ese comercio fuera monopolizado por los consumidores, esos países ricos que tenían interés en mantener los precios bajos. Su tranquilidad se vio sacudida por la explosión de los precios del petróleo consecutiva a la acción enérgica de los productores, agrupados en la OPEP. La conferencia de París, convocada por Giscard d'Estaing en 1974, fracasó en la búsqueda de un nuevo equilibrio. Dos años más tarde, durante la cuarta Conferencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo, celebrada en Nairobi, el principio de un nuevo mecanismo ingenioso destinado a estabilizar los precios de las materias primas a un nivel remunerador fue aceptado en el curso de una memorable sesión de noche en la que el ministro francés de Asuntos Exteriores, Jean François-Poncet, desempeñó un papel determinante. Ese mecanismo recibió el nombre de Fondo común para los productos básicos, y a la CNUCYD se le encargó que negociara las modalidades del mismo. Era, cuando llegué a Ginebra, una de las negociaciones que movilizaban a la comunidad internacional. Exigía sacrificios por parte de los seguidores incondicionales de la economía de mercado, puesto que se trataba de ejercer una acción voluntarista sobre los precios regidos hasta el momento por la oferta y la demanda. Era un tema muy controvertido, en el que la proclamación de grandes principios disimulaba a duras penas un sólido escepticismo sobre los resultados. Occidente, sin embargo, se había comprometido a ello y no podía desdecirse de sus promesas.

Hacer que ciento cuarenta Estados negocien sobre los elementos de un futuro tratado exige una mecánica. Cada grupo designa a un portavoz, encargado de recoger el acuerdo de los portavoces de los subgrupos que lo componen. Al notable embajador de Indonesia, Ali Alatas, quien unos años más tarde sería ministro de Asuntos Exteriores de su país, le correspondió la tarea casi imposible de negociar en nombre de los 77 y, por lo tanto, recoger los puntos de vista a menudo divergentes de los grupos africano, latinoamericano y asiático. Por mi parte, recibí el encargo de negociar con él en nombre de los occidentales, es decir, operar la conciliación entre los nueve de la Comunidad, los otros europeos —entre ellos los escandinavos—, los estadounidenses, los canadienses, los australianos, los neozelandeses y Japón. Una misión a priori más sencilla y que me hizo concebir una creciente estima hacia Alatas a medida que yo mismo percibía las dificultades de mi propio ejercicio. Había que

tener también en cuenta a los otros dos grupos, China y los países del Este. Sus portavoces, sin embargo, se limitaban a observarnos debatir y a hacer algunas puntualizaciones. Creían que el tratado no les concernía, y en eso se equivocaban, puesto que la entrada en vigor del mismo se debió, ironías de la historia, a su ratificación por la URSS.

Además de en las sesiones a menudo nocturnas en las que Alatas y yo proclamábamos nuestras mutuas obstinaciones en tono vehemente, nos reuníamos con Vitia y su esposa June en unas cenas en las que, dejando de lado por unas horas la cotización de las materias primas, evocábamos los barrios de París y los rascacielos de Nueva York. Nuestra amistad se nutría del hecho de que, al margen de todas las contradicciones, la negociación acabó por llegar a buen puerto y el tratado fue firmado en 1980.

Ese resultado no se habría obtenido si Estados Unidos no hubiera estado representado durante aquellos dos años decisivos por William Van den Heuvel, amigo personal de los Kennedy, que había participado activamente en la campaña presidencial de Jimmy Carter. Cuando se incorporó a aquel puesto, hizo públicas sus enormes reservas acerca de la viabilidad del fondo común, aspecto en el que llevaba razón. Para la entrada en vigor del tratado, no sólo debía ser ratificado por la mayoría de los Estados, sino que había que reunir el capital necesario, lo que exigía su ratificación por los principales contribuyentes. Sin la ratificación de Estados Unidos, que sabía que sería difícil conseguir, el tratado sólo entraría en vigor si, en una inverosímil hipótesis, era ratificado por la URSS. Eso sucedió en 1984, para sorpresa general. Pero la criatura recién nacida no tenía sustancia.

Por lo menos, Van den Heuvel, impresionado por el vigor con el que yo conducía la negociación, estuvo atento a que su delegación, de la que formaban parte brillantes diplomáticos como Robert Hormats o Richard Holbrooke, futuro negociador de paz en Bosnia, no obstruyera sus avances. Comprendía mi preocupación por no permitir que Occidente incumpliera sus promesas. «Si alguna vez se crea un fondo común — me decía con humor—, en su pórtico deberá figurar su estatua».

La negociación se interrumpió durante la celebración de la quinta Conferencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo, convocada en Manila en el verano de 1979. Todos los equipos de Ginebra se trasladaron entonces a la capital del presidente Marcos. Imelda y él nos recibieron con gran pompa en el palacio de Malacanal. Aquello debía ser el apogeo del mandato de Gamani Corea, quien militaba a favor de que se iniciara la famosa «negociación global» en la que se reconstruiría la maquinaria multilateral destinada al desarrollo del Tercer Mundo, una maquinaria cuya arquitectura polimórfica e incoherente parecía incapaz de encarrilar a la comunidad internacional hacia un orden más justo.

La presión de los países petroleros aún era muy fuerte y dio lugar a la segunda

crisis petrolera que, una vez más, hizo peligrar los flujos monetarios internacionales y el equilibrio de las instituciones de Bretton Woods. Jimmy Carter y su consejero diplomático Zbigniew Brzezinski se mostraban dispuestos a escuchar las necesidades de los países del Sur. La Comunidad Europea, en vías de ampliación, estaba presidida por Francia. Ésta, como ocurre muy a menudo, negociaba con ambigüedad. Por un lado, nos aproximábamos a los países deseosos de hacer justicia a las legítimas reivindicaciones de los socios del Sur o, por lo menos, establecer un diálogo constructivo con los menos radicales de ellos; por otro, estábamos ligados por nuestra solidaridad con los miembros más timoratos de la Comunidad Europea: el Reino Unido y Alemania. Incluso en el propio seno de la delegación francesa había que arbitrar entre escépticos y convencidos.

Tanto por sus fastos y sus grandes esperanzas como por sus bloqueos y sus desencuentros, la conferencia de Manila fue uno de los momentos importantes de mi compromiso con la diplomacia multilateral. Allí percibí más que nunca el alcance de sus limitaciones y las razones de su fracaso, y de allí extraje buena parte de mis convicciones acerca de los nuevos impulsos necesarios para salir de aquel callejón sin salida.

Decidí que Vitia me acompañara y nos regalamos una escala puramente turística por el camino. Así pasamos unos días en Nepal. Pero, en Katmandú, ni siquiera las cumbres centelleantes del Himalaya y la sutileza de la arquitectura sagrada nos protegían de una sensación de desasosiego y horror ante el mortífero aliento de las hordas occidentales y la invasión de la Coca-Cola. La autenticidad de una cultura que relegaba a los comerciantes al papel de criados se veía atacada desde el exterior y desde el interior por las tentaciones corruptoras de la sociedad de consumo.

Solo, trataba de evitar descorazonarme ante aquella constatación. Con Vitia, sufría el contagio de su lucidez. Sucedió lo mismo en Manila. La yuxtaposición de una miseria colorista y de una riqueza gris, el lujo insolente de los gastos suntuarios y la indiferencia ante las masas indigentes no podían dejar insensible a nadie. De excursión a la base norteamericana de Baguio, ambos sentimos la presencia opresiva del ejército estadounidense, como si MacArthur aún estuviera allí.

En los amplios pasillos del Palacio de Congresos se cruzaban colegas míos del pasado y del momento, del Norte y del Sur, con quienes había construido muchos castillos en el aire. Unos llegaban al final de sus carreras y otros ocuparían luego puestos prestigiosos. El suizo Arthur Dunkel sería secretario general del GATT; el británico Peter Marshall llegaría a secretario general adjunto de la Commonwealth; el argelino Idriss Jazairy fue el primer presidente del Fondo internacional de desarrollo agrícola. En Manila, éramos una cuadrilla de amigos no siempre disciplinados, pero dispuestos a hacer avanzar nuestras carreras y también la negociación.

Al atardecer, en el hotel, con las ventanas abiertas ante las espléndidas puestas de

sol de la bahía de Manila, conversaba con Vítia acerca de los penosos avances de nuestros debates, y ella me explicaba los encuentros que había tenido en las calles atestadas de la ciudad, alegradas por los minibuses engalanados y las barracas de feria.

En mi calidad de jefe de la delegación francesa, y dado que Francia asumía aquel semestre la presidencia de la Comunidad Europea, pasaba muchas horas tratando de conseguir un acuerdo de los nueve y luego presentando en su nombre propuestas a los demás miembros del grupo de los países occidentales. Preparábamos el terreno antes de la llegada de los ministros, que supondría la cumbre de la conferencia y su conclusión. René Monory representó a Francia y el conde Lambsdorf, a la RFA. Los ministros no tenían mucho más que decir que los embajadores, pero lo decían con más hipocresía y, como si quisieran convencerse de que creían en ello, no escatimaban elogios a Marcos y a Gamani Corea. Mi ministro, cuya sencillez y capacidad de escuchar apreciaba, no se hacía ilusiones acerca de los progresos que la conferencia supondría para en el comercio y el desarrollo. Por lo menos, deseaba que se relanzara la negociación sobre el fondo común, y ése fue prácticamente el único resultado obtenido en Manila.

De regreso en Ginebra nos pusimos manos a la obra y, con la ayuda de Van den Heuvel, conseguí cerrar la negociación con Ali Alatas, ante la resignada satisfacción de los socios. Los avances decisivos se obtenían por lo general hacia medianoche, cuando a los miembros de la comisión preparatoria se les cerraban los párpados. Recuerdo una de esas noches en que la comisión estaba presidida por un ministro de Bangladesh que practicaba el arte de la suspensión de las sesiones para permitir negociar a los grupos y subgrupos. Al juzgar que aquella noche se había conseguido el acuerdo, fui a verlo a eso de la una de la madrugada con intención de apremiarlo para que retomara la reunión. Miró su reloj y, con enorme sentido común, me dijo que esperaría a las tres de la madrugada. Llevaba razón.

La conclusión del tratado sobre el fondo común la viví más como una prueba deportiva en la que conduje a mi equipo a la victoria que como una etapa importante en el camino del desarrollo. Como sucede a menudo en la vida internacional, el problema que nos habíamos propuesto resolver había perdido ya buena parte de su pertinencia. Incluso si nuestros esfuerzos no se hubieran visto frustrados por el número insuficiente de ratificaciones, incluso si el fondo hubiera entrado en vigor en 1980, no habría dispuesto de las sumas necesarias para incidir en la cotización de las materias primas. Y aunque esas cotizaciones se hubieran estabilizado en un nivel remunerador, esto no habría resuelto los problemas fundamentales de los países productores.

Sin embargo, en el curso de la negociación se establecieron lazos y se constataron evidencias que servirían de base para la siguiente etapa de la cooperación

internacional. Nuevas esperanzas constituirían el preludio de nuevas decepciones, y éstas darían a luz nuevos puntos de vista. Aprendí así a aceptar ese movimiento lento de los conceptos y de las realidades, en el que las palabras y las cosas, los textos y los actos reflejan en su laborioso encadenamiento las profundas pero imperceptibles transformaciones del mundo.

Otros muchos debates ocuparon, en el curso de los cuatro años y medio que estuve en Ginebra, a la misión permanente que estaba a mi cargo. Sería imposible evocarlos detalladamente. Entresaco al azar algunos ejemplos, como una negociación en la CNUCYD sobre la deuda, problema ya crucial en 1978 y que lo sería aún más a los largo de los quince años siguientes; un asunto aún mal resuelto hoy en día, a pesar de las condonaciones y las renegociaciones que nunca llegan hasta la raíz del mal. Aquel año, los 77 insistían para que la CNUCYD obtuviera un papel de observador en las negociaciones entre acreedores y deudores, llevadas con gran discreción por el Club de París^[49]. El director adjunto del Tesoro había sido enviado a Ginebra para dirigir esa negociación. Así conocí a Michel Camdessus, que años más tarde sería director general del Fondo Monetario Internacional. Fue para mí un placer ver cómo se sumergía en el torbellino de Ginebra, se familiarizaba con la mentalidad de los países en desarrollo y salía del mismo elogiado y reconfortado por aquella breve negociación.

Igualmente, en 1979, se confió una misión interesante a una joven consejera de Estado, Nicole Questiaux, que formaba parte de la Subcomisión de los derechos humanos y que se convirtió en una fiel amiga de Vítia y mía. Mientras en la comisión estábamos representados por un profesor de derecho bastante reaccionario, cuyas maniobras la misión veía con poca simpatía, el trabajo de Nicole Questiaux la situó de inmediato en la categoría de los innovadores. Las Naciones Unidas, aquellos años, abordaban aún la protección y la promoción de los derechos humanos con grandes precauciones. Los objetivos de la mayoría de los Estados miembros eran Sudáfrica e Israel. Lo que sucedía en Chile bajo Pinochet, en Argentina bajo la dictadura militar o en los Estados totalitarios del Este y del Sur aún escapaba a una investigación seria. El mérito de la subcomisión fue elaborar pacientemente unos procedimientos, mecanismos, investigaciones e informes que se apoyaban en la acción perseverante de las grandes organizaciones no gubernamentales de defensa de los derechos humanos, en particular Amnistía Internacional. Éstas sometían cada vez más vigorosamente a todos los Estados que violan esos derechos al examen crítico de la comunidad internacional. Nicole Questiaux desempeñó en ese proceso un papel protagonista y sus logros me enorgullecían: hay, a veces, no siempre, un patriotismo feliz.

Fue también con Nicole Questiaux con quien logré llevar a buen puerto un pequeño complot destinado a poner al gobierno ante el hecho consumado de un

nombramiento que se revelaría beneficioso para el prestigio internacional de Francia: el de un joven magistrado, Louis Joinet, al que Nicole apreciaba por su coraje y combatividad, pero cuya inclinación a la izquierda no era del agrado de Matignon. Aprovechando el momento propicio para simular el acuerdo del departamento, hice que lo nombraran sustituto de Nicole Questiaux antes de que fueran consultadas otras instancias gubernamentales. A lo largo de los quince años siguientes, desempeñaría un papel relevante en la protección de los derechos humanos. De esos pequeños tejemanejes uno se siente orgulloso durante mucho tiempo.

Estaba en Ginebra desde hacía cuatro años cuando François Mitterrand, que había perdido contra De Gaulle en 1965 y contra Valéry Giscard d'Estaing en 1974, presentó por tercera vez su candidatura a la presidencia de la República. Apartaba así de la misma a Michel Rocard, cuya valiente reacción tras el fracaso de los socialistas en las legislativas de 1978 lo había convertido por primera vez en candidato potencial. Desde Ginebra seguíamos la campaña apasionadamente. Tan grande era mi deseo de asistir a aquella «alternancia», que para mí constituía la verdadera prueba de un régimen democrático, que precedía la victoria de la izquierda a mis colegas de las Naciones Unidas. Éstos me tomaban por un soñador. Hasta el último momento les pareció que Valéry Giscard d'Estaing sería reelegido.

Recibí a Giscard unos meses antes. El Alto Comisariado para los refugiados, donde el ex primer ministro danés Poul Hartling había sucedido al príncipe Sadruddin Aga Khan, concedió un premio al presidente de la República francesa y otro al presidente de Botsuana. La ceremonia de entrega de esos premios reunió a ambos hombres en una sala del palacio atestada de cámaras. Yo me había preguntado cómo me saludaría Giscard y si recordaría mi desgracia tras el asunto Claustre. Se mostró amable y discreto y regresó a París tras una breve visita al Comité Internacional de la Cruz Roja. Iba acompañado de un joven diplomático destinado al Elíseo, Jean-David Levitte, al que yo había conocido unos años antes en Nueva York, donde trabajaba en la misión permanente. Ya en aquel primer encuentro me habían impresionado su inteligencia y su disponibilidad. Ese segundo contacto confirmó mi impresión. Ocho años más tarde, ocuparía el puesto de embajador ante las Naciones Unidas en Ginebra y residiría en la carretera de Malagnou. Y obtuvo mi nombramiento como presidente de la delegación francesa en la Comisión de derechos humanos. Desde 1995 es consejero diplomático de Jacques Chirac.

Unas palabras más acerca de la casa de Malagnou. La televisión de la Suiza romanda deseaba hacer un reportaje acerca de un representante permanente ante las Naciones Unidas en Ginebra y eligió al embajador de Francia. Como aquel año yo presidía el comité ejecutivo del Alto Comisariado para los Refugiados, el rodaje se concentró primero en la gran sala del nuevo palacio en el que tenía la sede ese órgano. Pero deseaban también que los telespectadores compartieran la vida privada

del interesado. Así que nos propusimos organizar una cena en la carretera de Malagnou y advertimos a nuestros invitados de que habría cámaras, cosa que los divirtió mucho. Vítia preparó un postre de color rojo que se comía la pantalla, y obligaron al chófer del embajador de Italia a repetir tres veces la maniobra de su marcha en la avenida lateral de la residencia, pues las cámaras no habían obtenido una buena toma en los dos primeros intentos.

No era la primera ni sería la última vez que me viera en un film. Cuando tenía unos doce años una amiga fotógrafa de mi madre que rodaba un film sobre los muelles de París le sugirió que yo interpretara el papel de un chiquillo que había perdido a su hermano pequeño y que iba en su busca por las orillas del río. Con setenta y seis años, un equipo de jóvenes cineastas berlineses me convenció para ser el personaje principal de un documental titulado *Der Diplomat* que evocaba mis aventuras y mis encuentros. Me he visto, pues, en una pantalla de cine en diferentes edades de mi vida, moviéndome y hablando, corriendo y discutiendo. Es una experiencia que disocia más netamente que cualquier otra el cuerpo del yo. El cuerpo se convierte en ese objeto un poco torpe que se utiliza para desempeñar las funciones vitales, y uno mira cómo se comporta con una mezcla de incomodidad y simpatía.

Cuando era niño, un día mi madre me preguntó, para poner a prueba mi modestia: «¿Te crees guapo?» ¡No era, claro está, más que una provocación! Pero recuerdo mi respuesta: «No, pero me creo simpático».

Más recientemente, tal vez con motivo de la película alemana, constaté que siento hacia mi cuerpo una enorme gratitud: nunca me ha abandonado. Sin embargo, no le he prodigado demasiados cuidados. No he hecho deporte ni gimnasia, jamás he llevado sombrero, aunque lloviera, y he mantenido una higiene muy ordinaria. Una sola baza a mi favor, tal vez: para llevar la contraria a Helen, siempre he evitado el tabaco.

El fallecimiento de François Mitterrand supuso para cuantos vivieron intensamente la llegada de la izquierda al poder una incitación a pensar en lo que esperaban que pasara cuando eso ocurrió y lo que se obtuvo. ¿Podré librarme a ese ejercicio con menos prejuicios apologéticos o polémicos, con una perspectiva más justa que tantos autores que se apresuraron a hacer balance para demostrar su lucidez?

Comencemos por enumerar, puesto que aquí se trata de recuerdos personales, los privilegios que me valió ese cambio de gobierno en Francia. Hizo de un diplomático muy especializado en cooperación multilateral, a dos años de su jubilación, un embajador de Francia, delegado interministerial, miembro de dos instancias administrativas de primer orden —la Alta Autoridad de la comunicación audiovisual y luego el Alto Consejo para la integración— y representante de Francia en una de las cumbres internacionales más prestigiosas: la conferencia mundial de las Naciones Unidas sobre derechos humanos. Me elevó al grado de comandante de la Legión de Honor y de oficial de la orden nacional del Mérito. Puede verse que, personalmente, le debo mucho.

No tengo intención de entrar en detalle en la manera en que cumplí con esas tareas. Quisiera sólo recordar los episodios que más me marcaron de esos dos septenios a lo largo de los cuales perdí primero a mi madre y luego a mi esposa, volví a casarme, vi cómo mi hija llegaba a catedrática de universidad y mis dos hijos se establecían en París, uno como cardiólogo y el otro como psiquiatra, mientras crecían siete nietos.

Primero fue el 18 de mayo de 1981. Al igual que tengo el recuerdo preciso del 25 de agosto de 1944 y del general De Gaulle recorriendo los Campos Elíseos aunque ese día yo estuviera en Buchenwald, estoy seguro de haber vivido la ceremonia del Panteón: veo la calle Soufflot y a François Mitterrand con tres rosas en la mano... Y, sin embargo, me hallaba en Ginebra, preparando la conferencia de las Naciones Unidas sobre los PMA^[50] que el gobierno de Raymond Barre había invitado a celebrar en París.

Recuerdos de alegría y excitación; nacimiento de una nueva esperanza; certeza de que a partir de aquel momento todo sería posible. Pero a la vez el recuerdo de una angustia: ¿cómo iba a ser acogida esa Francia gobernada por una alianza entre socialistas y comunistas por sus socios occidentales, por Ronald Reagan y Margaret Thatcher? ¿Asistíamos a uno de esos breves raptos en los que la izquierda revolucionaria llega al poder para ser inmediatamente desalojada por la reacción más

profundamente anclada en la sociedad francesa? Ni el Frente Popular, joya de la historia política de mi juventud, duró más que dos años.

Me tranquilizó en cierta medida una conversación con Philippe de Seynes, tres meses antes, a quien le había expresado mi inquietud acerca del programa común de gobierno acordado entre el PS y el PCF. «No, en absoluto —me dijo—, es un texto muy moderado, no tiene nada de revolucionario. Veo en él la aceptación por los comunistas de la economía de mercado».

Y, sin embargo, las reacciones de las patronales fueron vehementes: había que huir de aquella tierra ahora maldita.

De eso hace quince años. Desde entonces, nos hemos acostumbrado a una actitud más serena de los antiguos protagonistas de la dictadura del proletariado. ¡Cómo se ha suavizado su lenguaje! Ya pasó a mejor vida la espera del gran día. En 1981, la presencia de cuatro ministros comunistas en el gobierno de Pierre Mauroy —por otra parte los cuatro excelentes— provocaba escalofríos. ¿Mitterrand sabría gestionar aquella alianza?

Vitia y yo sentíamos hacia el presidente electo una mezcla de admiración y recelo. Su campaña había sido brillante. De la época en que lo había frecuentado como ministro de Interior de Pierre Mendès France, conservaba una gran confianza en su habilidad, una viva consideración hacia su esposa, una idea alta de su cultura y la certidumbre de su pasión por el poder. Más que cualquier otro político de izquierdas, tenía la talla de un estadista y sabría evitar los escollos que estaba seguro de que aparecerían en su camino.

Sospechaba que el cambio que se había producido tendría consecuencias en mi carrera. Entre los amigos periodistas de Ginebra, la briosa Isabelle Vichniac, corresponsal de *Le Monde*, fue la primera que me insinuó que Claude Cheysson pensaba en mí para el puesto más prestigioso de la diplomacia, el de secretario general del Quai d'Orsay. Yo me sentía incapaz de asumir esa responsabilidad, para la cual mi carrera no me había preparado. Aquel verano de 1981, sin embargo, había tal cantidad de extrañas vibraciones en el aire que, cuando el ministro me convocó en París para una entrevista, tuve un momento de vértigo.

No, Cheysson no me quería como secretario general. Para ese puesto recurriría a Francis Gutmann, que durante algún tiempo fue joven colega mío en la dirección de las Naciones Unidas y presidía los destinos de Gaz de France. El Ministerio requería para ese puesto más a un gestor que a un diplomático. A mí, Claude Cheysson me reservaba una sorpresa: elevarme a la dignidad de embajador de Francia. Eso parece poca cosa, pero para un berlinés naturalizado francés a los veinte años era formidable, y un símbolo supremo de mi pertenencia a la cultura francesa que luciría hasta la muerte. Además de inmerecido, y por ello aún más sabroso, dado que mi carrera en el Ministerio había sido poco ortodoxa: no había pisado ninguna de las grandes

embajadas y era una plétora de multilateralismo.

Sentía verdadero afecto por Cheysson desde nuestra colaboración en el entorno de Pierre Mendès France, y acepté de inmediato su propuesta de ir a trabajar con él en París y apoyarlo en la reforma de la política francesa de ayuda al desarrollo. Era mi especialidad desde hacía veinte años. Tenía muchas ideas acerca de aquella cuestión. Tal vez demasiadas, incluso.

La reforma, a mi entender, debía ser profunda. Nuestras relaciones con los socios africanos requerían una puesta a cero. Las estructuras ministeriales que consideraban que el «patio trasero» era un lugar aparte y favorecían una sospechosa mezcla entre amiguismo político y preocupación por el desarrollo debían ser reformuladas. Había que desenterrar el informe Abelin e inspirarse en las tesis del Partido Socialista expuestas en los años setenta por Lionel Jospin en su libro *La France et le Tiers Monde*.

Las tentativas anteriores habían fracasado ante la predominancia del «coto vedado» del Elíseo, inaugurado por el general De Gaulle y que desafortunadamente había sobrevivido a la evolución de África gracias a las redes de Jacques Foccart, de las que, estaba claro, Mitterrand iba a desembarazarnos.

En 1981, Francia era la última de las antiguas metrópolis coloniales que mantenía un trato específico en sus relaciones exteriores con sus antiguas colonias, como si en el fondo no admitiera su acceso a la independencia. La financiación sustanciosa, incluso excesiva, destinada a éstas no servía únicamente para su desarrollo. En realidad, entraba en un circuito cerrado del que las poblaciones de esos antiguos territorios de ultramar se beneficiaban menos que la red de empresas francesas instaladas en África. Había llegado la hora de salir de ese círculo vicioso, de hacer como Inglaterra o los Países Bajos: crear en el Ministerio de Asuntos Exteriores una instancia con vocación mundial; no una administración ministerial específica, sino una agencia de ayuda al desarrollo. Su papel, claramente definido, no tendría la ambición de mantener aquí o allá una vana influencia política privilegiada, sino de convertir a Francia en un socio eficaz de los esfuerzos de desarrollo de todas las regiones del planeta, cuyo acceso a mejores niveles de vida gracias a la valoración de sus recursos naturales y humanos era la condición evidente de un mejor equilibrio de la economía mundial.

No dudaba que podría compartir esas ideas sencillas con un gobierno en cuyos puestos clave se hallaban amigos: Claude Cheysson en Relaciones Exteriores (¿acaso ese cambio de nombre del Ministerio de Asuntos Exteriores no significaba el anuncio de una gran reforma?), Jacques Delors en Economía y Michel Rocard en Planificación. En el puesto para mí más importante se sumaba Jean-Pierre Cot, ministro delegado, al que había ido a ver desde Ginebra para ponerlo al corriente de los avances de la conferencia sobre los PMA. Ya desde mis primeros contactos con él

y con el animoso equipo que lo rodeaba, quedé seducido y tranquilizado.

Jean-Pierre Cot presidió la conferencia, que se inició en junio de 1981, y me pidió que dirigiera la delegación francesa. Se trataba de obtener para esos olvidados de la economía mundial unos compromisos firmes de la comunidad internacional, bajo la forma de un verdadero contrato: sus gobiernos adoptarían programas claramente dirigidos a satisfacer las necesidades esenciales de la población en el terreno de la salud, la educación, el empleo y la participación democrática de todos los integrantes del país, y de las mujeres en particular. Por su lado, los gobiernos de los países industrializados garantizarían una ayuda fijada en un porcentaje de su PIB, por lo que ésta evolucionaría al mismo ritmo que su propio crecimiento.

Esos términos, elaborados en Ginebra a lo largo de sesiones de la comisión preparatoria, fueron objeto de un laborioso mercadeo en las salas de la Unesco donde se celebró la conferencia. A pocas horas del final de la sesión, haciendo gala de sus cualidades de negociador a la vez firme y convincente, Jean-Pierre Cot obtuvo el consentimiento crucial de la última delegación que cedió a su instancia, la de Estados Unidos. La conferencia ofreció a François Mitterrand, desde su inauguración, la oportunidad de exponer su concepción de las relaciones Norte-Sur, que trataría en vano que compartieran sus homólogos unos meses más tarde, en la cumbre de Cancún. A Jacques Delors, ministro de Economía y Hacienda, le permitió pronunciar un discurso muy comprometido y muy aplaudido. A Jean-Pierre Cot lo consagró como el político francés que los verdaderos amigos de los países en desarrollo esperaban para acabar de una vez por todas con la palabrería política vacía y abrir nuevas perspectivas.

Acabada la conferencia, fui nombrado delegado interministerial para la cooperación y la ayuda al desarrollo, y Pierre Mauroy me ofreció un despacho en un anejo del Ministerio de Comunicación, en el número 35 de la calle Saint-Dominique, a dos pasos de Matignon. Conseguí que pusieran a mi disposición cuatro colaboradores destinados provisionalmente de los ministerios de Economía, Planificación, Relaciones Exteriores y Equipamiento, y me concentré en primer lugar en la reestructuración ministerial. Para llevarla a buen puerto, necesitaba un director general de relaciones culturales comprensivo o por lo menos razonable, pero Mitterrand nombró a un exaltado que hizo naufragar nuestros proyectos.

Ése fue un primer signo. No basta con tener amigos en el gobierno. Hay que tener en cuenta al Elíseo, que, en la V República, impone a sus protegidos.

Tuve un segundo ejemplo a primeros de 1982. Cheysson me envió a Mayotte, esa pequeña isla del océano Índico que pertenece geográficamente al archipiélago de las Comoras pero cuya población, para huir de la hegemonía de los dirigentes de Moroni, había votado no en el referéndum de independencia de la República comorana. La izquierda era tradicionalmente favorable a la descolonización y deseaba deshacerse

de la carga que suponía la gestión, como parte de la República, de una población de veinticinco mil habitantes a diez mil kilómetros de Francia. Viajé así a Dzaoudzi, capital de Mayotte; luego a Moroni, capital de las Comoras, y a Saint-Denis en la Reunión. Volví con una opinión muy severa de los políticos de Mayotte, en particular Jean-François Hory^[51], que querían quedarse con su parte del «pastel» y ponían como pretexto la hostilidad entre los habitantes de Mayotte y los de las otras islas del archipiélago para exigir un statu quo absurdo por el que, además, la comunidad internacional nos afeaba la conducta. Aprecié, por el contrario, la acogida del prefecto de la Reunión, Michel Levallois, y la abierta malicia del presidente comorano Abdallah durante la negociación. En mi informe promoví la tesis de un desentendimiento conjugado con un acuerdo de defensa que protegiera a los habitantes de Mayotte de una probable degradación de su nivel de vida así como de eventuales vejaciones del presidente comorano.

Mis proposiciones corrieron la misma suerte que mi reforma del Ministerio, y Mayotte sigue siendo francesa.

Me habría gustado acompañar a Cot a África, donde cada viaje suyo suscitaba esperanzas, aunque pronto fueran desmentidas. Sin embargo, no disponía de tiempo, pues me hallaba acaparado por la preparación del consejo restringido de julio de 1982, que confiaba que ratificaría las innovadoras propuestas de mi delegación.

Con la excepción de los pocos meses del gobierno de Mendès France, nunca había formado parte del entorno de un primer ministro. Con el de Pierre Mauroy simpatizaba y su orientación a la izquierda me hacía atribuirle méritos que no siempre tenía. Por lo menos contaba con una voluntad de cambio y fraternidad en el combate. Robert Lion era un antiguo miembro del Club Jean Moulin. Jean Peyrelevade era yerno de uno de mis más viejos amigos. Había frecuentado a Bernard García en el seno de la sección de la CFDT^[52] del Ministerio, de la que diez años antes había sido uno de los fundadores. Había introducido a Louis Joinet en las Naciones Unidas tres años antes. Esos amigos con los que me codeaba en Matignon me infundían confianza. Y apreciaba también la discreta eficacia de Marceau Long en su delicado papel de secretario general de los dos gobiernos sucesivos.

Frente a las grandes cuestiones económicas y sociales que ocuparon al gobierno durante ese primer año de la izquierda en el poder, el lugar reservado a la política exterior, con la excepción de la construcción europea, fue modesto. Yo intervenía rara vez en las reuniones del gabinete, pero escuchaba mucho. Gran lección del funcionamiento de la democracia francesa bajo la V República: es el ejecutivo el que está en el candelerero. ¿Qué se puede lograr que «trague» el Parlamento? ¿A qué ritmo y en qué orden? Entre el primer ministro, el secretario general del gobierno y el

presidente de la República se cuece el orden del día de la Asamblea. Largos preparativos para lograr que el legislador dé un paso adelante. Y no un paso cualquiera. En la cuestión de la ayuda al desarrollo, y aunque interesaba a buen número de diputados, el gobierno no estaba listo. Había que dejarlo cocer un poco más.

Nuestro texto proponía un pequeño número de reformas de estructura y un compromiso presupuestario plurianual, primer asalto antes de la siguiente ofensiva. Por lo tanto, no debería armar mucho revuelo. Superó un comité interministerial presidido por Pierre Mauroy. El primer ministro confiaba en mí, me daba ánimos. Se lo agradecía. Desde nuestro primer contacto, aprecié la personalidad de Pierre Mauroy. Éste había tenido lugar en 1963, en el consejo de administración de la oficina franco-alemana de la juventud, de la que ambos éramos miembros, junto a Joseph Rován, apasionado defensor del entendimiento franco-alemán y gran amigo de Eugen Kogon, mi salvador en Buchenwald. Mauroy era el más «político» de nuestro consejo. Siempre he visto en él al más socialista de los socialistas, de cultura profundamente popular, astuto pero nunca desleal ni con sus camaradas ni con respecto a las ideas. Me entristeció que, unos años más tarde, cediera Matignon a Laurent Fabius, cuya fibra socialista no sentía tanto.

Superada la etapa del comité interministerial, se trataba de abordar el consejo restringido, presidido por François Mitterrand, que confirmaría o no nuestras propuestas. Fue al único al que he asistido y observé su desarrollo con una confianza excesiva en la fuerza de mis argumentos. La sala del palacio del Elíseo es impresionante. Los ministros interesados se hallan allí en persona, mientras que en Matignon los representan sus directores de gabinete. Tomar la palabra es un ejercicio peligroso. Hablé demasiado. Los ministros fueron más breves, tal vez estuvieran menos convencidos. El presidente zanjó la cuestión: mis orientaciones se tomarían en consideración, pero no las reformas de estructura ni la plurianualidad presupuestaria. Era un fracaso. Unas cuantas sonrisas amables y un apretón de manos. Como si no hubiera pasado nada.

Reuní a mi equipo, que se indignó. ¡Menuda cobardía! ¿Para qué servimos? Traté de dar la vuelta a la cuestión. Habíamos sido torpes. La próxima vez tendríamos que operar de otra manera. Estaba seguro, y hoy sigo estándolo, de que es necesaria una profunda reforma de la política francesa en relación con los países en desarrollo y que acabará por imponerse. Pero, en 1982, ya no habría una próxima vez. En el otoño se produjeron la dimisión de Jean-Pierre Cot y el fin del mandato del delegado interministerial, que, por voluntad propia, abandonó el puesto para incorporarse a otro.

François Mitterrand no modificó sensiblemente la política africana de Francia. Por el contrario, fue verdaderamente un innovador en el terreno de los medios de

comunicación, la radio y la televisión, y los liberó del corsé gubernamental propio de nuestra tradición jacobina, en el que los había aprisionado la v República.

Asegurar una verdadera independencia del sector audiovisual y abrir el espacio hertziano a las radios privadas poniendo fin al monopolio de la Radiodifusión nacional fueron decisiones que marcaron el paisaje político francés y cuyos principios ningún gobierno ha puesto en duda desde entonces.

El acto fundador de esa nueva política fue la creación de la Alta Autoridad de la comunicación audiovisual, de la que fui miembro durante tres años. Debí ese sorprendente nombramiento (nada en mi anterior experiencia me había preparado para ello) a un joven diplomático, Bernard Miyet, que fue colaborador mío en Ginebra y al que Georges Fillioud, ministro de Comunicación y próximo a Mitterrand, había encargado que dirigiera su gabinete. Los nueve «sabios» que compondrían la Alta Autoridad debían ser designados de la manera siguiente: tres por el presidente de la República, tres por el presidente de la Asamblea y tres por el presidente del Senado. A Miyet se le había metido en la cabeza que yo tenía un lugar en ese areópago y me lo preguntó ya en primavera: ¿aceptaría? Por supuesto, fue mi respuesta, creyendo que se trataba de una broma.

Fillioud, no obstante, propuso mi nombre y Mitterrand sugirió a Mermaz^[53] que me designara. Llegado el momento de publicar el decreto presidencial, se dieron cuenta de que yo no había sido consultado oficialmente. Tenían que asegurarse urgentemente de mi conformidad. Aquel día no me hallaba en París, sino de camino a nuestra casa en el Gard. ¿Qué intuición llevó a Geroges Fillioud a hacer que me llamaran al Sofitel de Lyon? ¿Qué azar hizo que eligiéramos aquel hotel tan lujoso para hacer etapa? ¡Signos del destino!

El ministro decidió citarme a primera hora de la mañana en el aeropuerto de Lyon-Bron, donde un avión del GLAM^[54] debía depositarlo. Una vez frente a Fillioud, me explicó lo que sería la Alta Autoridad y me citó los nombres de mis futuros colegas. Sólo conocía a tres de ellos, dos de los cuales no me entusiasmaban demasiado. Y no conocía a Michèle Cotta, designada por Mitterrand para presidirnos.

Cogido por sorpresa, mis preguntas se apelotonaban: ¿nos reuniríamos esporádicamente o de forma habitual? ¿Podría conservar mi puesto de delegado interministerial? A esas preguntas me respondió con evasivas. Fillioud sólo era preciso en una cuestión: la Alta Autoridad era renovable por tercios cada tres años, y yo sería nombrado por tres años, hasta 1985, año en que cumpliría los sesenta y ocho. Me dejé convencer. Además, es imposible decirle que no al presidente de la República.

Cuando, quince días más tarde, la Alta Autoridad fue solemnemente inaugurada por François Mitterrand, traté de hablar con él acerca de mi sucesión en la delegación interministerial. Difícil. Saludó a uno y a otro, con grandes sonrisas. «¿Puedo sugerir

el nombre de Paul-Marc Henry?» Fue evasivo. Tenía mala conciencia hacia el equipo que había creído en mí.

Seis semanas después, Jean-Pierre Cot fue obligado a dimitir y reemplazado por Christian Nucci, poniendo fin así a lo que habría podido ser una gran aventura para Francia.

La nueva fase de mi actividad pública constituyó una ruptura y un reto. Pronto comprendí que se trataba de una misión con plena dedicación. La Alta Autoridad iba a actuar en todos los frentes. Nuestra presidenta, Michèle Cotta, decidida a no ser rehén del apoyo ofrecido por Mitterrand, no dejó pasar ocasión de hacer gala de su independencia, aunque con ello indispusiera a Fillioud.

Ya desde la primera decisión que había que tomar, el nombramiento de los presidentes de las tres cadenas y de Radio-France, admiré su ingenio para suscitar el consenso, para encontrar el equilibrio entre los «sabios» nombrados por la izquierda, por Mitterrand y Mermaz, y los nombrados por Alain Poher^[55]. Era un ejercicio difícil, puesto que las personalidades que componían esa instancia eran fuertes y contrastadas. Estaba el novelista Paul Guimard, próximo al presidente de la República. Su humor iluminaba nuestros debates, pero ¿no era el ojo del Elíseo? Gabriel de Broglie representaba los intereses de la oposición de derechas. Estaba al acecho de cualquier «deriva gubernamental» que pudiera restar credibilidad a la presidenta. A sus sarcásticas advertencias prestaba oído Jean Autin, antiguo presidente del ente público central del sector, Télédiffusion de France, del que dependíamos para nuestra logística. Autin era el más competente de todos nosotros en el aspecto técnico y recelaba de los chistes y las risas de Guimard. Todos, empero, se inclinaban ante el encanto de la presidenta, y el clima reinante era alegre y sereno.

Por mi parte, me alegré de coincidir de nuevo con Marc Paillet, antiguo miembro del Club Jean Moulin, más hablador que elocuente, pero dotado de una excelente pluma que puso al servicio de nuestros mejores textos. Descubrí al simpático sindicalista Marcel Huart, imbatible en historia de la ORTF^[56], la gran casa arruinada por Alain Peyrefitte, o en el tema de las huelgas de 1968 y todas las luchas en las que fue uno de los líderes. Compartíamos la misma concepción de la democracia y del socialismo, y me enseñó más que los demás acerca del funcionamiento de las estructuras y de las rivalidades corporativistas de aquel mundo de los medios de comunicación del que yo lo ignoraba todo.

Un hombre que me sorprendió particularmente fue nuestro comunista —la unión de la izquierda obligaba a ello—, el realizador y escritor Daniel Karlin. Era yerno de Pierre Moinot, cuyo informe sirvió de base a la reorganización de los años setenta. ¿Seguía siendo comunista? Ésa era una pregunta que no había que hacer. Una cosa estaba clara: no recibía instrucciones de la plaza Colonel-Fabien^[57]. Era un espíritu libre, audaz. Tenía talento y le caía bien a Michèle Cotta. Para mí fue también un

iniciador: tenía un conocimiento muy concreto de las relaciones internas en las cadenas de televisión, de las intrigas y las capillas. Todas sus intervenciones se basaban en experiencias prácticas.

El noveno sabio, Bernard Gandrey-Réty, próximo a Alain Poher, pero muy independiente políticamente, nunca me escatimó su ayuda. Su buena voluntad compensaba para mí la ausencia de talento que le reprochaban sus demás colegas.

A la pregunta de «¿qué hacer con el embajador?», la presidenta respondió en primer lugar asociándome a las relaciones internacionales de la Alta Autoridad. Así acompañé a Michèle Cotta a Londres, donde deseábamos confrontar nuestra misión con la del consejo de gobernadores de la BBC. Esa institución es para los medios occidentales el equivalente de lo que el Parlamento de Westminster representa para las democracias. La acogida que nos brindaron me emocionó aún más puesto que conservaba en mi memoria el papel que la BBC había desempeñado en mi trabajo en el estado mayor de la Francia combatiente. Fue la BBC la que nos prestó sus ondas para transmitir los «mensajes personales» a veces enigmáticos y otras poéticos, como «Melpomene se perfuma con heliotropo», que indicaban a las redes de la Resistencia la fecha exacta de una operación aérea.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo transcurrido en el número 100 de la avenida Raymond-Poincaré, sede de la Alta Autoridad, lo dediqué a otra tarea: el reparto de las frecuencias y de las potencias entre las radios privadas autorizadas a partir de entonces a dejar oír su voz.

Con el fin de llevar a cabo la decisión más innovadora tomada por el presidente de la República, había que repartir un «espacio hertziano» limitado entre cierto número de candidatos a esa nueva libertad de expresión, por la que las licencias disponibles pasaban a ser cinco o diez veces más, según las regiones. Sin duda, al juzgar mis colegas que dicha tarea le iba como anillo al dedo a un diplomático, me confiaron amablemente la responsabilidad.

Mi principal preocupación era que esa nueva libertad sirviera para que se expresaran quienes no tenían acceso a la radio pública ni a los otros medios, aquellos grupos a los que se designa con el nombre de «minorías»: habitantes de barrios desfavorecidos, inmigrados de todo tipo, fieles de todas las confesiones y los más diversos elementos del tejido social urbano y del campo. Éstos necesitaban frecuencias y ayuda. Debían poder beneficiarse de un fondo que se obtendría de los recursos de las radios comerciales, que contaban con una amplia audiencia y, a nuestro pesar, estaban autorizadas a vender espacios publicitarios.

Tuvimos más quebraderos de cabeza que éxitos, pero, tras el primer año de trabajo, un millar de radios privadas (nos negábamos a llamarlas «libres», argumentando que las radios públicas también lo eran, gracias a nosotros) estaban en condiciones de emitir y de fidelizar a un público muy numeroso.

Tras todos los años pasados en la Oficina nacional para la promoción cultural de los inmigrados, mi mayor satisfacción fue apoyar a las radios impulsadas, por toda Francia, por diversos integrantes de la inmigración. Esos espacios experimentales, en los que magrebíes, antillanos, portugueses, cameruneses, benineses o zaireños aprendían a trabajar juntos, contribuían junto con otros a dibujar un nuevo espacio radiofónico, con cierto peso en la evolución de la sociedad civil.

Además, tuvimos que estar en disposición de poner fin a la irresistible expansión de las radios comerciales que, despreciando cualquier deontología, se adueñaban de los espacios atribuidos a las radios asociativas. Temí que una vez más una libertad preciada tuviera dificultades para enfrentarse victoriosamente a la glotonería del capital.

Uno de los principales motivos de la existencia de la Alta Autoridad era asegurar una mínima equidad en el reparto de los tiempos de antena entre las formaciones políticas, particularmente durante las campañas electorales. Recuerdo la de las elecciones europeas de 1984. Yo había viajado a Córcega para controlar el programa dedicado a la lista del Frente Nacional y sentí el aliento apestado de la altanería de Jean-Marie Le Pen. La lista que gozaba de mi favor más amistoso era la del gran matemático Henri Cartan, la única que hablaba explícitamente de una Europa federal y que subrayaba su evidente necesidad. Cartan militaba en aquella época con Vítia y Laurent Schwartz a favor de la liberación de Andrei Sajárov. Sin embargo, el adjetivo «federal» daba miedo y la lista de Cartan obtuvo el 0,2% de los votos.

Mi tercer y último año en la Alta Autoridad fue uno de los más melancólicos de mi vida. Ese año falleció Pierre Mendès France y la enfermedad de Vítia, a quien los médicos habían diagnosticado un cáncer de páncreas, se agravó bruscamente. Creímos que la perdíamos. La salvó un notable cancerólogo, pero aquello no fue más que un aplazamiento. Por temperamento, soy incapaz de creer en lo que soy incapaz de aceptar, y por ello me persuadí de que se había curado y no me preparé para perderla.

Unas semanas después de la expiración de mi mandato, el presidente de la República aceptó imponerme personalmente las insignias de gran oficial de la orden del Mérito. Tal vez pretendía así hacerme olvidar la sorpresa que me había «organizado» al nombrar a Gilbert Comte como mi sucesor en la Alta Autoridad. Ese periodista es en realidad la única persona con la que, a lo largo de mi carrera, he tenido un verdadero encontronazo. Durante una conferencia de prensa que tuvo lugar en 1974 en el Ministerio de Cooperación, me insultó pública y personalmente. Su paso por la Alta Autoridad duró sólo unos meses. A partir del otoño de 1986, el gobierno de Chirac dio por concluida la labor de esa institución sin crear otra que la sucediera. ¡Una lástima!

De mi promoción en la orden del Mérito me queda una serie de fotos en las que aparecemos el presidente y yo intercambiando apretones de manos y sonrisas. Claro está que para mí evocan un momento de emoción personal, pero a la vez uno de esos extraordinarios ejercicios de virtuosismo que se renovaban en cada entrega de condecoraciones por François Mitterrand. Veo de nuevo la escena como si hubiera sucedido ayer. Aquel día éramos seis condecorados, alineados uno junto al otro por orden de antigüedad. Ante nosotros, el presidente de la República. En sus manos, ni una sola nota. Cada uno de nosotros, por turno, escucharía cómo le dirigía un discurso de elogio, formulado de forma magnífica y que atestiguaba una increíble precisión en el conocimiento de los datos biográficos de cada uno de los condecorados. Louis Joxe recibió la gran cruz de la Legión de Honor. A continuación era mi turno. Oí entonces a François Mitterrand decir cosas sobre mí que jamás habría imaginado que pudiera conocer ni sentir. Puntuaba sus frases con miradas casi tiernas que me azoraron y me hicieron saltar las lágrimas. Pero ya se había acabado, le tocaba el turno al siguiente...

Una vez acabada la entrega de condecoraciones, me aproximé al presidente y traté de hablarle acerca de un asunto que me llegaba a lo más hondo. Estaba a punto de nombrar a un nuevo director de relaciones culturales en el Quai d'Orsay. Yo tenía un candidato que proponerle, del que estaba convencido que sabría dar a ese puesto tan importante su verdadera dimensión. François Mitterrand me escuchó con frialdad. Comprendí que ya había tomado una decisión: la mala.

Sin duda juzgó mi actitud fuera de lugar. Desde entonces no volví a sentir que entre nosotros pasara la corriente.

A esas ceremonias, cada uno invitaba a sus allegados. Aquel día, pues, agrupados a unos pasos detrás de mí en una vasta asamblea, se hallaban Vitia, nuestros tres hijos, Michèle Cotta, Hélène Ahrweiler y un pequeño grupo de amigos. Estaba también mi nieto Simon, que contaba doce años, con una pierna decorada con una magnífica escayola conseguida tras un accidente de esquí. Al reconocer a Roger Hanin entre los presentes, le pidió que le firmara un autógrafo en el yeso. Debido a la excitación del momento, no me di cuenta de que Vitia se sentía mal y tenía prisa por volver a casa. De repente, vi que se tambaleaba. Moriría tres meses después.

Tras abandonar la Alta Autoridad, en el otoño de 1985, rechacé toda ocupación para consagrarme enteramente a Vitia y ayudarla a afrontar aquella última prueba. Hasta los últimos instantes de su vida, mantuvo la esperanza de curarse. Yo mismo no supe que estaba condenada hasta tres semanas antes de su muerte. Durante esas semanas, las elecciones legislativas, al otorgar la mayoría a los partidos de derecha, conducirían por segunda vez a Jacques Chirac al hotel Matignon. Los cuidados intensivos de los que estaba rodeada Vitia la convertían a mis ojos en una criatura, una criatura con la que podía jugar y reír. Así llegaba a su fin una unión que creía

protegida del paso del tiempo: desde hacía mucho tiempo, estaba demasiado seguro de aquello que nos hacía uno solo y había abusado de esa certidumbre para dejar espacio en mi vida para muchas otras cosas, para aceptar demasiadas misiones y demasiados compromisos y para perseguir, en secreto, otro amor.

En 1985, tres meses antes de la muerte de Vítia, Stanley Hoffman, presidente del Centro de estudios europeos de la universidad de Harvard, me propuso redactar para su revista un artículo sobre la Francia de Mitterrand y el Tercer Mundo. Me invitó a presentarlo en Harvard en el transcurso de un encuentro en el que participaría Michel Rocard. De este último, conservaba el recuerdo de nuestras conversaciones en el Club Jean Moulin, de su amistad con Mendès France —a quien convenció de que se afiliara al PSU^[58]—, de su inteligente reacción tras el fracaso de la izquierda en las legislativas de 1978 y de la determinación con la que en 1981 se presentó como candidato a las elecciones presidenciales antes que François Mitterrand. La claridad de su posición me complacía. Le atribuía una ambición política más seria, más reflexionada y menos egocéntrica que la de la mayoría de nuestros políticos, en la misma línea que la que animaba a Pierre Mendès France. Le hablaba como a alguien con quien me gustaría comprometerme.

Unas semanas más tarde, recibí una carta muy amistosa en la que me pedía que presidiera una red de clubes de reflexión destinados a apoyar su candidatura a la presidencia de la República al término del mandato de François Mitterrand. Al sentirme demasiado viejo y alejado de la vida política, decliné su oferta.

Su respuesta fue rápida, casi abrupta. En pocas líneas refutaba mis argumentos y decidía que no podía negarme. La vivacidad del tono me sorprendió y disipó mis reservas. Acepté y me convertí en «rocardista».

Empecé, en primer lugar, por leer los escritos del futuro candidato, para entresacar las particularidades de su corriente en el seno del Partido Socialista y luego en reunir, en torno a cierto número de valores y de orientaciones ataviadas con el calificativo de «segunda izquierda», a hombres y mujeres sensibles al pensamiento y a la persona del alcalde de Conflans-Sainte-Honorine. Ni demasiado marxistas, ni demasiado laxistas, ni demasiado mitterrandistas. Así se reunirían, primero en París y luego en una cincuentena de ciudades de provincias, socialistas y otros ciudadanos de izquierdas que recelaban del partido. Se interesaban por los nuevos desafíos que suponían el desempleo, la ayuda al Tercer Mundo, la construcción de una Europa social y también, concretamente, por la gestión de su ciudad en el contexto de la reciente descentralización, los problemas de la inmigración y la exclusión, las cuestiones más prácticas y más inmediatas. Estimaban que la manera de hablar «verdadera» de Michel Rocard tenía en cuenta la urgencia de esos problemas.

Instruido por la experiencia del Club Jean Moulin, demasiado parisino, impulsé la

más amplia diseminación posible fuera de la capital y, a la vez, la concertación con otros lugares de reflexión análogos, en particular el club Intercambio y Proyectos, lanzado en 1973 por Jacques Delors y del que fui miembro fundador.

Ese papel de coordinador y de animador lo compartí con Bernard Poignant, futuro alcalde de Quimper y rocardista convencido. Él se ocupó de poner en marcha los clubes de provincia, de la gestión de la red, del lanzamiento de publicaciones, en resumen, de las tareas más pesadas y menos gratificantes; yo, de la constitución de un grupo de reflexión integrado por personalidades amigas de Michel Rocard, dispuestas a ponerse de acuerdo acerca de los problemas de Francia y del mundo, a debatir entre ellas y con el candidato, y también a responder a las peticiones de los clubes Convaincre (Convencer) de París y de otras ciudades, que buscaban animadores competentes para sus reuniones.

¿Cómo elegimos, Michel Rocard y yo, a los miembros de ese comité de reflexión y de orientación de los clubes Convencer que celebró sus primeras reuniones en la primavera de 1986? Veo las listas de nombres, unos subrayados y otros tachados. La mayoría me eran familiares —camaradas de antiguos combates—, a otros los desconocía y descubrí sus méritos. Algunos aceptaron y luego dieron marcha atrás, otros rechazaron la invitación y luego se sumaron. Como siempre sucede, había un núcleo duro, que creía en ello y tenía disposición, no más de quince, pero de buen nivel. Había allí amigos personales de tiempo atrás, como André Mandouze y Étienne Bauer; veteranos del Club Jean Moulin, como Alain Touraine y Jean Saint-Geours; pensadores como Edgar Morin, y hombres de acción como Bertrand Schwartz. Los veo de nuevo, sentados alrededor de una larga mesa en el cuartel general de los clubes Convencer, en el bulevar Saint-Germain, cada uno de ellos el reflejo de una fase de mi pasado. Cuando Michel Rocard asistía a nuestras reuniones, tratábamos de dar con el tono justo: franqueza amistosa, a veces severa. Él tomaba notas, se justificaba, exponía sus proyectos de campaña. La chispa no se encendía siempre. Lo sentía más cómodo en el círculo de sus colaboradores más allegados, al que me asociaba de vez en cuando y en el que se evocaban los problemas cotidianos de la vida política. Entre nosotros, nos interrogábamos acerca de cuál debía ser nuestro papel. Las mujeres y los hombres que componían ese comité, ninguno de los cuales tenía ambiciones personales o políticas, se ganarían mi estima, y me sentí culpable cuando se vieron decepcionados.

Creo que esperábamos mucho de Michel Rocard, pero más aún de una evolución de las costumbres políticas y de aquello que, recuperando una expresión que había utilizado en todas sus campañas, denominó la «sociedad civil». Desde nuestros primeros encuentros, llegamos a una constatación común: los gobiernos socialistas que se habían sucedido bajo presidencia de François Mitterrand no habían logrado

conciliar los imperativos de la economía de mercado y las misiones esenciales de un Estado democrático, capaz de movilizar a sus ciudadanos y asociarlos a las decisiones que les conciernen, pilotando el país con firmeza y proponiéndole, de una forma comprensible y sin demagogia, objetivos económicos, sociales y políticos que respondan a los desafíos de este fin de siglo.

¿Cuáles eran en nuestra opinión tales desafíos? Claramente, la puesta en común de los recursos de todas las democracias europeas, no sólo en los terrenos comercial, agrícola, industrial y monetario, sino también en los de la defensa y de la política exterior. El terreno de las relaciones con el Sur y el Este constituía de manera singular un paso ineludible para no ser rehenes de las derivas de un capitalismo a la norteamericana, creador, por descontado, de riqueza, pero incapaz de asegurar su redistribución equitativa. La experiencia de 1982 nos había convencido de que Francia ya no estaba en condiciones de romper sola una solidaridad económica y monetaria que aseguraba su supervivencia. Había que convencer a los socios de la Comunidad para que se comprometieran con nosotros en unas vías que sus sociedades civiles reclamaban de igual manera que la nuestra, aunque no lo manifestaran con la debida claridad. Deseábamos, pues, que se emprendieran unas grandes labores de «parto» de las mentes, a través del canal de las fuerzas sociales europeas: sindicatos, asociaciones cívicas, parlamentarios de Estrasburgo, instituciones comunitarias... El prestigio conseguido por Michel Rocard fuera de Francia nos animó a organizar en la Sorbonne un encuentro sobre el futuro de la construcción europea, al que los clubes Convencer invitaron al ex canciller Helmut Schmidt, al ministro español Manuel Marín, al diputado holandés Pieter Dankert y a otras personalidades europeas. Michel Rocard expuso allí ideas sobre Europa que suscribíamos plenamente. La gestión del encuentro, sin embargo, fue más amistosa que profesional y los medios permanecieron silenciosos.

El año precedente se había celebrado un encuentro similar, consagrado a las cuestiones de política interior, empleo, educación, medioambiente y bioética, al que se dedicaron plenamente todos los miembros del comité. No tratábamos de polemizar con el gobierno de Jacques Chirac, sino de comprender qué esperaban los franceses de aquellos que les pedían el voto. Eran necesarios nuevos puntos de vista acerca del problema del desempleo, convertido en insoportable tanto por la cifra como por la duración de las exclusiones que provocaba. Los conceptos que el club Intercambio y Proyectos elaboró bajo el título bastante poético de «tiempo elegido» y que se inspiraban en los análisis llevados a cabo por André Gorz en *Métamorphoses du travail. Quête du sens* proponían unos cambios profundos en las mentalidades y en la relación entre trabajo asalariado e identidad social. La lucha contra las desigualdades pasaba también por una nueva orientación de la escuela y de la maquinaria de formación, no sólo en el período inicial de la existencia, sino a lo largo de toda la

vida profesional. Apoyándonos en las experiencias llevadas a cabo por Bertrand Schwartz, queríamos poner la formación continua al servicio de la creación de empleo y de la inserción social. La protección del medio ambiente, punto de partida de un desarrollo perdurable (yo había propuesto el epíteto «diacrónico» para abarcar las necesidades de las generaciones futuras), debería comportar la financiación y la rentabilización de numerosos empleos. Finalmente, sumándonos a las reflexiones llevadas a cabo por Edgar Morin y René Passet en su revista *Transversales*, creíamos que Michel Rocard sería el adalid de una política que daría prioridad al crecimiento y a la responsabilidad individual y que resistiría a la huella de las tecnoestructuras y de los conocimientos expertos, demasiado fácilmente manipulables por quienes ostentan las llaves de las finanzas y del beneficio.

Fue así como, en vísperas de la campaña presidencial de 1988, redactamos y difundimos, bajo las siglas de los clubes Convencer, un centenar de páginas en las que se enumeraban y desarrollaban los objetivos fijados por Michel Rocard. Unas semanas más tarde, François Mitterrand dio a conocer su decisión de volver a presentarse y nuestro candidato se retiró de la carrera. Al releer hoy el fruto de nuestro trabajo constato que ese cuerpo de reflexiones, que, lejos de toda perspectiva ideológica o doctrinal, constituía el esbozo de un verdadero programa de gobierno, no ha dejado de ser pertinente. E incluso a pesar de que deje de lado buen número de problemas técnicos sigue siendo a mis ojos, por su orientación y su coherencia, aquel que la izquierda francesa, que es mi familia de pensamiento, puede y debe suscribir.

Por supuesto hubo una pausa durante la campaña. Envié a *Le Monde* un artículo en el que exhortaba a François Mitterrand a coronar los grandes servicios prestados a la democracia cediéndole el paso a un hombre más joven, susceptible de dar un nuevo impulso a la izquierda. Ese gesto, argumentaba yo, le valdría a buen seguro el reconocimiento de las generaciones futuras. Mi exhortación no tuvo efecto alguno y, como Michel Rocard, me decidí a asociarme a la campaña del presidente saliente, que por otra parte fue espectacular.

El segundo septenio comenzó con una sorpresa: la elección de Michel Rocard como primer ministro; un nombramiento cuyos riesgos vimos desde el primer momento. ¿No pretendería el presidente, a quien no le gustaba, exponerlo a un desgaste que le impidiera aspirar de nuevo a la sucesión?

Siguieron tres años delicados para los clubes Convencer y para nuestro comité. Observábamos el comportamiento del primer ministro con simpatía, sin que nos sorprendieran demasiado los obstáculos que hallaba en su camino ni el apoyo por lo menos ambiguo del Elíseo. Necesitaría tiempo para imponer sus ideas. Aparte del hecho de que no había podido elegir él a todos sus ministros, no estaban a su favor todos los parlamentarios socialistas, cuyos votos le eran indispensables. Esa «cocina»

gubernamental, en la que despuntaba Guy Carcassonne y gracias a la cual Michel Rocard se mantuvo tres años en Matignon, no la catábamos y no la comprendíamos. Nuestro equipo, más alejado de las contingencias de la vida política cotidiana, dirigía críticas al primer ministro que pretendían ser amistosas y constructivas, pero que, teniendo en cuenta nuestra media de edad, podían parecer ligeramente paternalistas y más de una vez debieron de fastidiarlo.

De vez en cuando nos reunía a comer en Matignon. En esas ocasiones nos hablaba con mucha franqueza de las dificultades a las que se enfrentaba, y nos daba a entender claramente que era muy consciente de lo que le reprochábamos, pero que había que tener paciencia. De esos ágapes muy a menudo salíamos decepcionados, no por su contacto, siempre cordial, sino por la confianza, a nuestros ojos excesiva, que mantenía en los progresos posibles.

Todos nos quedamos conmocionados ante la manera en que fue despedido en 1991 y le manifestamos con sinceridad que, a pesar de algunos reveses que nos habían apenado, su actuación nos parecía globalmente muy positiva.

Aún me lo parece ahora, casi siete años después. Probablemente fue el mejor primer ministro de François Mitterrand. Varias de las negociaciones que llevó a cabo —entre ellas la de Nueva Caledonia— y numerosas reformas que logró aplicar —pienso en el RMI^[59] o la CSG^[60], así como en la ley de financiación de los partidos políticos— supusieron progresos reales en la gestión democrática del país.

Sin embargo, los contactos que los clubes Convencer en su conjunto habían tratado de mantener entre un político y la sociedad francesa en sus profundidades no alcanzaron la dimensión que esperábamos. La decisión del «candidato virtual» de conquistar al Partido Socialista en lugar de al pueblo francés iba a contrapelo de las recomendaciones estratégicas que habíamos formulado constantemente. Si ésta no supuso el punto final de la existencia de los clubes Convencer, sí rompió los lazos entre los miembros del comité de reflexión y el efímero primer secretario del Partido Socialista.

Debo a Michel Rocard haber podido llevar tan lejos como era posible mi reflexión acerca de dos problemas que se hallaban en el centro de mis preocupaciones a lo largo de los últimos veinte años de mi vida activa: la inmigración y las relaciones Norte-Sur. La relación entre ambas cuestiones siempre me ha parecido evidente.

De todos los grandes fracasos de la segunda mitad del siglo xx, el más grave es a buen seguro no haber sabido gestionar simultáneamente la globalización de la economía y su regulación social. Es justo reconocer que no era tarea fácil.

En el siglo xix a los dirigentes de los Estados industrializados se les planteó un problema análogo en el marco nacional. Tardaron mucho tiempo en abordarlo y más aún en resolverlo. La expansión de un nuevo modo de producción, cuyas nefastas consecuencias sociales Marx había denunciado, reclamaba, para paliar los efectos de la pauperización y de la explotación descritos por Charles Dickens y Émile Zola, una política social y una defensa de los intereses de las clases proletarias que Bismarck fue de los primeros en inaugurar. Sólo a mitad del siglo xx los modelos socialdemócratas más o menos próximos a la noción de Estado providencial crearon unos equilibrios siempre frágiles entre libertad y regulación, economía de mercado y legislación social. Sin duda alguna, el modelo soviético obligó a todas las naciones industriales a tener en cuenta las necesidades de las clases sociales menos favorecidas. Los resultados obtenidos están lejos de la perfección, pero desde hace cincuenta años hemos asistido a una prodigiosa mejora de las condiciones de vida de medio millardo de habitantes del planeta.

A partir de los años setenta no se tuvo en cuenta un nuevo dato: la evolución de las ciencias y de las técnicas transformó la Tierra en lo que común pero falsamente se denomina la «aldea global». «Global», en el sentido de planetaria, sí, y por ello las regulaciones que los Estados tratan de imponer individualmente dentro de sus fronteras se han vuelto caducas. «Aldea», no, puesto que carece de todo cuanto precisamente caracteriza la convivencia y la solidaridad que asociamos a esa palabra.

La globalización progresa a una velocidad vertiginosa. Las crispaciones de identidades y las marginalizaciones sociales que provoca hacen retroceder la convivencia y la solidaridad.

Las dos cuestiones básicas a las cuales el siglo xx no ha respondido son, pues, las relaciones entre zonas geográficas, ecológicas y culturales dispares, a las cuales la globalización hace económicamente interdependientes, y los movimientos migratorios que provoca esa disparidad.

Desde su llegada a Matignon, Rocard animó a su ministro de Planificación, Lionel Stoleru, a que exhumara un informe sobre la inmigración que el comisariado de Planificación había hecho elaborar a un grupo de trabajo bajo mi presidencia. Ese trabajo, iniciado en 1985 bajo el gobierno de Fabius, fue concluido bajo el gobierno de Chirac, que guardó el informe en un cajón. Lionel Stoleru lo presentó a la prensa dándole el ambicioso título de *Inmigraciones: el deber de la inserción*. En el mismo, distinguíamos las diversas inmigraciones, cada una de las cuales exigía para su inserción en la sociedad francesa la puesta en marcha de una política concertada y voluntarista. Con esa condición, la participación de los extranjeros que habían elegido vivir y trabajar en Francia sería una formidable baza para ellos mismos, para sus países de procedencia y para la sociedad francesa. Significaba, empero, enfrentarse a la mentalidad reinante entre la mayoría de los responsables de la nación que, sin llegar a adoptar las tesis del Frente Nacional, veían en el flujo de inmigrados una amenaza para el equilibrio de nuestra sociedad. Había que frenar la inmigración.

Nuestro informe recordaba cuánto debían la economía, la cultura y el esplendor de Francia a los extranjeros que en ella habían trabajado, con una energía a menudo superior a la de los demás habitantes del país, y que, como consecuencia de nuestro derecho del suelo (*ius soli*), habían dado a luz a varias generaciones de franceses. Identificaba las precauciones que había que tomar para limitar la inmigración clandestina; las medidas indispensables para facilitar el acceso, la formación, el empleo, la escolarización, la libertad de expresión, de confesión, de participación en la vida social de quienes se hallaran en situación regular o quienes, en busca de asilo en una tierra de libertad, reclamaran para ellos mismos y para los suyos el estatuto de refugiados.

Fruto de numerosas consultas a sociólogos, economistas, sindicalistas, empresarios, dirigentes asociativos, islamólogos, parlamentarios y profesores, según la fórmula definida por el comisariado de Planificación, nuestro informe de casi ciento cincuenta páginas, sin contar los anexos, maduró entre 1985 y 1988 y eclosionó durante los primeros días del segundo septenio.

Fue antes de la caída del muro de Berlín y del fulminante deshielo del Este, antes de las turbulencias argelinas, antes del incremento dramático del desempleo, en un contexto aún relativamente estable pero que no tardaría en degradarse.

La elección presidencial de 1988 estuvo marcada por el inquietante incremento de votos del Frente Nacional. En torno a los problemas de exclusión, de los que no tenían responsabilidad alguna, los «inmigrados» —término en el que se englobaban las poblaciones no blancas de los suburbios pobres— se convertían en objeto de un rechazo xenófobo que impregnaba incluso el discurso de los dirigentes de izquierdas. Rocard utilizó una expresión peligrosa por su laconismo: «No podemos acoger toda

la miseria del mundo». El propio François Mitterrand pronunció una frase acerca del «umbral de tolerancia» más allá del cual los inmigrados estarían de más.

Sin embargo, el presidente de la República nunca había dejado pasar la ocasión de fustigar públicamente el racismo o los atentados contra los derechos humanos. Con ocasión de las ceremonias del bicentenario de la Revolución francesa, en el curso de un coloquio consagrado a la herencia de 1789 en el gran anfiteatro de la Sorbonne, lo oí caracterizar a los franceses como un pueblo compuesto por celtas, latinos, germánicos, italianos y —concluyó, tras una pausa— árabes. Aquel día, como muy a menudo, aprecié su elocuencia.

Habría preferido, sin embargo, que hubiera puesto en marcha algunas de las propuestas del informe de Planificación. No hubo ni reforma administrativa ni avance legislativo. Respecto al derecho de voto de los residentes extranjeros en las elecciones municipales, que siempre he considerado una de las claves de la integración, Mitterrand insistió en decir, en su *Carta a los franceses* —que describía su programa— que era favorable al mismo, pero que no tomaría la iniciativa pues sentía que sus compatriotas no estaban preparados para ello.

Poco después, la opinión pública se vio sacudida por el conflicto de los velos y el del código de la nacionalidad. El primero sacaba a la luz los problemas de coexistencia entre las comunidades islámicas fieles a sus costumbres y una escuela pública marcada por el laicismo. Se dio con una solución ambigua y el tema sigue dividiendo a las mentes más preclaras. El segundo cuestionaba uno de los principios esenciales de la «nación» francesa según Renan, el derecho del suelo o *ius soli*, que favorece el mestizaje cultural, baza magistral de la sociedad francesa. Una comisión presidida por Marceau Long consiguió el equilibrio entre las cabezas pensantes y desechó cualquier posible retorno al derecho de sangre (*ius sanguinis*).

Michel Rocard tuvo la idea de apoyarse en ese precedente para crear un Alto Consejo para la integración y, con su habitual desvergüenza hacia mí, anunció que yo era miembro de éste antes de consultarme. Al saberlo por la prensa, sólo pude alegrarme. Volvía a ser «sabio».

Dos o tres veces al mes, entre 1990 y 1993, ascendí los peldaños de mármol blanco del Palais-Royal para ir a sentarme a la izquierda de Marceau Long, en una vasta sala contigua a su despacho de vicepresidente del Consejo de Estado. Al constituirnos, en noviembre de 1989, Michel Rocard precisó lo que esperaba de nosotros. La escena tuvo lugar en el salón del hotel Matignon donde, el año anterior, él había presidido el encuentro entre los negociadores del acuerdo sobre Nueva Caledonia, Jean-Marie Tjibaou y Jacques Lafleur. Su alocución delataba aquel recuerdo emocionante para el primer ministro. Ante todo, nos pidió que dijéramos la verdad, que diéramos las definiciones precisas y las cifras exactas de la presencia de extranjeros en Francia, acabando de una vez por todas con fantasmas y rumores. En

cuanto a la política de integración a seguir, contaba con nuestras propuestas.

Gracias a su ecléctica composición, el Alto Consejo permitía instaurar un auténtico debate y alcanzar así un acuerdo entre las familias de pensamiento de la sociedad francesa sobre un tema a menudo mal comprendido por la opinión pública.

Una vez al año, en una bella sala del Consejo de Estado decorada con un retrato en pie de Bonaparte, primer cónsul, creador de esa venerable institución, Marceau Long convocaba una rueda de prensa. Las preguntas de los periodistas a quienes presentaba nuestro informe expresaban sus recelos, sus esperanzas de cogernos en falta y, a menudo, su poca madurez. Long, sin embargo, se entrevistaba la víspera con los editorialistas más competentes y los mejores periódicos nos dedicaban columnas interesantes. Ya que la actualidad se prestaba a ello, dábamos el mayor peso posible a nuestro mensaje de incitación a la solidaridad.

¿Qué ha quedado de esa presentación constructiva de una política francesa hacia los inmigrados, tras seis años de reflexión y de informes del Alto Consejo, del que dejé de ser miembro después de las elecciones legislativas de 1993 y con el inicio de la nueva cohabitación?

El gobierno Balladur no hizo más que endurecer el carácter represivo de la legislación sobre extranjería. Charles Pasqua infringió indirectamente el derecho de suelo al añadir condiciones para la adquisición de la nacionalidad a aquellos que tenían pleno derecho a ella. Su sucesor, Jean-Louis Debré, aún fue más lejos en la caza de los «irregulares». Su lamentable obstinación y su testarudo rechazo a agarrar los cabos que se le lanzaron en 1996 acabaron por provocar la indignación de una parte creciente de la opinión pública. Haber participado en la campaña de regularización de los «sin papeles» y haberme codeado, en el colegio de mediadores, con las mujeres y hombres que me inspiran mayor confianza y respeto representa uno de los grandes momentos de compromiso cívico, que son para mí los más deseados.

Estuve a punto de vivir otro de esos momentos al presentar a la prensa, el 1 de febrero de 1990, el informe sobre las relaciones de Francia con los países en desarrollo que Michel Rocard me pidió que pusiera en marcha a su llegada a Matignon. Pero mi reciente éxito llevaba en su interior la semilla del fracaso.

Ésta es la triste historia de mi último intento de sacar a mi país del estancamiento en África y convertirlo en socio lúcido y eficaz de los pueblos del Sur.

Como ministro de Planificación en el primer gobierno socialista, Rocard había observado los esfuerzos que Cheysson, Cot y yo habíamos hecho para renovar, desde una perspectiva de izquierdas, la política de ayuda y de cooperación de Francia. Dio su aval a la noción de «codesarrollo», idea arriesgada que queríamos probar con países como México, Argelia e India. No se trataba simplemente de ayudar a esos países, sino de reflexionar conjuntamente acerca de cómo Francia podría

desarrollarse a sí misma y, paralelamente, acompañar el desarrollo de otros. Partíamos del principio de que las relaciones entre naciones deberían ser recíprocas: no de asistencia, sino de cooperación.

Rocard no me ocultó su decepción ante el poco éxito obtenido en 1982, con la delegación interministerial fulminada y Jean-Pierre Cot apartado del gobierno.

Seis años más tarde, el que lo había suplantado como candidato a la presidencia de la República lo llamaba para ponerse al frente de su gobierno. Temible ambigüedad. ¿Hasta dónde llegaría su verdadero poder? ¿Debía renunciar por completo a inmiscuirse en política exterior, dejando ese terreno a Roland Dumas, quien no lo tenía en gran estima pero a quien Mitterrand escuchaba?

No. Michel Rocard tenía sus propias ideas y consideraba que era urgente revisar nuestras relaciones con el conjunto de los países en desarrollo, desencallar nuestro cara a cara con el África francófona y ver más allá del «patio trasero». Al saber que yo compartía sus convicciones, recurrió a mí.

Esa vez me rodeé de ciertas precauciones. Conseguí que un miembro del gabinete del primer ministro formara parte del grupo de trabajo y que el Tesoro pusiera a mi disposición a uno de sus altos funcionarios. Además, debían estar representados el gabinete del ministro de Cooperación, la Dirección general de relaciones culturales, el comisariado de Planificación, el ministro responsable de la ayuda humanitaria y la Caja central de cooperación económica. En primer lugar, había que consultar a todo el abanico de administraciones, personalidades competentes y organismos interesados, y recopilar sus puntos de vista en un primer borrador de propuestas, que llevaría a un informe intermedio, llamado «de etapa».

Para lograrlo, preguntamos a nuestras misiones diplomáticas en los países socios del Sur y en los países competidores del Norte con el fin de comprender cómo acogerían unos nuestra cooperación y cómo los otros gestionaban sus recursos. Tratábamos de conocer mejor las dificultades con las que se enfrentaban las instituciones europeas o multilaterales, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o el PNUD. ¿Qué posiciones había defendido Francia en esas instituciones y por qué? Hablamos con el gobernador del Banco de Francia, Jacques de Larosière, antiguo miembro del Club Jean Moulin, más recientemente director general del FMI; con el director del Tesoro, Jean Claude Trichet, y con el director de la Caja central de cooperación económica, Philippe Jurgensen. Todos nos recibían con gran afabilidad y diversos grados de escepticismo sobre el éxito de nuestra empresa.

Más aún para mí que para mis jóvenes colegas, esas entrevistas eran muy repetitivas. Como en 1974 o en 1982, trataba de evocar inercias lamentables, enojosas incoherencias o nuevas vías insuficientemente exploradas. En lugar de desanimarme, ese darle vueltas a lo mismo me hacía pensar que había llegado ya la hora de renovar

de arriba abajo nuestros objetivos, nuestra mecánica y nuestros métodos.

El informe de etapa estaba marcado por esa convicción. Fue sometido al primer ministro, que no puso ninguna objeción, y recibimos sus directivas para preparar el informe definitivo, que debería entregársele a finales de 1989.

Se acordó que yo asumiría la responsabilidad de los altos funcionarios que habían colaborado a título exclusivamente personal, es decir sin comprometer a sus ministros, y que asumiría solo las principales recomendaciones, teniendo en cuenta las asperezas del terreno, de las que éramos muy conscientes.

De ese delicado equilibrio, mantenido a lo largo de los veinte meses que duró nuestro trabajo, surgiría una severa crítica a la política llevada a cabo desde hacía veinticinco años y una argumentación precisa a favor de los cambios que habría que introducir para tener en cuenta un contexto mundial en plena evolución. Pero ahí no acababa nuestra acción. Formulábamos también propuestas de reforma que no abarcaban sólo las grandes orientaciones, sino también —y ahí había que hacer gala de prudencia— las estructuras ministeriales, los métodos de trabajo, las movilizaciones que habría que llevar a cabo y las coherencias que habría que lograr en el plano interno, europeo e internacional.

Como todos los miembros de nuestro equipo tenían su propio puesto, nuestras reuniones se celebraban fuera del horario laboral, por la tarde en mi apartamento o al mediodía en el comedor de uno u otro ministerio, preferentemente en el del anejo al hotel Matignon, en la calle Vaneau, donde el menú estaba especialmente bien elaborado. Cada uno de los miembros del equipo escribía sobre un tema. Mi función era asegurar la síntesis y garantizar la legibilidad.

¿Trazaré el retrato de cada uno de los participantes en esta empresa, tal vez la más ambiciosa y a buen seguro la más cautivadora de todas cuantas he consagrado a la política francesa de desarrollo? Saben la estima que tengo por ellos; el lugar que traté de hacer a sus concepciones y a su experiencia, y el respeto que me inspira su competencia. Lo esencial, sin embargo, era nuestra convicción común de que existía lo que se da en llamar una «ventana de oportunidad» que había que aprovechar. Había apasionados y puntillistas, visionarios y pragmáticos, audaces y prudentes, pero todos entregaban generosamente su tiempo y su confianza. A algunos los conocía desde hacía tiempo, pero también hice descubrimientos y nacieron nuevas amistades. ¡Qué lástima que el modo de vida de los responsables de nuestra administración haga tan difícil consolidar los lazos que se crean en el trabajo y tan efímeras unas amistades cuya posible fertilidad sospechamos sin poder anclarlas en el tiempo! Pero tal vez sea sólo culpa mía. En mis contactos con las mujeres y los hombres con los que me he cruzado en el camino, tan numerosos y tan ricos en experiencias, soy más entusiasta que fiel.

El 1 de febrero de 1990 pude finalmente entregar «mi» informe a Michel Rocard,

con un mes de retraso sobre la fecha prevista. Ese texto de ciento cincuenta páginas preconizaba principalmente la creación, bajo la autoridad del primer ministro, de un Alto Consejo de cooperación y desarrollo encargado de evaluar y orientar, según la evolución de cada contexto, los métodos y los recursos que se deberían consagrar a los diferentes socios. Era la propuesta más ostensible contenida en el informe, la que prudentemente quedaba al margen de reformas más profundas, como la supresión del Ministerio de Cooperación y de la célula africana del Elíseo, y la transformación de la Caja central de cooperación económica en un Banco francés de desarrollo con vocación universal. No había contemplado ni la disolución de la zona franco, ni — cosa que habría hecho caduco el informe— la europeización de las políticas de desarrollo de los doce. Estaba persuadido de haber evitado los escollos más visibles, y a la vez de haber abierto pistas que permitirían verdaderos progresos.

El primer ministro me pidió que presentara el informe a la prensa, lo que tuvo lugar en uno de los salones del hotel Matignon. Una vez más pude constatar el poco interés de los medios y de nuestros periodistas por los problemas de los países pobres cuando no tienen que ver con hambrunas o masacres. Hablé ante una sala medio vacía y los principales periódicos no dedicaron más que unas líneas al fruto de nuestras largas deliberaciones. Decepcionante. Tal vez, ya no lo recuerdo, aquel día tuviera lugar algo realmente apasionante: un gran partido de fútbol o el descubrimiento por parte de un joven juez de un asunto escabroso.

No tuvimos que esperar mucho para darnos cuenta de la gravedad de una omisión en nuestra estrategia: los principales ministros habían sido consultados, pero no el Elíseo. En mi cabeza, tal misión le correspondía al gabinete del primer ministro, pero por supuesto habría debido tomar esa precaución personalmente. Ese error tuvo como efecto poner al presidente ante el hecho consumado. Llegó la orden del Elíseo de no difundir el informe. Michel Rocard la acató.

Paradójicamente, ese incidente hizo de ese texto poco revolucionario en sí mismo un objeto que despertaba la curiosidad. Cuanto más difícil era procurárselo, más se le metía en la cabeza a la gente que debía de ser una verdadera bomba. Quienes lo leían —puesto que, por descontado, existían numerosos ejemplares que circulaban de mano en mano— no hallaban en él, a fin de cuentas, más que aquello que muchos observadores de la política francesa ya habían dicho y que nunca se había hecho.

Uagadugu

Pese a todo, mi informe tendría un lector que contaría mucho en mi vida: el presidente de Burkina Faso, Blaise Compaoré.

Ese antiguo capitán de paracaidistas saltó a la arena política apoyando la toma del poder revolucionaria de Thomas Sankara, de quien era el brazo derecho. Luego, al estimar que Sankara rebasaba los límites del autoritarismo, lo derrocó y lo hizo ejecutar.

En esa coyuntura por lo menos ambigua, el nuevo presidente había puesto en marcha un conjunto de reformas que tuvieron como efecto la transformación de Burkina Faso, donde imperaba una dictadura de partido único, en un Estado con multipartidismo, camino de dotarse de una Constitución democrática que contemplaba el respeto a los derechos humanos.

Fue entonces cuando conocí a uno de sus consejeros franceses, Jean Guion, que acababa de consagrarle una biografía bastante elogiosa para la que me pidió que escribiera un prefacio. Aun a riesgo de desquiciar a mis amigos más militantes, que consideraban a Compaoré como el asesino de un presidente valiente y progresista, acepté, aunque expresando algunas reservas.

A raíz de ello, Compaoré nos invitó a mi esposa Christiane y a mí a Uagadugú, y me pidió que diera una conferencia sobre la democratización. El auditorio estaría compuesto por una cincuentena de miembros de la comisión a la que había confiado la misión de redactar una Constitución.

Conocía Uagadugu por haber estado allí varias veces en la época en que era la capital de un país llamado Alto Volta, antes de que Thomas Sankara lo rebautizara Burkina Faso, «el país de los hombres íntegros». Conocí entonces al presidente Lamizana, un general virtuoso. Me alojé en la bella residencia auténticamente africana del embajador de Francia y soñé ser nombrado para aquel puesto.

Pero, sobre todo, André y Anise Postel-Vinay me habían presentado al gran historiador de Africa Joseph Ki Zerbo y a su esposa Jacqueline. Más tarde, obligados a abandonar el país tras la revolución sankarista, ambos se incorporaron a la acción internacional, él en la Unesco y ella en el Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo.

Al temer que pudiera caer en una trampa, Christiane insistió en que hablara de nuestro proyecto con Ki Zerbo o su esposa. Nos animaron a que aceptáramos lo que podría ser una toma de contacto útil, aunque nos dieron algunos consejos de

prudencia.

Así, llegamos a Uagadugú y pronto establecimos contacto con el joven presidente. Nos invitó a una cena íntima e informal en el jardín de la modesta residencia que ocupaba en los terrenos del estado mayor, vigilado por paracaidistas. Su talante natural y su cordialidad nos incitaron a hacerle preguntas muy personales acerca de su formación, de su relación con Sankara o del apoyo que prestaba al jefe rebelde de Liberia, Charles Taylor. Sus respuestas fueron tan directas como nuestras preguntas. Desprendía una gran confianza en sí mismo y hacía gala de su gusto por la vida militar, pero a la vez mostraba la convicción de que su país necesitaba paz y estabilidad y de que ello sólo se lograría mediante la instauración de un Estado de derecho y la reconciliación entre todos los integrantes de la sociedad: viejos y jóvenes, mujeres y hombres, etnias del centro (mossis) y etnias de la periferia (peuls), gentes del campo apegadas a las tradiciones ancestrales y gentes de la ciudad ávidas de cultura internacional.

Explicó con gran claridad su amistad con Sankara, evocando el entusiasmo con el que lo había acompañado en su retórica revolucionaria, la esperanza que había suscitado en él que se hubiera arrinconado a los antiguos aprovechados que rodeaban a los partidarios de zerbo y yameogo, y luego sus primeras inquietudes ante la influencia que adquirirían los modelos cubano y libio. En su opinión, al igual que su acción había sido decisiva para llevar a Sankara al poder, también se había visto obligado a derrocarlo, beneficiándose en uno y otro caso de su popularidad en el ejército, principal fuerza del país. Admitía, sin embargo, que el papel del ejército no era dirigir el Estado; de hecho, su gobierno estaba integrado por civiles.

No puedo negarlo: fuimos seducidos por aquel hombre inteligente, fino y que expresaba bien sus convicciones. Puso a nuestra disposición el helicóptero presidencial para que pudiéramos visitar el embalse de Bagré y las zonas agrícolas que aprovecharían la regulación de las aguas. Dos momentos de aquel paseo han quedado grabados en mi memoria: el descubrimiento de que un joven militar, sentado a nuestro lado en el helicóptero, iba leyendo las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau y, más tarde, en una animada comida, el diálogo en cinco lenguas diferentes entre los obreros y los ingenieros de la presa de Bagré, orgullosos de su embalse y solidarios a pesar de sus diversas procedencias.

Es en esas obras, también en el cosmopolitismo de la acción humanitaria, en las nuevas fraternidades bajo el casco azul de las Naciones Unidas, donde se construye, paso a paso, año tras año, la generación del año 2000, *incolae mundus novi*, nuestra esperanza.

De regreso a Uagadugú ofrecí, ante la comisión encargada de elaborar la Constitución, una serie de charlas seguidas de preguntas y respuestas. Mis razonamientos debieron de parecerles muy abstractos a aquellos cincuenta «sabios» y

también muy idealista la insistencia con la que subrayaba la importancia del Estado de derecho y del respeto de la dignidad humana. Pero, al cabo de unas horas, la corriente pasó y sentí que aquellas mujeres y aquellos hombres —Compaoré insistía en que los dos sexos estuvieran representados casi por igual— aceptaban sin azorarse la responsabilidad que se les había confiado.

Dimos también un paseo por una plantación de frutales, a treinta kilómetros de la capital. En medio del perfume de los naranjos, de los ananás, de los pomelos y los platanales, el anciano guarda que nos acompañaba deploró la falta de riego y la dificultad del mantenimiento, y evocó con nostalgia los tiempos de los franceses. Cambiamos de tema de conversación.

Finalmente, tras la inevitable visita al gran mercado central de Uagadugú, donde cualquier extranjero es asaltado por un enjambre de chiquillos a medio camino entre mendigos y vendedores, más astutos que obsequiosos, desbordantes de charlatanería y de irrefutables argumentos comerciales, llegó la hora de despedirse y con ella el momento más incómodo de ese tipo de contacto: la distribución de regalos. Unos regalos demasiado generosos, que uno no se atreve a rechazar, pero que le recuerdan la diferencia entre países ricos y países pobres: los primeros te hacen pagar, los segundos te cubren de favores.

Mi segunda visita al presidente Compaoré fue en un marco más oficial. Tuvo lugar un año más tarde con motivo de las primeras elecciones legislativas convocadas en Burkina Faso. Acepté formar parte de una comisión de observadores franceses, presidida por Pierre Messmer y compuesta de juristas y de cargos electos, entre los cuales encontré a la ex ministra de Juventud y Deporte, Michèle André, que había formado parte del comité de orientación de los clubes Convencer. Distribuidos en tres grupos destinados cada uno de ellos a una región, los miembros de esa comisión plural no pudieron evitar lamentarse del calor y de los insectos y se extasiaron ante la paciencia de los votantes que, bajo un sol de justicia, aguardaban a la puerta de los colegios electorales en largas filas casi inmóviles.

El grupo del que yo formaba parte había decidido dirigirse al norte del país, a la provincia de Ouahigouya, que se suponía que iba a votar mayoritariamente a favor del principal partido de la oposición. Tras una visita de cortesía al gobernador, un joven funcionario serio y elegante, nuestros chóferes nos condujeron a varios colegios electorales donde verificamos concienzudamente que contaran con todos los elementos de un procedimiento democrático —papeletas de las veintiuna formaciones que presentaban candidatos, cabina de voto en secreto y la urna a la vista—, mientras los presidentes de las mesas, rodeados de interventores de los partidos políticos, repetían las mismas explicaciones.

Para una población que no había participado en unas elecciones desde hacía

veinticinco años, debía de tratarse de una experiencia extraña. ¿Con qué sentimientos iban a las urnas aquellos hombres y mujeres? Además del placer de ser consultados y de reencontrarse con los conocidos por los caminos, no había duda de que compartían una simpatía común por su presidente y por el lema del Faso: «Libertad o muerte: ¡Venceremos!», que podía leerse en los carteles electorales.

El escrutinio comenzó a última hora de la tarde y duró todo el día siguiente. Un magistrado solemne y entrado en años había sido nombrado para aquella laboriosa operación. Nuestra comisión no era la única que seguía aquellas primeras elecciones legislativas organizadas en un país del Sahel. Había allí también parlamentarios europeos, que dudaban de nuestra imparcialidad. ¿Cómo demostrarlo, en un contexto en el que cualquier control está confinado en unos márgenes muy estrechos? No se cuestionaba nuestra buena fe, ni la voluntad de no ser manipulados. Por lo menos, no habíamos observado nada que despertara nuestras sospechas. Millones de burkineses habían acudido a las urnas y habían constatado que el Estado les pedía que se comportaran como ciudadanos. Aún no era un Estado de derecho, pero era la única manera de aproximarse al mismo. Tuve la ocasión de hablar de ello con el presidente y sentí su voluntad de hacer que toda la población participara en las responsabilidades cívicas, y particularmente las mujeres y las chicas. Volveríamos a vernos al cabo de dos años en unas circunstancias totalmente insospechadas.

Los cineastas berlineses que preparaban un film sobre mi vida y mi carrera expresaron su deseo de filmar algunas secuencias en África, y el presidente Compaoré nos invitó generosamente a pasar una semana en Uagadugú. Fue una experiencia deliciosa. Ninguno de los cuatro alemanes que integraban el equipo de rodaje —una pareja de realizadores, un técnico de sonido y una especialista en iluminación— había estado nunca en África. Algunos aspectos del país los maravillaban, en particular la naturalidad y la hospitalidad de los anfitriones, y la inteligencia y la disponibilidad del presidente. Por el contrario, la miseria del campo y la dejadez africana de la capital los sorprendían. Sus reacciones me divertían y les hice de cicerone.

Se refugiaban en su profesionalidad y preparaban cuidadosamente cada secuencia. Sabía por experiencia que, de tres horas de rodaje, en el film sólo se conservarían tres minutos, pero me gustaba verlos pasear su cámara por las ciudades y pueblos, con un joven oficial de la guardia presidencial al volante al que lo sorprendía su meticulosa lentitud y que sonreía al verme repetir una y otra vez la misma pose.

Los cineastas querían que me moviera en un ambiente típico: campesinos sentados ante sus cabañas rodeados por sus familias, mujeres trabajando, hombres descansando, niños jugando, paisajes de sabana con extensiones de agua en las que

los pescadores lanzaban sus redes o los pocos huertos junto a los caminos. Hubo también un anciano africano arisco que nos dio a entender que para filmarlo había que pagar. Yo estaba dispuesto a ello, pero el oficial que nos acompañaba no lo permitió. Con serenidad y diplomacia supo disuadir al viejo, que se alejó refunfuñando.

¿Qué quedaría de todo ello en el film? Poco más, en definitiva, que de la maravillosa expedición que el presidente nos organizó a una reserva situada al sur del país, cerca de la frontera con Ghana. Se llegaba hasta allí acampando en Pô, donde el ejército tenía su principal acuartelamiento, bastión de las tropas fieles al jefe del Estado.

La reserva, a la que nuestro equipo llegó a última hora de la mañana, después de tres horas en Land Rover por un paisaje de sabanas y colinas, estaba a cargo de un joven y esbelto burkinés, director de rancho de extraordinaria competencia, además de excelente pedagogo. Nos invitó a comer bajo los flamboyanes, cerca de su cabaña, y nos inició en las costumbres de la fauna africana.

Su «rebaño», que guardaba en un vasto vallado, se componía de una familia de leones, tres hienas, monos, antílopes y una gran variedad de pájaros. Pero, sobre todo, había un pequeño elefante de seis meses, acogido tras la aniquilación de sus padres por unos furtivos de Ghana y con el cual se podía jugar. No mucho, sin embargo, para que no se acostumbrara a los hombres. El director de la reserva confiaba lograr que cuando hubiera cumplido dos años lo adoptara una familia de elefantes. El punto culminante de nuestra expedición fue el encuentro, entre la maleza, con un grupo de paquidermos. Nuestro guía, que había detectado su presencia mucho antes que nosotros, hizo detener los vehículos y nos condujo a orillas de un riachuelo. Apenas instalada la cámara, vimos cómo el grupo, cinco grandes adultos y dos jóvenes, atravesaba un claro y se detenía frente a nosotros, a unas decenas de metros. Tranquilizados por el agua que nos separaba de ellos, alzaron las trompas en un movimiento majestuoso que era sin duda a la vez un saludo y una advertencia. Para mí fue un espectáculo enternecedor. Los berlineses, por su parte, encontraron aquello de lo más natural y sólo conservaron unos segundos en el film.

Mantuvieron una secuencia más larga de la visita que hicimos a la escuela de un pueblo situado a treinta kilómetros de la capital, que se beneficiaba de un proyecto de potabilización de agua financiado por el programa cuya presidencia ejercía yo en París. Ese programa, bellamente bautizado Solidaridad Agua, moviliza a colectividades territoriales de Europa, África, América y Asia, en cooperación con organizaciones no gubernamentales especializadas en la gestión del agua. Eso se denomina «cooperación descentralizada»: los proyectos de partenariado se llevan a cabo lo más cerca posible de las comunidades urbanas o rurales.

En esa escuela, a la que asistían unos quinientos niños repartidos en siete cursos,

los alumnos aprendían diversas técnicas, rudimentarias pero fiables, destinadas a preservar la calidad del agua potable en los pozos y los lugares de consumo, única garantía contra las enfermedades más mortíferas: amibiasis, diarreas y oncocercosis.

Siempre bajo la mirada de la cámara, me dirigí a los niños y las niñas educadamente sentados en un aula, frente al recipiente de agua potable. Comencé hablándoles en francés, y luego pasé al alemán, ejercicio incongruente que sorprendió a maestro y alumnos. El director nos instaló a continuación a la sombra de una gran ceiba, donde nos dio a beber zumos de fruta, mientras nos explicaba los problemas y los proyectos del pueblo.

Ésos son los momentos de gracia que sólo África puede ofrecer, o por lo menos yo nunca he hallado el equivalente en otro lugar. Momentos de convivencia inmediata con hombres y mujeres de gran dignidad, cuyo placer al intercambiar palabras y gestos se expresa con toda sencillez y libertad.

Buyumbura

¿Cómo explicar que esos mismos africanos, tan sonrientes, tan hospitalarios, puedan volverse feroces de un día para otro y dejarse arrastrar con tanta facilidad al asesinato, la violación, el saqueo o el uso alterno del kalashnikov y del machete, y todo a una escala aterradora? Ni los etnólogos ni los psiquiatras poseen la respuesta a esa cuestión, la más lacerante tal vez de nuestros tiempos. Se planteó en otro lugar del mundo en los años setenta, en Camboya, en el seno de un pueblo particularmente sensual, sereno y alegre, cuando de repente Pol Pot desencadenó la más terrible carnicería. Resurgió veinte años después en esta región de los Grandes Lagos de la que los antropólogos aseguran que fue la cuna del *Homo sapiens*, hace setecientos mil años, porque su clima, su vegetación y su fauna convenían perfectamente a nuestra especie.

No son la violencia o la crueldad por sí mismas las que pueden sorprendernos a quienes vimos a los alemanes, convertidos en nazis, entregarse a un genocidio sistemático, a los rusos hacer del gulag un medio de exterminio planificado o a los estadounidenses masacarar, aldea por aldea, a los habitantes de Vietnam. Aunque nos horroricen, poseemos una categoría del raciocinio para los terroristas irlandeses o vascos, o los «purificadores étnicos» de la ex Yugoslavia.

Pero somos víctimas del vértigo cuando poblaciones que vivían desde hacía siglos en las mismas colinas pierden súbitamente toda humanidad y las ciega un odio que se enardece, arrasa como un mar de fondo, corre a la velocidad del fuego entre la maleza y no deja tras de sí más que devastación.

No sabemos cómo prevenir esas llamaradas y, una vez que nos han revelado el lado sombrío de la naturaleza humana, ignoramos cómo ayudar a esas poblaciones a reconciliarse. Salvo si se da con la respuesta a este desafío, que es uno de los más preocupantes para el próximo siglo, la vida en común en esta tierra exigua será una pesadilla.

Acababa de regresar de Uagadugú, en diciembre de 1993, cuando recibí una llamada del director del Instituto de los derechos humanos de Montpellier, François Roux, con quien me unían algunos encuentros y muchos amigos comunes, preocupados como él y como yo por la continuidad que había que darle a la Conferencia mundial sobre derechos humanos de Viena, celebrada en julio de 1993.

Me explicó su proyecto de montar una misión de escucha y diálogo en Burundi, que acababa de sufrir de lleno una de esas olas de locura mortífera. El asesinato, durante una tentativa de golpe de Estado, del presidente Melchior Ndadayé, un hutu elegido democráticamente tres meses antes, desencadenó masacres de las que fueron víctimas centenares de miles de miembros de la minoría tutsi y a las que los grupos armados tutsis replicaron con otros asesinatos y saqueos.

Sin embargo, los golpistas no habían conseguido tomar el poder y un frágil gobierno, a cuyos elementos más amenazados la Embajada de Francia acogió durante un tiempo, trataba de imponer la calma. Durante ese tiempo, en la vecina Ruanda, el reinado sanguinario de Juvénal Habyarimana hacía estragos. Eran los hutus quienes tenían el poder y los tutsis preparaban sus fuerzas, apoyadas desde sus bases en Uganda. En Kigali aún reinaba la calma.

La asociación en la que François Roux se reunía con amigos burundeses que residían en Montpellier adoptó el nombre de Albizia, una planta de esa región que florece de nuevo, dicen, tras los incendios. Estableció contactos con las fuerzas de paz y de reconciliación presentes en la sociedad burundesa. El presidente de la Conferencia episcopal católica, monseñor Bududira, había tratado de agrupar a las fuerzas bajo las siglas GAPS (Grupo de Acción por la Paz y la Solidaridad) y solicitaba ayuda de todos los verdaderos amigos de Burundi.

Estaba en estrecho contacto con el representante especial del secretario general de las Naciones Unidas, un diplomático mauritano particularmente cultivado y sutil, Ahmedou Ould Abdallah, que llevaba el peso del gobierno legal, lo ayudaba con sus consejos y llamaba a la reconciliación entre los dos principales partidos políticos, la Unión para el Progreso Nacional y el Frente Democrático Burundés, que deberían repartirse los puestos en el nuevo gabinete que se formaría. Había que permitir también que el Parlamento, elegido el año anterior al mismo tiempo que el presidente asesinado, escogiera un sucesor. El Parlamento, sin embargo, estaba dominado aplastantemente por los frodebistas^[61], en su mayoría de la etnia hutu, mientras que el Consejo constitucional, implantado por el predecesor de Ndadayé, Pierre Buyoya, contaba con una importante mayoría tutsi.

Para salir de aquel callejón sin salida constitucional, Ahmedou Ould Abdallah recurrió a François Roux, de quien apreciaba las competencias y quien le había procurado una consulta jurídica conforme a sus puntos de vista. Lo comprometió a acudir en cuanto fuera posible al frente de una misión a la que Roux me invitó a sumarme, sabedor de mi pasión por Africa y de mi interés por la protección de los derechos humanos. No me ocultó los inconvenientes.

Se trataba de componer un equipo creíble y motivado, de hallar las fuentes de financiación y de elegir el momento y la duración apropiados. En diciembre de 1993 discutimos de ello con Pierre Caíame, presidente de la Fundación para el progreso del

hombre, cuyas actividades y reflexiones conocía.

François Roux ya había confirmado la participación de Marie-Claude Tjibaou, viuda del líder canaco asesinado, al que había apoyado en su combate. Necesitábamos a otros africanos defensores de los derechos humanos: una senegalesa colaboradora del Centro para los derechos humanos de las Naciones Unidas en Ginebra, una camerunesa responsable de un fondo de ayuda al campesinado, dos teólogos, un miembro del Consejo ecuménico de las Iglesias, otro de la Conferencia de las Iglesias de toda el Africa y un burkinés presidente de la Unión interafricana de los derechos humanos. Necesitábamos a un belga: el presidente de la Comisión justicia y paz. François Roux había confirmado también la participación de otro «veterano» de la negociación de Nueva Caledonia, el pastor Jacques Stewart, presidente de la Federación protestante de Francia, quien acompañó a Christian Blanc a Numea en 1988. El Comité católico contra el hambre y por el desarrollo, la Fundación para el progreso del hombre y el Centro para los derechos humanos de las Naciones Unidas contribuirían a cubrir los gastos. Un equipo de cineastas acompañaría a la misión.

El mes de enero transcurrió sin que supiéramos aún si el gobierno burundés volvería al poder ni si las laboriosas negociaciones entre los partidos políticos, conducidas con el concurso de Ould Abdallah, desembocarían en el nombramiento de un nuevo presidente. El representante de Boutros-Ghali nos apremió para que no retrasáramos nuestro viaje. El 8 de febrero desembarcamos en Buyumbura. Aquel mismo día las gestiones de Ould Abdallah dieron fruto: la Asamblea, dominada por el Frodebu, designó presidente a uno de sus miembros, Cyprien Ntaryamira. Éste nombró a un primer ministro tutsi y formó su gobierno de manera que satisficiera las ambiciones de los principales grupos políticos. ¿Plantearía objeciones el Consejo constitucional, muy hostil al Frodebu? Nuestra llegada se produjo en el momento en que la espera era más angustiada. La semana anterior había tenido lugar en Buyumbura una huelga general de «ciudad muerta»: unos jóvenes vandálicos, a sueldo de los políticos de la oposición, sembraron el terror en algunos barrios de la ciudad. ¿Se preparaba otra operación del mismo tipo?

Tomamos de inmediato la palabra en la radio y la televisión, y repetimos machaconamente un mensaje de paz y de tolerancia que a Ould Abdallah le parecía que reforzaba su mediación. Decidimos dirigirnos sin más tardanza hacia las colinas, hacia el interior del país. En nuestra primera etapa nos llegó la noticia: el Consejo constitucional había ratificado la elección de la Asamblea. ¡Uf!

Aquella semana del 8 al 15 de febrero de 1994 fue una aventura de una excepcional intensidad. No había pausas en nuestro programa. El Grupo de Acción por la Paz y la Solidaridad nos había organizado, en el hotel en el que nos

alojábamos, una sucesión ininterrumpida de reuniones, para las cuales nos preparábamos mediante intensas concertaciones entre nosotros, que permitían descubrimientos humanos de extraordinaria calidad. Marie-Claude Tjibaou, que había hecho aquel largo viaje para llevarle a la viuda de Melchior Ndadayé el mensaje de tolerancia de otra viuda, nos maravillaba por su serenidad y la belleza de su rostro. La escuchábamos hablar de su trabajo de animación social al que se dedicaba en Nueva Caledonia.

Rose Twinga, nuestra burundesa de Albizia, abrumada por sus contactos con unos compatriotas cuyos defectos y angustias conocía muy bien, nos observaba con aprensión. ¿Nos dejaríamos engañar por los más taimados o los más retorcidos? Nosotros actuábamos con absoluta candidez, y puesto que no contábamos con nada más que con nuestra convicción de que la concordia era necesaria y por lo tanto posible, no tratábamos de adentrarnos en las intrigas de unos y otros. A todos les hacíamos las mismas preguntas: ¿para qué sirve la violencia?, ¿por qué no trabajar todos juntos?

Nos habíamos dividido en tres grupos de tres para dirigirnos al interior del país y observar el alcance de los desperfectos, las medidas ya iniciadas para restablecer el funcionamiento de la sociedad y el estado de ánimo de las comunidades agrícolas y de los refugiados reunidos en los campos bajo control del ejército. Tuve la suerte de formar parte del mismo grupo que Halidou Ouedraogo, el burkinés, y Elisabeth Atangana, la camerunesa. Conocía al primero, cuya cultura y fuerza de convicción apreciaba, y descubrí a la segunda, mucho más próxima que ninguno de nosotros a la vida rural. Ya en los primeros contactos con los cultivadores, daba con las palabras justas para incitarlos a agruparse, a organizarse y a tomar las riendas de su proyecto. A las monjas que nos albergaban por la noche, les explicaba la receta de un caldo muy nutritivo a base de maíz. La contemplaba mientras lo hacía, encantado ante su alta silueta y sus gestos graciosos.

Pero los interlocutores que más me apasionaban eran tres jóvenes estudiantes, dos hutus y un tutsi, que nos servían de intérpretes y acompañantes. En las comidas con ellos en alguna prefectura o en alguna escuela donde las gentes del lugar se reunían para escucharnos, se bebía bastante y las lenguas se desataban. ¿Qué esperaban de la vida? Deseaban conocer mundo, más allá de las fronteras de Burundi. Comprender el funcionamiento de las redes que los rodeaban, hallar un camino hacia mayores responsabilidades. Veía en ellos a los futuros ciudadanos de un África ambiciosa, que se negaría a rendirse ante sus dificultades. Y aquello me ponía eufórico hasta el punto que olvidaba u ocultaba lo que sabía acerca de los obstáculos que hallarían en el camino.

Al ser el miembro de mayor «grado» de la misión, me correspondió presentarla al nuevo presidente de la República y aparecer junto a él en las pantallas de televisión.

Luego presidió conmigo la sesión de clausura. Se mostró muy amable, nos expresó su gratitud y formuló el deseo de que «todas esas reflexiones, todos esos testimonios recogidos y esas experiencias compartidas sobre el drama que Burundi acaba de vivir puedan ayudar a todos esos jóvenes, mujeres y hombres, a construir un país con un nuevo rostro, de tolerancia, de respeto mutuo, de solidaridad, de comprensión recíproca, de igualdad, de amor y de fraternidad; en resumidas cuentas, un país de unidad, paz y esperanza».

Esa sesión de clausura fue precedida de un partido de fútbol entre los dos finalistas de un torneo que había reunido a diez equipos, todos multiétnicos. Estaban los rojos y los blanquiazules. Toda la misión se encontraba en el estadio y me correspondió hacer el saque de honor. Los rojos me parecían más valientes, pero el único gol del partido lo marcaron los blanquiazules. Entregué la copa a su capitán. A los perdedores se les hizo entrega de un balón de honor. El mensaje de tolerancia que grité por la megafonía fue acogido con un inevitable estruendo de aplausos. El partido fue inmortalizado en una fotografía en la que se ve cómo un viejo de andares torpes chuta un balón. Ese saque fue la única hazaña futbolística de mi carrera. La foto, que me traje, provocó las insolentes risas de mi familia.

La velada de despedida tuvo lugar en los jardines de nuestro hotel, donde bailarines y músicos burundeses presentaron un espectáculo acrobático y alegre. No podíamos imaginar entonces que, menos de dos meses más tarde, unos extremistas ruandeses descontentos con los acuerdos firmados por su presidente y el presidente burundés, en su encuentro en Arusha el 6 de abril de 1994, harían estallar el avión que llevaba de regreso de Nairobi a aquellos dos hutus y desencadenarían así unas masacres como jamás habían tenido lugar en África, que transformarían en cementerios las ciudades de Ruanda y sembrarían la muerte entre los refugiados en los campamentos del Zaire.

Los horrores de Ruanda y las sospechas sobre el papel de Francia en la evolución política que los había desencadenado alejaban la atención internacional del vecino Burundi. ¿Sería también arrastrado por la inexorable confrontación étnica? ¿Sería la oportunidad propicia para la labor de reconciliación a la que nos habíamos asociado con tanta convicción? ¿Protegería a nuestros amigos burundeses de un nuevo estallido de violencia el frágil equilibrio que la desaparición del presidente Cyprien Ntaryamira cuestionaba y que, con su sutileza, el embajador Ould Abdallah trataba de preservar?

A lo largo del año 1994 la cuestión permaneció abierta. El nuevo presidente de Burundi no pudo evitar que estallaran en la capital y en algunos campamentos de refugiados violencias mortíferas que los medios, siempre ansiosos por anunciar masacres, tal vez amplificaron. Y allá, muy cerca, se hallaba Ruanda, tanteando entre los escollos de la venganza y de la impunidad. En las colinas, sin embargo, estaban

los viejos sabios con su misteriosa influencia a favor de la concordia.

Por lo que a mí respecta, no deseaba abandonar aquella causa. No podía olvidar a los adolescentes que nos guiaron en nuestros encuentros con las gentes de los pueblos y los «reagrupados», tutsis o hutus, de los que nos despedimos designándolos como portadores de la esperanza de paz de su país. Así que fui a Londres, a la sede de International Alert —¡una de las doce asociaciones de las que formaba parte!—, que practicaba con sus pocos recursos aquella diplomacia preventiva que Bernard Kouchner considera como la futura etapa de las relaciones internacionales. Su secretario general, un fogoso esrilanqués, había constituido un comité de orientación en el que se reunían los «amigos de Burundi» dispuestos, en cuanto se les pidiera, a tomar un avión hacia Buyumbura. Acepté unirme a ellos sin titubear.

Tendría una nueva ocasión de verificar el apego de los pueblos a la paz, incluso cuando su causa se ha visto brutalmente comprometida por la violencia. François Roux seguía en contacto con ese país, que oscilaba entre las masacres y los intentos de reconciliación entre etnias y facciones. A petición del representante especial del secretario general de las Naciones Unidas, preparó una misión que sería continuación de la misión Albizia. Aquélla llevaba por nombre Escuchar y Dialogar. La nueva se llamaría Dialogar y Compartir.

Noviembre de 1995. Unos días después de mi septuagésimo octavo aniversario, partimos tres hacia Buyumbura, con intención de preparar la misión Dialogar y Compartir, verificar sobre el terreno la acogida que recibiría y retomar el contacto con las asociaciones religiosas o laicas que dieciocho meses antes habían sido nuestros inolvidables interlocutores. El encuentro fue muy afectuoso. Era tan evidente el deseo de evitar que se rompieran los lazos creados en 1994 que no nos fue difícil convencer a nuestros patrocinadores de llevar a cabo en diciembre de 1995 el mismo esfuerzo que nos había permitido actuar en febrero de 1994. En esta ocasión, mi esposa nos acompañaría y reforzaría la secretaría de la misión.

En veinte meses, la situación de Burundi no había mejorado. La economía iba mal, pero gracias a la generosidad de la naturaleza y al empecinamiento de la población campesina, no había hambre. El gobierno de coalición, al que la comunidad internacional observaba con recelo, no conseguía controlar a las bandas armadas hutus que proseguían la rebelión en las colinas ni a los grupos francos tutsis que atentaban contra los parlamentarios. El ejército, aún demasiado monoétnico, era mal aceptado por el campesinado hutu y, en sus intervenciones contra los rebeldes, se veía afectada una población atrapada entre dos fuegos.

Unos días antes de nuestra llegada, los rebeldes habían hecho explotar las torres que llevaban la electricidad hasta la capital. Sólo el Novotel, que contaba con un grupo electrógeno, estaba en condiciones de acogernos, pues el resto de la ciudad estaba sumido en la oscuridad, a lo que había que agregar el toque de queda en vigor

a partir de las nueve de la noche. En ese contexto tolerablemente opresivo proseguimos los contactos con periodistas de la televisión, asociaciones de jóvenes, juristas y empresarios, la Iglesia católica y la protestante, sin olvidar al presidente de la República hutu, su primer ministro tutsi y los principales miembros del gobierno.

Conservo en la memoria dos grandes siluetas africanas: la de nuestro compañero de equipo tuareg súbitamente víctima de una viva emoción al conocer la noticia de la muerte en accidente de su amigo y rival Mao Dayak; y la del coronel egipcio, también de gran estatura, representante interino del secretario general de las Naciones Unidas. Durante nuestras reuniones a la luz de las velas, se creó entre nosotros una verdadera confianza que nos reconfortó. El egipcio hacía de enlace entre nuestra misión y la acción incipiente y fecunda de un grupo de personalidades burundesas reunidas bajo el nombre de Compañía de los apóstoles de la paz, aunque fueran completamente laicos. Era mi asociación de Londres, International Alert, la que se hallaba en el origen de esa interesante iniciativa. Financió el viaje a Sudáfrica de una cincuentena de burundeses, civiles y militares, parlamentarios y altos funcionarios, hombres y mujeres, de una y otra etnia, y de las diversas formaciones políticas.

Recibidos por Nelson Mandela y acogidos por representantes del ANC^[62] y del Inkhata^[63], aquellos burundeses quedaron impresionados ante los éxitos obtenidos por los abogados sudafricanos de la reconciliación étnica. Invitaron por su parte a dos portavoces de esas etnias que se habían masacrado durante tanto tiempo. Sus elocuentes intervenciones no fueron en balde: «¡Predicad ahora la paz o vuestros hijos no os perdonarán!». Una treintena de burundeses se sumaron a una verdadera campaña por todo el país. Nuestra misión debía asistir a la clausura de un seminario celebrado por los apóstoles de la paz en la antigua capital de Burundi, Gitega, que, a más de mil quinientos metros de altitud, domina el magnífico paisaje de las colinas.

La fiesta popular que ponía fin al seminario hizo evolucionar en el gran estadio de Gitega a los impresionantes grupos de tambores, bailarinas y acróbatas. Algunos de esos grupos simulaban los ataques lanzados por los rebeldes contra pacíficos campesinos y la respuesta victoriosa de éstos que restablecía la concordia.

¿Qué vínculo había entre esas actuaciones, vigorosamente aplaudidas por los miles de espectadores reunidos en las gradas del estadio, y la realidad de las relaciones humanas? ¿Cómo pasar del recelo y del miedo, fruto de años de violencia, a la construcción en común de una sociedad con una convivencia basada en el respeto mutuo y la aplicación de las reglas del derecho? Ésas eran las cuestiones que habíamos incluido en el orden del día de cuatro «talleres» reunidos en la capital. Cada uno de ellos estaba presidido por un burundés, y nuestra función se limitaba a compartir con los participantes la experiencia de reconciliación acumulada en otros horizontes.

La síntesis de esos trabajos se presentó al conjunto de nuestros interlocutores en

una sesión de clausura de la misión que el presidente de la República, Sylvestre Ntibantunganya, honró con su presencia. Su retrato, flanqueado por dos banderas, colgaba de una pared del gran salón del Novotel.

Al dejar Buyumbura unos días antes de Navidad para regresar a París, donde justo habían acabado unas huelgas muy agitadas, me planteé la sempiterna cuestión acerca del compromiso y de su eficacia: ¿qué habíamos ido a hacer a aquellos confines ecuatoriales? Tal vez simplemente habíamos deseado no guardarnos para nosotros, compartir con quienes no osaban creer en ello, nuestra convicción de que las sociedades pueden y deben evolucionar hacia una mayor justicia, una mayor libertad y una menor violencia. ¿Sería contagioso nuestro optimismo, acrecentado en el ambiente festivo de Gitega? Por lo menos habíamos sembrado la semilla de una esperanza en el alba de aquel año 1996 que impondría nuevas pruebas a Burundi.

Ni la persistencia de masacres localizadas pero recurrentes ni el cambio del jefe del Estado —cuando el ejército hizo huir al presidente hutu que nos había acogido e impuso en su lugar a Pierre Buyoya— representaban el fin de aquella esperanza de una paz con cuyos actores nos habíamos codeado.

Uno de ellos, el más perspicaz y enérgico, Eugène Nindorera, se sumó al gobierno de Buyoya para promover incansablemente la reconciliación entre todos los integrantes de la sociedad burundesa y persuadir a los socios africanos de que confiaran en la estrategia de pacificación del nuevo presidente.

En junio de 1996, un mes antes del golpe de Estado, François Roux nos invitó a él y a mí a acompañarlo en una trashumancia en los Cévennes. En el puerto de Bonperrier, un lugar mágico donde los rebaños de ovejas confluyen y forman un verdadero río de lana, hicimos un alto nocturno antes de llegar al veranero, y Eugène Nindorera respondió a mis preguntas.

—¿Cómo salir de la violencia?, ¿cómo construir un África libre y próspera?

—Contamos con las condiciones para conseguirlo. Los recursos naturales están repartidos de manera desigual, pero son abundantes. El crecimiento demográfico multiplica las bocas que hay que alimentar, pero también los cerebros fértiles. La abolición de las distancias vivifica las redes que traen mensajes de solidaridad y de responsabilidad. No se harán las cosas deprisa. Cambiar el miedo, el recelo y el desprecio por respeto mutuo y confianza llevará tiempo. Afirmar el propio destino y el camino singular de África exige coraje, pero no dudéis de ello: el siglo que se anuncia será para África la era de su resurrección.

Recuerden: inicié estas memorias de un favorito del destino en el otoño de 1994. Las acabo en el otoño de 1996. He envejecido. Por lo que respecta al mundo, ha dado a luz nuevos monstruos: Chechenia, Srebrenica, Monrovia. La secta Aum en Japón y el Grupo Islámico Armado en Argelia. Y, de manera más prosaica, más de tres millones de desempleados en Francia.

Antes de ceder el Elíseo a un inestable, François Mitterrand lanzó tantas piedras en las aguas de sus dos septenios que la superficie quedó agitada. Lo elegimos dos veces. ¿Lo habríamos hecho si lo hubiéramos sabido? El camino que nos hizo recorrer es considerable. El que queda por recorrer no lo es menos. Pero eso no es lo más importante. Pierre Thuillier^[64] predijo a la humanidad occidental entera una «gran implosión», pues ya no concede a la poesía el lugar que le corresponde.

Así que pregunté a mi ángel de la guarda: «Tú que me has librado de tantos peligros, expuesto a tantas alegrías y tan a menudo me has embriagado de poesía, ¿lo has hecho para evitarme ver la lepra que corroe a mis congéneres, el desencanto del mundo y su carrera hacia la calcinación final?».

No respondió, pero sonrió, como hace siempre, desde mi infancia, cuando me dirijo a él.

He releído el primer párrafo del *Informe sobre el futuro de las Naciones Unidas* que lleva mi firma, junto a otras diez: «En el momento en que la humanidad se aproxima al siglo XXI, las perspectivas que se abren son a la par amenazadoras y prometedoras». Sobre las amenazas ya estamos bien informados. Ya no proceden de la cólera de los dioses, aunque los medios nos atosiguen a diario con tormentas mortíferas, Richter y sus seísmos, crecidas devastadoras y ciclones arrasadores. No es más que lo habitual, dicen los climatólogos.

Se deben a la actividad humana. Ahora que somos numerosos (hemos pasado en dos siglos de mil a seis mil millones de habitantes en la misma pequeña esfera), somos responsables de una masa de degradaciones, entre las cuales la más misteriosa e inquietante es ese agujero en la capa de ozono que ya no sabemos cómo tapar. Veo en ello un signo de nuestra *hybris*, esa que surge de un verso de «El barco ebrio»: «Yo que horadaba el cielo enrojecido», dice Rimbaud, que caracteriza ese cielo «cual muro cubierto, exquisita confitura para los buenos poetas, de líquenes de sol y humores de azur». La caída de ese muro es más grave que la del muro de Berlín. ¿Habremos alcanzado en nuestra desmesura los límites de lo soportable? Nosotros, nuevos dinosaurios más asoladores que nuestros macizos antepasados, ¿no dejaremos

que quede ni una sola oportunidad para las otras especies de este planeta, tal vez el único en el cosmos que albergue vida?

Siempre he recelado de las extrapolaciones milenaristas. La naturaleza es muy generosa en la abundancia perceptible en la menor parcela de hierba, de tierra o de agua, muy *polytropos*, según el epíteto que Homero atribuye a Ulises, «rico en múltiples ardidés». Sé que es capaz de librarse de cualquier trampa tendida por sus criaturas. La siento como Goethe la describió en un texto que he releído muchas veces, titulado *Natur*.

Ha dotado al hombre de un prodigioso arsenal de neuronas y sinapsis cuyos recursos no ha agotado. Las ha utilizado para construir catedrales y aerosoles, Wall Street y los misiles balísticos, campos de exterminio y ciudades justas y prósperas. Lo que está en juego es, pues, el buen uso del arsenal y no su capacidad.

A lo largo del último cuarto de siglo, hemos asistido a una aceleración exponencial y acumulativa de todas las ramas de la técnica. De ahí la mundialización de los problemas que provoca fiebre ante la angustiada separación entre amenazas y promesas. De repente, en ese torrente ya no hay remansos. ¿Dónde hallar en ese caso los mensajes de esperanza que atenúen la angustia en el torbellino que provoca?

En el contacto con quienes son sus portadores. A lo largo de mi vida, me he encontrado principalmente con gente de esa especie, mujeres y hombres animados por convicciones firmes, decididos a buscar y a hallar un sentido al paso del tiempo. Tal vez mi estrabismo moral no me ha permitido detectar su lado oscuro. Mi mirada se aparta de quienes se lamentan o se resignan. Lo que me dejan ver no me interesa. Tal vez ésa sea mi enfermedad.

A aquellos que proclaman su alegría de vivir los reconozco de inmediato y les estoy agradecido. Están tan angustiados como yo, pero esa angustia los conduce a apresurar el advenimiento de aquello que los libraré de la misma. Me habría gustado hacer el retrato de aquellas y aquellos que me han prodigado su calor de esa manera. Son demasiados. Precisamente acabo de vivir uno de esos encuentros.

Vive a tres kilómetros de mi casa de campo y se llama Yvette Pierpaoli. Su familia la echó de casa a los catorce años. Vivió en una miseria extrema. Decidió ocuparse de los demás y se convirtió en madre de todos los niños abandonados del mundo. Todo aquello a lo que se acerca se convierte en una misión que hay que llevar a cabo, en una fuente de felicidad para los demás y en una fuente de alegría para ella misma.

Le pregunté: «¿Dónde pueden detectarse los mensajes de esperanza?». Me respondió: «Precisamente en las angustias. Nuestro siglo llega a su fin con una prodigiosa toma de conciencia de esas angustias. La aplastante mayoría de los habitantes del planeta está unida por esa aspiración a librarse de ellas. En esa constatación radica mi optimismo».

Yvette me convenció de que era necesario alegrarse de los maravillosos progresos de la comunicación y de la información. Yo estaba más bien en contra de ellos. Veía esos progresos como un efecto de la desregularización de la economía de mercado. Temía que la banalización del ordenador acabara con la expresión del pensamiento personal y que la comercialización de los mensajes conllevara la esclavitud del imaginario individual.

«No —me dijo ella—, no son más que instrumentos, y la persona que los utiliza hace con ellos lo que quiere. Es la persona quien tiene la última palabra».

Quise verificar esa afirmación volviendo la vista atrás, en un intento de repasar el curso del siglo xx.

Durante los primeros años, la pesada serenidad y las neurastenias que ésta engendra habrían podido convertir a la burguesía en el sudario de un occidente demasiado bien alimentado. Y, sin embargo, fue en el seno mismo de esa burguesía donde surgió la revuelta, de ahí emergió la renovación radical del pensamiento de Europa: Nietzsche, Freud, el dadaísmo, el surrealismo, Lenin.

La destrucción de Europa por dos guerras sucesivas en el lapso de treinta años habría podido certificar la defunción de los valores particulares de este pequeño cabo de Asia. Pero, aunque hubieran sido humilladas, las naciones europeas lograron en los treinta años siguientes renovar de arriba abajo su posición en el espacio mundial. Se deshicieron de sus imperios coloniales y juntas llevaron a cabo la construcción más ingeniosa: una audaz combinación de cemento económico que hacía caducas sus antiguas rivalidades militares, y una interpenetración cultural que asentaba sus valores fundamentales comunes, la democracia y los derechos humanos.

Dos potencias ideológicas totalitarias amenazaron esa evolución.

Una, la fascista, estaba abocada al fracaso por su insoportable antihumanismo, pero su paso a través del siglo, a pesar de su brevedad, fue devastador. Habría bastado que el arma decisiva hubiera pertenecido al Eje y no a los Aliados para que esa ideología nos hubiera esclavizado durante mucho tiempo. Así que de buena nos libramos.

La otra, la marxista-leninista, tenía más posibilidades de imponerse por todo el mundo, pues supo apelar a lo más noble del hombre y entusiasmó a quienes creían en su éxito. Para escapar a la capa de plomo con la que amenazaba a las sociedades en las que se impuso, fue necesaria la laboriosa conjugación de las presiones internas y externas que hace quince años nadie habría vaticinado que lograrían derribar esa bastilla.

Fue en esa ocasión cuando pudimos medir el aumento de la fuerza de penetración que los sorprendentes progresos de la comunicación conferían a las ideas, vehículos de libertad, como ya habían hecho treinta años antes para acabar con las guerras coloniales o imperiales, y como hicieron unos años más tarde para acabar con el

apartheid.

El hundimiento de la ideología comunista, por su propia rapidez, creó nuevas angustias, pero ha hecho desaparecer varios espectros de nuestro campo de visión.

La cooperación internacional organizada, cuya pertinencia se podía constatar tras el fracaso de la Sociedad de Naciones, ha alcanzado dimensiones hasta ahora desconocidas en la historia de las civilizaciones humanas con el «sistema» de las Naciones Unidas. ¡Cuántas veces se han denunciado sus insuficiencias a lo largo de cincuenta años y se ha predicho su desaparición! Pero conserva su razón de ser e incluso quienes le dirigen las críticas más legítimas están dispuestos a admitir que no se podría prescindir de esta organización.

Las Naciones Unidas han fijado a la comunidad internacional unos objetivos incontestables: resolución pacífica de las diferencias, promoción y protección de los derechos humanos, igualdad de mujeres y hombres, desarrollo equitativo y respetuoso con el medio ambiente, lucha contra el dinero sucio de la droga y del crimen. Esos objetivos están lejos de haber sido alcanzados, pero los hechos están ahí: han sido afirmados y reafirmados por todos los Estados, y no son sólo los gobiernos quienes los suscriben con buena o mala voluntad, sino el conjunto de los actores de la sociedad civil que los hace suyos. Cada una de las plagas que hay que combatir dispone de observatorios internacionales, asociaciones cívicas, fundaciones y movimientos militantes, cada vez mejor entrelazados a través de redes mundiales.

Así se abre un nuevo horizonte en el que la responsabilidad de cada uno está más clara, la solidaridad entre civilizaciones y el mutuo respeto de su diversidad es menos abstracta, el compromiso común para superar la fascinación de la economía y el culto al dinero es compartido por más gente. Así se dibuja una nueva trascendencia, lejos de cualquier crispación de identidades y de cualquier sectarismo religioso, en el corazón mismo de la naturaleza humana, que toma cuerpo en la exigencia personal de convivencia y generosidad.

Escribir después de la escritura, para plantearle la pregunta que había quedado en la reserva, para interrogarla acerca de lo que disimula. Singular pretensión.

Vivir la propia vida es ir por delante de los momentos que la componen, en busca de las piezas de su mosaico, cada una de las cuales requiere una presencia.

Explicar la propia vida es recordar esos momentos, esas piezas diversas del mosaico, cuando ya están lejos y se colorean mutuamente en la memoria. Lo que las une es que en ellas hay una misma presencia. Por lo menos, ésa es la hipótesis.

A lo largo del relato, esa hipótesis no ha sido desmentida. Y, sin embargo, al verificarla más escrupulosamente, uno se da cuenta de que puede refutarse.

Hugo von Hofmannsthal, uno de mis poetas preferidos, se expresa así en uno de sus «Tercetos sobre la fugacidad^[65]»: «Es algo que nadie alcanza a imaginar y demasiado atroz para lamentarse de ello, que todo se deslice y fluya ante uno mismo. Y que mi propio yo, sin que nada lo frene, haya rodado hasta aquí desde aquel niño que para mí es como un perro, inquietante, mudo, extraño».

Cuanto más larga es una vida, más dispersas son las evocaciones que permite de uno mismo. Pero, al prolongarse, tiene otro efecto más: la existencia no sólo precede a la esencia, como nos enseñó Jean-Paul Sartre, sino que le da forma en su duración, la esculpe, la talla, la simplifica. Llegada al final de su sinuoso recorrido, acaba por permitir que emerja el eje central.

Entonces puede volverse la vista atrás, buscar en la perspectiva lejana un color reinante en lo que se ha visto, una nota dominante en lo que se ha oído. Ambos se crean en cada uno por los encuentros imprevisibles entre lo vivido y lo querido. Para mí, la figura que se dibuja es la de un mediador.

Ese término no surge por casualidad. Una curiosa aventura me autoriza ese título.

Todo comenzó en la Pascua de 1996. Trescientos africanos «sin papeles» ocuparon la iglesia de Saint-Ambroise, para reclamar su regularización. Estimaban que tenían derecho a ello: «No somos ni clandestinos ni vagabundos, sino víctimas de una legislación kafkiana impuesta a los inmigrantes, indigna de la “patria de los derechos humanos”».

Sí, pero ¿ocupar una iglesia? ¡Y en condiciones insalubres! Las autoridades eclesásticas se inquietaron. Sería mejor hacer evacuar aquel lugar de culto. Los africanos ocuparon entonces una escuela y se reprodujo la misma situación. En aquel momento intervino una mujer valiente, generosa y presente en todas las causas

humanitarias, Ariane Mnouchkine, directora del Théâtre du Soleil en la Cartoucherie de Vincennes. No contenta con ofrecer durante diez días la hospitalidad de aquel espacio de creación y sus jardines, movilizó a su favor a un cortejo de mujeres y hombres conocidos por su compromiso cívico. Anticipándose al papel que podrían desempeñar aquellos veinticinco amigos, les dio un nombre: Colegio de mediadores.

Sin darme cuenta, sin haberlo deseado, por mi edad y por mi título de embajador de Francia, me convertí en el portavoz.

Ante el sobrio y elegante decorado del *Tartufo*, frente a las gradas de la sala, una conferencia de prensa presidida por Noël Copin nos reunió a Germaine Tillion, Lauren Schwartz, Lucie y Raymond Aubrac, Paul Ricoeur, Edgar Morin, Paul Bouchet, Jacqueline Costa-Lascoux, el almirante Sanguinetti, Jean-Pierre Vernant, Monique Chemillier-Gendreau, los padres Berjonneau, Costes y Madelin, el pastor Louis Schweitzer y yo.

En las gradas, las familias africanas, sus bebés llorosos, sus delegados dignos y tensos, los representantes de las asociaciones de apoyo, el MRAP^[66], el GISTI^[67], Droit devant!, Cimade^[68], monseñor Gaillot y Léon Schwartzenberg. Sentada en un rincón de la gran sala, distribuyendo a todo el mundo calor humano y bebidas, Ariane Mnouchkine.

Nos explicamos: una regularización global estaba excluida, habría que obtener el máximo mediante un examen de la situación, caso a caso. Pero habría que plantear un problema más general: el carácter inhumano y absurdo de las prácticas legislativas, administrativas y judiciales francesas y europeas relativas a la inmigración.

¿Qué tipo de mediadores podrían ser aquellas mujeres y aquellos hombres, la mayoría de los cuales me eran muy allegados, y algunos de los cuales habían sido para mí en varios momentos de mi vida ejemplos o símbolos? Juntos, ¿qué peso tendríamos?

Comenzó entonces un recorrido agotador y bastante patético en busca de cierta credibilidad. Primero ante los africanos, y ante las asociaciones que los apoyaban, que reclamaban para ellos y con ellos una regularización global. Acto seguido, ante unos poderes públicos que no querían mediadores y contaban con ceñirse a los procedimientos en vigor para no otorgar permisos de residencia más que a aquellas y aquellos que entraran en la categoría admitida por la ley: padres extranjeros de hijos franceses. Ir más allá supondría crear ese «efecto llamada» que preluiría la «invasión» de Francia por las «hordas del Sur».

Adoptamos una posición intermedia, lo más abierta posible, pero no incompatible con los textos: regularización caso por caso pero a un ritmo y según unos criterios que permitieran acoger de manera durable en la sociedad francesa a todas aquellas y aquellos que demostraran la voluntad y la capacidad de integrarse.

A falta de otra perspectiva, pero a su pesar, puesto que su primer objetivo era ser

solidarios, los delegados de los africanos aceptaron nuestra ayuda para ir hacia esa solución. Mientras, obligados a abandonar los jardines de Vincennes, hallaron refugio en un almacén de la SNCF cerca de la estación del Este, cuyas puertas les fueron abiertas, de manera irregular, por los sindicalistas ferroviarios de la CFDT^[69].

Teníamos por delante convencer a los poderes públicos de que nos aceptaran como mediadores. Nada los obligaba a ello. A base de gestiones y de comunicados de prensa, apoyados por los mejores periodistas, pensábamos que lo habíamos conseguido el día en que los colaboradores más próximos del primer ministro decidieron recibirnos. Acordaron con nosotros un procedimiento que aparentemente respondía a nuestros criterios y a nuestras prisas por dar con una solución: no se debería dejar de lado más que a una pequeña proporción de los «sin papeles» afectados. Ésos deberían regresar a su país, pero con una ayuda financiera para reinstalarse allí.

Convertidos así en mediadores de facto, si no de iure, observamos el trabajo intenso y acelerado de los colaboradores de la Dirección General de Policía, encargada de centralizar la operación en su conjunto: su tarea consistía en someter unos trescientos casos a un examen «benevolente». El director general nos entregó más de doscientas citaciones, que la tarde del 24 de mayo distribuimos a las africanas y los africanos cuyas manos se tendían hacia nosotros, esperando que fueran la señal de otras tantas regularizaciones. Aquella noche, en el almacén mal iluminado de la calle Pajol, la emoción era intensa. Ocho días antes había comenzado una huelga de hambre y eso nos inquietaba sobremanera: mujeres y niños corrían un riesgo que la asociación Médicos del Mundo trataba de paliar en un ambiente muy tenso; asociaciones de militantes ponían en tela de juicio nuestro método, que les parecía ingenuo e ineficaz. Entre los africanos, algunos, que no confiaban en nadie, esgrimían amenazas de manifestaciones por las calles. ¿Ganarían los moderados?

A la mañana siguiente supimos que la huelga había acabado y que se iban a iniciar las entrevistas. ¿Había superado nuestra mediación la etapa más importante?

Se había acordado que los consejeros del primer ministro, que nos felicitaron por nuestra contribución a apaciguar los ánimos en el conflicto, nos avisarían con antelación de las propuestas de regularización que la prefectura les sometiera. Pasaban los días. Los africanos se impacientaban. Todos habían jugado limpio; habían permitido a las autoridades averiguarlo todo acerca de ellos, incluidos los datos que les permitirían arrestarlos y enviarlos a sus países en chárteres si no eran regularizados. Todo dependería de la proporción de regularizaciones. ¿Tres cuartas partes de los casos examinados? ¿Cuatro quintas partes?

Pegado al teléfono, insistí en que debíamos mantener una discusión decisiva en Matignon: averiguar las propuestas de la prefectura y obtener del primer ministro un gesto político netamente más generoso. En resumidas cuentas, que nuestra labor de

mediadores llegara a buen puerto.

La caída fue dolorosa. El 26 de junio a las once de la mañana recibí por teléfono la invitación a un encuentro con los colaboradores del primer ministro ese mismo día, a mediodía. Por una extraordinaria casualidad, siete de los mediadores consiguieron liberarse de sus ocupaciones y nos reunimos en Matignon para iniciar la esperada discusión.

Ante el anuncio de que menos del 15% de los casos examinados podría beneficiarse de una regularización, reaccionamos de inmediato: aquella decisión era inaceptable, excluía cualquier apaciguamiento de las reivindicaciones y de ninguna manera se correspondía con los criterios acordados. Había que reexaminar los casos. Abandonamos Matignon a la una y media resueltos a obtener más.

Sin embargo, a las doce y cuarto, mientras nos reuníamos con los colaboradores del primer ministro, la AFP difundió un comunicado del Ministerio del Interior que anunciaba cuarenta y ocho regularizaciones de las cuales sólo veintidós eran para «nuestros» africanos de la calle Pajol, y que precisaba que ninguno de los otros «sin papeles» podría permanecer en Francia. Nos habían tomado el pelo. Sólo nos quedaba recurrir al presidente de la República. O dar, para retomar nuestra tentativa, con otra instancia investida oficialmente de una misión de mediación.

Fue de nuevo en la Cartoucherie de Vincennes, frente al mismo decorado del Théâtre du Soleil, donde celebramos una rueda de prensa para hacer público nuestro fracaso y nuestra indignación, y para exigir que el gobierno asumiera sus responsabilidades. Mi esposa me acompañó constantemente en cada una de las etapas de esa extraña mediación. Cuando los demás acabaron de hablar, pidió la palabra y leyó el texto siguiente:

No soy ni mediadora ni miembro de una asociación, sino una simple ciudadana. En calidad de esposa de un mediador, he sido testigo silenciosa de lo sucedido desde hace dos meses. En la comodidad de sus despachos acolchados, unos responsables preocupados por sus propias carreras y tal vez también por las próximas elecciones toman decisiones frías, con la conciencia tranquila, acerca de asuntos que desconocen: de éstos se ocupan servicios subalternos cuyos funcionarios merecen todo nuestro respeto por su dedicación.

Para nosotros, detrás de cada caso, de cada nombre, se dibuja un rostro, un ser humano que se las ve con una legislación compleja que lo deja desamparado y desesperado.

Contrariamente a los funcionarios con capacidad de decisión, que en ningún momento han sentido la curiosidad de acercarse al almacén de la calle Pajol para conocer a aquellos de los que creen que se ocupan, nosotros hemos compartido durante dos meses la angustia y la esperanza defraudada de esos trescientos africanos; hemos aprendido a conocerlos un poco, a descubrirlos en su realidad humana, en su solidaridad, su dignidad y su resistencia a ciertas presiones y ciertos discursos demagógicos e incendiarios. Hemos conocido a mujeres que cuidan de sus hijos pequeños en las peores condiciones y sin despreocuparse de ellos. Hemos visto a algunas que, embarazadas, llevan en sus vientres a sus hijos con miedo y lágrimas. Porque soy mujer, comparto su tormento y admiro su coraje.

He visto también a mediadores que no tenían nada que ganar con su compromiso y que no tienen que demostrar lo que son. Ellos han actuado por generosidad, pero también en función de su ética y en nombre de los valores que siempre han defendido. He oído a algunos criticarlos y algunos más mediocres que ellos los han despreciado: aquellos que tienen el poder de decisión. Ellos no se dejan intimidar por esos ataques, pero yo los siento con una profunda tristeza.

He descubierto en el mundo asociativo a personas extraordinarias por su abnegación y su tenacidad. Pero también he visto a otras cuya actitud era más turbia, más demagógica, tal vez también más política. A esas les digo que están jugando a un juego nefasto en el que sólo los africanos pagarán los platos rotos.

Finalmente, quisiera decirles a los africanos que no pueden negar la corriente de simpatía, solidaridad e infatigable apoyo manifestados hacia ellos. Un fracaso no es el fin del mundo. Todos hemos conocido momentos de desesperación. A veces incluso peores. Todos podemos pensar en situaciones mucho más trágicas, en África, en Liberia, en Somalia, en Ruanda, en Burundi... Pero siempre hallamos una solidaridad en el camino, actos de generosidad que permiten creer en el ser humano. Haber encontrado eso confiere también deberes hacia los demás. Los africanos pueden dar muestra de solidaridad hacia su continente de origen. Pueden servirlo.

La noche pasada, en la televisión, entrevistaban a la hija del general Oufkir a su llegada a Francia: le preguntaban por qué había elegido este destino para pedir asilo. Respondió simplemente que en lo más hondo de su cárcel soñaba con Francia como símbolo de acogida y de los derechos humanos.

I have a dream: que mi país recupere sus valores.

Estas palabras de Christiane resumen muy bien en mi opinión el sentido que debemos dar a nuestro compromiso. Su valor está en su propia perennidad.

Tras el primer fracaso, los africanos no cejaron en su empeño. Obligados a abandonar la Cartoucherie, ocuparon, con el consentimiento evangélico del padre Coindé, cura de la parroquia, la iglesia de Saint-Bernard, en el corazón del barrio más pobre de París, el de la Goutte-d'Or. Diez de entre ellos, sin atender a los consejos de sus delegados ni a las indicaciones de los mediadores, iniciaron allí una huelga de hambre. Su combate, llevado a cabo con un agudo sentido de la responsabilidad y la imperturbable voluntad de ser solidarios, duró cincuenta días. El 23 de agosto, mil cien agentes de las CRS evacuaron brutalmente la iglesia sin que por ello pusieran fin a una situación cada vez más inextricable. El gobierno, que primero había dado marcha atrás y había doblado el número de regularizaciones pero con el mismo carácter arbitrario, había quedado deshonrado por los métodos utilizados para humillar a unos africanos que sabían cómo plantarle cara.

Nuestro combate, nuestra pseudomediación, que en junio parecía haber acabado lamentablemente, se benefició poco a poco del apoyo de la prensa, los medios, los sindicatos y de una parte creciente de la clase política, a medida que en Francia y en toda Europa se multiplicaba el colectivo de los «sin papeles».

Así, esta experiencia de los «sin papeles» de Saint-Bernard, tan fresca para mí puesto que sucedió cuando ya había acabado mi manuscrito, confirma las relaciones que he visto a lo largo de mi vida entre la mediación, su fracaso y su resurgimiento. En alguna parte en mi interior, el mediador no renuncia nunca. La esperanza que ha suscitado puede sufrir eclipses. Algunos pueden durar diez días, diez años, un siglo. Pero durante ese eclipse otros espíritus toman cuerpo, e irán más allá de la esperanza provisionalmente desvanecida. Y mi elección más existencial es ser el mensajero de esos nuevos equilibrios.

Me viene a la cabeza que nací bajo el signo de Libra, una raíz latina fuerte, de la que proceden «libro» y «libertad», y cuyo símbolo, la balanza, es también el de quien no deja de sopesar los pros y los contras.

Me viene a la cabeza que, al elegir como nombre Kadi^[70] con determinación a los tres años, me consagré a ese mediador de las diferencias que es el juez musulmán.

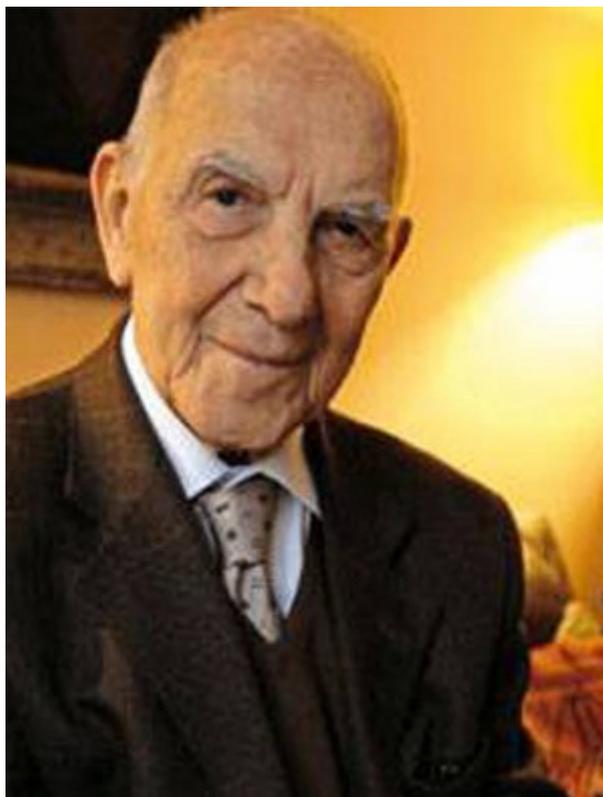
Me viene a la cabeza que, como francés nacido alemán, en ningún momento, ni siquiera preso de la angustia durante los interrogatorios, he dejado de buscar el encuentro entre ambas culturas, entre ambos pueblos, que, juntos, serían los mediadores potenciales entre las violencias del pasado y los equilibrios que condicionan el futuro.

Me viene a la cabeza que, al leer la primera gran novela que me fascinó en mi adolescencia, *Las afinidades electivas*, di con un personaje modesto pero crucial al que Goethe llamó Mittler. Un nombre que precisamente designa esa función de mediador de la que los cuatro protagonistas de la novela no saben sacar provecho. Puesto que su mediación fracasa, puesto que su pasión vence su sensatez, Mittler simboliza la reivindicación —más allá de la novela— de una sociedad más libre y armoniosa.

De todos los poemas de Rilke, aquel que estoy más orgulloso de saber de memoria es el que canta la fallida mediación de Hermes entre Orfeo y Eurídice. Los últimos versos hablan de la melancolía del dios, que sigue con la mirada a la joven, ya convertida en raíz, y que, al no haber podido evitar su amante volverse hacia ella, desciende a los infiernos «vacilante, suave y sin impaciencia».

No hay mediación que tenga éxito. Pero todas, por su propio fracaso, abren la vía a otras, que a su vez fracasarán. La historia valiente de nuestra especie se escribe con ese infatigable encadenamiento.

París, agosto de 1996



STÉPHANE FRÉDÉRIC HESSEL (Berlín, 1917-París, 2013), se traslada a París a los siete años. Naturalizado francés en 1937, dos años después, recién iniciados sus estudios superiores, estalla la Segunda Guerra Mundial y es llamado a filas. En 1941 se une en Londres al movimiento «Francia libre» del general De Gaulle. Enviado clandestinamente a Francia, en 1944 es apresado por la Gestapo y deportado a Buchenwald, donde escapa de una muerte segura al cambiar su identidad por la de otro preso. Trasladado a otro campo, logra escapar y vuelve a ser detenido, pero huye de nuevo y definitivamente. Tras la guerra, Hessel empieza a trabajar en la ONU, donde, en 1948, forma parte del equipo redactor de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En 1977 ocupa el puesto de embajador de Francia ante la ONU en Ginebra. Defensor de la causa palestina, ha viajado en dos ocasiones a Gaza para denunciar la situación de la franja. En abril de 2011 fue propuesto como candidato al Premio Nobel de la Paz.

Aunque muchos manifestantes del movimiento 15-M lo desmienten, su libro *¡Indignaos!* puede considerarse como la inspiración del movimiento de protestas populares en España y en Francia, que se iniciaron meses más tarde de la publicación de ese documento.

Bibliografía completa de Stéphane Hessel:

- *Citoyen sans frontières. Conversations avec Jean-Michel Helvig (Ciudadano sin fronteras. Conversaciones con Jean-Michel Helvig)*, 2008, junto con Jean-Michel Helvig.

- *Hacia nuevas solidaridades. Diez diálogos sobre cooperación al desarrollo*, 2009.
- *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, 2011. Prólogo de la versión en español a cargo de José Luis Sampedro (Barcelona, 1 de febrero de 1917 – Madrid, 8 de abril de 2013).
- *¡Comprometeos! Conversaciones con Gilles Vanderpooten*, 2011, junto con Gilles Vanderpooten.
- *Mi baile con el siglo*, 2011.
- *El camino de la esperanza*, 2012, junto con Edgar Morin.
- *En resumen..., o casi*, 2012.
- *¡No os rindáis! Con España, en la trinchera por la libertad y el progreso*, 2013, junto con Lluís Uría.

<http://epubgratis.me/node/31155>

El hombre que con *¡Indignaos!* y *¡Comprometeos!* ha inspirado a millones de personas nació en Berlín el 20 de octubre de 1917, hijo de dos espíritus libres, el escritor de origen judío Franz Hessel y la pintora Helen Grund. Ambos formaron con Henri-Pierre Roché el célebre trío que retrató Truffaut en *Jules y Jim*.

Creció y se formó en París, desde donde, en 1941, viaja a Londres para unirse a la Resistencia del general De Gaulle contra la invasión nazi. Detenido y brutalmente interrogado por la Gestapo —no se recata en reconocer los efectos de la tortura en su ánimo—, es deportado al campo de exterminio de Buchenwald, de donde logra salir tras intercambiar su identidad con un preso ya fallecido.

Tras la Segunda Guerra Mundial participa en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. Su carrera diplomática le llevó a la Indochina francesa, Argel y Ginebra, y a asumir tareas de mediador en situaciones extremas, como en Burundi en 1994, en vísperas del genocidio en la vecina Ruanda. Una dilatada labor reconocida en 1981 con la dignidad de embajador de Francia.

Estas memorias, escritas con una sinceridad que emociona, pero siempre con pudor, desvelan a un personaje de convicciones profundas y corazón generoso, de elevada estatura moral, y convierten su testimonio en un verdadero baile con el siglo xx. Un baile que concluye con una pregunta esperanzada, pero también inquietante: «¿Conocerán nuestras sociedades una nueva alba o un crepúsculo definitivo?».

«Hessel es historia y ha construido la historia del siglo xx». CATALINA GAYÀ, *El Periódico*

«Una vida y una altura moral más que suficientes para sacudir conciencias a nivel global». JESÚS RUIZ MANTILLA, *El País*

[1] Publicado en España por Destino, febrero de 2011. (*N. del t.*) <<

[2] Publicó relatos en gacetas berlinesas, como la de Stefan Grossmann, *Das Tagebuch*, y frecuentó a Brecht, Ringelnatz, Tucholsky, Hofmannsthal y Rilke. (N. del e.) <<

[3] Mote despectivo utilizado para denominar a los alemanes que se hizo popular en Francia durante la primera guerra mundial. (*N. del t.*) <<

[4] Hermana del coleccionista y mecenas Wilhelm Uhde, quien dio a conocer, principalmente, a Séraphine y al Aduanero Rousseau. (*N. del e.*) <<

[5] «Cumpleaños», en alemán. (*N. del e.*) <<

[6] En el actual sistema educativo español, equivaldrían a segundo de la ESO y sexto de Primaria, respectivamente. (*N. del t.*) <<

[7] Se trata de Stéphane, cuyo tercer nombre es Kaspar. (*N. del e.*) <<

[8] Charlotte Wolff, *Augenblicke verändern uns mehr als die Zeit*, Weinheim, Basel und Beltz, 1983, p. 123. (N. del e.) <<

[9] Action française (Acción Francesa), fundada en 1898, es un movimiento monárquico, nacionalista y reaccionario que en el período de entreguerras se alineó con el fascismo y el nazismo. La Croix-de-Feu (Cruz de fuego) fue una asociación de ex combatientes de la primera guerra mundial fundada en 1927, de extrema derecha y violentamente anticomunista, que daría lugar, tras su disolución en 1936, al Partido Social Francés. *(N. del t.)* <<

[¹⁰] *Hypokbâgne* y *khâgne* son, en este orden, los dos cursos preparatorios previos al ingreso en la Escuela Normal Superior. (*N. del t.*) <<

[11] La expresión francesa *drôle de guerre* («extraña guerra») se refiere al período comprendido entre octubre de 1939 y la ofensiva alemana de mayo de 1940, en el inicio de la segunda guerra mundial, unos meses en los que las fuerzas francesas y alemanas permanecieron a uno y otro lado de la frontera sin entrar en combate directo. (N. del t.) <<

[12] Bureau central de renseignements et d'action, la Oficina central de información y acción creada en 1940 por el general De Gaulle. (*N. del e.*) <<

[13] Servicio de documentación exterior y de contraespionaje, creado en 1946 por el coronel Passy. (*N. del e.*) <<

[14] Pierre Forcaud falleció el 2 de mayo de 1998, a la edad de noventa años, dos después de que Hessel escribiera estas memorias. (*N. del t.*) <<

[15] «Los dioses, en su eternidad, se lo conceden todo a sus favoritos: las alegrías, en su eternidad; las penas, en su eternidad, en su integridad». (*N. del e.*) <<

[16] «La blanca en la cabeza, la rosa en los pies / Y la roja de sangre en medio». (*N. del t.*) <<

[17] Así denominaban los ingleses la ofensiva alemana para romper desde el aire la resistencia británica. (*N. del e.*) <<

[18] Acabo de leer un notable libro de Jean-Louis Crémieux-Brilhac consagrado a la Francia Libre. ¡Hay tantos entrelazamientos que en su época ni sospechaba y están luminosamente explicados en él! (N. del a.) [Hessel se refiere a *La France Libre. De l'appel du 18 juin a la Libération*, Gallimard, 1996. (N. del t.)] <<

[19] El Ministerio de Asuntos Exteriores francés, cuya sede principal se encuentra en la calle del mismo nombre. (*N. del t.*) <<

[20] Verso de «El barco ebrio» de Rimbaud. (*N. del t.*) <<

[21] «No quiero que, si muero, te conduelas». (*N. del t.*) <<

[22] Inicial de Dodkin, el nombre por el que Forrest Yeo-Thomas era conocido en Buchenwald. (*N. del a.*) <<

[23] Sevicias corporales infligidas por el ejército alemán. (*N. del t.*) <<

[24] Servicio de Trabajo Obligatorio implantado en Francia durante la ocupación alemana que desplazó a suelo alemán a centenares de miles de trabajadores contra su voluntad para contribuir al esfuerzo de guerra en la industria y otros sectores de producción. *(N. del t.)* <<

[25] Se ha traído él solo a catorce prisioneros. (*N. del t.*) <<

[26] En el actual sistema educativo español equivaldrían a cuarto de la ESO y segundo de Bachillerato. (*N. del t.*) <<

[27] Para ese largo trayecto compartíamos coches particulares. (*N. del a.*) <<

[28] En la actualidad consta de quince. (*N. del e.*) <<

[29] En la actualidad cuenta con cincuenta y cuatro. (*N. del e.*) <<

[30] En la actualidad cuenta con cincuenta y tres. (*N. del e.*) <<

[31] En 2011 la asamblea está integrada por ciento noventa y dos miembros. (*N. del t.*)

<<

[32] Pasé seis meses en una casa en el campo, en Nemours, escribiendo el texto titulado *La Société du vouloir faire* (La sociedad del querer hacer), que dejé inacabado. (N. del a.) <<

[33] En 1950, las instituciones especializadas con competencias en esos asuntos eran Unesco (París), FAO (Roma), BIT, OMS, OMM y UIT (Ginebra), OACI (Montreal), OMCI (Londres) y UPU (Berna). *(N. del e.)* <<

[34] Francia está presente en cuatro de ellas: Europa, África a título de la Reunión, América a título de las Antillas, Asia y Pacífico a título de Nueva Caledonia y Polinesia. (*N. del e.*) <<

[35] El Hotel Matignon, situado en el número 57 de la calle Varenne, en el distrito VII de París, es la residencia oficial del primer ministro del gobierno de Francia. (*N. del t.*) <<

[36] Batidas y palizas contra los argelinos. (*N. del t.*) <<

[37] Siglas de Rassemblement Pour la France (Unión por Francia). (*N. del t.*) <<

[38] El 22 de octubre de 1956, el ejército francés capturó el avión en el que el líder argelino Ben Bella viajaba a Túnez. Detenido y trasladado a Francia, permaneció encarcelado hasta su liberación tras los Acuerdos de Evián que otorgaron la independencia a Argelia en 1962. *(N. del t.)* <<

[39] La Guerra del Sinaí o crisis de Suez enfrentó en territorio egipcio en 1956 a la alianza formada por Francia, Reino Unido e Israel a Egipto, y acabó con la retirada de las fuerzas de dicha alianza. (*N. del t.*) <<

[40] Organización del Ejército Secreto. (*N. del t.*) <<

[41] Frente de Liberación Nacional. (*N. del t.*) <<

[42] Le Vigan es un municipio de la región de Languedoc-Rosellón, a unos ochenta kilómetros del Mediterráneo. (*N. del t.*) <<

[43] Armée de Libération Nationale, el Ejército de Liberación Nacional argelino. (*N. del t.*) <<

[44] Formados en la ENA (École National de l'Administration), una de las principales canteras de los puestos de responsabilidad de la administración francesa. (*N. del t.*)

<<

[45] Mouvement Républicain Populaire (Movimiento Republicano Popular), partido de orientación demócrata-cristiana que tuvo una cierta influencia durante la IV República. *(N. del t.)* <<

[46] Período de fuerte crecimiento económico comprendido entre 1945 y 1975. (*N. del t.*) <<

[47] Sociedad Nacional de Construcción de Alojamientos para Trabajadores. (*N. del t.*)

<<

[48] Agencia para el desarrollo de las relaciones interculturales. (*N. del t.*) <<

[49] En él se dan cita los representantes de los prestatarios y arrendatarios de fondos para fijar la renegociación necesaria. (*N. del e.*) <<

[50] Las siglas PMA designan los países más pobres del planeta, los «países menos adelantados», a los cuales las Naciones Unidas se comprometieron en 1972 a aportar ayuda técnica y financiera específica. La mayoría de los cuarenta Estados que figuran en ese grupo están situados en el África subsahariana, en esa África que René Dumont consideraba que había «empezado mal». (*N. del e.*) <<

[51] Diputado de Mayotte, convertido en 1993 en presidente del Movimiento de Radicales de Izquierdas (MRG). (*N. del e.*) <<

[52] Confederación Francesa Democrática del Trabajo. (*N. del t.*) <<

[53] Louis Mermaz, presidente de la Asamblea Nacional de 1981 a 1986. (*N. del t.*) <<

[54] Grupo de Enlaces Aéreos Ministeriales. (*N. del t.*) <<

[55] Presidente del Senado de 1968 a 1992. (*N. del t.*) <<

[56] Oficina de Radiodifusión y Televisión Francesa. (*N. del t.*) <<

[57] La sede del Partido Comunista Francés se halla en el número 2 de la plaza Colonel-Fabien, en el distrito XIX de París. (*N. del t.*) <<

[58] Partido Socialista Unificado. (*N. del t.*) <<

[59] *Revenu Minimum d'Insertion*, Salario Mínimo de Inserción. (N. del t.) <<

[60] Contribución Social Generalizada, en francés *Contribution Sociale Généralisée*, impuesto destinado a financiar el seguro de enfermedad, las prestaciones familiares y el fondo para la solidaridad en la vejez. (N. del t.) <<

[61] Militantes del Frente Democrático Burundés (Frodebu). (*N. del e.*) <<

[62] Congreso Nacional Africano, en inglés African National Congress. (*N. del t.*) <<

[63] Partido de la Libertad Inkhata (IFP). (*N. del t.*) <<

[64] Pierre Thuillier, *La Grande Implosion*, Fayard, París, 1995. (N. del e.) <<

[65] *Terzinen über Verganglichkeit, Gedichte*, p. 26. (N. del a.) <<

[66] Movimiento contra el Racismo y por la Amistad entre los Pueblos. (*N. del t.*) <<

[67] Grupo de Información y de Apoyo a los Inmigrantes. (*N. del t.*) <<

[68] Comité Intermovimientos de Ayuda a los Evacuados. (*N. del t.*) <<

[69] Confederación Francesa Democrática del Trabajo. (*N. del t.*) <<

[70] En español, «cadí». En los países musulmanes, juez que entiende en las causas civiles. (*N. del t.*) <<